

Govea

LAS CREACIONES
DE
SHAKESPEARE

POR MARÍA MACLEOD

CON UNA INTRODUCCIÓN POR SIDNEY LEE

OBRA TRADUCIDA DEL INGLÉS POR ENRIQUE MASSAGUER

ILUSTRACIONES DE GORDON BROWNE

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES
CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255
1912



AL LECTOR

Prologado como está este libro, en su edición original, por firma tan autorizada como la de Sidney Lee (1), *ocioso me parece decir algo de mi cosecha, en abono del mismo. Me limitaré, pues, a exponer el móvil que me ha impulsado a ponerlo en lengua castellana, el cual no es otro que el deseo de aportar una piedra más al monumento de verdadera cultura que constituye la* BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Efectivamente, obra de cultura es dar a conocer los escritos del gran dramaturgo inglés que, quizá mejor que otro alguno, cumplió el precepto del didacta latino, de mezclar lo útil con lo agradable (lectorem delectando pariterque monendo). *La actual sociedad es víctima de un mal entendido positivismo: se resiente de falta de ideales nobles y levantados. Es, pues, menester darle un pasto espiritual, sano y vigoroso que, al fortificar el alma, la eleve a las regiones superiores.*

Este, a mi ver, se halla en la literatura Shakespeariana. En sus dramas, al subordinar generalmente la intriga a la pintura de los caracteres, ofrece el trágico inglés figuras de primer orden, verdaderos modelos de virtudes sociales. La mujer especialmente, está allí representada en personajes de factura inmortal: Porcia es una mujer que reúne a las más relevantes cualidades de inteligencia y sentimiento, un dominio de sí misma tal, que no la hace desmerecer

---

(1) *Sidney Lee es un gran publicista y crítico inglés, contemporáneo. Además del* Diccionario de Biografía Nacional *que dirige desde los primeros tomos, ha escrito varias obras, entre las que merecen citarse:* A life of W. Shakespeare (1898); Shakespeare first Folio Facsimile, with Introduction and Census of extant copies (1902); Great Englishmen of the 16th Century (1904); Shakespeare Poems and Pericles (1905); Shakespeare and the modern Stage (1906). *Desde el año de* 1903 *es Presidente del* Executive Shakespeare's Birthplace Trust *de Stratford-on-Avon.*

de su modestia, ni de su encanto y ternura; Imógenes es la encarnación del amor y de la fidelidad conyugal; Hermia, un ejemplo de magnanimidad y fortaleza de la mujer injustamente calumniada; Isabel, un dechado de castidad heroica que triunfa de los mayores riesgos; Julieta, el prototipo del amor juvenil; Miranda, la pura hija de la naturaleza, representa la belleza, la candidez, la gracia, el encanto, no contaminados con el torpe hálito de una sociedad infecta y viciada. Y en lo que concierne a la pintura de caracteres odiosos ¡cuán a maravilla ejerce Shakespeare de moralista, ya valiéndose del ridículo, como al hacer la grotesca caricatura del infatuado Malvolio, ya poniendo en la picota al sanguinario Shyllock, ya descubriendo las arteras maquinaciones del pérfido amigo, en la persona de Proteo!

No creo equivocarme al decir que uno de los objetivos, si no el principal, que ha tenido la ilustre escritora Mary Macleod al publicar la presente obra, ha sido la de cooperar a la obra moralizadora de Shakespeare. Al decir esto, me fundo en el tino y acierto con que ha escogido no sólo las piezas de Shakespeare, sino también los pasajes de ellas, más adecuados al fin y propósito a que aludo. Lo que no se puede negar, es que el libro rebosa este benéfico espíritu, al paso que revela un profundo conocimiento no sólo de la literatura, sino también de la personalidad artística de aquel genio, de quien dijo Edmundo Gosse (1): *«En Shakespeare se halla todo cuanto envuelve la vida; en él se ve personificada la más grande de las facultades del hombre; la de transfigurar sus propias aventuras, sus instintos, sus aspiraciones, a la brillante claridad de la memoria; la de dar a lo que nunca existió, una realidad y una duración mayor que la que los mismos dioses pudieron dar a su morada.»*

E. MASSAGUER

(1) From Shakespeare to Pope (1885).

INTRODUCCIÓN



Mucho y muy vivamente han discutido los críticos literarios de todos los tiempos sobre si la excelencia del drama estriba principalmente en la acción ó en los personajes ó caracteres. ¿Cuál es la misión del drama—preguntan,—despertar en el público el interés hacia las situaciones ó circunstancias que labran la felicidad o la desdicha de los personajes, o hacia el temperamento individual de los mismos? ¿Qué hay que tener más en cuenta, el laberinto de las intrigas, o la lucha de las pasiones e intereses que tiene su campo en lo más íntimo de la conciencia y corazón de los personajes? Ante una cuestión tan difícil, la crítica hurta el cuerpo, y después de envolverla en un fárrago de sútiles disquisiciones, acaba por no pronunciarse clara y decisivamente por ninguno de los dos extremos. La oscilante luz de la dialéctica acostumbra envolver en densa niebla alguna de las fases más salientes del problema, y éste permanece insoluble. Al que fríamente reflexionare el asunto, le parecerá muy obvio que ambas cosas, acción y personajes sean los elementos constitutivos del drama y que la fuerza de la primera dependa de la fuerza de los segundos. En los mejores

dramas de Shakespeare, el interés que despiertan las situaciones y el que despiertan los personajes están tan perfectamente equilibrados, que muy lince habrá de ser quien vea alguna diferencia capaz de indicar que tiene lo uno preferencia sobre lo otro. Así, por ejemplo, las circunstancias exteriores que labraron la suerte de Hámlet, Mácbeth, Léar y Otelo, arrebatan la atención del espectador, o del lector, en no menor grado que los temperamentos individuales de esos grandes personajes dramáticos o las luchas internas de sus inteligencias y corazones. Y téngase en cuenta que una de las cosas que mejores triunfos han proporcionado a Shakespeare, es precisamente esta harmónica colaboración de la acción y los caracteres.

Quien con detenido estudio profundice los grandes dramas de Shakespeare, sentiráse indudablemente más atraído hacia los caracteres que hacia las situaciones: tal es la característica de las obras del gran trágico. Pero no es posible formarse un cabal concepto de la certera y exacta penetración que revela la pintura de los caracteres de Shakespeare sin familiarizarse y compenetrarse de la intriga o acción dramática que es el verdadero *substrátum* de los caracteres y fisonomía de los personajes. De donde se sigue que el que a fondo y a su debido tiempo quiera comprender todo el valor de la obra dramática de Shakespeare, no ha de prestar menor atención a la fábula o trama de las piezas del gran trágico, que a los caracteres aislados de los episodios.

La inteligencia juvenil que en la primavera de la vida comprendió la materia y la forma de la trama, más tarde en la edad adulta, desarrollada con los años y los conocimientos ulteriores, estará mejor dispuesta que nunca para apreciar las excelencias y la sutileza de los caracteres y el modo de ser de los personajes. La gigantesca figura de Shakespeare no se revela en todo el esplendor de su múltiple gloria sino al entendimiento maduro, y después de haber prestado igual y plena atención tanto a la trama como a los caracteres, en las obras que legó a la posteridad.

Tal fué el criterio del cual partieron Charles Lamb y su hermana Mary al redactar sus *Cuentos de Shakespeare para uso de los jóvenes*, que vieron la luz en 1807. Ambos escritores ex-

pusieron, en su mayor parte con gran sencillez de estilo, las fábulas (1) de veinte de las piezas de Shakespeare, o sea catorce comedias y seis tragedias, no incluyendo en su libro drama alguno histórico, ya fuese de argumento inglés, ya italiano, no dando tampoco acogida ni a las comedias *Penas de amor perdidas* y *Las alegres comadres de Windsor*, ni á las tragedias *Troilo y Crésida* y *Tito Andrónico.* Aunque en la portada del libro figura sólo el nombre de Charles Lamb, éste no compuso más que seis de las narraciones, o sea las seis tragedias: el resto débese a la pluma de Mary.

El talento literario de Mary Lamb es inferior al de su hermano, y aunque su gusto no discrepa del de aquél y tiene algo de su sagacidad y sutileza de ingenio, carece absolutamente de la exhuberancia de fantasía, de la flexibilidad de estilo, del sereno discernimiento y de la erudición de Charles. Sin embargo, la exposición de los argumentos de las comedias, hecha por Mary, tiene el encanto de una sencilla y cándida realidad, no tan verdadera, empero, que sometida a un examen crítico, pueda satisfacer a los bien informados: a menudo narra el discurso de la fábula con tal palidez e imperfección, que con dificultad descubre la fisonomía shakespeariana: otras veces, en el desarrollo de la trama, omite detalles de tan capital importancia, que sin su noticia es imposible entender completamente el tema que Shakespeare se propuso desarrollar. Citaré como ejemplos de lo que digo, la omisión del incidente de los cofrecillos, el cual está por entero excluído del argumento de *El Mercader de Venecia;* en el *Sueño de una noche de estío* nada se dice de Bottom y de sus comparsas; Titania se enamora de un «patán que se había perdido por el bosque,» al que halla dormido y cuyo nombre no se cita. En el arreglo de *Como gustéis*, Mary Lamb hace caso omiso del misántropo Jacques, del sutil y chistoso Piedra-de-toque y del rústico Audrey. El pedante y ridículo Malvolio con su trágico-cómica decepción, no se menciona en la versión de la *Noche de Reyes*. Además en varios pasajes de las comedias, aun en las tragedias que refun-

(1) Tomo esta palabra en el sentido de argumento, siguiendo la denominación de Aristóteles en su *Poética.*—(*N. del T.*).

dió Carlos Lamb, el texto de Shakespeare está mal interpretado; por lo cual las narraciones de los hermanos Lamb, aunque fascinadoras a veces, no ofrecen al joven e inexperto lector sino un conocimiento fragmentario e incompleto del fin que el gran trágico inglés se propuso al desarrollar los argumentos de sus piezas inmortales. Necesario era, pues, suministrar a los jóvenes lectores un completo y más escrupuloso acopio de los mismos, y este vacío ha venido á llenar el presente libro.

Al estudiar los argumentos, en los que Shakespeare basó sus piezas dramáticas, hay que partir siempre del principio, que el gran trágico no posee un absoluto derecho de paternidad sobre algunos de ellos, excepto por lo que se refiere a la comedia *Penas de amor perdidas;* pues conforme á la costumbre de todos los dramaturgos de la época, solía tomar las líneas principales de sus argumentos, de las leyendas ó de los cronicones.

Ahora bien, la leyenda romántica para la moderna Europa es de importación genuinamente italiana. Bocaccio en el siglo XIV y los imitadores de aquel, Bandello de Milán, Giraldi Cinthio de Ferrara y otros del siglo XVI, habían legado a las generaciones anteriores a Shakespeare, no sólo en Italia, sino también en el Occidente de Europa, un gran caudal de prosa recreativa: las novelas italianas fueron, en su mayor parte, traducidas al inglés y al francés en la segunda mitad del siglo XVI, y en estas traducciones fué donde bebió Shakespeare el caudal de inspiración de todas sus comedias, excepto *Penas de amor perdidas*, y de muchas de sus tragedias. Sábese que tuvo muy a menudo en las manos el libro *Histoires Tragiques* de Belleforest, colección de traducciones francesas de los cuentos del italiano Bandello, y las leyendas de este autor fueron los verderos aborígenes de *Romeo y Julieta*, de *Mucho ruido para nada* y de *La Noche de Reyes*, mientras que *Bueno es lo que bien acaba* y *Cimbelino* debieron su origen a los escritos de Bocaccio. En cuanto a los argumentos de *Otelo* y *Medida por Medida*, fueron desarrollados siguiendo las huellas de Giraldi Cinthio.

Sin embargo, aunque Shakespeare pidió prestado al teso-

ro de vívida é ingenua ficción de la meridional Italia, su deuda fué mayor en apariencia de lo que era en realidad, pues no se limitó a copiar servilmente la leyenda, sino que la modificó y adaptó con los recursos de su gran sentido dramático y artístico, de tal manera que las producciones del dramaturgo inglés presentan las respectivas fábulas en forma tal, que tienen muy poca relación con los mitos originales. A las veces entreteje dos leyendas, completamente distintas la una de la otra, con tal maestría y habilidad que, cambiando el aspecto de ambas, les da nueva e inesperada consistencia ensamblándolas a maravilla. Con tan feliz resultado supo combinar en *El Mercader de Venecia* la leyenda de los cofrecillos con la del contrato de Shyllock y Antonio. La pasmosa facilidad con que se asimilaba cuanto leía, corría parejas con la potencia de su genio para dar forma artística a cuanto pasaba por sus ojos o llegaba a sus oídos. En una palabra; del venero copioso de los libros de leyendas salió el material en bruto que él con la magia de su genio pulió y transformó en purísimo oro.

No se pierda empero de vista que a los lectores que por primera vez saboreen a Shakespeare, no interesa saber en qué fuentes bebió el gran trágico su inspiración y cómo infundió en sus producciones el ardiente espíritu de vida que las anima: lo esencial es que hallen deleite artístico en los argumentos tal como vienen desarrollados en las piezas dramáticas; y ningún libro tan propio como éste para proporcionarles este artístico deleite.

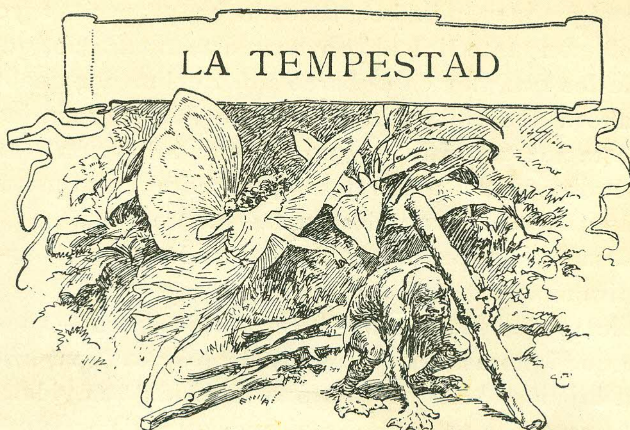
Cúmpleme ahora manifestar mi deseo de que el conocimiento que, leyendo este libro, adquirirán los noveles lectores de Shakespeare, sea para ellos un acicate para emprender más tarde serios estudios en el texto vivo de las obras del gran dramaturgo. Paréceme, pues, muy oportuno repetir lo que escribió Charles Lamb al dar a luz la obra *Cuentos de Shakespeare* redactada por él en colaboración con su hermana: «Nunca se ponderará lo bastante a los jóvenes de ambos sexos que el estudio de las producciones de Shakespeare es más propio que ningún otro de los literarios para enriquecer el tesoro de su imaginación, robustecer sus espíritus en la virtud y desterrar de ellos los sentimientos rastreros y egoístas: no hallarán en

la vida maestro que mejor les enseñe la práctica de las acciones nobles y generosas, ni mejor, ni más variada colección de preclaros ejemplos de cortesía, benevolencia, generosidad y altruísmo; pues las paginas de Shakespeare son un tejido de narraciones y una exposición de caracteres que nos incitan a ir tras lo bueno y lo verdadero y a huir de lo falso y pernicioso.

SIDNEY LEE



LA TEMPESTAD



LA ISLA DEL MAGO

Érase una isla perdida allá a lo lejos en la inmensidad del Océano y tan solitaria que no vivían en ella más que cuatro seres: un hombre de edad avanzada, de noble porte y maneras distinguidas, llamado Próspero; su hija Miranda y dos criados, uno de ellos el retozón silfo Ariel y el otro el feroz monstruo Calíbano. Próspero, además de la ciencia humana, poseía otra más elevada, pues conocía el arte de la magia, pudiendo, con sus sortilegios dominar no sólo a los espíritus de la luz y de las tinieblas, sino también las fuerzas de la naturaleza.

Ningún navegante abordaba a aquellas inhospitalarias playas, y desde que a ellas fuera llevada Miranda, no había visto otro semblante humano que el de su padre. Deslizáronse apaciblemente los días y los años, y Miranda hízose una hermosa mujer, cuando un día desencadenóse una furiosa tempestad en la isla, con grandes rayos y truenos. En lo más recio de la tormenta vióse, en lontananza, una majestuosa nave luchando contra el furor de las olas y en inminente peligro de zozobrar, por lo cual Miranda fué corriendo a decir a su padre que, si había puesto en juego los recursos de la magia para levantar aquella tormenta, la apaciguase cuanto antes.

—Está tranquila, hija mía,—dijo Próspero;—no correrán

peligro alguno: todo lo he ordenado en provecho tuyo y he trabajado con tanto tino al provocar este naufragio, que ninguno de los que van en el barco sufrirá el menor quebranto. Hasta ahora hemos llevado una vida monótona y sin incidentes en este apartado islote, y no sabes aún ni quién eres tú ni si este Próspero con quien hablas, tu padre, es algo más que el dueño de una mísera y destartalada choza.

—Cosa es ésta que nunca me he parado a averiguar—contestó Miranda.

—Tiempo es ya, hija mía—repuso Próspero,—que sepas todo lo que ignoras.—Y quitándose la mágica capa, hizo sentar a su hija a su lado y le contó la historia de su vida.

—No creo que tu memoria alcance a los tiempos que precedieron a nuestra venida a estas playas: eras muy niña y no puedes acordarte de ello.

—Sí que me parece recordarlo—replicó Miranda;—aunque, habiendo transcurrido tanto tiempo, parece más bien que recuerdo un vago sueño. ¿No es verdad que tenía yo entonces cuatro ó cinco mujeres á mi servicio?

—Sí, y aun en mayor número—contestó Próspero;—porque has de saber que, doce años atrás, tu padre que te está hablando, era duque de Milán y todo un poderoso príncipe.

—¡Cielos!—exclama Miranda:—y ¿qué perfidia nos trajo al estado en que nos hallamos? ¿o fué acaso favorable designio de la Providencia el sacarnos de allí?

—Ambas cosas, hija mía. Perfidia fué el echarnos de Milán, pero obra providencial el ser lanzados á esta isla. Era entonces Milán el Estado más importante de Italia, y la fama de sus riquezas y esplendor estaba extendida por todo el mundo. Tenía yo tal pasión por el arte y tan grande afición a la ciencia, que me pasaba el tiempo estudiando. Del gobierno y administración del Estado cuidaba mi hermano Antonio, á quien yo amaba sobre todo lo de este mundo y a quien me entregué en cuerpo y alma; pero ¡ay! en mala hora deposité en él mi confianza: ensoberbecióse y pronto llegó a tenerse por verdadero Duque de Milán. Trabó relación con un mi antiguo enemigo, Alfonso, rey de Nápoles, y por medio del soborno obtuvo su valimiento en contra mía: alistaron un ejército de trai-

dores y, a media noche en la fecha convenida, abrió Antonio las puertas de Milán al rey de Nápoles. En medio de la obscuridad de la noche, se apoderaron de nosotros, arrojándonos precipitadamente. Era tal el amor que me tenía el pueblo, que aquellos villanos no se atrevieron a matarnos, pero nos metieron en un carcomido barco, sin vela, sin mástil y desprovisto de todo equipo. A la buena voluntad del noble napolitano Gonzalo debimos que pusieran en el barco algunas ricas telas, provisiones de boca, lo indispensablemente necesario para no perecer de miseria, además de algunos libros de valor que yo tenía en mi biblioteca y los que estimaba más que el mismo ducado. En brazos de las olas fuimos traídos a esta isla y en ella hemos vivido hasta ahora: yo he procurado instruirte con tal asiduidad, que me enorgullezco al pensar que sabes más que muchas de las princesas que han tenido doctos preceptores y toda clase de facilidades para su educación.

—¡Dios te lo premie abundantemente, querido padre!—dijo Miranda.—Ahora, dime, te suplico, ¿cuál ha sido tu intento al provocar esta tempestad?

Respondióle Próspero que en virtud de sus conocimientos de magia había sabido que, por una casualidad, andaban sus enemigos navegando cerca de la isla, y que si no procuraba con sus artes aprovechar aquel momento favorable, peligraba para siempre su fortuna.

—Y no me preguntes ya más, Miranda,—añadió:—veo que estás cansada; reposa un poco y duerme.

Tan pronto como estuvo dormida Miranda, llamó Próspero al gracioso y retozón trasgo Ariel preguntándole cómo había cumplido el encargo que le confiara.

—Al pie de la letra, señor—respondió el silfo. Y refirió a su amo cómo había estado danzando en forma de errante llama por encima del barco azotado por la tormenta hasta que todo él pareció estar ardiendo y todos los que en él iban, excepto los tripulantes, se hubieron arrojado al mar.

—Pero, dime, Ariel, ¿se salvaron?

—Ni uno solo pereció; sanos y salvos están. Yo me encargué, según vuestras órdenes, de esparcirlos en grupos por la isla. En cuanto a Fernando, el hijo del rey de Nápoles, yo

tomé tierra en su compañía, y ahora se halla, triste y abandonado de todos, en un rincón de la isla.

—¿Y el barco del rey?—preguntóle Próspero.

—A salvo en el puerto y al abrigo de una profunda cala: los marinos cansados de bregar con la tormenta, duermen en brazos del sueño que yo con un sortilegio les infundí. Las demás unidades de la escuadra, que yo dispersé, han logrado ya reunirse y están navegando en el Mediterráneo. El pasaje regresa a Nápoles triste y apesadumbrado creyendo que el barco real naufragó y que toda su tripulación pereció en el mar.

Muy satisfecho quedó Próspero de lo bien que había cumplido Ariel su cometido; pero díjole que había aún mucho más que hacer. Prometióle que si todo iba bien, quedaría dentro de dos días libre del servicio y que de allí en adelante sería dueño de su vida y acciones. Suplicó a Ariel que tomase una nueva forma (la de ninfa del mar) invisible a todos menos a su amo. Obedeció, pues, Ariel y en esta forma acercóse al joven príncipe de Nápoles y empezó un suave y dulce canto, diciendo:

Tu padre allí reposa, en lo profundo
de las tranquilas aguas;
sus huesos en coral se han transformado
al beso de ola amarga.
En perlas convirtiéronse sus ojos,
que el mar, todo lo cambia,
bien en joya de mágicos destellos
o en una flor fantástica.

Atraído por estos dulces acentos, cuya procedencia ignoraba, Fernando siguió a Ariel sin verle, hasta llegar a la presencia de Próspero y Miranda.

Hay que tener en cuenta que Miranda, fuera de su propio padre, no había en su vida visto a hombre alguno, por lo cual, de buenas a primeras ni siquiera sabía lo que era Fernando. Así, pues, preguntó:

—Padre, ¿es esto acaso un espíritu?

—No, hija mía, no; es un hombre de carne y hueso con sus cincos sentidos, como yo mismo: este apuesto mancebo es uno de los que escaparon del naufragio, y si no fuese porque la hermosura y la gracia de su semblante están algo marchitos

a causa de los sufrimientos, quedarías absorta contemplando su belleza. El infeliz perdió a sus compañeros y va de acá para allá buscándolos.

—¡Verdaderamente su aspecto es divino—repuso Miranda entusiasmada,—yo no había visto jamás cosa tan encantadora!

Fernando, a su vez, estaba encantado al contemplar a Miranda y aseguró, desde luego, que si aquella joven no tenía otro amor, él la haría reina de Nápoles.

Muy contento estaba Próspero al ver el curso que seguían los acontecimientos, pues nada le gustaba tanto como el amor de la juventud; pero temiendo que una presa hecha tan a poca costa, con la misma facilidad se le escapase de las manos, él mismo puso algunas dificultades a fin de cimentar más y más el éxito de su empresa. Fingió creer que Fernando no era realmente el hijo del rey, sino más bien un espía y que como a tal le iba a cargar de cadenas y que no le daría a comer sino manjares groseros y desabridos. En vano se interpuso Miranda, rogando a su padre que no quisiese tratar al joven príncipe con tal dureza: Próspero púsole silencio y mandó ásperamente a Fernando que le siguiese.

Indignóse naturalmente el príncipe en vista de tan injusto trato y, en un arrebato de cólera, tiró súbitamente de la espada desafiando a Próspero. Echóle éste un sortilegio y el joven quedó yerto y sin vigor en sus miembros, como herido por un rayo.

—¿Qué es esto, traidor?—increpóle duramente Próspero: —envaina de nuevo tu espada.

Comprendió entonces Fernando que le asistía un poder superior y que era inútil toda resistencia; túvose, empero, por dichoso al considerar que las amarguras de su cautiverio se endulzarían con la felicidad de poseer a aquella joven que tanto había abogado por él: depuso, pues, su actitud y obedeció a la orden que le dió el mago de seguirle.

LOS NÁUFRAGOS

Entretanto, en el lado de allá de la isla, andaban errantes los pasajeros que a nado escaparon del naufragio.

Allí se hallaban Alonso, rey de Nápoles y su hermano Se-

bastián; Antonio el usurpador del ducado de Milán; Gonzalo, el prudente y anciano consejero del rey de Nápoles, con Adrián y Francisco, dos de sus caballeros.

Rendidos por la fatiga cayeron todos, excepto Sebastián y Antonio, en un profundo sueño. Antonio, no contento con haber arrojado a su propio hermano del ducado de Milán, incitaba ya a Sebastián a hacer traición al hermano del rey de Nápoles: decíale que Fernando el hijo de éste, había de seguro perecido en la tormenta, que su única hermana Claribel estaba casada allá en tierras de Africa:—en realidad de verdad, de aquella boda regresaban al sorprenderlos la tormenta en aquella isla:—no había, pues, heredero directo del trono de Nápoles. Antonio aconsejaba á Sebastián que usurpase el reino como él había hecho con el de Milán. Insinuábale cuán fácil cosa fuera dar muerte al rey Alonso, en aquella ocasión en que estaba durmiendo, y de hecho ofrecíase a ejecutar él mismo la hazaña, indicándole que Sebastián a la misma hora podría acabar con el fiel consejero Gonzalo. Los otros caballeros no opondrían resistencia, sino que antes, al contrario, obedecerían á cuanto se les propusiese.

Sebastián hubiera caído facilísimamente en el lazo y coadyuvado á tan inicuo plan, a no haber sido por Ariel, quien en forma invisible se acercó á ellos en el preciso momento en que los traidores desenvainaban sus espadas para dar muerte a Alonso y Gonzalo y despertó al segundo cantándole al oído unas palabras qua le advirtieron del peligro que corrían.

—¡Salven al rey los buenos ángeles!—exclama Gonzalo, y a este grito despierta Alonso.

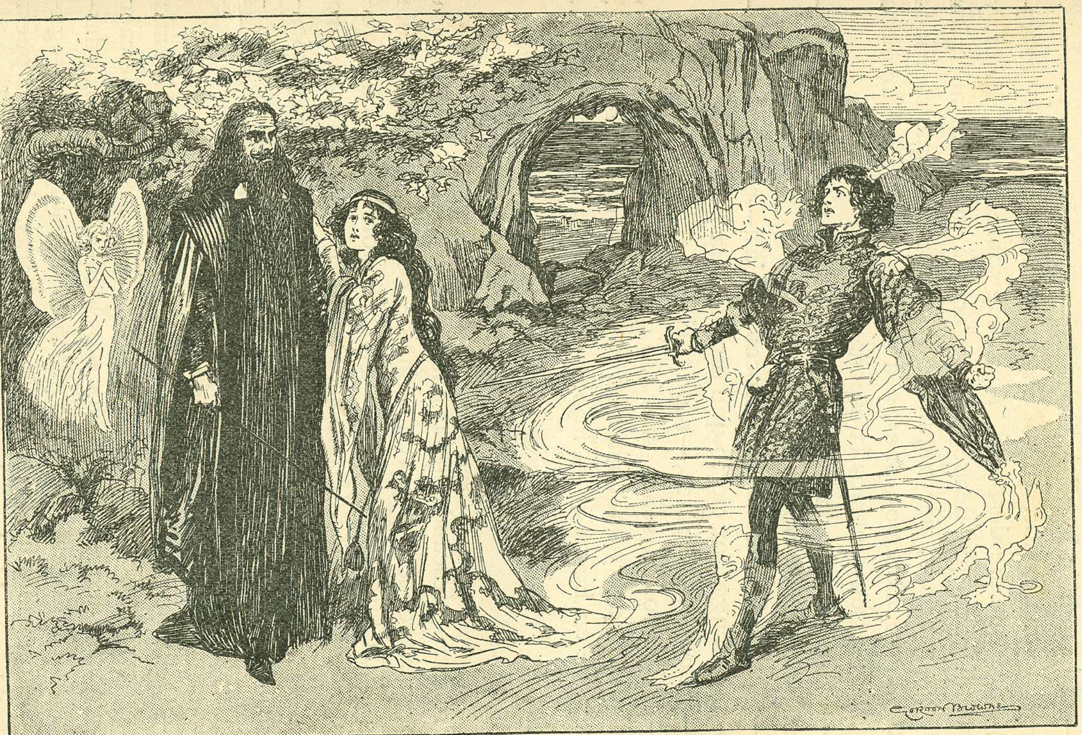
—¡Ea, ea, despertad!—grita el rey.—¿Cómo es que tenéis vuestras espadas desnudas? ¿Por qué miráis tan azorados?

—¿Qué pasa?—añade Gonzalo, medio dormido aún.

—Nada—responde Sebastián, mintiendo con gran serenidad;—estábamos tan tranquilos, velando vuestro sueño, cuando se oyó de repente un sordo rumor como de mugidos de bueyes, ó mejor, rugido de leones. ¿Acaso no fué esto lo que os despertó? A mí me hirió terriblemente los oídos.

—No he oído nada,—responde el rey.

—Y a fe, que fué un ruido espantoso, capaz de aterrorizar



¿Qué es esto traidor? Envaina de nuevo tu espada

a un monstruo; parecía algo así como un terremoto,—dice Antonio.—Sin duda que era una manada de leones rugiendo de hambre.

—¿Tú también lo oíste, Gonzalo?—pregunta el rey.

—A fe mía, señor, que oí un sordo ruido, algo muy extraño y raro que me despertó. Yo quedé sobresaltado, señor, y os sacudí para que despertaseis y eché á gritar: al abrir los ojos, vi sus armas; cierto que se oyó tal ruido, que corrimos serio peligro. Estemos, pues, a la mira, ó mejor, abandonemos este sitio: desenvainemos la espada.

—Ea, pues, vámonos de aquí;—dice el rey. Vamos de nuevo en busca de mi pobre hijo.

—¡Guárdele Dios de tan feroces bestias!—exclama Gonzalo;—pues tengo por cierto que está en esta isla.

—Vamos en su busca,—repite Alonso.

—Próspero, mi señor, sabrá lo que he hecho—dice Ariel, mientras Alonso y sus compañeros se ponen en camino.—¡Ve, oh rey, ve en busca de tu hijo; que no dejarás de hallarle!...

EL HIJO DEL REY

Próspero, deseando llevar adelante sus planes, mostrábase duro y severo con el joven príncipe de Nápoles e impúsole una pesada tarea, que fué recoger una porción de leños que allí había, y apilarlos. Hízolo así Fernando, y aunque tan duro trabajo le venía muy cuesta arriba, sufríalo todo con paciencia y sumisión por el amor que profesaba a Miranda, y le suavizaba no poco su trabajo el ver cuán afligida se hallaba la hermosa joven al ver la fatiga de su amante.

—¡Gallardo mancebo, no trabajéis tanto!—decíale Miranda al verle cargado con un enorme leño.—¿Por qué no ha de caer un rayo y reducir a cenizas todos esos leños? Ea, dejadlos y descansad; mi padre está ocupado ahora en sus estudios, y es seguro que no vendrá hasta de aquí a tres horas: descansad pues.

—¡Ah, querida joven!—replica Fernando;—es tan larga la tarea que se me ha impuesto, que, aun trabajando sin descansar, apenas podré terminarla antes de la puesta del sol.

—Si queréis sentaros—dice Miranda,—llevaré yo entre-

tanto los leños a su sitio; dádmelos que cuidaré de apilarlos.

—Eso no, señora mía; primero se romperán mis nervios y mi espalda cederá, que yo consienta que os ocupéis en tan vil trabajo, estando yo ocioso.

—No me estaría peor a mí que os está a vos,—replica Miranda;—es más, yo lo haría aún mejor porque mi corazón me invita a ello, mientras que el vuestro lo repugna. Paréceme que estáis cansado.

—No, amable joven; a vuestro lado las tinieblas mismas de la noche me parecen claro día,—replica Fernando.—Ahora bien, necesito saber vuestro nombre para citarlo en mis plegarias; ¿cómo os llamáis?

—Miranda.

—¡Encantadora Miranda!..—exclama Fernando—¡nombre el más dulce del mundo! Muchas son las mujeres que he visto y tratado, y en muchas de ellas he hallado buenas cualidades, pero ninguna he visto hasta ahora libre de defectos; vos, sin embargo ¡oh amable joven! sois la única perfecta e intachable criatura que salió de manos del Criador.

—Yo no conozco otra mujer en el mundo—dice ingenuamente Miranda.—No he visto otra cara de mujer que la que veo cuando me miro en el espejo; y de estos que se llaman hombres, no he visto tampoco en mi vida mas que a vos, mi querido amigo, y a mi padre. No sé a qué deben parecerse los hombres, pero, a decir verdad, no quisiera tener en la vida otro compañero que vos, ni concibo que haya en el mundo otro hombre cuyo semblante me sea tan agradable como el vuestro. Pero ¡ay! ¡que me parece que charlo demasiado y que olvido los preceptos y máximas de mi padre!..

—Pues yo, Miranda, por mi calidad, soy príncipe,—dice Fernado,—y a la hora de ésta creo que ya soy rey (¡ojalá no fuera así!). ¡Esto decía suponiendo que su padre había perecido en el naufragio!—Si no fuese por vos—continúa,—no soportaría ni por un momento más esta esclavitud; pero desde que mis ojos os vieron, mi corazón quedó cautivo y rendido a vuestro servicio; sólo por vos me conformo con llevar a cuestas estos leños.

—¿Es que me amáis?

—Por los cielos y la tierra; os amo, os aprecio y os adoro sobre cuanto se puede amar una cosa en este mundo.

Inúndanse de lágrimas los ojos de Miranda al oir tales palabras, y murmura:

—¡Pero qué loca soy de llorar por lo que tanta alegría me causa!

—¿Por qué lloráis?—pregúntale Fernando.

—Porque soy indigna de ofrecer el amor que quisiera daros—responde Miranda,—y menos digna aun de aceptar aquello, que, de no tenerlo, me causará la muerte. Si vos me queréis por esposa, desde luego soy vuestra; de lo contrario, moriré doncella. Podréis renunciar á tenerme por compañera, pero seré vuestra sierva, que queráis que no.

—¡No será asi!—exclama Fernando postrándose a sus pies; —reina mía, yo seré siempre vuestro esclavo.

—Mi marido, ¿no es así?

—Sí y con un corazón tan ansioso como lo está el del esclavo, por recobrar su libertad; tomad mi mano—dícele Fernando.

—Y vos la mía, y con ella mi corazón. Adiós pues..., hasta dentro de media hora.

—¡Que me parecerán mil!—exclama Fernando, y se despiden.

Oyendo había estado Próspero desde su habitación el diálogo de la enamorada pareja, y con no menor fruición que ellos al ver lo bien que le salían sus planes. Pero tenía aún mucho que hacer antes de cenar, y así volvió a sus libros.

MÚSICA MISTERIOSA

Mientras Antonio y Sebastián habían estado trazando su plan para dar muerte al rey de Nápoles, otra bandada de malvados estaba maquinando para hacer daño al señor de aquella isla. Al llegar Próspero a ella, habíala encontrado habitada por un pequeño y repugnante monstruo llamado Calíbano, hijo de una perversa bruja, que se había refugiado allí huyendo desterrada de su propio país. Esta bruja, por nombre Stícorax, tenía por siervo al retozón silfo Ariel, a quien había encarcelado en el hendido tronco de un pino en castigo de no haber

querido cumplir unas perversas órdenes que le dió. Ariel vivió en este estado de pena y tormento por espacio de doce años, durante los cuales murió Stícorax, quedando Calíbano por único habitante de la isla.

Lo primero que hizo Próspero al llegar a la isla fué dar li-



¡Os amo, os aprecio y os adoro sobre cuanto se puede amar en este mundo!

bertad a Ariel y lo tomó a su servicio: en cuanto a Calíbano, intentó primero amansar su salvajismo con blandura y buenos tratos, pero todo fué inútil. Calíbano odiaba el bien por naturaleza y pagó mal por bien, correspondiendo con malicia y malas obras a las dignaciones de Próspero. Convencióse finalmente Próspero de que los medios de suavidad no habían de tener resultado ninguno favorable y que el único sistema para tener a raya a Calíbano era tratarle con gran severidad. Por esto Calíbano odiaba a su amo y esperaba la ocasión de vengarse de él.

Entre los náufragos que escaparon de la muerte en el desastre de las naves del rey, había dos truhanes de mala ralea, Trínculo, el bufón y un sumiller llamado Esteban, bebedor

empedernido. Hallándolos un día Calíbano casualmente, ofrecióse para ser su criado, creyendo poder así sustraerse a la férula de Próspero: ofrecióles además conducirlos a donde Próspero estaba durmiendo y en donde podrían fácilmente darle muerte: convínose también, que Esteban se casaría con Miranda y con esto vendría á ser el soberano de la isla: Calíbano sería su criado.

En estos tratos andaban cuando Ariel se presentó invisible en medio de ellos; oyó por sí mismo sus maquinaciones y entretúvose en intercalar de vez en cuando muletillas en la conversación de aquéllos, sin que se diesen cuenta de dónde venía la voz y originando entre ellos disputas y reyertas, pues todos creían que era uno de ellos que quería burlarse de los demás. De pronto púsose Ariel a tocar una misteriosa música con su flauta y tambor, lo cual alarmó grandemente a Esteban y Trínculo, pero Calíbano les sosegó diciendo, que la isla estaba llena de ruidos y dulces sonidos que más bien recreaban y a los que no había que tener miedo.

—¡Cuántas veces—dice,—llega á mis oídos una harmonía como de millares de instrumentos y algunas veces acompañada de suavísimas voces que, al despertar yo de un largo sueño, me invitan a dormir de nuevo, y entonces, en delicioso ensueño, me parece ver cómo se rasgan las nubes y empiezan a llover sobre mí riquezas sin cuento, de tal manera que al despertar, quisiera seguir durmiendo para gozar de tal satisfacción!

—Este sí que será para mí un gran país, pues sin costarme ningún dinero tendré siempre música,—observa Esteban el sumiller beodo.

—No hay duda, pero para ello hay que quitar de en medio a Próspero—replica Calíbano.

—Esto podemos hacerlo en seguida—dice Esteban.

—Me parece que la música se aleja; ea sigámosla—dice Trínculo,—después realizaremos la hazaña.

—Anda, monstruo; pasa adelante—dice Esteban a Calíbano:—quisiera ver a este tamborilero que tan bien toca.

De esta manera, con su misteriosa música sedujo Ariel a aquellos tres malvados: ellos se entusiasmaron tanto, que empezaron a danzar y brincar por entre la maleza, las espinosas

retamas y los cortantes tojos que desgarraban la piel de sus piernas, y finalmente los condujo a una pestilente laguna de agua encharcada, no lejos de la vivienda de Próspero.

. . . .

Entretanto Alonso, rey de Nápoles y sus compañeros andaban vagando por la isla tristes y descorazonados, de tal manera, que el pobre anciano Gonzalo se rindió, no pudiendo seguir adelante.

—Verdaderamente no puedo reprocharte de perezoso,—dícele Alonso,—pues yo mismo estoy abatido: el cansancio y la tristeza nos vencen. Sentémonos, pues, y descansemos; es inútil que corramos la isla en busca de mi hijo; ya no hay esperanza de encontrarle; el mar lo sorbió en su seno y ahora se mofa de nosotros al ver nuestra obstinación en buscarlo en tierra.

El traidor Antonio holgábase de ver que el rey había perdido toda esperanza de hallar á su hijo, y así indicó a Sebastián la conveniencia de no abandonar el plan que habían trazado de darle muerte, aunque no había tenido resultado de primero.

—Aprovechemos la primera ocasión que se presente—murmuró Sebastián al oído a Antonio.

—Esto será esta noche—dijo Antonio,—pues ahora que están cansados de tanto andar, no estarán tan alerta ni tan dispiertos como si estuviesen descansados.

—Sí, esta noche—respondió Sebastián;—ni una palabra más.

En aquel momento oyóse una rara y solemne música.

—¿Qué harmonías son éstas?—dijo el rey;—escuchad amigos míos.

—¡Suavísima música!—exclamó Gonzalo.

Entonces, sin ser visto de ninguno de ellos, evocó Próspero, con sus artes mágicas unas extrañas y grotescas figuras que traían una mesa preparada: pusiéronse a danzar alrededor de ella, haciendo ceremoniosas reverencias al rey y a sus compañeros, luego les invitaron a comer y desaparecieron.

—¡Cielos, dadnos buenos defensores!..—exclamó asombrado el rey;—pero éstos... ¿quiénes eran?

—¡Pardiez! que si eso contara yo en Nápoles, no me iban

a creer, aunque lo jurara,—repuso Gonzalo.—Esos deben de ser moradores de esta isla, y a fe mía que, aunque de extraña figura, es su porte más fino y distinguido que el de muchos de nuestros semejantes.

—Habláis como un libro, honorable señor—dijo Próspero aparte,—pues entre vosotros los hay peores que demonios.

—Desaparecieron como por encanto...—dijo Francisco.

—No importa—repuso Sebastián,—si dejaron aquí la comida a nuestra disposición. ¿Querrá Su Majestad probarla?

—No,—dijo Alonso.

—A fe mía, que no hay preligro ninguno—exclama Gonzalo.

—Bueno, si es así, voy a probarlo—dijo el rey,—aunque tenga que ser éste el último bocado que entre en mi boca. Y vos, hermano mío, señor duque de Milán, vos haréis otro tanto.

En aquel instante rasgó los aires el rayo y oyóse el estampido del trueno. Ariel, en forma de horrorosa ave de rapiña, cernióse sobre ellos y sacudiendo sus siniestras alas encima de la mesa, desapareció súbitamente la comida, y dirigiéndose a Alonso, Sebastián y Antonio, los increpó diciendo:

—Vosotros sois tres malvados, a quienes el destino ha arrojado a esta isla porque sois indignos de vivir entre hombres.

Encolerizáronse al oir esto y echaron mano á las espadas, pero Ariel se burlaba de ellos, diciendo:

—¡Estúpidos! ¿ignoráis, acaso, que yo y mis compañeros somos ministros del destino? Mejor uso haréis de vuestras espadas hiriendo el aire o golpeando el agua, pues ni aun a una pluma de mis alas podréis tocar con ellas. Si pudiesen hacerme daño vuestras espadas, os faltaría fuerza para manejarlas y no podríais ni siquiera levantarlas. No olvidéis, pues esto es la causa de que yo tenga que entenderme con vosotros, que vosotros tres fuisteis quienes suplantasteis al bueno de Próspero, duque de Milán, y lo arrojasteis junto con su inocente hija, poniéndolos á merced de las olas del Océano, el cual se venga ahora en vosotros. Los poderes del cielo aplazaron, es verdad, el castigo de acción tan perversa, pero no la olvidaron, y he aquí que han excitado la cólera del mar y armado a todos los elementos contra vosotros. A ti, Alonso, te han despojado de tu hijo, y ahora por mi boca te anuncian

que serás víctima de una ruina lenta, peor que la misma muerte, en esta desierta isla, si no te arrepientes sinceramente de tu crimen y no enmiendas tu vida.

Desapareció Ariel entre el estampido del trueno, y a la suave música sucedió una turba de extrañas figuras que con danzas grotescas y burlones visajes, se llevaron la mesa en la que se había servido el banquete.

—Muy bien, querido Ariel—dícele aparte Próspero, mientras el rey de Nápoles y sus compañeros se miran con ojos de espanto.—Mis sortilegios producen su efecto (añade), y estos enemigos míos están aturdidos. Ahora ya los tengo en mis manos y aquí los dejo, mientras voy a ver al joven Fernando (á quien ellos creen ahogado), y a su amada, que es mi hija y mi tesoro.

—Por Dios, señor, ¿por qué miráis con estos ojos tan asombrados?—pregunta Gonzalo al rey.

—¡Ah, Gonzalo!—responde Alonso víctima de los remordimientos de su conciencia;—esto es monstruoso, horrorosamente monstruoso. Parecióme oir en el rugido de las olas, en el fragor del viento y en el retumbar del trueno el nombre de «Próspero» y que todas esas fuerzas de la naturaleza me reprochaban la iniquidad de mi acción. Por esto pereció mi hijo, y mi suerte será morir sumergido en el fondo del océano.

Dicho esto, apartóse precipitadamente, seguido de Sebastián y Antonio.

—Los tres están desesperados—decía Gonzalo,—su gran crimen, como veneno que iba minando su naturaleza, empieza ahora á hacer sentir sus desastrosos efectos, corroyendo sus entrañas.—Creedme, (añadió, dirigiéndose a los individuos de la servidumbre), seguidles cautelosamente, sin perderlos de vista y apartadlos de los excesos a que su locura pudiese arrastrarlos.

EL MAR, AUNQUE AMENAZA, ES COMPASIVO

La pesada tarea que impusiera Próspero al príncipe de Nápoles no podía durar largo tiempo, y cuando el hechicero comprendió que aquellas dos tiernas criaturas se amaban sin-

ceramente, decidió no poner ya más trabas a su libertad, ni ser óbice a la mutua expansión de su afecto. Queriendo festejarles y darles al mismo tiempo una prueba de su mágico poder, requirió a una pléyade de buenos espíritus (Iris, Ceres, Juno, algunas ninfas marinas y varios segadores) a que cantasen dulces cantares en su presencia y ejecutasen alegres danzas.

Pero acercábase el momento del atentado de Calíbano. Próspero despidió a los espíritus y empezó a preparar el castigo de los conspiradores. Habiendo enviado a Fernando y Miranda a su vivienda con orden de aguardarle en ella, encargó a Ariel que trajese algunas piezas de ropa vistosas y que las colgase de una cuerda, a guisa de señuelo para cazar a aquellos facinerosos.

El recurso dió magnífico resultado. Pronto aparecieron Calíbano, Esteban y Trínculo, todos chorreando, puesto que salían de la laguna en la cual se metieron atraídos por la seductora música de Ariel.

—Andad sigilosamente y con cuidado, que el ruido de vuestras pisadas no sea oído ni siquiera por los ciegos topos que tienen sus madrigueras debajo de los terrones—díjoles Calíbano;—ya estamos cerca de su vivienda.

—¡Oh mi rey Esteban!, ¡oh gran Par!, ¡oh excelentísimo señor Esteban!, ¡qué copioso guardarropa tendréis!—exclama Trínculo, agarrándose a las piezas de ropa que cuelgan de la cuerda.

—Deja eso y no seas loco; mira que no vale la pena—replica Calíbano.

—Deja esta bata, Trínculo—dice Esteban, tan codicioso como aquél;—¡por mi brazo, que para mí la quiero!

—De vuestra merced será—responde Trínculo en tono de sumisión.

—¿Para qué perdéis el tiempo en estas bagatelas?—incrépales Calíbano.—Démosle primero muerte; ¡guay de nosotros, si despierta Próspero!

—¡Silencio, monstruo ignorante—replica ásperamente Esteban;—y juntamente con Trínculo va apoderándose de las vistosas piezas de ropa que maliciosamente había colocado allí Ariel.—Ahora, monstruo, quédate con el resto.

—No quiero tomar nada—replica Calíbano:—estamos per-

diendo un tiempo precioso, y si llegamos a caer en manos de Próspero, nos convertirá en patos ó en monos.

—Ea, estúpido, ayúdanos á llevar todo esto; de lo contrario, te arrojo de mi reino; toma, carga con esto—dícele Esteban.

—Y con esto otro,—añade Trínculo,—y cargaron al pobre Calíbano con todo aquel menguado botín.

De repente oyóse un ruido como de una jauría: un ejército de espíritus en forma de sabuesos azuzados por Próspero y Ariel, cerraron sobre aquellos malvados.

—¡Ha!.. Montaña... ¡a ellos!..

—¡Ha Furia!, ¡ha Plata!, ¡ha Tyrano!, ¡cázalo!..

Al oir esto Calíbano, Esteban y Trínculo ponen pies en polvorosa. Entonces dice Próspero a Ariel.

—Ea, démosles caza hasta acabar con ellos: ya tengo a mis enemigos en mi poder: pronto se terminarán mis trabajos, y entonces quedarás tú libre como el aire: sígueme un poco más y no me abandones. Ahora dime, ¿qué es del rey y de los de su séquito?

—Igual que cuando los dejamos; todos prisioneros, señor, en aquel vivero que protege vuestra vivienda; no pueden moverse de allí hasta que no vayáis vos a sacarlos. El rey, su hermano y el vuestro han perdido el uso de la razón, y los señores de su séquito lamentan su desgracia, especialmente aquel a quien vos llamáis «el bueno y anciano señor Gonzalo». Vuestros sortilegios los dejaron tan aplastados, que si los vierais ahora, os quebrantarían el corazón.

—¿Esto crees, trasgo?

—El mío quebrantarían si fuera yo mortal, capaz de sentimiento.

—No será menos sensible el mío,—dice Próspero;—y puesto que están arrepentidos y he conseguido lo que me propuse, voy a libertarlos; voy a romper las cadenas de mis sortilegios, les devolveré el sentido y serán de nuevo dueños de sí mismos.

—Voy pues en busca de ellos,—dice Ariel.—Y partió gozoso a cumplir el encargo de su señor.

Ya solo Próspero, renunció solemnemente a todas las artes mágicas, de que había por tanto tiempo hecho uso y declaró

que, terminado el último sortilegio que iba entonces a poner en práctica, haría pedazos su vara mágica y echaría su libro en el fondo del mar.

No tardó en volver Ariel, acompañado de Alonso, Sebastián, Antonio, y todo el séquito de cortesanos: al llegar entraron todos, sin sentirlo, en la esfera del sortilegio que les tenía preparado Próspero y quedaron inmóviles, como si fuesen de piedra.

—Quedad aquí; ya estáis bajo la influencia del hechizo, —díceles Próspero.—¡Oh buen Gonzalo, defensor mío y leal servidor de tu amo; voy a recompensarte ahora de palabra y con los hechos! Y a ti, Alonso, aunque tan indignamente te portaste conmigo y con mi hija, cometiendo una mala acción con la ayuda de tu hermano (el cual ya ha expiado su crimen); a pesar de todo te perdono: tú, Antonio, hermano mío, que tan mal te portaste, quedas también perdonado.

Mientras Próspero hablaba, el rey y sus acompañantes fueron poco a poco recobrando los sentidos, pero no reconocieron a Próspero porque iba aún vestido con las ropas de mago.

—Ve a la gruta—dice a Ariel,—y tráeme el sombrero y el espadín, que quiero despojarme de estos vestidos y aparecer como cuando era duque de Milán. Ea, trasgo, vuela; que tu libertad se acerca.

Cumplió gozoso Ariel la orden de su señor, y mientras le ayudaba á vestirse, entonó esta alegre canción:

Yo libo cual la abeja;
Las flores son mi nido,
En él duermo y despierto,
En él vivo tranquilo,
Sin que me atemorice
Ningún siniestro grito.
Cabalgo en el murciélago
Y cruzo el cielo empíreo
Dando, rïente, caza
Al fugitivo estío.
Y en tanto, alegremente
Entre las flores vivo,
Mecido en sus guirnaldas
Y en ellas escondido.

Ordénale entonces Próspero que vaya al barco del rey y que le traiga á su presencia al capitán y al contramaestre.

El pobre anciano Gonzalo estaba grandemente confundido y turbado por tantas y tan extrañas cosas como habían sucedido. «¡Quiera el cielo, exclamaba, que podamos salir de esta isla, que parece ser la isla del terror!...»

—¡Oh Rey!—dice entonces el mago, dirigiéndose al rey de Nápoles,—mírame; yo soy Próspero, el ultrajado duque de Milán. Para asegurarte que el que te habla es un príncipe de carne y hueso, te estrecho entre mis brazos, y a ti y a cuantos contigo vinieron os deseo cordialmente una feliz llegada a esta tierra.

—Pero ¿qué veo?... ¿acaso eres Próspero o un fantasma venido del otro mundo para atormentarme?... ¡Difícil cosa pardiez! —exclama el rey cortado por la emoción.—Tu pulso late como el de cualquier mortal, y desde que te vi, siento por momentos calmarse mi delirio. ¡Ah! desde luego te restituyo el ducado que en mala hora usurpé, e imploro perdón por mi crimen. Pero... ¿cómo puede ser que Próspero viva y se halle aquí?

—Sed bienvenidos, amigos míos—exclama Próspero dirigiéndose a la comitiva.—En cuanto a vosotros (añade señalando al pérfido Sebastián y al duque Antonio), muy bien podría yo, si me pasase por el capricho, haceros incurrir en las amenazas de su Alteza y revelar vuestra abortada traición; pero no quiero en estos momentos perjudicar a nadie descubriéndole.

—El mismísimo Lucifer habla por su boca...,—masculla Sebastián, remordiéndole aún la conciencia de su crimen.

—No;—replica tranquilamente Próspero.—A ti, hombre perverso, (dice, volviéndose hacia su hermano el duque Antonio), te perdono todos tus crímenes, pero exijo que me devuelvas el ducado: naturalmente no tendrás más remedio que devolvérmelo.

—Si sois en realidad Próspero—exclama el rey de Nápoles,—contadnos la manera cómo llegasteis aquí sano y salvo y cómo se explica que nos hallemos aquí reunidos. Tres horas, nada más, hace que naufragamos en estas aguas en donde perdí ¡ay amargo recuerdo! a mi hijo querido, Fernando...

—¡Lo reconozco y me asocio a vuestro dolor!—dice Próspero.

—Es verdaderamente una pérdida irreparable y un tan

amargo infortunio, que ni aun la resignación puede hacerlo llevadero.

—¿Para qué habláis de resignación cuando no la conocéis sino de nombre y ni siquiera habéis acudido á solicitar su ayuda—repuso Próspero;—yo sí que he sentido su eficacia en una pérdida semejante, y ahora vivo tranquilo y resignado con mi suerte.

—¿Qué decís?... ¿una pérdida semejante?...—pregunta el rey.

—Para mí, tan sensible como la vuestra; yo he perdido mi hija.

—¿Vuestra hija?...—exclama Alonso.—¡Qué lástima que no sobrevivan ambos! ¡qué buena pareja para ceñir en sus sienes la corona de Nápoles! Pero decidme, ¿cómo habéis perdido vuestra hija?

—En esa última tempestad—responde Próspero, esforzándose en contener la risa.—Pero, ¿a qué hablar de desgracias? alegrémonos más bien de nuestro inesperado encuentro, y ya que habéis venido hasta el umbral de esta cueva, que es mi corte, por cierto sin gran lujo de criados y servidumbre; voy á obsequiaros como merecéis, y puesto caso que me restituís el ducado, yo os mostraré, en cambio, algo tan precioso como él, si ya no es una verdadera maravilla, la cual os satisfará tanto como a mí la restitución del ducado.

Dicho esto, alzó la cortina que tapaba la entrada de la cueva, y divisáronse Fernando y Miranda, entretenidos jugando una partida de ajedrez.

—Amor mío—decíale Miranda,—no hagas fullerías.

—No, amada mía, no las haré por nada del mundo—respondía Fernando.

—¡Ah! si es ésta una visión de las que se ofrecen en esta isla—murmura el rey de Nápoles,—conformaríame desde luego en perder por segunda vez a mi hijo querido.

—¡Oh maravilla inexplicable!—exclama Sebastián.

«Las olas es verdad que amenazan, pero son también compasivas—», dice Fernando al divisar a su padre.

Y levantándose de su asiento póstrase á sus pies.

—¡Que te colme el cielo de todas las bendiciones de un

amante padre!—exclama Alfonso, loco de alegría al reconocer á su hijo.

Entretanto Miranda no cesaba de contemplar atónita a todos aquellos extraños visitantes, y en su inocencia y entusiasmo no pudo menos de exclamar:

—¡Qué hermoso debe de ser el mundo (desconocido para mí) que tiene tales moradores!

—Y ¿quién es esta joven?—preguntó Alonso a su hijo;—¿es alguna divinidad?

—Nada de esto, señor—respondió Fernando:—es mortal y mía; la tomé por esposa al creer que ya no tenía yo padre en este mundo. Es hija del famoso duque de Milán, cuyo nombre habréis oído tantas veces ensalzar.

Al oir esto el rey de Nápoles dió su bendición a la joven pareja, y el anciano Gonzalo contestó con un afectuoso «Amén.»

En aquel mismo momento llegó Ariel, acompañado del capitán de la fragata real y del contramaestre. Absortos quedaron e inundados de gozo al ver al rey y a sus compañeros. Manifestáronles que el barco se hallaba intacto y sin faltarle pieza alguna de su equipo, ni más ni menos que al hacerse a la vela.

—Señor—murmuró Ariel al oído de Próspero;—todo esto lo hice en un periquete, desde que me separé de vos. ¿No es verdad que me he portado como un hombre?

—A las mil maravillas, diablillo,—respondióle Próspero—y sábete que en recompensa recobrarás pronto la libertad.

Dicho esto ordenóle que fuese a romper el hechizo que tenía atados de pies y manos a Calíbano y sus cómplices. Transcurridos, pues, algunos minutos, volvió Ariel encorriendo a los tres compañeros que iban vestidos con las ropas que robaran de la cuerda. Llegados que fueron a presencia de Próspero y sus huéspedes, exclamó aquél:

—Fijaos, señores, en esos tres personajes: los tres me han robado, y este hijo de hechicera (dijo, señalando á Calíbano), ha conspirado contra mi vida, con esos dos, á quienes es fuerza que reconozcáis como vuestros. En cuanto a este hijo de las tinieblas, confieso que me pertenece.

—¡Tate! pero si ese es Esteban, el borrachín de mi sumiller—dijo el rey de Nápoles.

—Ea, Esteban, ¿qué haces aquí?—preguntóle Sebastián en tono de burla.

—Lo menos que habías pretendido, bribón, era hacerte rey de la isla, ¿eh?—díjole Próspero.

—Menguado rey iba yo a ser—respondió Esteban,—aplastado aún por el escarmiento que acababa de sufrir con sus compañeros de glorias y fatigas.

—Y ¡qué criatura más rara!...—exclamó Alonso al fijarse en Calíbano;—verdaderamente no he visto esperpento mayor en mi vida.

—Y cuenta—repuso Próspero,—que sus costumbres son aún más repugnantes que su persona.—¡Quítate de mi presencia y ocúltate en la cueva, bribón de marca, (dijo increpando a Calíbano); llévate allá a tus compinches, y si quieres alcanzar perdón, ten buen cuidado de adornarla convenientemente.

—Sí; voy a hacerlo—dijo Calíbano.—En adelante seré juicioso y haré todo lo posible para portarme bien. Peor que un burro de reata fuí al ponerme á las órdenes de este borracho.

Y diciendo y haciendo, salió junto con sus seides de la presencia de Próspero, teniéndose por satisfecho de haber salido tan bien librado de su aventura.

Entonces Próspero invitó al rey de Nápoles y a los demás huéspedes, a entrar en la gruta y descansar allí aquella noche: transcurrida la cual, habían de hacerse juntos a la vela con rumbo a Nápoles con objeto de celebrar la boda del príncipe Fernando con Miranda, y desde allí marchar Próspero a su ducado de Milán.

Quedábale empero una orden que dar a Ariel; por lo cual, tomándole aparte le dijo:—A tu cuidado dejo la prosperidad del viaje; procura que el barco del rey navegue viento en popa y llegue pronto al puerto; Ariel, hijo mío, éste es tu cometido: después, vuelve á tu elemento, sé libre como el aire; ¡adiós!

GENTILESHOMBRES DE VERONA



¡EA!, DESPIDÁMONOS YA

Hubo, en otro tiempo, en Verona, dos amigos que se querían entrañablemente: llamábanse Valentín y Proteo. Ambos eran jóvenes y apuestos mancebos, pero de caracteres del todo diferentes, como verá el curioso lector. Valentín era pacífico y honrado, amigo leal y excesivamente bueno y sincero para creer en la traición ajena. Proteo, por el contrario, era ardoroso y apasionado, pero voluble, y se dejaba arrastrar fácilmente de cualquier impulso; siempre tan impaciente para alcanzar lo que de momento deseaba, que no reparaba en los medios, con tal de conseguir el fin que apetecía. A pesar de estas diferencias de carácter, Valentín y Proteo se hallaban muy bien el uno con el otro; pero finalmente las cosas anduvieron de manera que les fué preciso separarse. Valentín no podía permanecer en Verona; quería correr mundo y dilatar sus horizontes.

—El joven que no sale de su tierra, tiene siempre un espíri-

tu mezquino y apocado—decía a Proteo al querer éste persuadirle que permaneciese en Verona.—Si no fuese que estás aquí prisionero de amor, no consentiría que te quedaras, sino que te obligaría a venir conmigo a contemplar las maravillas del mundo. Pero ya que amas, sigue amando y procura ser tan dichoso en tus amores, como quisiera yo serlo, si alguna vez me alcanzaren los dardos de Cupido.

Decía esto porque Proteo estaba, en aquel entonces, locamente enamorado de una hermosa joven de Verona, llamada Julia; y Valentín seguía dando matraca a Proteo hablándole contra el amor, diciendo que es una locura y que sólo el loco se deja coger en sus redes. Muy lejos estaba de pensar que a no tardar, caería también él en la trampa y que había de ser víctima de la perfidia y traición de su amigo.

Proteo, empero, no pensaba más que en Julia, y por nada del mundo hubiera salido de Verona. Despidiéronse afectuosamente los dos amigos, y Valentín tomó el camino de la corte de Milán.

—El va tras el honor como yo tras el amor—dijo para sí Proteo al ver partir a su compañero:—deja a sus amigos para honrarlos más mejorándose á sí mismo. Yo también abandono a mí mismo, a mis amigos y todas las cosas en aras del amor. ¡Ah, Julia, Julia, cómo has cambiado todo mi ser!, por ti olvido el estudio, pierdo miserablemente el tiempo, me rebelo contra los más prudentes consejos, tengo en poco a todo el mundo, mi espíritu pierde sus energías soñando vanamente y mi corazón está enfermo de inquietud.

Metido estaba Proteo en estas reflexiones cuando oyó los gritos de Speed, el bufón criado de Valentín, que exclamaba:

—¡Señor Proteo, Dios os guarde! ¿Habéis acaso visto a mi amo?

—Acaba de partir de aquí y va a tomar el barco para Milán—respondió Proteo.—¿Has entregado ya mi carta á la señora Julia?

—Sí, señor, y por cierto que no me dió gratificación alguna—contestó Speed, despechado porque Julia no le había dado la propina que esperaba.

—Y ¿qué te dijo al recibir la carta?—preguntóle ansiosamente Proteo.

—Nada, señor, hizo un movimiento de cabeza.

—Vamos; dime qué es lo que te dijo Julia,—insistió Proteo.

—Si quisieseis abrir, señor, vuestra bolsa...

—Bueno, ahí va esto por el trabajo que te has tomado. Pero dime, ¿qué es lo que te dijo Julia?

—En verdad, señor, que me parece que no os gana en generosidad—respondió Speed, metiéndose en el bolsillo la moneda que le diera Proteo.

—¿Pues qué? ¿te dió acaso menos que eso?—preguntó Proteo.

—Mucho menos, pues no me dió nada—contestó Speed; y como quiera que tan mezquina fué para recompensar al que le llevaba vuestro corazón con la carta, me temo que va a ser mezquina con vos para no abriros el suyo. Por lo cual os aconsejo que en prenda de amor no le deis sino piedras, pues ella es dura como el acero.

—Pero, ¿es que no te dijo nada?—insistió Proteo.

—Nada, ni siquiera: *Ea, amigo, tomad esto en pago de vuestro trabajo*—respondió Speed porfiando en su resentimiento.—En cuanto a vos, gracias mil por vuestra bondad; pero en adelante llevad vos mismo las cartas. Ahora voy volando en busca de mi amo.

—¡Ve, pues, en hora buena!—exclamó Proteo, cansado ya de tanta impertinencia;—ve a salvar el barco de todo naufragio; a buen seguro que yendo tú a bordo, no correrá peligro el barco, pues estás destinado a morir en tierra firme según eres de machacón.

Y así que hubo partido el insolente criado, dijo, para sí: «Procuraré servirme de otro, a buen seguro que Julia rehusaría mis cartas si hubiese de recibirlas de manos de tan indigno cartero...»

Lo que en realidad sucedió fué que la carta no había llegado a manos de quien debía, pues Speed tomó a Luceta, muchacha de servicio de Julia, por la propia Julia, y a ella se la dió equivocadamente.

Luceta al ir en busca de su señora, hallóla en el jardín

muy pensativa pues estaba ya enamorada de Proteo, aunque ella misma no se daba del todo cuenta de ello. Al recibir la carta de manos de Luceta y decirle ésta que juzgaba que la carta venía de Proteo, fingió un movimiento de cólera y reprendió ásperamente a la muchacha por haberse atrevido a aceptarla.

—Toma de nuevo este papel,—díjole,—y haz que sea devuelto, de lo contrario no te quiero ver jamás en mi presencia.

—El que se mete a patrocinar un amor, bien merece el odio por recompensa,—murmuró Luceta.

Hay que tener en cuenta que la muchacha por los muchos años que servía fielmente en la casa, era tratada mas bien como compañera que como criada de servicio y por lo mismo estaba acostumbrada a manifestar su opinión sin rodeos y con cierta libertad.

—¿No te vas aún?—díjole Julia con tono severo; pero no bien hubo desaparecido Luceta, entróle a Julia el remordimiento y decía para sí:

—¡Qué desatentada estuve al echarla con cajas destempladas de mi presencia, cuando tanta falta me hace! y ¡qué hipócrita he sido al mostrar indignación, cuando mi corazón se recreaba en una secreta alegría! He de vencerme a mí misma y desagraviar á la pobre muchacha: voy a llamarla y le pediré perdón.—¡Luceta! ven; ven acá, Luceta...

—¿Qué manda mi señora?—respondió la doncella.

Al verla de nuevo en su presencia, tomó Julia el aspecto de severidad y reserva de antes y preguntóla:

—¿Es ya hora de comer?

—¡Ojalá lo fuera y que mi señora desahogara su mal humor contra los platos más bien que contra su criada,—respondió con gran soltura Luceta, al tiempo que dejaba caer la carta en el suelo y la recogía con gran cuidado.

—¿Qué es eso que coges cautelosamente?—preguntó Julia.

—Nada.

—¿Por qué te agachaste pues?

—Para coger un papel que se me había caído.

—Y ese papel ¿no es nada?

—No, señora; nada que me pertenezca.

—Déjalo, pues, para quien sea.

Pero Luceta no quería que la carta quedase allí en el suelo, pues su intención, al soltarla, había sido que Julia se enterara de ella. No sabía ella cuán ansiosamente deseaba su seño-



¡Anda, vete y no toques estos papeles!...

ra tenerla en sus manos, pero era demasiado altiva para reconocerlo. Luceta no pudo reprimir ciertas palabras insolentes que le vinieron a la boca, lo cual irritó á su señora, sobre todo al afirmar Luceta que hacía la causa de Proteo.

—¡Basta ya de charla, no tolero tales desplantes!...—dijo Julia con resolución, y rompió la carta echando al suelo los pedazos y diciendo: «¡Anda, vete y no toques estos papeles!...»

—Ella hace como que no le gusta, y lo que ella quisiera fuera tener otra ocasión de incomodarse con una nueva carta,—dijo para sí la sagaz muchacha al retirarse.

—¡Ah! ¡ojalá pudiese yo encolerizarme contra esta carta!—

exclamó Julia al hallarse sola y recoger ansiosamente algunos de los pedazos.—¡Oh viles manos que habéis hecho añicos palabras tan tiernas! ¡Para expiar mi culpa voy á besar cada uno de estos fragmentos! Mira...; aquí dice: amable Julia; mejor diría *cruel* Julia, pues cruelmente me he portado. ¡Oh viento juguetón, no esparzas ni te lleves ninguno de estos fragmentos antes que yo logre reconstituir toda la carta.—Y al decir esto iba recogiendo cuidadosamente los papelitos, acariciándolos con sus manos.

—Señora, la comida está en la mesa y vuestro padre os aguarda—díjole Luceta.

—Vamos pues allá,—respondió Julia.

—¿Y los papeles?—preguntó Luceta:—¿han de quedar acaso en el suelo, como si fuesen cuentos de Maricastaña?

—Si te parece que valen la pena, recógelos.

—No, sino que temo que se van a resfriar—repuso Luceta riéndose á hurtadillas.

—Veo que estás muy celosa de guardarlos—replicó Julia.

—¡Ah señora, vos podéis decir lo que veis!...—dijo Luceta con gran aplomo.—También yo veo las cosas tales cuales son, aunque vos creáis que tengo telarañas en los ojos.

—Ea, vámonos juntas—dijo Julia.

En un principio habíase excusado Proteo de acompañar a su amigo Valentín, pero pronto comprendió que no podría permanecer en Verona. En aquel tiempo era creencia general que para la completa educación de la juventud había que viajar por el extranjero, y en este sentido habló, con gran copia de razones, un tío de Proteo.

—Mucho me sorprende, decía, que su padre le permita pasar la juventud en su tierra natal, mientras otros, inferiores a él en posición, envían á sus hijos al extranjero para que se perfeccionen, cada uno en su profesión, éste en la carrera de las armas, aquél en descubrir tierras desconocidas, otro en terminar o ampliar sus estudios en las universidades. Proteo es apto si no para todas, por lo menos para alguna de estas cosas, y será para él una notable desventaja cuando llegue á ser hombre de posición el no haber viajado.

—No es que no haya pensado en ello, Antonio—respondió el padre de Proteo.—Estoy convencido de que pierde lastimosamente el tiempo y que buena falta le hará la experiencia del mundo, sin la cual no se puede llegar á ser hombre de provecho.

Y convino con su hermano en que lo mejor fuera enviar a Proteo a donde estaba Valentín, o sea a la corte del duque de Milán. Así, pues, dióse orden a Proteo que se aprestase a partir al día siguiente, y de nada sirvieron las protestas del mancebo, el cual estaba cautivo del amor de Julia, aunque, a decir verdad, le consolaba el saber que la joven había ya consentido en corresponderle.

Efectivamente, al momento de partir le dijo Julia poniéndole en su dedo la sortija que ella llevaba:

—Toma este recuerdo de tu querida Julia, y no me olvides en tu ausencia.

—¿Olvidarte? jamás. ¡Sea la primera de mi desventura la hora en que deje de pensar en ti... Toma tú también mi sortija, y sellemos con este trueque nuestro mutuo amor.

Entre tales protestas de amor y fidelidad llegó para Proteo la hora de partir y en efecto partió para Milán, quedando Julia en Verona.

¿QUIÉN ES SILVIA?

Muchas y muy sabias máximas había proferido Valentín al hablar con Proteo, sobre la locura de los que se entregan en brazos del amor, y no podía él pensar que al poco tiempo de su llegada á Milán había de caer en los lazos de Cupido y hallarse en aquella triste situación en que se lamentaba de ver a su amigo. Tenía el duque de Milán una hermosa hija llamada Silvia, de quien se enamoró perdidamente Valentín correspondiéndole la joven de tal manera que privadamente y en secreto se prometieron mutua fidelidad, procurando empero no dar publicidad á sus relaciones para no incurrir en la desaprobación del padre de la joven, el cual favorecía á otro pretendiente llamado Thurio, mancebo rico y de noble alcurnia, aunque libertino y en extremo presuntuoso.

El duque de Milán, conforme al criterio de la época, teníase por señor absoluto de su hija y en consecuencia, con perfecto derecho para imponerle su voluntad en materia de matrimonio como bien le pareciese, sin tener para nada en cuenta las inclinaciones de la joven. No dejaba él de sospechar que se amaban Silvia y Valentín, pues había echado de ver ciertas cosas que la gentil pareja no se recataba de hacer, contando con la ignorancia del padre. Varias veces había estado éste a punto de apartar a Valentín de su corte y por ende de la compañía de su hija, pero temiendo que un celo indiscreto le indujese a error y perjudicase a Valentín sin merecerlo, resolvió no obrar de ligero, sino más bien emplear hábiles recursos para descubrir lo que hubiese de verdad en su sospecha. Por de pronto ejerció gran vigilancia sobre Silvia y temiendo alguna tentativa de evasión por parte de los enamorados, dispuso que se trasladase la habitación de Silvia a una torre sita en lo más alto del palacio y que se le entregara a él la llave de la misma todas las noches.

Así estaban las cosas cuando, con gran regocijo de Valentín, llegó Proteo á la corte de Milán. Llevado de su afecto de sincera amistad, ensalzó Valentín hasta las nubes las prendas y buenas cualidades de su amigo al duque de Milán y a Silvia, y por el amor que Silvia profesaba á Valentín, ésta dispensó á Proteo una acogida muy cariñosa.

¡Ah y cuán mal pago dió Proteo á Valentín por sus pruebas de amistad! A pesar del amor que jurara a Julia, a pesar de su antigua amistad con Valentín; apenas vió Proteo a Silvia, dejóse llevar del ímpetu del amor hacia ella. Ni el sentimiento de fidelidad al amigo, ni los juramentos de amor hechos en Verona a Julia fueron parte para que refrenase aquél su temperamento enfermizo y débil hasta la exageración; al contrario, aflojó las riendas y no miró sino la manera de satisfacer sus ansias amorosas prefiriendo el amor de Silvia al de Julia, aun a costa de la traición y la deshonra.

Su tarea no le debió parecer imposible, sino muy fácil, ya que Valentín, incapaz de sospechar nada malo, había de abandonarse completamente en manos del que consideraba fiel amigo, facilitando más bien inconscientemente los medios de que

el perverso amigo consumara su traición. Con toda la inocencia de que es capaz la buena fe, reveló Valentín a Proteo que, sin saberlo el duque, él y Silvia se habían jurado fidelidad y, más aun, que estaban ya convenidos sobre la hora de su boda y la manera cómo habían de llevar a cabo la fuga del hogar paterno. Como quiera que Silvia dormia de noche en la torre, Valentín subiría allá con una escalera de cuerda y bajarían ambos por la misma: aquella misma noche habían de llevarse a cabo estos planes, y Valentín iba ya a procurarse las cuerdas para hacer la escalera y practicar el asalto.

Escuchó Proteo la relación de los proyectos de su amigo, y el hombre vil y apocado determinó hacer saber al padre de Silvia las maquinaciones de Valentín, pensando, en su vileza, que serían otras tantas facilidades para conseguir el fin que pretendía, pues ya preveía él que Valentín sería desterrado de la corte y con esto se le allanaría el camino para conquistar a Silvia. Bien sabía él que el padre de Silvia favorecía las aspiraciones del pretendiente Thurio, pero poco le daba que temer aquel insulso hidalgo, pues muy a poca costa había de oponerse á sus intentos armándole alguna zancadilla.

No perdió un momento Proteo en poner en práctica sus traidores planes y, en efecto, el resultado fué tan rápido como eficaz. Con fingida repugnacia y aparentando hipócritamente que iba a cumplir con un deber sagrado, manifestó al duque cuanto le había revelado Valentín: hizo dar palabra al duque de que no descubriría su traición y le sugirió además el medio de enredar a Valentín de manera que pareciese que él por sí mismo había descubierto el complot. Efectivamente, siguiendo el duque la indicación de Proteo, llamó aparte a Valentín y le pidió que le indicara el medio más a propósito para raptar a una mujer, recluída y bajo llave para que nadie pudiese penetrar en su habitación, que estaba en lo más alto de un castillo.

—La cosa más fácil del mundo—contestó Valentín. Y no pensando, en su inocencia, que hubiese de por medio zancadilla ninguna, le sugirió el medio de que él pensaba servirse aquella misma noche. Continuó pues:

—Una escalera de cuerda, con unos garfios en el extremo

para colgarla, y escalar la habitación en donde se halla la mujer.

—Pero ¿cómo puedo yo llevar la escalera sin ser notado?

—Muy fácil, señor; llevadla debajo de la capa—respondió Valentín.

—¿Habrá de ser una capa larga como la tuya?

—No, señor duque; cualquier capa sirve para esto.

—Pero ¿cómo habré de llevar la capa?—insistió el duque. Ea, traeme acá tu capa y enséñame prácticamente la manera de ponérmela.

No pudo negarse Valentín a lo que le pedía el duque. Tomó éste de sus manos la capa y halló en ella no sólo la carta en que Valentín decía a Silvia que aquella noche iba á ser la última de su cautiverio, sino también la escalera de cuerda de que iba a hacer uso para su intento.

Desahogó entonces el duque su ira contra el aturdido mancebo, diciéndole:

—¡Anda de acá, vil usurpador, esclavo presuntuoso y atrevido!..—y con una arenga de duras y denigrantes palabras ordenó a Valentín que saliera inmediatamente de la corte y de sus dominios y que no volviera á poner los pies en ellos, si no quería pagar con la vida su temeraria osadía.

TRAIDOR PARA CON SU AMIGO

Apenas el duque de Milán hubo dejado a Valentín y hallándose aún éste bajo el abatimiento en que tal desgracia le sumiera, vino Proteo al duque á garantizarle que la sentencia de destierro había ya sido publicada.

Silvia, á pesar de todo, permanecía fiel y adicta á Valentín, y con gemidos y lágrimas imploraba su perdón postrada á los pies de su padre, pero éste se mostraba implacable, repitiendo que pagaría Valentín con la vida su audacia, si llegaba a poner de nuevo los pies en sus dominios. Es más, encolerizóse contra su hija al ver que abogaba por su prometido, de tal manera, que la mandó encerrar en una cárcel.

El taimado Proteo aconsejaba a Valentín que partiera sin tardanza de Milán, exhortándole a que no perdiera la confian-

za prometiéndole que protegería sus asuntos amorosos y aun ofreciéndose a servirle de intermediario para hacer llegar sus cartas a manos de Silvia. Habiendo conseguido precipitar la



«¡Anda de acá, vil usurpador, esclavo presuntuoso y atrevido!...»

salida de Valentín volvió Proteo a entrevistarse con el duque de Milán para notificarle que se habían ya cumplido sus órdenes.

—Mi hija esta afligidísima por la partida de Valentín—díjole el Duque.

—No importa, señor—replicó Proteo;—el tiempo borrará esta aflicción.

—Así lo creo yo—repuso el Duque;—por más que el señor Thurio no opina lo mismo.—Y en seguida empezó a sondear a Proteo qara que le indicase cuál era el mejor medio para distraer a Silvia del amor que sentía por Valentín y para encauzar este mismo afecto hacia el señor Thurio.

Convinieron ambos en que lo mejor fuera que Proteo no perdiese ocasión de hablar mal de Valentín y a su vez deshacerse en alabanzas del señor Thurio. De esta manera tendría Proteo fácil acceso y la puerta abierta para conversar a sus anchas con Silvia, la cual se alegraría de verle por causa de su amigo.

Parecióle muy bien a Proteo el recurso, pero añadió que no era ello suficiente, sino que Thurio de su parte tenía también que hacer algo para ganar la voluntad de Silvia. Indicó que el mejor medio sería que procurase recrearla con la música y poesía y que para ello, él se encargaba de traer una compañía de músicos que tocasen debajo de la ventana de su habitación. Thurio respondió que pondría en práctica aquel plan aquella misma noche, pues conocía a varios jóvenes diestros en el arte musical y él tenía escrito un canto que sería muy a próposito para el caso. En cuanto al Duque, le pareció muy bien la idea, y les suplicó que llevasen adelante dicho proyecto hasta realizarlo.

Entretanto Julia estaba en Verona, muy triste y desconsolada por la ausencia de Proteo, y sus ansias crecieron de tal manera, que determinó partir para Milán con objeto de tener cerca de sí al objeto de sus amores. Su muchacha de servicio Luceta, que era mujer dotada de gran sentido común, procuró disuadirla de su intento, pero todo fué inútil, pues Julia no escuchó razón ninguna.

—El ansia me devora—decía Julia,—y mucho me temo que la tristeza no acabe conmigo, si he de estar mucho tiempo lejos de Proteo... Si supieses por experiencia lo que es amar con pasión, comprenderias cuán inútil es emplear semejantes razones.

Considerando que en su calidad de joven y bien parecida, había de llamar grandemente la atención el verla viajar sola por el mundo, determinó Julia disfrazarse de paje, y a este

efecto encargó a Luceta que le facilitase cuanto juzgase necesario para representar este papel con toda propiedad y sin que nadie notara la menor cosa. En vano quiso persuadirla Luceta de que, haciendo esto, podría ser que desmereciese del afecto de Proteo.—Además los hombres son variables—decíale—y a menudo fingen un afecto y pasión que no sienten en su interior.

A lo cual Julia respondió indignada que aunque los hombres fueran tales, Proteo no era ciertamente así y que estaba segurísima de que no había de ser burlada su fidelidad.

—Su palabra—decía,—es una escritura y sus juramentos inquebrantables, su amor es sincero, sus pensamientos inmaculados, sus lágrimas puros mensajeros venidos del cielo, su corazón está tan lejos del engaño y la falsedad, como el cielo de la tierra

—¡Quiera Dios que podáis probar ser tal, cuando lleguéis allá!...—dijo la prudente muchacha.

Así, pues, la amante y fiel Julia púsose en camino para Milán. ¡Infeliz y cuitada niña, cuán poco sospechaba el triste recibimiento y acogida que le aguardaba!

¡AY, LA POBRE DAMA TRISTE Y ABANDONADA!

Pronto echó de ver Proteo que el procedimiento empleado para conquistar á Silvia no daba los resultados apetecidos. Había ya sido de primero traidor a la amistad de Valentín y ahora quería traicionar al señor Thurio, pero su segunda traición no había de ser de mayor éxito que la primera. Silvia era demasiado bien nacida para dejarse seducir por un hombre sin palabra; por lo cual, al hacerle protestas de fidelidad, echábale ella en cara su falta de lealtad al amigo ausente, y al alabar su hermosura, recordábale el perjurio que cometiera quebrantando la fe debida a Julia. Pero a pesar de estos reproches, cuanto más rechazado era Proteo, tanto más crecía su admiración y más se encendía su pasión por Silvia. Bien conocía lo indigno de su proceder respecto a Valentín y a Julia, pero faltábale la fuerza de voluntad necesaria para vencer la tentación y dominarse a sí mismo.

Según lo convenido, trajo aquella noche el señor Thurio

una compañía de músicos y se dió una encantadora serenata en los alrededores del palacio del duque de Milán, debajo de las ventanas de la habitación de Silvia.

La letra del canto decía así:

¿Quién es Silvia, la joven que el anhelo
forma de los zagales? Es la pura,
la graciosa y discreta criatura
que admiran de consuno tierra y cielo.

¿Es tan tierna cual bella? Su ternura
iguala a su belleza: el Amor ciego
medicina a su mal buscó y sosiego,
y en los ojos lo halló de Silvia pura.

¡Cantad a Silvia pues! ¡Sea bendecida
la beldad que en su hechizo a los mortales
sobrepuja; y de flores celestiales
tejedle la guirnalda merecida!

No era sola Silvia la que escuchaba aquellos acentos, otro testigo tenía Proteo, sin él saberlo, ni siquiera sospecharlo.

A su llegada a Milán, había hecho Julia indagaciones sobre su infiel amante, y dado éstas tan buen resultado que, el patrón de la casa en donde Julia se hospedara, conocedor de la vida y hechos de Proteo, ofrecióse á llevarla al lugar de la serenata para que viese por sus propios ojos al hombre por quien preguntaba, y así podría ser ella misma testigo de la inconstancia del amante. Efectivamente fué allá disfrazada, como iba, de paje y presenció toda la escena. Allí vió cómo, a pesar de sus juramentos de eterno amor hacia ella, se atrevía ahora a hacer el amor a otra mujer. ¡Pobre Julia! ¡cuán menguado placer había de causarle aquella dulce música y qué mal habían de sonar en sus oídos las notas de amorosa melodía! ¡Cómo contrastaban con el áspero y torturador acento de las palabras del perjuro amante!

—¿Este señor Proteo, de quien hablamos visita acaso muy a menudo a esta joven?—preguntó Julia a su huésped.

—No os diré sino lo que sé de boca de su criado Launce,—respondió el patrón,—y es, que la quiere con delirio.

—¡Tate!.. helos aquí—dijo Julia, amparándose con la sombra para no ser vista; y oyó a Proteo que decía:

—¡Tened ánimo!, señor Thurio, voy a hacer vuestra causa

con tal destreza, que no dudo reconoceréis que soy maestro en el arte de urdir intrigas amorosas.

—¿En dónde nos veremos?—preguntó Thurio, mientras se disponía á partir con los músicos.

—En la fuente de San Gregorio—respondió Proteo.

—Hasta luego pues.

Y quedó solo Proteo. Asomóse en aquel mismo momento Silvia al balcón de su habitación que caía encima del sitio en donde había tenido lugar la serenata.

—Buenas noches, señora—dijo saludándola Proteo.

—Buenas noches, amables jóvenes, y mil gracias por tan dulce música. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con un hombre—respondió Proteo,—cuya voz reconoceríais en seguida, si penetraseis la sinceridad de su corazón.

—¿El señor Proteo, a lo que parece?..

—El mismo, vuestro servidor, noble señora.

—Y ¿cuál es vuestro deseo?

—Cumplir siempre los de vuestra merced.

—Muy justo es el vuestro. El mío es que os retiréis al instante de aquí y que os vayáis a dormir, ¡hombre solapado, falso, perjuro y desleal amigo! ¿Pensáis acaso que soy tan frívola y tan estúpida, que me deje seducir por vuestras lisonjas, sabiendo a cuántos habéis engañado con vuestras vanas palabras? ¡Ea! andad, y dirigíos más bien a la señora de vuestros pensamientos, que yo (lo juro por esta luna que nos alumbra) estoy tan lejos de acceder a vuestra pretensión, que os desprecio por vuestra indigna conducta y aun doy por mal empleado el tiempo que gasto en hablar con vos.

—¿Ignoráis acaso que la joven a quien aludís murió ya?—repuso Proteo.

—Aun suponiendo que así sea—respondió Silvia,—¿acaso no vive Valentín, vuestro amigo, de quien sabéis muy bien que es mi prometido? ¿No os da vergüenza el faltar tan palpablemente a la lealtad de amigo?

—He oído—repuso Proteo,—que murió también Valentín.

—Haced, pues, cuenta—añadió Silvia,—que también yo estoy muerta, pues estad seguro que mi amor le sigue hasta la tumba y está sepultado con él.

—Amable señora, permitidme que lo desentierre y lo saque á la luz del día—dijo Proteo.

—Id más bien a la tumba de vuestro difunto amor y despertadle si podéis, y si no, sepultaos también con él.

—Señora, ya que mostráis un corazón tan duro para mí—replicó Proteo,—por lo menos complaced mi amor dándome vuestro retrato, pues ya que estáis entregada a otro, yo ya no soy sino una sombra, y a la vuestra consagraré mi amor.

—No me avengo en manera alguna—respondió Silvia,—a ser vuestro ídolo; pero ya que sienta bien a vuestro pérfido corazón el admirar a las sombras e idolatrar en vanas formas, enviad mañana por mi retrato y os lo entregaré. Así, pues, quedad con Dios.

—¡Cielos! ¡Qué noche voy a pasar! Ni más ni menos que la del reo que está en capilla—dijo Proteo.

La pobre Julia oyó toda la conversación que habían tenido su perjuro amante y Silvia. Ya no era posible dudar por más tiempo de su mala fe; pero como su amor era profundo y sincero, no pudo convencer a su corazón para que se determinase a aborrecer a aquel hombre y abandonarle para siempre. Todo esto sucedía estando Proteo de huésped en Milán, en la misma casa en que Julia se había hospedado; pero como quiera que andaba tan preocupado con la comedia que estaba representando, no se le ocurrió que aquel extraño joven, llamado Sebastián, pudiese ser la propia Julia, que él suponía estar en Verona. Sin embargo, algo había en él que le llamaba la atención: sus maneras distinguidas y su aspecto de joven honrado y fiel le indujeron a tomarle como paje, substituyéndolo a Launce, cuyo carácter ligero y cuyas bufonadas habian, más de una vez, puesto en ridículo a su señor.

LO QUE SUCEDIÓ EN EL BOSQUE

Triste era por demás la situación de la cuitada Silvia: su amante, desterrado de Verona; ella, reducida a un duro encierro por su hosco y déspota padre, y, como si esto no fuera suficiente, amenazábale el obligado enlace con un pretendiente a quien detestaba de corazón. ¿Qué remedio podía esperar a

tanto infortunio? Difícil era hallarlo; pero no por esto perdió la esperanza, ni se abatió de espíritu.

Había, en aquel entonces, en la corte de Milán, un caballero, amigo suyo, en quien ella podía confiar, llamado Eglamor; hombre prudente, compasivo, servicial, que sabía también de penas y tristezas, pues había perdido á su amorosa y fiel compañera, y la herida de su corazón no se había aún cicatrizado.

A él, pues, acudió Silvia en su apuro, manifestándole cuán ansiosa estaba de ver á Valentín y cómo se había propuesto partir a Mantua, en donde sabía que se hallaba aquél; pedíale, pues, que la acompañase en el viaje por ser los caminos muy peligrosos, pues en su lealtad y caballerosidad fiaba. No dejó de comprender el caballero lo delicado del caso; pero compadecido de la desgracia de la dama y reconociendo que el duque obraba inhumanamente al obligar a su hija a contraer matrimonio contra su voluntad, accedió el señor Eglamor, y tomaron el acuerdo de ponerse en camino aquella misma tarde.

Apenas se había separado Eglamor de Silvia, cuando recibió ésta un recado de Proteo reclamándole el retrato que le prometiera la noche de la serenata. Poco pensaba Proteo que el que mandaba con este encargo era la propia Julia, aunque disfrazada bajo la forma del nuevo y advenedizo paje. Y no fué sólo el encargo del retrato lo que le confió, sino que además le dió una sortija para que la entregara a Silvia, aquella mismisma sortija que como prenda de amor recibiera de manos de Julia al despedirse de ella en Verona y sobre la cual tantos juramentos de amor y fidelidad hiciera...

Horrible fué aquel golpe para el corazón de Julia, ó digamos Sebastián (pues éste era el nombre que había tomado), y tremenda la lucha que se entabló en su espíritu; pero siguiendo adelante en sus propósitos, cumplió fielmente el encargo. En cuanto a Silvia, a pesar de la repugnancia que le causaba el proceder desleal de aquel amante intruso, entregó el retrato porque no podía negarlo después de haberlo prometido; pero ni quiso leer la carta, ni aceptar la sortija.

—Señora—dijo amablemente Sebastián;—mi señor os manda esta sortija.

—¡Una infamia más del que os envía!..—respondió Silvia.—

Yo misma he oído mil veces de su boca que esta sortija se la dió Julia al despedirse en Verona. ¡Si el perverso caballero profanó con su dedo esta sortija, no voy yo a hacer con el mío tamaña ofensa á Julia!

Julia quedó profundamente conmovida y su corazón agradecidísimo por la generosa simpatía de Silvia, sobre todo cuando ésta le preguntó por Julia, manifestándole cuánto se interesaba por ella y la compasión que le inspiraba.

—¡Pobre joven, triste y abandonada!—dijo Silvia.—¡Verdaderamente es digna de lástima su situación!... Ahora bien, toma, noble mancebo, esta bolsa de dinero; te hago este obsequio en gracia de tu señora, pues veo que también tú la amas. Adiós.

—Ella os dará las gracias, si es que llega á tener la dicha de conoceros— exclamó Julia mientras Silvia se retiraba con su servidumbre.—¡Oh virtuosa joven, qué bella y amable es! ¡No dudo de que el entusiasmo de mi señor se resfriará al ver lo mucho que se interesa por el bien de mi señora.

Y volvió algo más consolada, á presencia de Proteo.

. . . .

Por su parte Silvia huyó aquella noche de Milán en compañía del señor Eglamor, tal como habían convenido. La noticia empero llegó a oídos de su padre, quien inmediatamente se puso en marcha para perseguirlos, acompañado de Thurio, Proteo y Sebastián. Sucedió que, al atravesar un peligroso bosque, el señor Eglamor y Silvia cayeron en manos de unos bandidos. Eglamor hizo cuanto pudo por escapar de ellos, pero no pudo evitar que cayera en sus manos Silvia, la cual fué llevada a presencia del capitán, al propio tiempo que llegaba Proteo para rescatar, no sin grandes dificultades, a la cautiva.

Ahora bien, el jefe o capitán de aquella partida no era otro que Valentín, quien en su viaje a Mantua había caído prisionero de aquellos salteadores, los cuales reconociendo en él a un joven honrado y valiente, le nombraron jefe de su banda. El por su parte, viendo que no se trataba de facinerosos, sino más bien de jóvenes expulsados de Milán por sus travesuras y a quienes el deseo de correr aventuras había inclinado a

seguir aquel modo de vida, consintió en ser uno de ellos, diciendo:

—Acepto vuestra oferta, y seré uno de vosotros; pero siempre con la condición de no injuriar a las mujeres ni molestar en nada a los pobres caminantes.

—No hay que hablar de esto; detestamos tales fechorías —dijo uno de ellos;—por lo cual, está tranquilo y ven con nosotros confiadamente. Vamos a presentarte a los otros compañeros, te mostraremos nuestros tesoros, y de todo lo nuestro puedes disponer a tu antojo.

El día de la aventura de Silvia, quiso la suerte que Valentín se hallase solo en el bosque al pasar por él el señor Eglamor y la fugitiva, y que viese, oculto detrás de unos matorrales, cómo Proteo, se acercaba, acompañado de Silvia y el pajecito Sebastián.

—Señora—oyó que decía Proteo; servicio es éste que os hago a vos y por vos únicamente he puesto en peligro mi vida, aunque sé muy bien que no vais a tener para nada en cuenta lo que por vos haga vuestro siervo. Sin embargo, una recompensa espero de vos, y ésta es una dulce mirada. No puedo pediros merced más pequeña, y estoy seguro de que no podéis darme otra inferior a ésta.

—¡Cielos! ¡qué villanía!... ¿será esto un sueño?...—dijo para sí Valentín, espantado de la traición de su amigo. Procuró empero calmar su espíritu y esperó pacientemente a ver cómo terminaba aquella escena.

—¡Ah y qué desdichada soy!—murmuró Silvia.

—¡Y yo más infeliz aún!—repuso aparte el pajecito.

—¡Más me hubiera valido—exclamó Silvia—caer en las garras de un hambriento león, o ser devorada por una bestia salvaje, que no que el falso Proteo viniese a rescatarme!... ¡Oh cielos, sedme testigos del amor que profeso a Valentín, cuya vida me es tan querida como mi propia alma! ¡A la medida que mi corazón le idolatra, detesta al falso y perjuro Proteo! ¡Ea pues (increpa a Proteo) idos de mi presencia y no me importunéis más!

Viendo Proteo que las palabras dulces y los halagos no podían nada para conquistar el corazón de Silvia, airado, asió

bruscamente de ella; al ver lo cual saltó Valentín y tocándole en la espalda le dijo:

—¡Miserable!... ¡suelta!... ¡aparta esas brutales manos, indigno y falso amigo!

—¡Valentín!...

—¡Hombre mal nacido! ¡amigo desleal!—prosiguió Valentín, desfogando su coraje contra aquel villano.—¡Ah traidor, tú has frustrado todas mis esperanzas!; menester era que lo viese con mis propios ojos para creerlo. Ahora ya no puedo decir que tengo un amigo en este mundo; tú me has probado lo contrario; ¿con quién pues podré confiar, si el más allegado y más intimamente unido conmigo es mi perjuro? ¡Proteo!, gran pena me da el pensar que no puedo tener confianza en ti: tú eres la causa de que me considere, de hoy en adelante, en el mundo, como un extranjero, desconocido de todos sus semejantes: la herida más profunda es la que abre en el corazón un amigo, y el amigo infiel es el peor de los enemigos.

Los justos reproches de Valentín hicieron mella en el ánimo de Proteo, ya de suyo impresionable: en su remordimiento imploró el perdón del amigo ofendido y éste fué tan noble y generoso, que perdonó la ofensa: es más, en el impulso del momento, le ofreció hacer renuncia á su favor, de los derechos que sobre Silvia tenía. Al pensamiento de que iba a perder para siempre a Proteo cayó Julia al suelo desvanecida.

—Mira este joven cómo se ha caído—dijo Proteo.

—¿Qué os pasa, joven?—exclamó Valentín;—¡ea! mirad, hablad, decidnos lo que tenéis.

—¡Ah señor!—exclamó el pajecito;—mi amo me encargó que trajese una sortija a la señora Silvia, y ahora me doy cuenta que he dejado de cumplir el encargo.

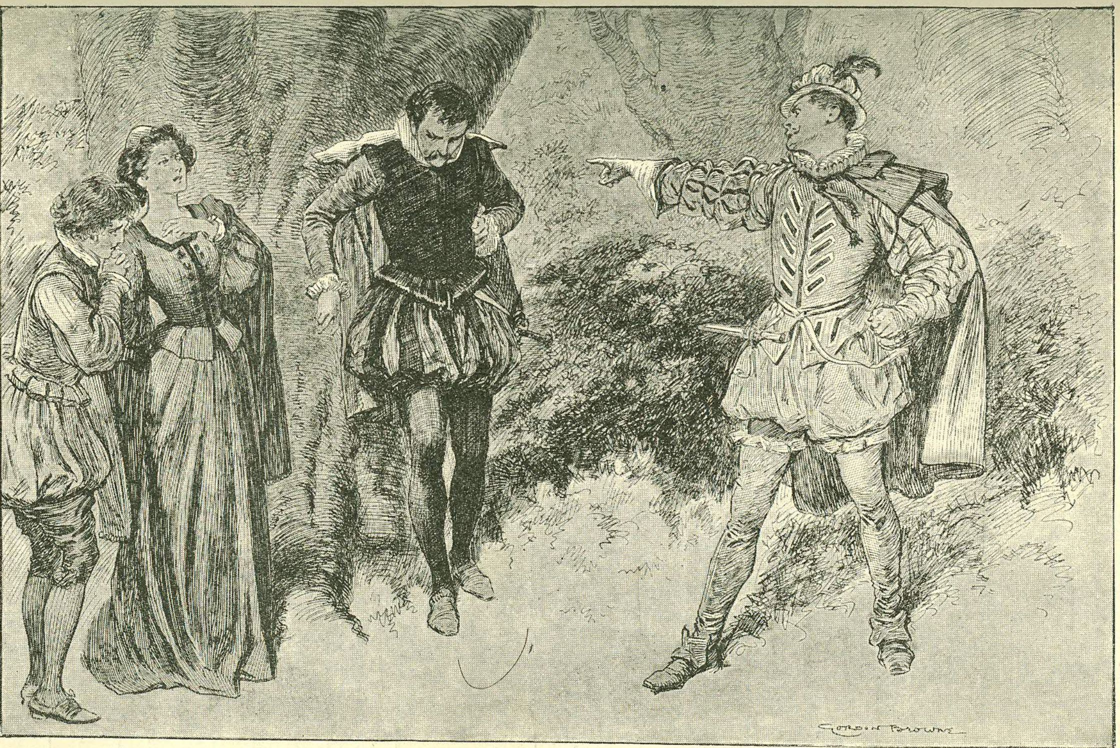
—Y ¿dónde está la sortija?—preguntó Proteo.

—Hela aquí; ésta es.

—¿Cómo?...—replicó Proteo;—si ésta es la sortija que yo di a Julia al despedirme de ella en Verona.

—¡Oh! perdón, señor; me había equivocado,—dijo Julia, haciendo como que volvía de su error y sacando otra sortija;—ésta es la sortija que vos enviasteis a Silvia.

—Pero ¿cómo habéis obtenido esta sortija—preguntó Pro-



«¡Ah traidor, tú has defraudado todas mis esperanzas!»

teo fijándose en la primera.—¡Si es la que entregué a Julia al salir de Verona!...

—Sí, y la misma Julia me la entregó a mí y la propia Julia es quien aquí la ha traído—respondió el paje.

—¿Cómo?... ¡Julia!...

—Reconoce finalmente en mí, ¡oh Proteo!, a la que fué objeto de tus muchos juramentos, que ella conservó tiernamente grabados en su corazon—exclamó Julia quitándose el disfraz: —¡cuántas veces, oh Proteo, has querido arrancarlos con tus perjurios! Avergüénzate de verme vestida de esta manera; avergüénzate de pensar que me ha sido preciso vestirme con este traje impropio de mi sexo y aun deshonroso, si es que puede jamás serlo el disfraz inspirado por el amor: en el concepto del pudor, es mucho menos vergonzoso para una mujer el cambiar de vestido que para un hombre el cambiar de sentimientos.

—¡Ah! ¡cambiar de sentimientos!...—repitió por lo bajo Proteo, víctima de los remordimientos de su conciencia.—¡Oh y qué verdad es ésta!

—¡Ea!—exclamó Valentín;—dadme ambos la mano, que quiero yo tener la dicha de contribuir al feliz término de vuestras contiendas. ¡Lástima fuera que dos corazones que tanto se aman, estuvieran por más tiempo enemistados!

—Al cielo pongo por testigo—exclamó Proteo,—que no deseo otra cosa.

—Y yo no menos;—repuso Julia.

Y es de creer que el tornadizo mancebo guardó en adelante fidelidad á su dama.

Así estaban las cosas cuando llegaron los bandoleros llevando cautivos al duque de Milán y al señor Thurio.

—¡Compañero!—exclamaron al divisar á Valentín—¡una presa, una buena presa!...

—¡Alto, amigos!—repuso Valentín;—soltad la presa; es mi señor, el duque de Milán.—Y dirigiéndose al duque, añadió:—Bien venido seáis, señor, a la presencia de un desdichado a quien desterrasteis de vuestros dominios.

—¡Señor Valentín!...

—Y aquí está Silvia, y Silvia me pertenece—interrumpió el señor Thurio adelantándose.

—¡Atrás!—increpóle Valentín,—¡atrás, si no queréis pagar con la vida vuestra osadía! No digáis que Silvia es vuestra. Aquí está ella; pero no la toquéis a un hilo de la ropa, si queréis regresar sano y salvo a Milán.

—Señor Valentín—respondió Thurio acobardado;—no me preocupo ya de ella. Loco me parecería quien expusiese su vida por una joven de la cual no es correspondido; no pretendo pues que sea mía, quedaos vos en buen hora con ella.

—Esto no te hace menos cobarde, ni te excusa en manera alguna, de abandonarla tan fácilmente, después de lo mucho que hiciste por conquistarla y obtener su mano—dijo el duque indignado.—Ahora,—prosiguió,—¡oh Valentín! por la memoria y honor de mis antepasados rindo homenaje a tu valor; eres verdaderamente digno del amor de una emperatriz. Desde ahora te doy palabra que olvido todos los disgustos que me has dado y que no te guardaré rencor ninguno. Valentín, eres un caballero y como a tal, te entrego a Silvia; tuya es, porque te la has ganado.

—¡Gracias mil, magnífico señor; es un don éste que me hace verdaderamente feliz! Ahora, por el amor de vuestra hija voy a pediros un favor.

—Pide lo que quieras—respondió el duque;—no puedo negarte cosa alguna.

—Ved a todos esos mis compañeros de aventuras; son unos desgraciados como yo mismo, desterrados de su patria por intemperancias propias de la juventud, pero en su interior personas honradas y dispuestas a llevar una vida de trabajo y una conducta irreprochable, si vuestra benignidad les perdona y levanta el castigo bajo el cual gimen lejos de su patria.

Concedió el duque, de buena voluntad, el perdón a aquellos infelices, quienes regresaron gozosos á Milán, en donde se celebraron las alegres fiestas de dos bodas, a cual más interesante. La de Valentín con Silvia y la de Proteo con Julia.

MÁS ES EL RUIDO QUE LAS NUECES



DOÑA DESDENES

De fiesta estaba la ciudad de Mesina por la noticia de haberse puesto fin a la guerra, y de que el victorioso príncipe de Aragón, D. Pedro, iba a hacer en ella su entrada triunfal. Envió éste un mensaje al gobernador Leonato para que aguardase su pronta llegada, y Leonato en persona, acompañado de su hija Hero y su sobrina Beatriz, salió a recibir al mensajero del príncipe, preguntándole con gran interés por la salud de sus amigos.

—Y ¿cuántos guerreros hemos perdido en esta campaña?—preguntó Leonato.

—Alguno que otro, pero ninguno de gran fama,—respondió el mensajero.

—Por esta carta veo—prosiguió Leonato—que D. Pedro dispensó grandes honores a un mancebo florentino, llamado Claudio.

—Sí por cierto y que se portó como valiente, pudiendo ponérsele al lado del propio D. Pedro—respondió el mensajero.—Claudio se ha puesto a mayor altura de la que podía esperarse de su edad: bajo el aspecto de manso cordero, ha tenido arranques de valeroso león.

Oyendo tan grandes alabanzas del joven florentino, sintió Hero (la hija del gobernador), inundarse su alma de alegría, aunque se limitó a sonreir y sus mejillas se colorearon de satisfacción.

—Decidme—preguntó entonces Beatriz, la sobrina del gobernador (la cual vivía en casa de su tío y era la íntima amiga y compañera de su única hija)—el señor Mountanto ¿ha vuelto también de la guerra, ó fué víctima del hierro enemigo?

—No conozco a nadie de este nombre, señora—respondió el mensajero, con mirada confusa y algo corrido;—no sé qué haya en el ejército quien así se llame.

—¿A quién te refieres, sobrina?—preguntó Leonato.

—Quiere decir, mi primo, el señor Benedicto de Padua; sugirióle Hero.

—¡Oh!, éste sí que ha vuelto y tan divertido y jovial como siempre,—responde el mensajero.

—Decidme ahora por favor, ¿cuántos hombres ha matado y se ha comido el tal?—pregunta Beatriz en tono de chanza. —Pero primero quisiera saber a cuántos ha muerto, pues al irse a la guerra, yo prometí comerme a todos los que él matase.

—A fe mía, sobrina, que tratáis con harta dureza al señor Benedicto,—dice Leonato; a buen seguro que va a haceros quedar mal; no dudo de ello.

—Estad cierta, señora—dice el mensajero—que el tal ha prestado excelentes servicios en la campaña.—Y continuó haciéndose lenguas del valor y de las nobles cualidades del hidalgo; pero Beatriz no parecía tomar en serio nada de lo que oía; de todo hacía plato para chancearse.

—No vayáis a juzgar mal a mi sobrina—dijo Leonato (dirigiéndose al mensajero).—Lo que hace, tiene su explicación en la porfía que existe entre ella y el señor Benedicto; no pueden hallarse juntos, que no surja entre ellos una verdadera lucha de ingenio.

En esta conversación estaban, cuando llegó el príncipe de Aragón, con su séquito de hidalgos y caballeros. Leonato dióles una afectuosa bienvenida. El conde Claudio y el señor Benedicto eran antiguos amigos, pues habían estado juntos al

servicio del gobernador en su palacio. Ya antes de partir á la campaña, Claudio había mirado más de una vez con simpatía a Hero: en cuanto a Beatriz y Benedicto, pretendían tenerse mutuamente grande antipatía, pero (¡cosa extraña!) en vez de huir de las ocasiones de hablar y comunicarse, aprovechaban todas las que se les ofrecían para dar matraca el uno al otro tan a porfía como les era posible.

En la ocasión presente, no le faltó a Beatriz materia para provocar a Benedicto: tomó ocasión de una broma que él hiciera a D. Pedro y Leonato, y allí empezó la contienda.

—Maravíllome, señor Benedicto—díjole Beatriz,—de que sigáis hablando aún; ¿no veis que ya nadie os escucha?

—¡Hola!, señora Desdenes, ¿vos por aquí?; creí que habíais desaparecido del mundo de los vivos.

—¿Cómo puede ser que muera el Desdén, teniendo por constante alimento de su vida al señor Benedicto?—dijo Beatriz.—La Cortesía misma, se trocaría en desdén, de sólo llegar vos a presencia suya.

—¿Según vos, pues, la Cortesía es una veleta de campanario? Lo cierto es que cuento con la simpatía de cuantas damas trato, excepto vos; y en verdad que quisiera tener un corazón algo más sensible, pues en realidad, no amo a ninguna de ellas,—dijo orgullosamente Benedicto.

—¡Gran fortuna ésta para las damas. De lo contrario, ¡qué importuna *seguidilla* tendrían que aguantar!—dijo Beatriz.—Gracias al cielo, yo siento como vos en este particular; prefiero oir a mi perro ladrar a la luna, que a un hombre jurar que me ama.

—¡Que Dios os conserve, señora, tal sangre fría!—díjole sumisamente el hidalgo:—así, más de un caballero escapará del peligro de sentirse arañar el rostro.

Sentábale muy bien a Benedicto chancearse siempre con el amor y tomárselo á broma; no así al joven Claudio, el cual, por su temperamento exaltado y pronto a apasionarse, no se avergonzaba de confesar su amor hacia la señora Hero, y con la favorable ayuda del príncipe de Aragón obtuvo no sólo el consentimiento de la joven, sino también la aprobación del padre

de ella. Fijóse la boda para un día de la próxima semana, y el único tormento que tuvo que sufrir el impaciente mancebo, fué la lentitud con que pasaban aquellos días.

Por lo demás, no desperdició Benedicto esta ocasión para chancearse, como era su costumbre, y efectivamente dió suelta a su jovial y alegre inventiva, al pronosticarle D. Pedro y Claudio que también a él le tocaría el turno.

—Antes que me vaya de este mundo—dice D. Pedro,—aun espero veros palidecer y desmedraros de amor.

—¡Qué equivocado andáis D. Pedro!.. podré enflaquecer de rabia, de enfermedad ó de pena; pero de amor... jamás—afirma Benedicto.

—Bueno: así sea, y si algún día faltareis a vuestra promesa, se os citará como una poderosa confirmación de lo que vamos diciendo.

—Si así fuese—replica riéndose Benedicto,—que me cuelguen como a un gato y hagan todos blanco en mi cuerpo.

—El tiempo por testigo—dice D. Pedro;—«al toro más cerril el tiempo le somete al yugo.»

—Posible es que el toro montaraz se someta al yugo; pero si esto sucediese al tierno Benedicto, arranquen en buen hora al buey los cuernos y clávenlos en mi frente; píntenme en grotesca figura y debajo de ella en letras muy gordas, por el estilo de aquellas en que se pone: *Alquílase un buen caballo*, pongan esta inscripción: «Aquí veréis a Benedicto, al hombre casado.»

La rotunda aseveración de Benedicto, de que no caería jamás en los lazos del amor y que no se casaría, y la chanza de Beatriz sobre el mismo tema, hicieron concebir a D. Pedro una maliciosa idea, que no le pareció poco a propósito para pasar divertida la semana que faltaba antes de la boda de Claudio con Hero.

—Os garantizo que no va a pasar en balde el tiempo—dijo a Leonato y Claudio.—Mientras aguardamos tan fausto día, acometeré una empresa digna del valor de Hércules, y será encender el fuego de la pasión en el señor Benedicto y la señora Beatriz. Difícil cosa será, pero posible; y no dudo de conseguirlo, si los tres me prestáis vuestra ayuda.

—Señor, contad conmigo incondicionalmente, aunque preciso me sea perder diez noches seguidas—dice Leonato.

—Lo mismo digo yo—afirma Claudio.

—Por mi parte, señor—dice la hermosa Hero,—haré cuanto pueda para hacer de mi primo un buen esposo.

—A mi parecer, Benedicto no es el marido que ofrece menores esperanzas,—añade el Príncipe.—Al decir esto le hago justicia porque es de noble familia, valeroso a toda prueba y de una honradez acrisolada. Yo os instruiré de cómo os las habéis de componer para hacer caer a vuestra prima y que quede prendada de Benedicto: por lo que a éste toca, yo, con la ayuda de Leonato y Claudio, le trabajaré de manera que, a pesar de su vivo ingenio y temperamento enojadizo, caiga en la trampa y se enamore de Beatriz. Si esto logramos, Cupido ya habrá dejado de ser el arquero por excelencia; su gloria será nuestra, y seremos nosotros los dioses del amor. Venid conmigo y os describiré el plan que he concebido.

UN VILLANO DE BUENA FE

Ahora bien, entre los caballeros del séquito del príncipe de Aragón, había uno cuya manera de ser difería grandemente de la de Claudio y Benedicto. Este era D. Juan, hermanastro del príncipe, hombre intratable, envidioso y suspicaz. A nadie prodigaba su afecto; pero sentía una aversión especial a su hermanastro y tenía un vivo rencor hacia el florentino señor Claudio por ser éste el favorito del príncipe. D. Juan había hecho por largo tiempo ruda oposición a su hermano, pero últimamente habíase reconciliado con él, y de su conducta dependía que continuase por el camino del favor y prosperase, o que cayese de nuevo en la desgracia. D. Juan empero no tenía interés en acentuar su adhesión a la causa del príncipe, y así, aunque sus criados Borachio y Conrado le aconsejaban que ocultase sus resentimientos y tomase parte activa y sincera en los regocijos, D. Juan lo rehusó sin ambages, diciendo:

—Más quisiera yo ser vil gusano de la tierra, que rosa abierta en honor de mi hermano. Mucho mejor me siento vién-

dome despreciado de todos, que no amoldando mi conducta para captarme las simpatías por medio de la vil adulación o el fingimiento. Así como nadie podrá decir de mí, que soy un buen adulador, así tampoco habrá quien me usurpe el mérito de ser un enemigo franco y descubierto. Se tiene confianza en mí, pero amordazado; se me deja en libertad, pero atado de pies y manos; por esto he resuelto no cantar ya más dentro de la jaula. Si me quitasen la mordaza, mordería de firme y si fuese libre, haría lo que me viniese en gana. Entretanto déjeseme ser cual soy, y no intente nadie cambiar mi carácter.

La noticia de que el apuesto joven Claudio iba a contraer matrimonio con la hija del gobernador de Mesina, sacó de quicio a D. Juan.

—Este advenedizo—dijo D. Juan,—tiene la culpa de que yo haya caído en el abismo en que me hallo; así, pues, si puedo atravesarme en su camino, me tomaré el desquite a maravilla y con gran placer mío.

Sus dos criados Borachio y Conrado, tan malvados como su propio amo, pusiéronse incondicionalmente a sus órdenes para ejecutar cualquier plan de venganza que él propusiese, y poco tardó Borachio en acudir a él diciéndole que ya había dado con un medio infalible para estorbar la boda de Claudio.

—Un obstáculo, un impedimento, sea el que fuere, bastará a quitarme el peso que llevo encima y me oprime cual losa de plomo,—dice D. Juan.—Enfermo estoy de pura aversión a este hombre, y cuanto se opusiere al logro de sus deseos, secundará los míos. ¿Cuál es el recurso que tienes para impedir esta boda?

—Muy sencillo, señor, aunque nada noble, pero tan encubierto, que, aunque se descubriere no se me podrá jamás tachar de rastrero ni cobarde o mal nacido—dice Borachio.

—Dime pronto cuál es.

—Si mal no recuerdo, di, hace un año cuenta a vuestra merced, de los favores de que soy objeto de parte de Margarita, la doncella de Hero.

—Sí, lo tengo presente—dice D. Juan.

—Bueno, pues a la hora que yo quiera de la noche, puedo hacer que Margarita esté a la ventana de la habitación de su señora.

—Y ¿qué ves tú en ello—pregunta D. Juan,—que pueda ser bastante para estorbar el matrimonio?... ¿tan activo te parece este veneno para matar la boda?

—A vuestra merced incumbe preparar este veneno. Id a vuestro hermano el príncipe y decidle que ha comprometido gravemente su honor dando su consentimiento al ilustre Claudio (y cuidad de ponerlo en las nubes fingiendo tenerlo en grande estima) para casarse con una mujer como Hero, la cual tiene otro amor.

—Y ¿cómo probaré mi aserto?—pregunta D. Juan.

—Con un hecho palpable y bastante—dice Borachio,—para de un solo golpe, sorprender la buena fe de vuestro hermano, torturar a Claudio, perder a Hero y matar a Leonato. ¿Os parece poco el resultado?

—Con tal que logre torturarlos, no me detendré ante cualquier cosa por ariesgada que sea—responde D. Juan.

—¡Ea pues!—dícele Borachio,—buscad una ocasión para hallar solos a D. Pedro y al conde Claudio, y aseguradles que Hero está enamorada de mí: fingid que no os mueve otra cosa que el celo por el buen nombre, tanto del príncipe, como de Claudio; afirmad que hacéis esta revelación no sólo por el honor de vuestro hermano que ha preparado este enlace, sino también por la honra de su amigo, cuya buena fe se intenta sorprender dándole por esposa a una mujer indigna de él. A buen seguro que no van a dar fe a vuestras palabras si no trajereis una prueba convincente: para ello rogadles que, la noche antes de la boda, se pongan cerca de a donde da la ventana de Hero. Yo entretanto arreglaré las cosas de manera que vean a Margarita hablarme a mí llamándome Borachio; y yo la llamaré a ella Hero: la prueba de la infidelidad de Hero será tan concluyente que Claudio quedará convencido y todos los preparativos de la boda se suspenderán y ésta no habrá lugar.

—Sea cual fuere el resultado de la estratagema, voy a poner en práctica tu plan—dice D. Juan.—Por tu parte haz cuanto creas conducente para el buen éxito de la empresa, y cuenta con mil ducados de recompensa.

—Haced vos bien el papel de acusador, que el de muñidor corre de mi cuenta,—responde Borachio.

LA ACERADA FLECHA DE CUPIDO

Paseábase solo Benedicto en el jardín de Leonato, diciendo para sí:

«No concibo cómo un hombre que ve por sí mismo cuán insensato es el que se somete al imperio del amor, pueda, enamorándose de una mujer, caer en la insigne locura que él ha ridiculizado tantas veces en los demás: tal, a mi ver, es Claudio. Conocíle (lo recuerdo muy bien) cuando no había para él música más deliciosa que el pífano y el timbal, mientras que ahora prefiere el tamboril y el caramillo; conocíle cuando hubiera andado con gusto diez millas a trueque de poder contemplar una buena armadura, mientras que ahora pasará diez noches de claro en claro estudiando y combinando la manera de cortar un jubón. Su modo de hablar era ordinariamente liso y llano, a guisa de hombre honrado y además militar, mientras que ahora está hecho un pedante; su conversación semeja un fantástico banquete, con tan variadas palabras, como platos. ¿Es posible que viendo yo ahora con serenos ojos este cambio en el espíritu ajeno, sufra yo más adelante semejante metamórfosis? No puedo decirlo; no lo creo; no juraría empero que el amor no me transforme en ostra, de la noche a la mañana; pero lo que juro es que antes de convertirme en ostra, no me hará caer el amor en tal abismo de locura. ¿Tal mujer es bonita? Bueno. ¿Tal otra es prudente? Mejor. ¿Tal otra es virtuosa? Mucho mejor. Pero mientras todas estas gracias no se hallen juntas en una mujer, no habrá mujer alguna que me cautive el corazón. Si así fuere, esta mujer habrá de ser rica (por supuesto), prudente y virtuosa, de lo contrario no querré saber de ella: bonita; si no, no la miraré jamás a la cara: amable, pues de no ser así, no me acercaré a ella: noble; si no, no la tomo, así sea un angel; ha de ser graciosa en el hablar y excelente música: en cuanto a sus cabellos, serán del color que Dios disponga. ¡Ah! he aquí al príncipe nuestro señor. Voy a esconderme detrás de esta glorieta.

Y escondióse prontamente Benedicto, al ver que asoma-

ban D. Pedro, Claudio y Leonato, acompañados de algunos músicos.

—¡Ola!, vamos a ver si nos recreáis con alguna buena música—exclama D. Pedro sentándose en un banco que cerca de la glorieta había.—Mirad a dónde ha ido a esconderse Benedicto—añade en voz baja, dirigiéndose a Claudio.

—Bien, bien, señor mío—responde Claudio:—cuando la música haya terminado, le daremos en qué entender.

—Ven, Baltasar—dícele D. Pedro;—repite esta canción.

Por lo cual empezaron a rasguear las cuerdas de sus instrumentos, y Baltasar cantó:

Basta de suspiros, señores, basta;
Siempre el engaño distinguió a los hombres;
Un pie puesto en el mar y otro en la arena,
Es la inconstancia su inherente dote.
Basta de suspirar; dejadlos quietos,
Ya la alegría a vuestras almas torne
Y a vuestros ayes de dolor sucedan.
Regocijadas voces:
Tra-ra-lá, tra-ra-lá.
No cantéis ya más lugubres cantos
De pesadas y estúpidas penas:
Siempre fueron falaces los hombres,
Siempre verde será primavera.
Basta de suspirar; dejadlos quietos,
Ya la alegría a vuestras alma torne,
Y a vuestros ayes de dolor sucedan.
Regocijadas voces
Tra-ra lá, tra-ra-lá.

—¡Bravo!—exclama el príncipe;—por mi vida, que es ésta una bonita canción. Baltasar, ya puedes ingeniarte para procurarnos una buena orquesta para mañana por la noche, pues queremos que toque debajo de la ventana de Hero.

—Haré cuanto pueda por conseguirlo, señor—responde Baltasar.

—Muy bien, adiós... Eh, Leonato; ¿no me dijiste el otro día que Beatriz estaba enamorada del señor Benedicto?—continuó D. Pedro, al retirarse la banda de músicos.

—Ea, adelantémonos un paso—dice Claudio al oído a don Pedro; pronto cazaremos al pájaro.—Y levantando la voz para

que Benedicto lo oyera, añadió: —Jamás hubiera yo creído que esta mujer pudiese prendarse de un hombre...

—Ni yo tampoco—dice Leonato;—pero lo más gracioso del caso es que se ha enamorado del señor Benedicto, hombre a quien antes detestaba, si hay que creer a las visibles manifestaciones que hizo siempre de desvío.

—¿Es posible? ¿Soplará el viento de este lado?—murmura atónito Benedicto desde su escondrijo.

—Confiésoos, señor—prosiguió Leonato,—que no sé qué pensar de ello; pero no podéis imaginaros a qué extremos la lleva la pasión por este hombre.

—Pero ¿es que ha declarado ya su pasión a Benedicto?—pregunta D. Pedro.

—No, y jura que jamás se la declarará, y que ésta es precisamente la causa de su suplicio—responde Leonato.

—Así es—replica Claudio:—y Beatriz da la razón: «¿Cómo puedo (dice) escribirle que le amo, después de tantas pruebas de desdén como le he dado?»—«Yo calculo lo que haría él por lo que haría yo si él me escribiese (añade), que me mofaría de él; y eso, que le amo de veras;»—dice Leonato.

—Y ¡la pobrecita, en esta lucha de ansias y vacilaciones llora y solloza, golpéase el pecho y arráncase los cabellos!...—dice Claudio.

—La exaltación de mi sobrina es tan grande que a veces me hace temer que atente contra su vida;—dice Leonato.

—Si se obstina, pues, en no declararse—replica D. Pedro,—bueno sería que hubiese, quien se encargase de ello.

—¿Para qué?—pregunta Claudio.—Tomaríalo Benedicto a broma y haría de ello un nuevo motivo de tormento para la pobre muchacha.

—¡Obra meritoria haría, pardiez, quien colgase de un palo a este criminal!—exclama D. Pedro indignado.—¡Una joven tan amable y cumplida!..

—¡Y de un talento superior para todo!...—añade Claudio.

—Para todo, menos para amar a Benedicto, replica D. Pedro.

—¡Ah, señor, lo lamento justísimamente, no sólo como tío sino también como tutor que soy de la pobre muchacha!—dice Leonato.

—¡Ojalá me hubiese tomado a mí como objeto de su afección!—dice D. Pedro;—pues con gusto me hubiera casado con ella. Ahora bien, Leonato, daos prisa a hablar del asunto a Benedicto, pues estoy impaciente por Beatriz, y hay que saber qué es lo que responde Benedicto, para ir de acuerdo.

—No le digáis nada, señor—dice Claudio;—Beatriz seguirá más bien los dictados de la razón, y ahogará su amor.

—Imposible—exclama Leonato;—primero morirá en la refriega Beatriz; su corazón no lo resistirá.

—Bueno—dice D. Pedro:—hablaremos de ello a vuestra hija. Yo quiero mucho a Benedicto, y me atrevo a esperar que examinándose fríamente a sí mismo, confesará con toda humildad que no es digno de tan cumplida mujer.

—¿Os venís con nosotros señor? La comida está a punto—dice Leonato.

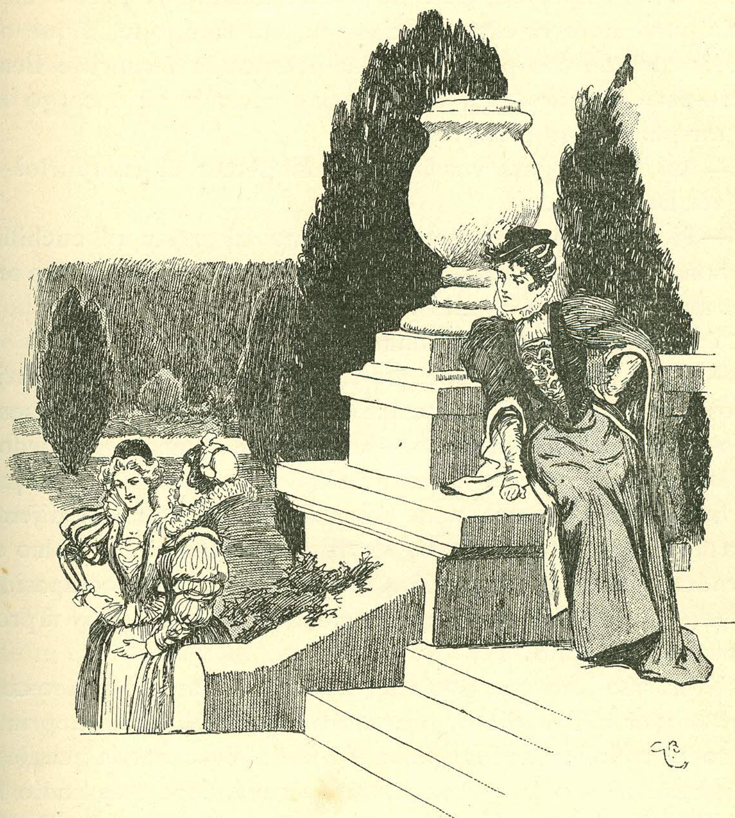
—Si después de todo esto, no enloquece por ella, ya no confío en nada—dice Claudio, chanceándose, al retirarse los conspiradores.

—Ahora, vamos a armar el mismo lazo a Beatriz—dice don Pedro;—esto correrá a cargo de vuestra hija y de su doncella. Lo chusco será que cada uno se creerá ser objeto de la pasión del otro, siendo así que no habrá nada de verdadero: será una escena muy graciosa... Hagamos que Beatriz le invite a comer.

Así que hubieron desaparecido de allí, salió Benedicto de su escondrijo, profundamente impresionado por cuanto les oyera decir.

—¡Pobre muchacha!—decía para sí.—Ella verdaderamente me ama, y yo he de corresponder a este amor. ¡Y qué censuras se me han dirigido! ¡Parece mentira! ¿Decir que yo he de corresponder a su amor con desdenes y que ella querrá más morir que darme una prueba de afecto?.. No, yo no había pensado casarme... Yo no puedo tampoco parecer orgulloso, antes bien he de poner término a mis altivos desdenes. ¡Dichoso aquel que oye censurar sus defectos y tiene ocasión de enmendarse de ellos! Dicen que Beatriz es bella; es una verdad de la que yo soy testigo. Que es virtuosa; es verdad y no pienso lo contrario. Que tiene talento y que da de ello pruebas, si no es al amarme a mí: efectivamente no es ésta una gran prue-

ba de talento, pero tampoco lo es de locura, ya que yo voy a enamorarme perdidamente de ella. Ya puedo prepararme a oir sarcasmos y burlas por lo mucho que he hablado contra el amor y el matrimonio; pero ¿acaso no puede cambiar de opi-



«Yo... le hablaría y quisiera saber su parecer.»

nión el hombre?.. cuando yo decía que moriría soltero, no pensé jamás que viviría hasta la fecha de mi casamiento. Pero... ¡cuidado!... que viene Beatriz... ¡Vive Dios que es una guapa mujer! Y me parece que observo en ella señales de amor...

Ignorando lo que ocurriera poco antes, adelántase Beatriz, y con su habitual manera burlona de hablar, dice a Benedicto:

—Muy a pesar mío, se me ha diputado para invitaros a tomar asiento en nuestra mesa.

—Hermosa Beatriz—contesta Benedicto;—gracias por la molestia que os habéis tomado.

—No, al contrario; pues no me he tomado yo mayor molestia para merecer estas gracias que me dais, que la que os habéis tomado vos para dármelas—responde fríamente Beatriz:—estad seguro que, de haberme causado tal encargo la menor pena, lo hubiera rehusado.

—Así, pues, ¿para vos ha sido un placer el cumplirlo?—objeta Benedicto.

—Sí, el mismo que se experimenta al tomar un cuchillo para matar una corneja—dice riendo Beatriz.—¿Acaso no tenéis apetito? Ea pues, adiós.

Y le volvió muy tranquilamente la espalda.

—¡Ah!... «Muy a pesar mío se me ha diputado para invitaros a tomar asiento en nuestra mesa...» Aquí hay doble sentido—dijo para sí Benedicto.—«No me he tomado yo menor molestia para merecer estas gracias que me dais, que la que os habéis tomado vos para dármelas...» Es como si dijera: «La molestia que me tomo por vos me es tan dulce como el agradecimiento que mostráis». Si no tengo, pues, compasión de ella, soy un villano; si no la amo, soy un judío. Voy a procurarme su retrato.

El mismo lazo que pusieran D. Pedro, Claudio y Leonato para coger a Benedicto, prepararon para Beatriz, su prima Hero y sus doncellas Margarita y Úrsula. Procuraron que Beatriz fuese al jardín, y una vez allí, creyéndose que nadie la veía, oyó cómo discurrían ellas sobre el amor de Benedicto. Las tres mujeres hablaron en el mismo sentido que lo habían hecho ellos, tratando de la confiada afección de Benedicto, de sus muchas y buenas cualidades y del temor que tenía de disgustar a Beatriz si descubría de algún modo su pasión. Decían que era lástima que la señora Beatriz fuese tan altiva y recalcitrante, y que no se atreverían jamás a abogar por Benedicto, por temor a que ella tomase a risa sus palabras y le sirviesen de materia para nuevas chanzas y burlas.

—A pesar de todo, yo, en vuestro lugar, le hablaría, y quisiera saber su parecer—dijo Úrsula a Hero.

—No—replicó Hero;—mucho mejor me parece ver a Benedicto y aconsejarle que combata su pasión.

Cumplido esmeradamente su cometido, retiráronse las señoras, dejando a Beatriz maravillada de cuanto había oído y trocada completamente su altivez en un peregrino sentimiento de amor.

LA VÍSPERA DE LA BODA

Difícil cosa era que el cambio de conducta de Benedicto no transcendiese; por lo cual D. Pedro y Claudio se empeñaron en afirmar que estaba enamorado, y empezaron a marearle sin piedad. Benedicto recibía sus bromas con visible disgusto, pero no pudo poner a raya a aquellos espíritus burlones, ni hurtar el cuerpo a las acometidas de que era objeto: ellos, a pesar de todo, seguían echándole en cara su concentración y ensimismamiento y el continente de seriedad y preocupación que había adoptado.

Pero la jovialidad y el buen humor habían de convertirse pronto para ellos en melancolía.

Tramado cuidadosamente su malicioso plan con la ayuda de su criado Borachio, hízose D. Juan encontradizo con Claudio y el príncipe de Aragón, y hablóles en el sentido que conviniera con Borachio y Conrado, a saber; que Hero era indigna de casarse con Claudio porque estaba enamorada de Borachio, y que si querían persuadirse de la verdad de lo que les decía, fuesen, aquella noche, a la calle a donde daba la ventana de la habitación de Hero, y allí la verían hablar con Borachio.

Al principio mostráronse incrédulos D. Pedro y Claudio, pero D. Juan hablaba con gran aplomo, y concluyó diciendo:

—Si queréis seguirme, veréis lo suficiente para convenceros, y cuando hayáis visto y oído algo más, obrad como convenga y el caso merezca.

—Si viere, esta noche, algo que me impida casarme mañana con ella—dice Claudio,—voy a confundirla y avergon-

zarla delante de todo el mundo en la misma iglesia, en donde había de tener lugar nuestro enlace.

—Y con el mismo afecto con que os ayudé a obtener su mano, os ayudaré para denostarla—dijo D. Pedro.

Ahora bien, los vigilantes de las calles de Mesina eran un hato de viejos mentecatos que creían cumplir con su deber sólo con darse alguna vuelta por el barrio y apartarse, en lo posible, de cualquiera que les pudiese acarrear alguna molestia. Su jefe era el condestable Dogberry, tan ignorante y estúpido como pagado de sí mismo; sin embargo, en la noche anterior a la boda, esos flamantes guardianes diéronse maña para hacer una detención que había de tener provechosas consecuencias.

Apenas había terminado Dogberry la serie de sus ridículas instrucciones a la cuadrilla de vigilantes y despedídose de ellos, cuando se vió venir a dos transeuntes en dirección opuesta el uno del otro, y que al topar se pusieron a hablar. Eran Borachio y Conrado, los dos criados del perverso D. Juan.

La calle estaba completamente obscura y al parecer desierta, y como quiera que en aquel mismo instante empezó a lloviznar, los dos transeuntes se acogieron debajo del alero de un tejado. Recelando de que tramaran algún delito, los vigilantes ocultáronse cerca de ellos y así oyeron cómo Borachio declaraba á Conrado todo el proceso de su villanía.

—Sábete, pues, amigo Conrado—dice Borachio,—que esta noche he cortejado a Margarita, la doncella de la señora Hero, llamándola con el nombre de su señora. Recostada en la ventana de la habitación de aquélla, me dió mil cariñosos adioses. Olvidaba decirte que el príncipe, Claudio y mi amo, avisados por mi señor D. Juan, presenciaron, escondidos en el jardín, esta afectuosa entrevista.

—¿Y han creído que hablabas con Hero?—dice Conrado.

—Los dos (el príncipe y Claudio) sí; pero al demonio de mi amo, no se le ocultó que era la mismísima Margarita. Engañados por la obscuridad de la noche y, principalmente, por mi villanía que confirmaba todas las calumnias inventadas por don Juan, retiróse de allí furioso Claudio, jurando que saldría al en-

cuentro de Hero en la iglesia, la mañana siguiente, según habían convenido y que allí, delante de todo el cortejo, le echaría en cara cuanto había visto y le haría volver a su casa sin marido.



«Me dió mil cariñosos adioses.»

Apenas había terminado Borachio su razonamiento cuando los vigilantes detuvieron a ambos: ellos, al sentir la repentina agresión, reconocieron que no podían resistirse y que no les quedaba otro recurso que someterse y dejarse llevar presos.

A la mañana siguiente reunióse una brillante comitiva en la catedral de Mesina para asistir a la boda del conde Claudio con la joven Hero: acompañaban a ésta su prima Beatriz y Leonato, quien habia de llevarla al altar. Vestida de blanco y con su velo nupcial estaba la joven de pie, y delante de ella el apuesto conde Claudio, resplandeciendo los hilos de oro de que estaba recamado su traje de novio.

—Habéis venido aquí para uniros a esta mujer, ¿no es verdad—preguntó el fraile.

—No—dijo Claudio.

Grande extrañeza causó en los presentes aquella breve respuesta, pero Leonato corrigióla diciendo:

—No, sino para ser unido con ella; y vos, padre, para unirlos vinisteis.

—Señora—preguntóle el fraile,—¿venís para enlazar con este conde?

—Para esto—respondió Hero en voz baja, pero firme.

—Si alguno de los dos supiese del otro algún secreto impedimento para el enlace, por Dios y por su alma le conjuro a que lo manifieste—dijo el fraile.

—¿Sabéis alguno, Hero?—preguntóle severamente Claudio.

—Ninguno, señor mío,—respondió Hero cándidamente y en tono de admiración.

—Y vos, conde ¿sabéis alguno?

—Me atrevo a responder en su nombre: ninguno—dijo Leonato.

—¡Oh!, y lo que se atreven a hacer los hombres! ¡Y lo que llegan a hacer! ¡Lo que hacen todos los días sin saber lo que se hacen!—exclamó Claudio en un arrebato de indignación. Y volviéndose a Leonato, le dijo:—Permitidme, señor: al darme vuestra hija por esposa ¿obráis libre y espontáneamente?

—Hijo mío, tan libre y espontáneamente, como Dios me la dió—respondió Leonato.

—Y ¿qué puedo daros yo en retorno de un tan rico y precioso don?—preguntó el conde.

—Nada, sino que se la devolváis—responde D. Pedro.

—Amable príncipe—dijo Claudio,—me habéis dado una lección de noble agradecimiento: aquí la tenéis, Leonato; tomadla de nuevo, que vuestra es.

Hecho esto, dirigió Claudio, según había prometido, ante toda la concurrencia su terrible acusación contra Hero, afirmando que no la quería por mujer. Estimulado por su furor contra lo que él calificaba de perversidad y engaño (pues el rubor y modestia de la joven no era a su juicio más que fingimiento e hipocresía), refirió cómo él y el príncipe la habían visto, la noche antes, hablando desde la ventana con un rufián. En vano fué que Hero protestase de su inocencia, pues nada podía destruir la evidencia de lo que ellos habían visto con sus propios ojos.

Falta de fuerzas para soportar tan cruel y asombrosa calumnia, cayó Hero desmayada al suelo. D. Pedro, Claudio y don Juan salieron de la iglesia; dispersáronse los convidados, atónitos por lo que acababan de presenciar, y quedaron con la desdichada Hero, Leonato, Beatriz, Benedicto y el fraile.

—¿Cómo está?—preguntó Benedicto, acercándose hacia donde estaba Beatriz ocupada en retornar a su prima.

—¡Muerta, creo!...—exclamó Beatriz desesperada.—¡Auxilio, tío!... Hero, ¿qué tienes? ¡pobre Hero!... ¡Tío! ¡Señor Benedicto! ¡Padre!

—¡Oh muerte! tú eres el mejor velo que desearse podía, para cubrir su vergüenza—dice el padre—con el corazón lacerado.

—¡Ea, querida Hero, amada prima!—exclama Beatriz, al ver que la joven empieza a abrir los aturdidos ojos.

—¡Animo, señora!—dice afectuosamente el fraile.

—¿Con que, al fin abres los ojos?—dice Leonato.

—Sí, y ¿por qué no los había de abrir?—replica el fraile.

En medio de tan terrible accidente y sin investigar la verdad o falsedad del hecho, declaró Leonato que nada mejor que la muerte podía haber reparado el deshonor de Hero, y que por lo mismo nada para ella tan deseable; y que si el espíritu de la joven había de tener resistencia para sobrevivir a tamaño oprobio, él mismo la ayudaría a morir, con sus propias manos.

—¡Calma, señor, calma!—repuso Benedicto.—Por mi parte estoy tan pasmado, que no sé qué decir sobre esto.

—¡Por Dios y por mi alma, que mi prima ha sido víctima de la calumnia!—exclama Beatriz.

Toma entonces la palabra el fraile y sale en defensa de la inocencia de Hero: sus palabras son tan claras y convincentes, que el mismo Leonato empieza a pensar que se ha calumniado torpemente a su hija. El misterio pues, quedaba descubierto (como decía Benedicto); el príncipe y Claudio eran hombres honrados, incapaces de urdir tan infamante calumnia, y si se habían dejado sorprender en su buena fe, no podía ser sino obra de D. Juan, que se deleitaba en tramar planes tan inicuos.

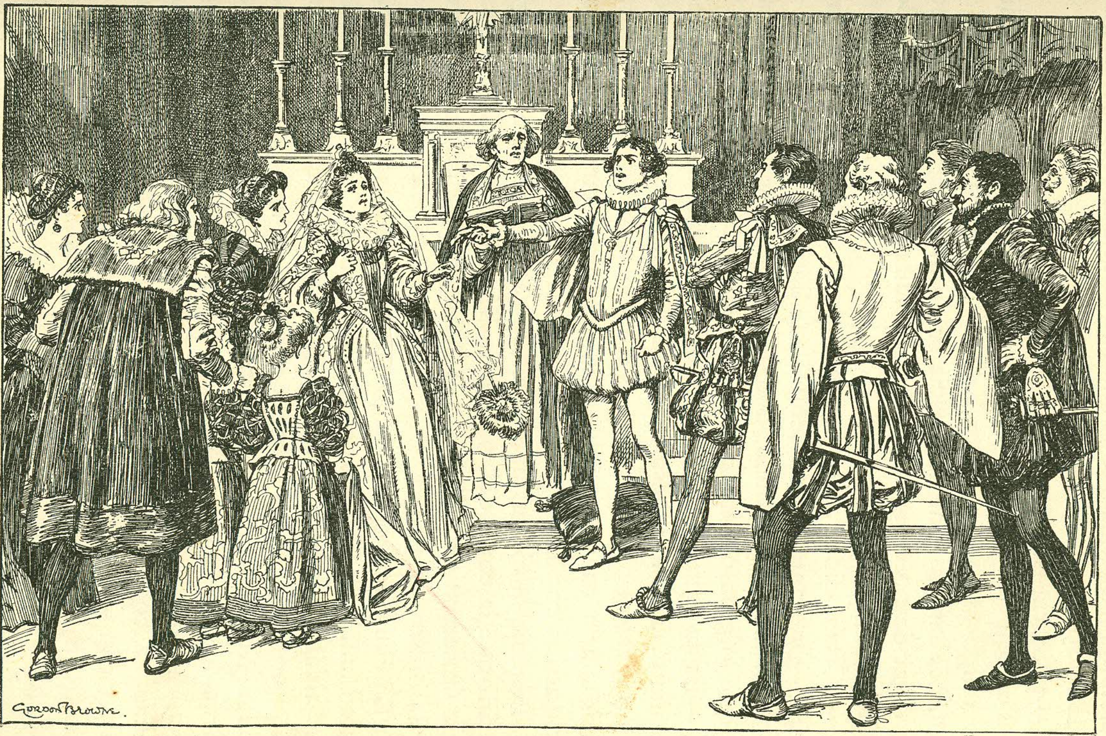
Siguiendo pues el parecer del bueno del fraile, convínose en que, por de pronto, Hero permanecería en el retiro, de manera que todo el mundo creyese que había muerto. Así la calumnia se pondría de manifiesto en virtud del remordimiento que se esperaba tendrían los autores, y la víctima sería desagraviada y compadecida de todos; pues es cosa por demás sabida que el mundo no aprecia en su justo mérito lo que valen las personas o las cosas, hasta que no las pierde o se ve desposeído de ellas. Lo mismo había de sucederle a Claudio, cuando supiese que Hero había muerto por lo que de ella había dicho: el dulce recuerdo de sus amores renacería en su alma y se arrepentiría de haberla acusado sin conocimiento de causa.

—Señor Leonato—dijo Benedicto—dejaos convencer por el fraile.—Y aunque sabéis cuán íntima es la amistad que me une al príncipe y a Claudio, os juro por mi honor proceder en este asunto tan discretamente y con tanta justicia como trata vuestra alma con vuestro cuerpo.

Así se convino, y el buen fraile y Leonato tomaron a Hero por su cuenta, para poner en ejecución el plan que concibieran.

Ya solos Benedicto y Beatriz, manifestole ésta su justa indignación por la calumnia de que se había hecho víctima a su prima, y aunque de momento creyó Benedicto ser aquélla la ocasión más propicia para declararle su amor e hizo cuanto pudo para no desperdiciarla, todo fué en vano, pues Beatriz no tenía otra idea que la de vengar a su inocente prima: esto era lo que le torturaba el alma.

—¡Ah, si yo fuese hombre!...—exclamaba, animada de un



«Aquí la tenéis, Leonato, tomadla de nuevo»

vehemente deseo de castigar a aquellos cobardes que se convinieran para vilipendiar a Hero. Y concluyó diciendo a Benedicto que si realmente la amaba, tomase sobre sí la venganza de Hero, matando a Claudio.

—¡Matar a Claudio!...

Perplejo estuvo Benedicto... No, no podía ser; Claudio era amigo suyo...; pero amaba a Beatriz, y la generosa y profunda simpatía de ésta hacia su desdichada prima, no podía dejar de prevalecer sobre el caballeroso proceder de Benedicto.

—¿Creéis sinceramente que el conde Claudio calumnió a Hero?—pregunta formalmente Benedicto.

—No me cabe la menor duda; tan segura estoy de ello como de que lo pienso y de que mi alma alienta dentro de mí.

—Basta pues:—exclama Benedicto.—Os doy palabra: le desafiaré. Dadme a besar vuestra mano, y voy allá. Por esta mano juro, que Claudio me dará cuenta de sus actos. Id vos a consolar a vuestra prima. A mí me toca decir que está muerta; quedad con Dios.

Benedicto, el burlón, el chocarrero Benedicto, el alegre decidor de la corte del príncipe, dió prueba en aquella ocasión de ser un cumplido caballero, digno aspirante a la mano de la bizarra Beatriz.

En cumplimiento de su promesa fué a buscar a Claudio, a quien halló en compañía de D. Pedro. Hacía muy poco que los dos hidalgos habían tenido una violenta entrevista con Leonato, en la que éste les había reprochado agriamente su conducta. No estaban muy tranquilos de su hecho, pero persistían afirmando que habían obrado con rectitud. Al aparecer Benedicto, reanimáronse esperando poder pasar un rato de buen humor a costa de él, pero Benedicto no estaba para chanzas, y con gran tranquilidad de espíritu entregó el billete de desafío a Claudio y despidióse cortésmente del príncipe de Aragón.

—Señor mío, gracias por vuestras finezas—díjole Benedicto;—pero he de renunciar a vuestra compañía. Vuestro hermano D. Juan ha huído de Mesina; entre todos habéis dado muerte a una inocente y encantadora mujer. En cuanto a ese

imberbe hidalgo, volveremos a vernos, entretanto y hasta entonces, la paz sea con él.

—Parece que habla en serio...—dice el príncipe, al retirarse Benedicto.

—Y muy en serio—responde Claudio,—y esto, no lo dudo, por amor a Beatriz.

—¿Os ha provocado?—pregunta D. Pedro.

—Ciertamente y en debida forma—responde Claudio.

—¡Qué cosa tan chocante es ver a un hombre andar por el mundo vestido como los demás, pero falto de entendimiento! —dice desdeñosamente D. Pedro,

Pero la tranquilidad del príncipe y de Claudio iba a sufrir un serio quebranto. Acercáronse los vigilantes trayendo consigo a Borachio y Conrado, a quienes capturaran la noche anterior, y la infame calumnia púsose de manifiesto. Llamóse a Leonato a toda prisa.

—¿Sois vos el malvado cuyo emponzoñado aliento mató a mi inocente hija?—preguntó a Borachio.

—Sí, yo, y nadie más que yo.

—No, villano, no;—replica Leonato.—Calúmniaste a ti mismo. He aquí a dos hombres de posición (el tercero, su cómplice, se ha fugado), que han puesto mano en todo esto. Gracias, príncipe, por haber dado muerte a mi hija; podéis hacer constar este acto en la lista de vuestras proezas; pensadlo bien.

Claudio gemía bajo el peso del remordimiento más atroz; no se atrevía a pedir perdón al afligido Leonato, y así le suplicó que escogiese la venganza que mejor le pareciese y que le impusiese la pena que quisiese. Asociósele también D. Pedro en la confesión de su falta y en la expresión de arrepentimiento.

—No os puedo mandar que volváis de nuevo a mi hija a la vida—díceles Leonato;—pero lo que sí os ruego es que proclaméis a la faz de todo el pueblo de Mesina la inocencia de la víctima: cubrid su tumba con un epitafio y cantadlo esta misma noche. Mañana por la mañana venid a mi casa (dice, dirigiéndose a Claudio) y ya que no habéis podido ser mi yerno, por lo menos seréis mi sobrino, pues mi hermano tiene una

hija que es casi la estampa de mi hija muerta. Tomadla por mujer como hubierais tomado a su prima, y quedaré vengado.

Parecióle bien a Claudio esta transacción y pensó llevar adelante tal designio. Aquella misma noche fué a la iglesia con gran acompañamiento y leyó en voz alta el siguiente verso:

Entregada a la muerte por las lenguas
calumniadoras, Hero aquí reposa:
la muerte resarcióla de estas menguas
dándole fama perennal, gloriosa.
Así la vida que una lengua infama
vive en la muerte con ilustre fama.

—¡Oh epitafio! en esta tumba quedarás colgado para alabar a Hero cuando mi lengua enmudezca;—añadió poniendo el rollo en el sepulcro de la familia de Leonato.

Al día siguiente acudía a casa de Leonato otro grupo de convidados para asistir a otra boda. Las mujeres llevaban, todas, la cara tapada, y la novia aguardó a que se pronunciasen las palabras por las que Claudio tomaba por esposa a una desconocida: quitóse entonces el velo y apareció cual era, o sea la propia Hero con su encantador semblante.

Benedicto había también anunciado al fraile que deseaba contraer matrimonio con Beatriz y que Leonato le había dado su consentimiento. Así, pues, acercóse Benedicto al grupo de mujeres que tenían aún la cara tapada, para hallar a su novia, y llamó a Beatriz por su propio nombre.

—Yo soy Beatriz—dijo;—¿qué me queréis?

—¿Acaso no me amáis?—pregunta Benedicto.

—¡Ah no! no más de lo que dicta la razón—respondió Beatriz en tono provocativo.

—Entonces—repuso Benedicto,—vuestro tío el príncipe y Claudio han sido miserablemente engañados, pues han jurado que me amabais.

Beatriz se echó a reir, y preguntó á su vez.

—Pero ¿me amáis o no me amáis, Benedicto?

—A fe mía no, no más de lo que dicta la razón.

—Entonces—replica Beatriz,—mi prima Margarita y Ursula han sido miserablemente engañadas, pues me han jurado que me amabais.

—Ellos han jurado que casi estabais enferma de tanto amarme,—dice Benedicto.

—Ellas han jurado que estabais casi muerto de amor por mí—replica Beatriz.

—Nada de esto... Así, pues, ¿no me amáis?

—No; si no es con un afecto de pura amistad—responde Beatriz con indiferencia.

—Ea, sobrina, venid acá; estoy seguro de que amáis á este hombre—dice Leonato.

—Y en cuanto a él, no dudo en jurar que está enamorado de ella—dice Claudio.

—Venid conmigo—dícele Benedicto;—os tomo más que por amor, por compasión.

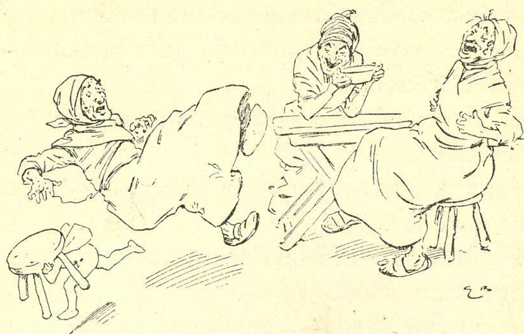
—No quiero rehusaros—dice Beatriz;—pero por esta luz que nos alumbra, cedo a la persuasión y en parte también al deseo de salvaros la vida, porque me han asegurado que de lo contrario, os moriríais de pura consunción de ánimo.

—¡Silencio!—interrumpe Benedicto;—voy a cerrar esta boca.—Y contuvo su alegre charla con un beso de amor.

—¡Ha, ha, ha!—decía riéndose D. Pedro, maliciosamente. —¿Qué me contáis de bueno, *Benedicto hombre casado?*

Pero la felicidad del amante triunfó de todas las burlas que se pudiesen hacer de él y no hubo corazón jovial que recordase con mayor alegría aquel día de bodas, que el de los dos esposos Beatriz y Benedicto.

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO



ELENA Y HERMIA

Preparábase la ciudad de Atenas para las grandes fiestas que se habían de celebrar con motivo del enlace del duque Teseo con Hipólita reina de las Amazonas, y rebosaba toda ella de alegría ante la perspectiva de tan fausto acontecimiento. Efectivamente, aunque Teseo había conquistado a su amada por la fuerza de las armas, quería celebrar su himeneo de manera muy diferente, desplegando una magnificencia triunfal, con grandes festines y regocijos. Cuatro días faltaban aún para la boda, y los atenienses aprovechaban este plazo para ultimar los preparativos de tan magna fiesta.

Sin embargo, una nota discordante había de haber en aquel harmónico concierto: en medio de la general alegría un gentilhombre llamado Egeo presentóse al duque a reclamar el auxilio de su autoridad. Traía una queja, y era que su hija le había ofendido gravemente: mientras Egeo acariciaba el proyecto de casarla con un mancebo noble, llamado Demetrio, habíase Hermia enamorado de otro joven por nombre Lisandro y declaraba que no se casaría con otro que con él.

Ahora bien, en aquel tiempo las leyes de Atenas facultaban al padre para disponer a su antojo de la suerte de las hi-

jas, de manera que en caso de negarse éstas a dar la mano al que el padre escogiera, era éste libre de dar muerte a la hija, o encerrarla en un convento.

El duque de Atenas concedió a Hermia un plazo de cuatro días para reflexionar sobre lo que le convenía hacer, transcurridos los cuales, o había de tomar por marido a Demetrio, (como era voluntad de su padre), o retirarse a un convento hasta el fin de su vida. Hermia declaró sin rodeos que optaba por la reclusión con que se le amenazaba, antes que consentir en casarse con un hombre a quien no amaba. El mismo Lisandro abogaba por sí, alegando que era un partido por lo menos tan apreciable como Demetrio, de tan alta alcurnia como él y de no menor fortuna, y además (y esto era lo más importante), Hermia le amaba: ¿cómo, pues, no había de luchar para obtener la mano de la joven? Decía, además, haciendo cargos a su contrincante, que Demetrio había galanteado a otra mujer, llamada Elena, cuyo corazón había logrado conquistar, y que la simpática Elena estaba aún enamorada de aquel hombre tornadizo y vil.

—No negaré—dijo el duque,—que ello ha llegado a mis oídos y que tuve intención de hablar de esto a Demetrio, pero otros asuntos más importantes han distraído mi atención. Así, pues,—añadió el duque,—venid acá, Demetrio y Egeo, que trataremos de este asunto en particular. En cuanto a vos, bella Hermia, disponeos a hacer la voluntad de vuestro padre, de lo contrario, sabed que las leyes de Atenas os condenan a muerte o a hacer voto de castidad.

Dicho esto, salió de allí el duque, acompañado de Egeo y Demetrio.

Solos ya Hermia y Lisandro, empezaron a lamentarse de su suerte y a deplorar de consuno los infortunios de que se ve a menudo rodeado el amor sincero y los obstáculos que se ponen casi siempre en su camino. Hermia, por su parte, estaba dispuesta a someterse sin oponer resistencia alguna; pero Lisandro no se avenía tan fácilmente a renunciar a la mano de su amada: había tramado un plan para escapar de aquel conflicto y salvar la situación, y expúsoselo a Hermia.

—Tengo—díjole,—una tía viuda, muy rica y sin hijos, y

como yo me he portado siempre muy bien con ella, trátame como a hijo suyo. Esta tía vive a siete leguas de Atenas: allí, pues, pienso celebrar nuestra boda, querida Hermia; allí estaremos a cubierto de esas inicuas leyes a cuyo amparo quiérese hacer obstrucción a nuestro amor. Si me amas, escápate esta noche de tu casa; yo te aguardaré a una legua de la ciudad, en aquel bosque y en aquel mismo sitio en que te hallé un día junto con Elena cogiendo flores, una hermosa mañana del primero de mayo.

—¡Lisandro mío!—exclamó Hermia, en un transporte de amoroso júbilo;—por el arco del dios Cupido, por la más acerada de sus flechas de oro y por el más sagrado juramento que jamás hombre alguno haya violado, yo te juro que acudiré mañana, sin falta, al lugar que indicas.

—Cumple, pues, tu promesa, amor mío.—¡Ah! mira..., ahí viene Elena.

Elena y Hermia eran amigas de infancia, y con los años había crecido su amistad hasta llegar a hacerlas un solo corazón: compañeras inseparables, tanto en el trabajo como en el juego, habían crecido juntas, a la manera de dos cerezas gemelas, o de dos capullos de rosa abiertos al mismo soplo de las tibias auras de la primavera. Pero ¡ay! el amor (o, por mejor decir, los celos) habían a última hora separado aquellos dos corazones. Después de haber galanteado a Elena, Demetrio se había enamorado de Hermia y logrado convencer a Egeo que favoreciese sus aspiraciones. Hermia amaba sólo a Lisandro y por lo mismo no se interesaba por Demetrio; pero Elena no podía perdonar a su amiga el que le hubiese robado su veleidoso amante, y se desesperaba al pensar que sus atractivos no habían sido bastantes a cautivar a Demetrio.

Hermia por su parte no podía tolerar que Elena la tuviese por amiga desleal.

—Yo no he halagado jamás a Demetrio—decía hablando con Elena—antes al contrario, he tenido siempre miradas fieras para él; pero todo ha sido inútil para desviarle; cuanto más le aborrezco, más me persigue.

—Pues para mí, todo lo contrario;—replicaba Elena con amargura;—cuanto más le amo, más me aborrece él.

—Por lo menos, no tengo yo la culpa de su locura;—repuso Hermia.

—No, tú no tienes otra que la de ser hermosa: ¡ah si ésta fuese la mía!—suspiró Elena.

—Consuélate—dijo Hermia;—ya no me verán más sus ojos, pues Lisandro y yo vamos a huir de aquí. Nos hemos dado cita para mañana en aquel bosque en que tantas veces habíamos paseado tú y yo en amigable compañía; después, dejando el suelo de Atenas, iremos en busca de nuevos amigos y de compañeros desconocidos. Adiós, pues, dulce compañera de infancia, ruega por nosotros; en cuanto a ti, te deseo el logro de tus ansias que son unirte a tu querido Demetrio.

Era tan vehemente la pasión que sentía Elena por Demetrio, que la cegó, llegando a tal extremo, que indujo al mancebo a cometer un acto de verdadera perfidia. En alas de su ardiente deseo de recuperar a todo trance el amor de su infiel amigo, resolvió revelar el secreto de Hermia y manifestar a Demetrio el proyecto que habían concebido. Demetrio, por su parte, no podía sustraerse al deseo de ir tras Hermia, por lo cual resolvió acechar, al día siguiente, la hora en que se dirigirían al bosque. En cuanto a Elena, aun abrigaba la esperanza de ser en alguna manera objeto de la gratitud de Demetrio por haberle revelado el secreto y con ello se daría por bien pagada de su acto de confianza.

EL PAPEL DE LEÓN

Muy ajena estaba aquella amorosa pareja a lo que había de hallar en el bosque, pues sin que ellos lo supiesen, habíanse dado cita para la misma hora y en el mismo lugar unos cuantos modestos artesanos de Atenas, con intento de celebrar dignamente los festejos a que con ocasión de la boda del duque y la duquesa se entregaba el pueblo y habían pensado representar, en honor de los nuevos contrayentes, una pieza de teatro, o, como ellos decían, un *interludio*. El carpintero Quince era el encargado de dirigir aquella pequeña compañía de aficionados; pero el alma de aquella fiesta era el tejedor Bottom. Llevado éste de su vanidad y no pudiendo

guardar reserva sobre lo que se estaba proyectando, no perdía ocasión de hacer gala de su habilidad delante de sus compañeros, y su ilusión hubiera sido poder representar todos los papeles de aquella pieza. A medida que Quince enumeraba los diferentes papeles y los distribuía entre los actores, levantaba la voz Bottom y acentuaba sus palabras dando a entender con qué perfección fuera él capaz de representarlos todos.

La pieza tenía por título: *La muy lamentable comedia y la muy cruel muerte de Píramo y Tisbe.* A Bottom le cupo el papel de Píramo, el héroe del drama.

—Dime, Quince—preguntó,—¿qué es Píramo?, ¿un galán o un tirano?

—Un galán que se mata bonitamente por amor,—respondió Quince.

—Así, pues, para representar bien su papel, será menester derramar algunas lágrimas—repuso Bottom, muy orondo y pagado de su importancia.—Si yo lo represento, ¡qué golpe voy a dar en los espectadores!..

El otro papel (el segundo en importancia), era naturalmente el de Tisbe, la heroína del drama: fué asignado a Flauta, remendón de fuelles, hombre enjuto de carnes y amaricado, de voz atiplada; pero él protestó diciendo en tono de compasión:

—No, jamás; no me hagáis representar un papel de mujer, mucho menos ahora que empiezo a echar barba.

—Da lo mismo—respondió Quince:—ponte antifaz y procura achicar cuanto puedas la voz.

—¡Alto!—replicó Bottom;—si se permite llevar antifaz, quiero representar también el papel de Tisbe: ya veréis cómo sé achicar la voz: oid: «*Tisne, Tisne!*..—¡Ah Píramo, amor mío!.. ¡Tu querida *Tisne*, tu prenda adorada!»

—No, nada de esto—repuso Quince:—tú, Bottom, harás el papel de Píramo, y tú, Flauta, el de Tisbe.

—Bueno, sea así,—dijo Bottom.

Y siguió Quince distribuyendo los papeles. Al llegar a Snug, el ebanista, dícele:

—Tú representarás el papel de león, y de esta manera quedan distribuidos los papeles, y creo que saldrá todo a pedir de boca.

—¿Tenéis escrito lo que he de decir?—preguntó Snug,—que era hombre modesto e inofensivo; porque me cuesta mucho aprender de memoria y es menester tenerlo con tiempo.

—No—contestó Quínce;—lo mejor será que improvises, todo se reduce a rugir.

—Dejadme también a mí hacer el papel de león—saltó Bottom;—yo soy maestro en el arte del rugido y voy a hacerlo tan a maravilla, que dará gusto oirme, y no dudo que el duque dirá: «¡Que siga rugiendo!»

—Es un inconveniente el que rujas con tanta propiedad—objetó Quince;—porque de hacerlo tan espantablemente como el caso requiere, se asustarán la duquesa y las damas de su séquito y enloquecerán de puro miedo, de manera que nos van a prender y colgar como a facinerosos.

—¡Cáspita! ¡muy cara nos costaría la fiesta!—añadieron todos los actores temblando de horror.

—Convengo, amigos, en que no tenemos más remedio que morir colgados—repuso Bottom,—si espantáis a esas señoras hasta hacerlas enloquecer; pero, no tengáis cuidado, que si yo represento el papel de león, hincharé la voz de manera que mi rugido sea tan suave como el arrullo de una paloma: rugiré como rugiría un ruiseñor.

—Desengáñate—replicó resueltamente Quince,—tú no puedes representar otro papel que el de Píramo.

No sabiendo qué replicar, aunque muy contra su voluntad, aplicóse Bottom a escoger el color de la barba que debía llevar para representar el papel de Píramo. No era cosa tan fácil, pues había mucho que escoger entre la serie de colores; paja, anaranjado-rojizo, púrpura subido, amarillo sólido... Quince empero le sacó fácilmente del aprieto, diciendo que no era cosa de matarse por el color y que, en último extremo, Bottom podía también representar su papel sin necesidad de barba.

—Señores—dijo por fin;—asignado está a cada cual su papel; no me queda ya más que suplicaros que los aprendáis bien para mañana por la noche, para lo cual os doy cita en dicha hora en el bosque del palacio, a una legua de la ciudad; allí, al tibio brillar de la luna nos reuniremos y ensayaremos el drama: creo que es el lugar más a propósito por lo solitario y

apartado, pues, de hacerlo en la ciudad, nos veríamos agobiados de curiosos y se divulgaría nuestro plan. Espero que no faltaréis a la cita.

LA FLOR MÁGICA

El bosque en donde Hermia y Lisandro se habían dado cita y en el que Bottom y su comparsa pensaban ensayar su drama, era el retiro favorito de los silfos y las hadas. Allí debía celebrar sus fiestas aquella misma noche su rey Oberón; pero desgraciadamente habíase encendido la tea de la discordia entre éste y la reina Titania, y sus diferencias sembraban desde hacía algún tiempo, la confusión en toda aquella tierra. La causa del disgusto entre los consortes era un lindo paje que tenía Titania, venido de la India, un hermoso y encantador mancebo, a quien el celoso Oberón hubiera querido tomar a su servicio, pero que Titania se negaba a ceder: era hijo de una de sus buenas amigas muerta hacía poco, y en reconocimiento y memoria de tan buena amistad lo había educado, y no quería apartarlo de su compañía.

Siempre que se encontraban Oberón y Titania, ya fuese vagando por el verde césped, ya en la espesura del bosque, ya al pie de la murmuradora fuente o del juguetón arroyuelo, trabábanse de palabras y tenían altercados tan violentos, que los silfos, sobrecogidos de terror, corrían a esconderse en los dedales de las bellotas, por lo cual el rey y la reina procuraban evitar todo encuentro; pero aquella noche quiso la casualidad que Oberón, paseando por un lado del bosque, acompañado del duende Puck y todo su séquito, se encontrara de manos a boca con Titania y sus hadas que venían en dirección opuesta. Titania, al ver al rey, púsose, como de costumbre á echarle en cara todos los males a que daba lugar su discordia, a lo que replicó Oberón que ella sola era la que podía remediarlo todo.

—¿Por qué ha de contrariar Titania a Oberón?—dijo éste, —Al fin y al cabo no pido sino que me ceda el paje.

—Desengañaos, pues, y tened entendido que ni por todo el país de las hadas cedería yo este niño,—dijo Titania.

—¿Pensáis estar mucho tiempo en este bosque?—preguntó Oberón.

—Probablemente—respondió Titania—hasta el día después de la boda de Teseo. Ahora bien, si queréis tomar tranquilamente parte en nuestros bailes y asistir a los regocijos que celebraremos a la luz de la pálida luna, veníos con nosotros; de lo contrario quitaos de aquí, que yo haré otro tanto procurando no encontrarme con vos.

—Cededme el niño, y os seguiré—respondió Oberón.

—Eso, de ninguna manera—replicó resueltamente Titania;—ni aunque me dierais todo vuestro encantado reino. ¡Ea, hadas mías, partamos de aquí, pues estoy viendo que un instante más podría dar lugar a un nuevo disgusto y contienda.

Oberón por su parte, previendo la inutilidad de sus ruegos, decidió poner en juego otro recurso para el logro de sus deseos. Llamó a Puck, su duende favorito, y encargóle que fuese a coger aquella flor mágica, a la que los jóvenes dan el nombre de «pensamiento de amor:» sabía él que el jugo de esta planta tenía una virtud maravillosa: el infeliz, a quien estando dormido, se le echaban unas gotas en los párpados, se enamoraba locamente del primer ser viviente que veía, al despertar de su sueño. Oberón, pues, quiso usar de este artificio y atisbando la hora del sueño de Titania, humedeció sus ojos con aquel jugo mágico para que, al despertar, se enamorase del primer ser que su vista distinguiese, ya fuese león, ya oso, toro, mona quisquillosa o mono juguetón. Estaba decidido a no romper el hechizo (como lo hubiera podido hacer con la flor contraria), hasta conseguir que Titania le cediera el lindo paje.

—Ea, Puck;—ve a buscar esta planta y vuelve en seguida; no emplees en tu viaje más tiempo del que necesita Leviatán para hacer una legua a nado.

—Al mundo entero daría yo la vuelta en cuarenta minutos—dijo el diminuto mensajero, loco de alegría, y partió velozmente.

Mientras estaba el rey Oberón aguardando, en el bosque, el regreso de Puck, vió venir hacia él a la desgraciada Elena,

acompañada de su infiel amigo Demetrio. Oberón habíase hecho invisible, por lo cual pudo muy bien oir lo que decían, sin ser visto de ellos. Demetrio, sabedor por medio de Elena, del proyecto de fuga de Hermia y Lisandro, recorría el bosque en busca de la enamorada pareja. Oberón oyó cómo Elena confesaba la gran simpatía que sentía hacia Demetrio y cómo éste la rechazaba con desdén, declarándole sin rodeos que no tenía otro amor que Hermia.

Movido entonces a compasión hacia Elena, resolvió Oberón castigar a Demetrio, ungiéndole los ojos con el jugo de la flor mágica, para que viendo al despertar a Elena, renaciese en su corazón la pasión que por ella sintiera en otro tiempo: entonces Elena sería quien rechazaría a Demetrio y se negaría a escucharle.

Aun no habían llegado Demetrio y Elena al final de su camino, que ya estaba Puck de vuelta.

—¡Bien venido seas, viajero!—exclamó Oberón al verle; ¿me traes la flor?.

—Sí, señor mío; hela aquí.

—Dámela—dijo Oberón;—y tomándola en las manos entonó este cantar:

Una enramada sé donde oloroso
El tomillo y la prímula florecen,
Y so el dosel hermoso
De los rosales que allí ufanos crecen,
La violeta azul la frente inclina,
En coloquio amistoso
Con gentil madreselva y englantina.
Allí duerme Titania en blando lecho
De flores, mientras danza
El tropel de las ninfas:
A sus pies en acecho,
La sierpe deja allí su piel de plata.
De milagrosa flor que, aunque no mata,
Fascina, el néctar en sus bellos ojos
Destilaré, y cual tras vacante orgía
Delirará con torpe fantasía.

Efectivamente Oberón halló a Titania sumida en profundo sueño, acercóse a ella sigilosamente y echó sobre sus párpados

algunas gotas del jugo maravilloso al mismo tiempo que pronunciaba este conjuro:

Al despertar de tu profundo sueño
Lo primero que hiera tus pupilas,
De tu alma quedará amoroso dueño.
Oso, gato, cruel pantera
ó cerdoso jabalí,
cual si amante tuyo fuera,
seguirás al verlo aquí.

Terminada su tarea alejóse, riéndose interiormente, al pensar en la extraña aventura de que había de ser indudablemen- objeto Titania.

Los primeros en atravesar aquella parte del bosque fueron Hermia y Lisandro. En su fuga y rendidos por la fatiga, echáronse sobre el mullido césped para descansar un momento, y no tardaron en dormirse.

Vagando andaba entonces Puck por el bosque, con órdenes de Oberón, de buscar y hallar «una dama ateniense, enamorada de un joven que le correspondía con desdén.» Tenía además el encargo de untar con el jugo mágico los ojos del joven, pero cuidando que la primera persona con quien topase al despertar, fuese la apasionada amante. «Por su traje y modo de vestir conocerás que es ateniense,» habíale dicho Oberón, queriendo él naturalmente que el hechizo recayese en Demetrio. Pero no sucedió así, sino que los primeros a quienes halló Puck en el camino fueron Lisandro y Hermia, y creyendo que eran ellos la pareja de quien le había hablado el Rey de las hadas, ungió con el jugo mágico los ojos de Lisandro. Este error de Puck iba a ser por lo tanto la causa de gran número de nuevos apuros y contratiempos.

Pronto apareció Demetrio acompañado de Elena: iba en busca de Hermia y Lisandro, pero no logró verlos por la obscuridad que reinaba en el bosque. Furioso al ver que Elena se obstinaba en seguirle, intimóle que se quedase en aquel sitio, y él se alejó rápidamente. Por lo demás, Elena estaba ya muy cansada, y no podía seguir andando. Mientras se lamentaba de los malos tratos que le daba Demetrio, sobresal-

tóse al ver cerca de sí a Lisandro tendido en el suelo ¿Estaría muerto o dormido?... Para salir de este terrible estado de duda, acercóse a Lisandro, quien, aunque se había dormido con el corazón lleno de pasión por Hermia, estaba bajo la influencia del hechizo cuyos efectos no tardaron en darse a conocer: al abrir los ojos, el primer ser a quien vió fué Elena, y prendóse naturalmente de ella en el mismo instante. Dirigióle, pues, la palabra y le declaró que ya no amaba a Hermia.

Elena, ignorando todo aquel enredo, figuróse que Lisandro se burlaba de ella y quiso abandonarle indignada; pero Lisandro fué tras ella, decidido a seguirla a dondequiera que fuese.

Entretanto la pobre Hermia despertó sobresaltada, de un sueño horroroso: temblaba como una azogada. Había soñado que pasaba arrastrando por encima de su cuerpo una serpiente y que le devoraba el corazón, mientras Lisandro contemplaba la escena impávido y más bien tranquilo y sonriente. Al despertar, pues, llamó a grandes voces a Lisandro, pero Lisandro no comparecía: «¡Lisandro, dueño mío, Lisandro!...» exclamaba: «pero ¿dónde estará Lisandro, que no responde a mi voz? ¿Dónde estás, Lisandro? respóndeme, si es que me oyes; dime una palabra, que me muero de espanto.»

Sus gritos no hallaron, empero, eco alguno, y comprendió entonces que Lisandro se había retirado de aquel lugar, y sin pérdida de tiempo partió en su busca.

LAS DIABLURAS DE PUCK

La reina Titania, continuaba sumida en un apacible sueño, por lo cual no oyó cómo llegaban Quince, Bottom y la osada compañía de noveles actores. Pusiéronse, pues, a ensayar el drama en el bosque a pocos pasos de donde estaba Titania. Bottom, como de costumbre, quería llevar la batuta, todo lo mangoneaba, y advertía y daba consejos a todos de cómo habían de hacer sus respectivos papeles.

Pero, aunque ignoraba Títania la presencia de aquella comparsa, no faltaba quien los había acechado. El trasguillo Puck, por otro nombre «Robín, el buen chico», no dormía cier-

tamente, sino que estaba muy alerta y siempre dispuesto a inventar alguna travesura. Ya se divertía en asustar a las jóvenes aldeanas con burlas de toda clase, ya retozaba en la mantequera impidiendo que fluyera la manteca: unas veces en forma de duende, otras de fuego fatuo, hacía errar el camino



«Al despertar de tu profundo sueño,
Lo primero que hiera tus pupilas,
De tu alma quedará amoroso dueño.»

a los crédulos caminantes. Algunas veces, en forma de manzana cocida saltaba a una ponchera llena de espirituosa cerveza y golpeaba los labios de alguna abuela al momento de acercarlos al líquido espumoso; o también, en cuanto alguna jamona se disponía a relatar a sus compañeras alguna historia triste y melancólica, apartaba Puck con gran soltura y presteza el banquillo en que ella se sentaba y la jamona ¡zas! daba con sus nalgas en el suelo, mientras sus camaradas se desternillaban de risa.

En esta ocasión hízole gracia a Puck la extraña y abigarrada compañía de sencillos artesanos llegados de Atenas para ensayar el drama en el bosque, y ocurriósele gastar una pesada broma al arrogante Bottom. Éste, después de haber recitado algunas líneas de su papel, tenía que retirarse de la escena dejando en ella a los demás: ahora bien, Puck se aprovechó de aquel momento favorable, y, en un periquete, encasquetóle una cabeza de asno.

Ignorando la extraña transformación que acababa de sufrir su persona, Bottom entró de nuevo en la escena para continuar su papel. A la vista de aquel esperpento, empezaron todos sus camaradas a chillar y echaron a huir espantados, diciendo que habían sido víctimas de un hechizo. Sólo Bottom estaba ajeno a todo y no sabiendo a qué obedecía aquel trastorno, se figuraba que todo aquello no era más que una farsa inventada para espantarle.

—¡No, yo no me muevo de aquí, por más que hagan!—decía atónito y sin acertar a darse cuenta exacta de lo que pasaba. Voy a pasearme de arriba abajo, y para que vean que no tengo miedo cantaré. Y en efecto, empezó a pasear arriba y abajo por el bosque, cantando con una chillona y destemplada voz, que más que voz humana parecía rebuzno de asno, la siguiente copla:

Mirlo, de negro plumaje
Y de pico anaranjado:
Tordo, de canto ajustado:
Tin tin-tin...
Reyezuelo parlanchín.

—¿Quién es este bendito ángel que me despierta en mi lecho de flores?—exclamó Titania despertando de su sueño.

El sortilegio empezaba a producir sus efectos, y ella contemplaba, embebecida, la grotesca figura de aquel monstruoso personaje.

Bottom terminó su cantar:

Gorrión, alondra, pinzón,
Cuclillo de canto llano
Que oye absorto el ser humano,
Sin darle contestación

—Sigue cantando, sigue, feliz mortal quienquiera que seas, que vas errante por este bosque—díjole Titania.—Canta, que mi oído se recrea y deleita con tus dulces acentos, lo mismo que mis ojos con la hermosura y gracia de tu forma. Me parece que tu ingenio corre parejas con tu hermosura.

—¡Ah no, señora!—replicó Bottom con desabrimiento;—no tengo ni lo uno ni lo otro, pues por poco talento que tuviese, él me bastaría para hacer lo que más cuenta me trae en este momento, que es salir de este bosque.

—¿Salir de este bosque?—repuso Titania;—no te pase tal cosa por el pensamiento. Aquí te has de quedar, quieras que no. Yo soy un espíritu superior al tuyo y de esfera no común ni vulgar, y te adoro; ven, pues, conmigo. Tendrás un ejército de hadas a tus órdenes: ellas te traerán gran número de joyas, y al arrullo de sus dulces cantares el sueño bienhechor te regalará, tendido en un lecho de flores. ¡Flor de guisante, Telaraña, Falena, Grano de mostaza!... venid.



«¡Lisandro!... ¿Dónde estás, Lisandro?»

A este llamamiento acuden presurosas cuatro sílfides, y la reina de las hadas, hecha todo amor y ternura, les confía el nuevo objeto de sus afecciones. Llévanlo ellas al interior del bosque y le coronan de flores, mientras la soberana colma de caricias a aquel zoquete. Éste no había hasta entonces sentido movimiento ninguno de simpatía ni ternura ante la delicada belleza de la reina de las hadas, y por lo mismo aceptaba sus deferencias y galanterías con estúpida indiferencia. Pero la virtud del hechizo obraba con tal eficacia, que Titania estaba completamente fuera de sí.

—Habla, amor mío—decíale con voz cariñosa,—¿qué deseas comer ahora?

—¡Pardiez, un celemín de cebada!—respondió Bottom en tono de patán amoscado:—con gusto me comería un pienso tan exquisito. Ahora empero, dejadme en paz y que nadie chiste, pues siento ganas de dormir.

—Ea, duerme, que yo quedo ahí, a tu lado—díjole la reina.—Vosotras, hadas, quitaos de aquí.—¡Oh!; ¡cuánto te amo, pichón! ¡qué locura siento por ti!

Hermia había partido en busca de Lisandro, pero no fué ciertamente Lisandro, sino Demetrio a quién encontró: como de costumbre, empezó a hacerle mil declaraciones de amor, y ella, como siempre, le rechazó airada. ¡Extraño fenómeno! Lisandro había sido su único amor en el mundo, y ahora, despierta de su sueño, su corazón había completamente cambiado de objetivo: ¿a qué obedecía, pues aquel cambio?

—Este es el ateniense, cuyos párpados te mandé ungir—dijo por lo bajo Oberón a Puck, mientras ambos estaban acechando, escondidos detrás del ramaje.

—La mujer—repuso Puck,—es ciertamente la misma; no así el hombre.

—¿Qué hiciste pues?—insistió el rey de los silfos.—Por lo visto has incurrido en un lamentable error. Has derramado el jugo mágico en los ojos de un amante sincero y leal, y ahora, gracias á tu equivocación ha sucedido todo lo contrario a lo que yo pretendía; en vez de convertir en sincero afecto un amor engañador, lo que era verdadero amor, ha degenerado en torpe traición. Ea, pues, recorre todo el bosque con la rapidez del viento; es preciso que halles a Elena la ateniense: la pobre está acabada de sufrimientos, pálida y su semblante desencajado. Date maña para inventar alguna estratagema para traerla a mi presencia; que yo, mientrâs te aguardo, derramaré el jugo mágico en los párpados de Demetrio.

Con el aliento que le daba su impaciencia por remediar el daño que su impremeditación causara, echó a correr Puck á través del bosque. Oberón por su parte dióse prisa a untar los párpados de Demetrio.

Al cabo de pocos instantes compareció Elena, esta vez en compañía de Lisandro: nueva confusión, nuevas dudas y perplejidades. Demetrio despierta, y su primera mirada dirígese a



«¡OH!, ¡CUÁNTO TE AMO, PICHÓN! ¡QUÉ LOCURA SIENTO POR TI!»

Elena: inflámase su corazón en amor hacia ella y olvida a Hermia.

Elena no halla explicación para lo que está pasando, y no sabiendo qué solución dar a aquel enigma, cree que aquellos dos hombres no intentan más que mofarse de ella e insultarla villanamente, ya que el día anterior Lisandro estaba dispuesto a casarse con Hermia, y el propio Demetrio, después de galantear a Elena, aspiraba a la mano de su amiga. ¿Por qué pues aseguraba en aquel momento a Elena que era ella el único objeto de sus aspiraciones? No podía imaginar Elena que todo este enigma tuviese su explicación en la virtud de una maligna flor.

En cuanto a Hermia, estaba tan desconsolada como Elena. Su perplejidad había ya llegado a su más alto grado, al ver que Demetrio le volvía súbitamente la espalda, sin atenderla en nada: pero lo que le atravesaba el corazón era ver que su fiel amante Lisandro no sólo la abandonaba por Elena, sino que además la llenaba de denuestos e insultos siempre que la encontraba.

La equivocación de Puck había, pues, producido un verdadero enredo, imposible de deshacer.

Demetrio y Lisandro, en la locura de sus celos, terminaron por retarse en desafío, pero esta vez el trasguillo Puck intervino con éxito lisonjero, pues logró despistar tan a maravilla a los contrincantes, que no se pudieron hallar el uno al otro y anduvieron errantes y perdidos en la obscuridad del bosque. Por fin, rendidos de fatiga, dejóse caer Lisandro en el suelo y quedó dormido, y poco después la fiel Hermia se sentaba a su lado. Dióse entonces prisa Puck a ungir de nuevo los párpados de Lisandro, quien, al despetar, lo primero que vió fué su compañera; con lo cual todo acabó bien. Lisandro devolvió a Hermia su primitivo amor, y como ya Demetrio había vuelto a enamorarse de Elena, no hubo obstáculo alguno para la realización de los sueños de ambas parejas, que eran unirse para siempre.

Entretanto el rey Oberón, compadecido de su encantadora consorte, no pudo ya por más tiempo verla entre las garras de tan repugnante monstruo. Encendida en nuevo fuego de

pasión, Titania había cedido a Oberón el jovencito paje que reclamaba: él, por su parte, satisfecho de verse complacido, apresuróse a romper por medio de un sortilegio el hechizo que tenía dominada a la reina de las hadas. Díjole pues:

Sé de nuevo la que fuiste,
Contempla lo que antes viste.

Y ahora, querida Titania, reina mía adorada, despierta.

—¡Oh mi adorado Oberón!—exclamó la reina de las hadas al despertar:—¡qué visiones han pasado por mis ojos!, ¡qué raras y extravagantes!... He llegado a soñar que estaba enamorada de un jumento.

—No es extraño, querida, aquí está tu amante—replicó el rey,—mostrándole a Bottom que dormía allí, roncando estentóreamente.

—¿Cómo es esto? ¡Oh y qué repugnante criatura!—exclamó Titania retrocediendo horrorizada.

Oberón dió entonces orden a Puck que quitase a Bottom la cabeza de asno, de manera que al despertar le pareciese que todo aquello no había sido más que un sueño. Hecho esto, los soberanos, ya reconciliados, arrancaron el vuelo desapareciendo de allí.

Al amanecer del día siguiente, al entrar el duque Teseo en el bosque para cazar, en compañía de su prometida Hipólita, hallóse inopinadamente con las dos parejas de enamorados. Egeo, padre de Hermia, acompañaba al duque, pero no fué necesario aplicar la cruel ley de Atenas, puesto que Demetrio, habiendo renunciado al amor de Hermia, declaró formalmente que Elena, su primer amor, era la sola mujer con quien quería casarse. Cuanto sucediera, parecía un sueño a aquellos felices novios.

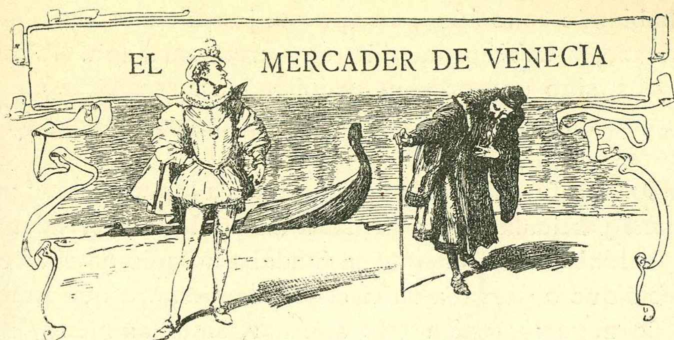
—¿Estáis seguros—decía Demetrio,—de que no dormimos aún?, A mí me parece todo esto un sueño.

Sin embargo, su dicha era una verdadera realidad; no ciertamente un sueño que se desvaneciese a la luz de la alborada de aquel día. Las bodas de Hermia y Lisandro y de Elena y Demetrio celebráronse el mismo día que la de Teseo e Hi-

pólita. Grandes fueron los festejos de la ciudad de Atenas, pero el más saliente de todos fué sin duda el drama que representaron Bottom y su flamante comparsa.

«La enfadosa y corta escena del joven Píramo y su amante Tisbe, chiste muy trágico»: tal era el título que encabezaba el programa. Efectivamente, tragedia fué muy chistosa y que deleitó en gran manera a la mayor parte de los espectadores.





UN GRACIOSO CONTRATO

Triste en verdad y dolorosa era la situación de los judíos en la Edad Media: odiados y menospreciados de los más, sus hermanos los cristianos hacían a su alrededor un denigrante vacío, les maldecían convirtiéndolos en tristes individuos de una raza precita. Sin embargo, a pesar de los vejámenes y violencias de que eran víctimas en casi todos los pueblos de Europa, sus negocios iban viento en popa, y no eran parte los fuertes tributos que se les imponían, para que dejaran de aumentar sus riquezas. Al judío recurrían los nobles y los grandes comerciantes en caso de apuro, y las sumas enormes que a título de intereses les exigía por las cantidades que les prestaba, venían a aumentar aquel caudal de riqueza que llenaba las arcas de los Israelitas, haciéndoles los reyes del oro.

Uno de los más ricos judíos de Venecia era Shylock; lo cual no quiere decir que viviese con gran fausto, sino antes al contrario, se trataba como un miserable, teniendo por toda servidumbre un joven bufón. Toda su familia se reducía a una niña, llamada Jesica, en nada parecida a su padre, pues así como él era avaro y de carácter melancólico, ella era alegre y pródiga, de temperamento frío, sin respeto ni voluntad alguna hacia su raza y familia, no suspirando en este mundo por otra cosa que por huir de la atmósfera de avaricia de su hogar y gozar de las diversiones y pasatiempos de que se veía privada por la severidad y misantropía de Shylock. No paraba aquí la

cosa; habiendo conocido a un apuesto joven veneciano, llamado Lorenzo, le había prometido, en secreto, su mano. No esperaba, pues, sino una ocasión propicia para escaparse con su prometido, abandonando junto con su hogar, la religión de sus padres.

Shylock, a fuer de buen judío, odiaba a los cristianos; pero sentía una particular aversión hacia un opulento mercader llamado Antonio, aversión que se fundaba no sólo en el aire de desprecio que observaba en el cristiano, siempre que por razones de negocio tenían que alternar, sino también (y muy principalmente) porque el cristiano prestaba sin interés, y ello naturalmente hacía bajar en Venecia el coste del dinero. Además, varias veces había Antonio rescatado con dinero de su bolsillo a pobres infelices que Shylock hiciera meter en la cárcel por insolvencia, y a menudo en pública plaza de Rialto, en presencia de los negociantes reunidos, no se recataba de censurar la avaricia y rapacidad de los judíos usureros.

Antonio, pues, había herido en lo más vivo a Shylock: éste, en su orgullo de judío (pues Shylock lo era de pura raza), y en su amor al dinero (las dos pasiones que zahiriera Antonio); volvía y revolvía en su ánimo, en los momentos que sus especulaciones le dejaban libres, las ofensas recibidas de aquél y resolvió vengarse cruelmente a la primera ocasión que se le presentase de satisfacer su antiguo rencor.

Amigo de Antonio era Basanio, apuesto y bizarro hidalgo que por su carácter generoso gastaba más de lo que su patrimonio y sus rentas podían soportar. Basanio estaba enamorado de una hermosa dama, llamada Porcia, la cual le había dado a entender, más de una vez, que correspondía a su afecto con mayor interés que al de otros que la pretendían. Animado con esto Basanio, había determinado ir a visitar a Porcia en su palacio de Belmonte, pero en su prodigalidad tenía agotados todos los recursos de que dispusiera, y en aquel momento veíase en la imposibilidad de presentarse como correspondía a un pretendiente de dama tan encopetada.

Pesaroso de no poderse poner a la altura de sus competidores, resolvió acudir, en tan apurado trance, a Antonio su buen amigo, de quien ya en otras ocasiones había recibido el

apoyo necesario. Al negociante no podía sucederle cosa más agradable que hacer un favor a su amigo, y no tuvo inconveniente en poner todo lo suyo a su disposición. Desgraciadamente no disponía en aquellas circunstancias, de gran contingente de dinero efectivo, pues todo su capital lo tenía empleado en cargamentos de mercancías que navegaban por su cuenta y riesgo; permitió, sin embargo, a Basanio, que hiciese uso de todo el crédito de que disfrutaba en Venecia para cuanto necesitase y le prometió salir fiador por él hasta el último maravedí, a trueque de ponerle en condiciones de presentar dignamente su demanda en el palacio de Belmonte.

Basanio, pues, fué en busca de un prestamista, y hallólo verdaderamente en la persona de Shylock, uno de los principales usureros de Venecia. Pidióle prestados tres mil ducados: perplejo estuvo al principio Shylock y no parecía muy bien dispuesto a prestárselos.

—¿Tres mil ducados?...—dice el judío con cara de hombre que reflexiona y pesa seriamente el asunto.

—Sí, señor—responde Basanio;—tres mil ducados para tres meses.

—¿Para tres meses?

—Sí, para tres meses—repite Basanio,—y de esta suma sale fiador, como ya os dije antes, Antonio.

—¿Antonio fiador?...—bien,—añade Shylock con el mismo tono de voz.

—Bueno ¿es que puedo contar con vos? ¿Queréis hacerme este favor? ¿podéis darme respuesta?—insiste Basanio, no pudiendo ocultar su impaciencia.

—Tres mil ducados, para tres meses y con la garantía de Antonio...—murmura el judío, haciendo del que pesa las palabras.

—Ea, responded—replica Basanio.

—Verdaderamente la firma de Antonio vale esto—dice Shylock.

—Vaya si lo vale—afirma Basanio;—¿hay acaso quien crea lo contrario?

—¡Oh! no, no—responde Shylock.—Confieso que Antonio goza de crédito para esta suma y que su garantía es su-

ficiente. Sin embargo, su fortuna en este momento no está del todo segura. Tiene un barco en camino para Trípoli; otro para las Indias: acabo, además, de saber en Rialto, que tiene un tercer barco en Méjico y que otro, el cuarto, está camino de Inglaterra, sin contar otros que andan esparcidos y diseminados por el mar. Ahora bien, hay que tener en cuenta que un barco es un conjunto de cuatro tablas y que los marineros son hombres de carne y hueso, y que así como hay ratones de tierra y ratones de mar, también hay ladrones marinos, quiero decir piratas: además, hay muchos peligros de vientos, tempestades y escollos. A pesar de todo, Antonio es solvente, y su fianza me parece aceptable.

—Podéis con toda tranquilidad aceptarla—dice Basanio.

—Esa quiero yo precisamente—replica el judío con una especie de gruñido—y por lo mismo deseo que reflexionéis. ¿Podría yo verme con Antonio?

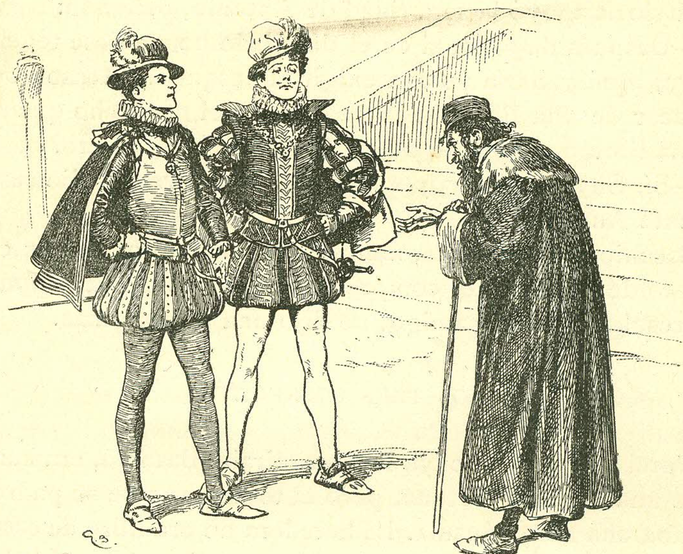
—Aquí le tenéis—responde Basanio, observando que andaba por allí el negociante.

El cual, a su vez, hizo a Shylock la demanda que le hiciera Basanio y urgía al judío a que le respondiese. La hiel que se había ido lentamente depositando en el corazón del judío, reventó por fin en un acceso de ira desenfrenada, y recordando a Antonio el implacable desprecio y los insultos y desmanes de que le había públicamente colmado, díjole con aire de soberano vencedor:

—Ha llegado ya el momento en que necesitáis de mi ayuda: hoy venís a mí y me decís: «Shylock, préstanos dinero.» Vos sois quien me dice esto, vos que cuando no me necesitabais, me dabais del pie como se da a un perro al echarlo a la calle. ¿Ahora necesitáis dinero, eh? ¿qué voy a deciros? Bien podría responderos que los perros no lo tienen, que un perro no puede en manera alguna prestaros tres mil ducados. Esto es lo que debería hacer, si ya no es tanta vuestra soberbia que queráis que os diga, rebajándome como un esclavo y arrastrándome como un vil gusano: «Señor mío, el miércoles pasado me escupisteis a la cara, tal día me arrojasteis a coces de vuestra casa, otro día me tratasteis como a un perro: por todas estas *atenciones* voy a prestaros tan gran suma de dinero.»

—Es que no tengo inconveniente en volverte a tratar del mismo modo y sacudirte a coces—exclamó Antonio.—Si quieres prestarme ese dinero, ha de ser no como a amigo, sino más bien como a enemigo tuyo que soy y como tal, si el día del vencimiento del plazo no cumpliere, podrás exigir la suma estipulada, con mayor audacia.

Al oir esto, cambió Shylock bruscamente de actitud y adop-



«Por todas estas *atenciones* voy a prestaros tan gran suma de dinero.»

tando un tono suave y meloso, declaró que nada deseaba tanto en este mundo como ganar el corazón de Antonio y hacerle su amigo.

—Voy—dijo,—a satisfacer vuestra actual necesidad y cuenta con que no acepto un céntimo de interés por mi dinero. No exijo más que una condición (y esto en broma), y es que firméis, ante notario, que si el día del vencimiento no se me devuelve el dinero, el desquite será una libra de carne que yo escogeré y que será cortada del cuerpo de Antonio en la parte de él que me plazca.

—Está muy bien, a fe mía—dijo Antonio.—Yo firmaré este contrato y además confesaré que he hallado por fin un judío desinteresado.

—Guárdete Dios de firmar semejante contrato—saltó Basanio, estremecido de horror ante la idea de tan dura condición.

—No hay para qué temer—amigo mío,—repuso Antonio. No habré de pagar ciertamente el desquite. Dentro de dos meses, o sea un mes antes del vencimiento, he de cobrar el triple de esta suma, con que ya ves si he de preocuparme por lo que pueda exigirme ese judío.

Shylock apoyó la seguridad de Antonio, diciendo:

—Después de todo, si en el día fijado no pudiese tener mi dinero, ¿qué ganaría yo con exigir el desquite? ¿Acaso podría yo sacar de una libra de carne humana el provecho que saco de una libra de carne de buey, de cabra o de carnero?

—Sí, Shylock, sí; voy a firmar este contrato—dijo resueltamente Antonio.

Basanio, por su parte, aunque horrorizado al pensar en lo funesto de aquel trato, comprendiendo que era inútil oponerse a la resolución de su amigo, no dijo una palabra más.

LOS TRES COFRECITOS

Porcia, la dama a cuya mano aspiraba Basanio, era heredera de una inmensa fortuna, pero el testamento de su padre encerraba una rara cláusula. La heredera no era libre de escoger marido. El testador había ordenado que, llegado para la joven el tiempo de contraer matrimonio, se preparasen tres cofrecitos, uno de oro, otro de plata y el tercero de plomo: en uno de los tres había que encerrar el retrato de Porcia, y el pretendiente había de escoger: el que tuviese la fortuna de dar con el cofrecito que encerraba dicho retrato, obtendría la mano de la joven.

Tanto se había propagado la fama de este excelente partido, que venían pretendientes de lejanas tierras y en gran número, pero veían sus ilusiones fallidas ante aquella extraña condición, que se convertía en grillete para la desdichada Porcia. Su doncella Nerisa procuraba consolarla, recordándole la bondad y prudencia de que el difunto había dado siempre testimonio.

—Las personas virtuosas—decíale,—tienen a menudo, en

sus últimos momentos, felices inspiraciones. Estad tranquila y confiada; que el pretendiente que sepa escoger, será sin duda el que sabrá amar y haceros feliz en vuestro estado.

Escuchaba Porcia las razones de su doncella, por más que no la convencían del todo; templaba, empero, algo su disgusto y daba fuerza a lo que le decía la doncella, el ver que entre todos los pretendientes, no había uno siquiera que interesase su corazón; todos le parecían ridículos y despreciables. Así se lo dió a entender a su consejera cuando, diciéndole que los pretendientes se aprestaban a regresar a sus respectivos países, replicó ella:

—Muy bien harán en partir y yo me huelgo de ello, pues no he de lamentar la ausencia de ninguno de ellos. ¡Déles, pues, el Cielo un feliz regreso!

—¿Tenéis acaso memoria, señora—añadió Nerisa,—de un veneciano, hombre de letras y de armas, que estuvo aquí en vida de vuestro padre, en compañía del marqnés de Monferrato?

—Sí, sí—respondió Porcia con viveza;—era Basanio.

Y para disimular su interés, añadió en tono de indiferencia:

—Creo que éste era su nombre...

—Sí, señora, este mismo. Pues, paréceme que, entre todos los hombres que yo he visto en mi vida, es quizá el más digno de la mano de una mujer de valía.

—Sí, ahora lo recuerdo bien, y tengo presente que más de una vez te oí alabar sus cualidades—dijo Porcia.

Mientras esto decían entró un criado:

—Señora—dijo,—hay cuatro caballeros extranjeros que desean despedirse de vuestra merced: además acaba de recibirse un mensajero del príncipe de Marruecos diciendo que su señor llega esta misma noche.

—Vamos allá, Nerisa—dijo Porcia con un gesto de burlona desconfianza:—mucho menudean los pretendientes; apenas pasado el cerrojo despidiendo a uno, viene otro a llamar a la puerta.

En efecto, pusiéronse en hilera los tres cofrecitos, e invitóse al príncipe de Marruecos a que escogiese.

El cofre de oro llevaba esta leyenda:

El que me elija, ganará lo que muchos desean.

Encima del cofre de plata se leía:

El que me elija, obtendrá lo que se merece.

El tercero era de plomo, y en él se leía, claro, este aviso:

El que me elija, lo da y aventura todo.

Perplejo estuvo largo rato el príncipe de Marruecos, intentando descubrir el oculto sentido de aquellas misteriosas leyendas. Atraíale sobremanera el de oro, no sólo por la riqueza del metal, en la que veía él una prenda del acierto, sino por el significado que le parecían tener las palabras.

—El que me elija, tendrá lo que muchos desean... Esto es, será el privilegiado, pues tal es ella, que todo el mundo la desea, de todas partes vienen a contemplar a la bella Porcia. Además, uno de estos tres cofres guarda su retrato: ¿quién va a pensar, pues, que no ha de ser el de oro el que sirva de estuche a tan rica joya? ¿Acaso será el de plomo, ese vulgar metal?, ¿ó el de plata que vale diez veces menos que el oro?

Así discurría el noble pretendiente, y decidióse al fin por el de oro, diciendo: «éste escojo, dadme la llave.»

—Hela aquí—dijo Porcia,—vuestra soy, si en él hallareis mi retrato.

Abre el príncipe de Marruecos el cofrecito y ¡ah!, ¡cuál no fué su sorpresa al hallar, en vez de las encantadoras facciones de la bella Porcia, un repugnante cráneo que parecía hacer mofa de su mala ventura! De una de sus vacías órbitas salía la punta de un rollo de papel, que tomó el príncipe en sus manos y en el que leyó:

Harto sabido tendrás
Que no es oro cuanto luce,
Que a la perdición conduce
Mirarme a veces no más.
En áurea tumba verás
Hormiguear el gusano.
Si en cuerpo joven, de anciano
El juicio tuvieses, sano,
Tu elección fuera acertada;
Ahora para baldón
Tu esperanza quedó helada.

—¡Helada, verdaderamente helada y mi ilusión desvaneci-

da!.. ¡adiós calor!.. ¡bienvenido sea el frío!..—suspiró el príncipe, reconociendo que no le quedaba ya más que hacer, sino retirarse con dignidad.

Pronto hizo su entrada el príncipe de Aragón, cuya fortuna no fué ciertamente mejor que la del de Marruecos: decidióse por el cofrecito de plata, pero no halló en él el retrato de Porcia, sino un mamarracho con ojos parpadeantes.

Aun se estaba felicitando Porcia de verle partir, cuando llegó un mensajero anunciando la llegada de un joven veneciano: por un secreto instinto comprendió Porcia quién era el que iba a entrar, y no le engañó el corazón. Era, en efecto, el señor Basanio.

Porcia presenció las perplejidades del nuevo pretendiente muy de otra manera que las de los anteriores: esta vez sentía extrañas emociones, y en su interés por Basanio, le rogó que aplazase uno o dos días su decisión porque, de no ser afortunado, se vería privada de su amable presencia.

—No, señora;—replicó Basanio—insoportable me fuera tal tortura;—dejadme escoger sin pérdida de tiempo.

Gran fe tenía Basanio en el éxito de su empresa; sólo le quedaba el temor de la indiferencia de Porcia; pero ésta le tranquilizó asegurándole que, aun en el caso de no conseguir el triunfo, tendría el consuelo de saber que para él era el afecto de su corazón.

Al ver, pues, la impaciencia de Basanio, dió Porcia orden que se retirasen todos y que se tocase la música mientras Basanio hacía la elección.

Perplejo estuvo Basanio, ni más ni menos que lo habían estado el príncipe de Marruecos y el de Aragón; largo rato contempló también aquellos tres cofres; pero fué más afortunado que sus dos rivales: sabiendo perfectamente que a menudo las apariencias engañan, pospuso el oro y la plata, y se inclinó al opaco y bajo metal que más que promesas parecía contener amenazas.

—¡Ah vil y despreciable plomo!—dijo, con acento de hombre convencido;—tu falta de brillo me conmueve más que todos los discursos. Este es para mi el cofrecillo de la fortuna y éste escojo; ¡que sea para mi felicidad!

Dicho esto, abrió Basanio el cofre de plomo y vió dentro de él, el retrato de la bella Porcia, con su frente rodeada de un marco de cabellos de oro y cuya apacible mirada parecía darle la bienvenida. Al pie del retrato había un rollo de papel con estas pocas líneas, que leyó él ávidamente:

Al que por falsa apariencia
No se deja seducir,
Cábele siempre elegir
Con arreglo a la prudencia.
Ya que es de tu pertenencia
El tesoro a que aspiraste,
No busques un más allá.
Y si te alegra el suceso,
Y tu dicha ves en eso,
Vuélvete a tu dama ya
Y ofrécele amante beso.

—¡Oh precioso pliego!—exclamó fuera de sí, Basanio.—Ahora, bella señora, permitidme que cumpliendo lo prescrito en estas líneas, dé lo que en ellas se me encarga y reciba lo que se me otorga.

Loco de contento, no se atreve apenas a creer en la realidad de lo que ve, y no creyendo que sea un hecho, necesita la confirmación de su señora. Esta lo hace muy a gusto, no dejándole asomo alguno de duda. Ella, por su parte, con el corazón rebosante de amor y alegría, hace entrega de sí, y todos sus bienes a aquel que ella llama de allí en adelante «su señor, su dueño, su rey.»

—¡Ved ahí esta casa, esta servidumbre, esta mujer dichosa que os está hablando—le dice;—todo es vuestro, señor, disponed de todo ello a vuestro antojo; de todo os hago donación junto con esta sortija. Guardaos de separaros de ella, de perderla o de enajenarla, pues sería el presagio de la ruina de nuestro amor.

Basanio no halla palabras para expresar la alegría que inunda su espíritu; protesta que no abandonará jamás aquella prenda del amor de Porcia; mientras dure su vida, la llevará consigo.

Su fortuna no había de limitarse a labrar la dicha para él

solo, había de hacer felices a otros: al poco rato vióse venir una pareja a reclamar el permiso para casarse el mismo día que lo hiciesen el señor y su dama: el novio era Graciano, uno de los compañeros de Basanio, joven alegre, atolondrado y decidor, que le había acompañado a Belmonte y prendádose de Nerisa, la doncella de Porcia. La suerte de los dos enamorados había dependido también de los cofrecitos, pues Nerisa habíase prometido a Graciano si Basanio obtenía la mano de su señora. A invitación de Porcia, regaló Nerisa una sortija a su novio, y, como Basanio, juró Graciano no soltarla jamás de la mano.

¡VENGANZA!

En Venecia empero, la desgracia se cebaba en Shylock y en Antonio. El plazo de tres meses, fijado por el mercader para el reembolso de su crédito estaba próximo a expirar, cuando el judío fué víctima de un terrible golpe: su única hija, Jesica, fugóse con un cristiano, y no como quiera, sino cargada de dinero y joyas que hurtara de las arcas de su padre. Shylock estaba loco de ira y de dolor a un mismo tiempo: cualquiera que oyese sus extravagantes razonamientos, hubiera dudado de afirmar si sentía más vehementemente la pérdida de la hija o el robo de sus tesoros.

Embriagada Jesica con el entusiasmo de su arriesgada aventura y, falta de reflexión, derrochó pródigamente el dinero, y no respetando ni siquiera la preciosa sortija que su madre diera a Shylock al casarse y en la cual había una riquísima turquesa, diósela a un marino genovés a cambio de un mono. Shylock se desesperaba, y su corazón se laceraba al pensar en los prodigalidades de su hija: no le quedaba más que un consuelo y en él se concentraba, acariciando con frenética y salvaje alegría un plan, por desgracia muy hacedero: el mercader Antonio acababa de sufrir enormes pérdidas y reveses de fortuna; uno tras otro, todos sus barcos habían naufragado, y corría ya la fama en Rialto, que su quiebra era inevitable.

—¡Ay de él!, ¡cómo se arrepentirá de su contrato!—exclamó Shylock.—Acostumbraba tratarme de usurero; caros le

van a costar los intereses...: acostumbraba prestar dinero por galantería cristiana; ahora conocerán al judío...

No obstante—repuso uno de los amigos de Antonio, —estoy más que seguro que, si se declara insolvente, no serás tu capaz de exigirle el cumplimiento a costa de su carne, ¿para qué te serviría ella?

—¿Para qué?, para cebo de los peces—respondió Shylock con un rugido como de tigre,—y aunque no sirviese para alimento, serviría de pábulo a mi venganza. Este villano me ha llenado de oprobio, me ha perjudicado en casi medio millón; ha tomado a chacota mis quebrantos y hecho burla de mis ganancias: no ha dejado pasar ocasión alguna de despreciar a mis colegas; ha hecho siempre todo lo posible para frustrar mis empresas, me ha restado amistades y dado alas a la malicia de mis enemigos. Y todo ¿por qué?, porque soy judío... ¿Acaso el judío no tiene ojos para ver lo que pasa?, ¿acaso es un ser diferente de los demás, sin manos, sin órganos, sin afecciones, sin pasiones? ¿Por ventura no come el mismo pan que el cristiano, no se le hiere con las mismas armas, no está sujeto a los mismos males, no se cura con los mismos remedios que todo hijo de vecino, sea cristiano, sea mahometano? ¿Somos los judíos acaso de piedra o de bronce, que no nos sintamos de los golpes que nos dais, o que no nos hagan reir las cosquillas que nos hacéis? ¿Por ventura no morimos, si nos envenenáis, y por ventura hemos de responder a vuestros ultrajes de otra manera que vengándonos? Si pues en todo somos iguales a vosotros, no nos hemos de distinguir en esto, de vosotros. Cuando un judío ultraja a un cristiano, ¿en qué hace consistir éste su humildad? En la venganza. Si pues es a la inversa, que un cristiano ultraje a un judío, ¿en qué ha de consistir la paciencia del judío, siguiendo el ejemplo del cristiano, sino en la venganza? Ahora es tiempo de poner en práctica la perversidad de que me dais lecciones con vuestra conducta, y mucho será que yo no aventaje a mis maestros.

La resolución de Shylock era inquebrantable como una roca, contra la cual se estrellan las más bravas olas y la que no pueden conmover los huracanes y vendavales. Al vencimiento de la letra, hallóse Antonio en la imposibilidad de satisfacer

su importe; en vista de lo cual Shylock hizo detener al deudor y llevó el asunto por la vía judicial sometiéndolo al arbitraje del dux de Venecia. No valieron razones ni mòtivos de compasión para ablandarle, ni aun quiso aceptar la oferta de Antonio, de pagar su deuda, si podía procurarse la suma deseada.

—¡Vano empeño, cuando lo que yo exijo es el estricto cumplimiento del contrato!... tal era la respuesta que daba Shylock.

Lorenzo, el caballero veneciano que había raptado a Jesica, tenía amistad con Antonio y Basanio: la joven pareja encontró casualmente en su fuga a Salerio, amigo suyo, que navegaba con rumbo a Belmonte para anunciar a Basanio el desastre económico del mercader: invitado por él, embarcaron en su compañía Jesica y Lorenzo, y llegaron a Belmonte en el preciso momento en que Basanio acababa de abrir el cofrecito que le asegurara la posesión de Porcia. En toda la casa reinaba inmenso júbilo. Mientras Porcia daba la bienvenida a los novios, Salerio entregó una carta a Basanio. A medida que la leía, veía Porcia que su novio iba palideciendo: comprendió, pues, que algún terrible accidente debía haber sobrevenido, y declaró que en calidad de futura esposa tenía el derecho de compartir las inquietudes de Basanio. Entonces no pudo éste menos de exponerle francamente la situación.

—¿Es vuestro íntimo amigo quien se halla en tal apuro?—preguntó Porcia, después de haber oído de Basanio el relato de las desdichas de Antonio y el riesgo que el mercader no había dudado de afrontar por respeto a él.

—Sí; mi amigo, mi más querido amigo, un hombre como no hay otro en el mundo, un perfecto caballero y complaciente hasta el heroísmo, un hombre de honradez a toda prueba.

—¿A cuánto asciende el crédito de este judío?

—Mi amigo le debe por mi causa tres mil ducados.

—¿No más?—exclamó Porcia.—Páguensele seis mil y anúlese el contrato, y asunto terminado: doblad esta suma, triplicadla si fuere necesario, antes que permitir que un tal amigo pierda por causa vuestra ni un solo cabello de su cabeza. Ante todo, vamos juntos a la iglesia, dadme el título de esposa, y luego partid sin demora a Venecia al lado de vuestro amigo: a vues-

tra disposición pongo todo el oro que necesario sea, lo bastante para satisfacer veinte veces esta insignificante deuda... Pero, leedme antes la carta de Antonio.

La carta decía así:

«Basanio amigo: todos mis barcos se han ido a pique; mis acreedores no tienen entrañas, mi fortuna ha quedado reducida a muy poca cosa; el plazo de mi contrato con el judío ha vencido, y como quiera que mi muerte es inevitable aunque le pague la deuda, te perdonaré las que tienes conmigo si estás a mi lado, a la hora de mi muerte. Sin embargo, te suplico que obres de buena voluntad; si mi amistad no fuese bastante a hacerte venir, doy por no escrita esta carta.»

—¡Oh amor mío!—exclamó Porcia;—daos prisa, no perdáis un momento, partid.

Celebráronse en seguida las dos bodas, y sin pérdida de tiempo se embarcaron Basanio y Graciano con rumbo a Venecia.

Partido que hubieron, dijo Porcia a Jesica y Lorenzo que su intención era permanecer en el retiro durante la ausencia de su marido y que en manos de ellos dejaba el cuidado de la casa y la administración de sus dominios: después llamó a su criado Baltasar, a quien dió algunas instrucciones y le encargó que a toda prisa llevase una carta al doctor Bellario, su sabio primo, que se hallaba a la sazón en Padua.

—Toma los papeles y vestidos que te dé—díjole Porcia,—y tráemelos con la mayor rapidez posible al barco de pasaje que va a salir para Venecia; no pierdas el tiempo hablando, ve sin demora, que por aprisa que vayas, ya me hallarás esperándote en el lugar indicado. Y tú, Nerisa, ven—añadió;—tengo por hacer una faena que tú no sabes. Volveremos a ver a nuestros maridos más pronto de lo que ellos se figuran.

—Y ellos ¿nos verán también a nosotras?—preguntó Nerisa.

—Sí que nos verán, Nerisa—respondió Porcia;—pero tan bien disfrazadas que no nos reconocerán: apuesto lo que quieras que cuando estaremos disfrazadas de hombre, seré yo quien representará con más propiedad el papel de mozo, y jamás hombre alguno llevó la daga al cinto con más gracia y desenvoltura que yo. Pero, vamos juntas, que yo te expondré mis proyectos cuando estemos en el carruaje que nos

aguarda a la puerta del jardín. Date prisa, pues nos toca hoy hacer veinte millas de camino.

UNA LIBRA DE CARNE

Un ruidoso proceso iba a verse en el tribunal de justicia de Venecia. El judío Shylock reclamaba el cumplimiento del contrato, en virtud del cual Antonio había declarado que si en el día fijado no devolvía la totalidad de la suma prestada, daría, a título de gaje, una libra de carne de su propio cuerpo, que se le cortaría de cualquier miembro o parte de él, a voluntad y antojo de Shylock. El compromiso era ya vencido, y el judío insistía en que el contrato tuviera inmediata y puntual ejecución.

Terrible era la solución, pero inevitable: el mismo dux no pudo menos de reconocer que si Shylock seguía en su insistencia, no había efugio alguno, y conforme a todas las leyes de la república, había que dar el gaje ofrecido. Como último recurso, solicitó el dux la cooperación del sabio doctor Bellario, llamándolo de Padua, para que le diese consejo y ayuda en aquel trance tan apurado. El tiempo, empero, apremiaba, y al abrirse la audiencia, no había comparecido aún Bellario.

Entró el dux y, tomado asiento, dirigió una mirada a la concurrencia.

—¿Dónde está Antonio?—preguntó.

—Presente y a las órdenes de Vuestra Gracia—respondió Antonio. Luego, abandonando el sitio en que había estado sentado, rodeado de un pequeño grupo de amigos, adelantóse hacia la mesa. Aunque en aquella crítica situación no había ya lugar a auxilio alguno de parte de sus amigos, sin embargo, Basanio, Graciano y algunos otros, habían venido a darle público testimonio de su simpatía.

Dirigiéndose entonces el dux a Antonio, expresóle cuán vivamente lamentaba verle a merced de un tan encarnizado enemigo. Respondió el mercader con gran presencia de espíritu, que, puesto que Shylock no cedía en su implacabilidad y por otra parte no había medio legal para librarle, se preparaba a sufrir con paciencia.

Llamaron entonces a Shylock, y el dux dió comienzo al proceso, haciendo antes un llamamiento a su clemencia.

—Ya todo el mundo ve—díjole el dux,—que tu objetivo no es otro que continuar tu pesada broma hasta el momento de la ejecución de la sentencia: esperamos, pues, que no pasará de broma y que al fin darás pruebas de clemencia, no sólo renunciando al gaje, sino también perdonando una parte del crédito en atención a las enormes pérdidas y reveses de fortuna que acaba de sufrir Antonio. Judío, esperamos de tu boca una respuesta favorable.

Shylock escuchó las palabras del dux impávido, inflexible y fiero: comprendió que no era la sazón más oportuna para entregarse a un delirio furioso, y con una premeditación digna del que prevé el éxito de su empresa, había transformado su rabia envenenada en un rencor frío é impasible. Una idea fija tenía en su mente y un deseo en su corazón; hacer cumplir el contrato en todo su rigor y no había poder de palabra humana que le apartara de su propósito. Tal fué lo que respondió al dux con sosiego, pero con un acento de decisión que hacía imposible toda componenda.

Al ver la inflexibilidad del querellante ofreciósele el doble del importe de su préstamo, a lo que él, consecuente con su tenacidad, contestó:

—Aunque cada uno de los mil ducados se dividiese en cuatro partes y cada una de estas cuatro partes se convirtiese en un ducado, yo los rehusaría a trueque de persistir en la demanda de cumplimiento del contrato. Esto es lo único que puede satisfacerme.

—Y ¿cómo te atreverás jamás a esperar que se te trate con clemencia—reconvínole el dux,—si al ofrecérsete ocasión de ejercitarla, te niegas a ello?

—Y ¿qué rigor de juicio he de temer yo, si en mi conducta no obro en nada contra justicia?—replicó Shylock.—Muy cara he comprado, por cierto, la libra de carne que reclamo ahora a este comerciante; mía es, y para mí la quiero; no pido nada que no sea mío. Aquí he venido en demanda de justicia ¿acaso no la obtendré?

Efectivamente la ley favorecía a Shylock. El dux no podía

en manera alguna hacer obstrucción a los decretos del Estado; lo único que estaba en su mano era diferir el acto del juicio, y a ello se preparaba, cuando se le anunció que acababa de llegar un mensajero de Padua con unas cartas de Bellario. Dió pues orden que entrara, y se presentó Nerisa, disfrazada de pasante de abogado.

Decía Bellario que, en la imposibilidad de ir personalmente a Venecia por causa de enfermedad enviaba en substitución un joven doctor en derecho, muy entendido y docto, a quien había instruído en todos los pormenores del proceso: rogaba pues que se hiciese el debido caso de su parecer y que se tuviese en lo que valía, su prodigiosa habilidad en materias jurídicas. Advertía además al dux que no considerase al enviado como demasiado joven para negarle la confianza, pues unía a la precocidad de la juventud la madurez y prudencia de la edad provecta.

Muy acertado estuvo Bellario en hacer hincapié sobre esto, ya que jamás se había visto a un letrado tan joven como aquél, pisar el umbral del Palacio de Justicia. Obrando con gran previsión había ocultado Porcia bajo el birrete de doctor su hermosa cabellera de hebras de oro, brillante como el sol de mediodía, pero sobresalían sin poder ocultarlas, la juventud y la belleza de su rostro: sin embargo, en su manera de tratar el asunto no se revelaba traza alguna de duda ó inexperiencia. Entrando de lleno en la materia, lo primero que hizo fué dirigir un expresivo llamamiento a Shylock en nombre de la clemencia: tuvo acentos de penetrante y conmovedora elocuencia, capaces de enternecer el corazón más empedernido; mostrando la superioridad de la misericordia sobre toda la justicia que él venía a reclamar. Shylock empero, permanecía rígido e inflexible cual si fuese una estatua de granito; oía las palabras de Porcia sin que hiciesen mella alguna en su alma. Con la misma obstinación que antes, se afirmó en su determinación.

—No exijo sino que se cumpla la ley—dijo;—reclamo la sanción y el gaje estipulados en el contrato.

—¿Acaso no está el mercader dispuesto a satisfacer su deuda?—preguntó Porcia.

—Dispuesto—respondió Basanio;—en prueba de ello yo

ofrezco aquí, en presencia del tribunal, el doble del importe de la deuda, y si esto no bastare, yo me comprometo a pagar diez veces dicho importe: ahora bien, si ni esto es bastante a satisfacer al judío, es evidente que procede de mala fe y que no tiene otro móvil de su proceder que la maldad. Conjúroos ¡oh jueces!, a hacer algo de vuestra parte para aminorar el rigor de la ley y ceder algo de lo justo para obrar un grande acto de justicia.

—No, esto no puede ser—repuso Porcia:—un decreto establecido es inmutable, y no se puede tolerar un acto que sentaría precedente, dando lugar a numerosos abusos en la administración del Estado. Obsérvese la ley, cúmplase al pie de la letra el contrato.

—¡Gracias al Dios de Moisés—exclamó triunfante Shylock,—que nos ha traído un nuevo Daniel para hacer justicia! ¡Oh y cuánto honor hago a tu sabiduría, aprovechado joven, que lo eres sólo por los años, siendo tu prudencia digna de la edad madura!

Consternados estaban los amigos de Antonio, sin acertar a proferir una palabra. El mismo Graciano que en tan violentos tonos denunciara la salvaje crueldad de Shylock, no veía manera de continuar en su actitud. La causa parecía a todos perdida para Antonio.

—Así pues—prosiguió Porcia,—el plazo es vencido, y el judío está en su pleno derecho al exigir el gaje: no obstante (dijo, dirigiéndose a Shylock), yo os pido de nuevo clemencia para la víctima; aceptad por saldo y finiquito el triple de lo que se os debe, ¿estáis conforme?, ¿puedo romper el documento?

—Cuando se haya cumplido según exige su contenido—respondió Shylock en tono de altivez indomable.

Antonio comprendió que ya no había esperanza y que era tiempo perdido prolongar la discusión, por lo cual dirigiéndose al tribunal suplicó en tono de impaciencia a los jueces que dictaran prontamente sentencia.

Porcia empero, a pesar de comprender que la sentencia es inevitable, lucha a brazo partido para obtener alguna concesión a favor del desdichado mercader. Por su parte Shylock, en perspectiva del triunfo, había traído un cuchillo para cortar

la libra de carne y una balanza para pesarla, pero no había pensando en traer un cirujauo que curase en seguida la herida. Porcia le ruega, pues, que mande a buscar uno, aunque no sea más que por humanidad.

—¿Acaso está estipulado en el contrato?—repuso Shylock. —Y respondiéndole que no, se niega a hacerlo: no admite la más ligera concesión; el contrato ha de cumplirse estrictamente.

Entonces Porcia, con voz clara y firme pronuncia la sentencia.—Tuya es—dice dirigiéndose a Shylock,—una libra de la carne de este mercader; el tribunal te la adjudica, la ley te la da: a la víctima se le cortará la carne de la región del pecho («muy cerca del corazón,» había estipulado el salvaje Shylock). La ley lo autoriza, el tribunal te lo concede.

—¡Oh sabio juez!—exclama Shylock :—¡brillante sentencia!—Y volviéndose a Antonio, le dice:—Ea, prepárate.

Y haciendo sonar la balanza, precipítase sobre el mercader, cuchillo en mano, cuando se oye la voz de Porcia que dice:

—¡Quedo!, espera un poco; hay algo que añadir.

Detiénese Shylock estupefacto: levantan los amigos de Antonio la cabeza y renace en sus corazones la esperanza. Ahora tócale a Porcia exigir el estricto cumplimiento de la ley.

—En el contrato no se habla de «sangre,» y sí sólo de «una libra de carne.» Puedes, pues, tomar lo que el contrato te garantiza; quita a tu víctima una libra de carne; pero ten bien entendido que si al cortarla derramares una sola gota de sangre cristiana, tus bienes todos serán confiscados a favor del Estado, según ordena la ley de Venecia.

—¿Esto dice la ley?—murmuró Shylock, bufando de coraje.

—Puedes por ti mismo leer el texto de ella;—responde Porcia. Tú exigiste el estricto cumplimiento de la ley y la ejecución de la justicia; observaráse, pues, la ley y se hará justicia, aun más de lo que tú quisieras.

—¡Oh sabio juez!—exclama Graciano repitiendo irónicamente los calurosos elogios que Shylock dirigiera anteriormente a Porcia.—¿No te parece, judío, que es éste un sabio juez?

—Si es así—replica Shylock, —déseme el triple de mi crédito y suéltese al cristiano.

—He aquí el dinero,—grita noblemente Basanio.

Pero detiénele Porcia con un gesto de gravedad, diciendo.

—¡Poco a poco!, se hará justicia al judío: no os precipitéis, que no hay que darle sino lo que la ley le garantiza.—Y dirigiéndose al judío;—prepárate—le dice,—para cortar una libra de carne, pero ten cuidado de no derramar sangre ni de quitar ni un adarme más del peso estipulado: si la aguja de la balanza se apartare del fiel, por poco que sea, siquiera sea el grueso de un cabello, muerto eres, y todos tus bienes quedan confiscados.

—Si así es—exclama Shylock,—dadme mi dinero y dejadme ir.

—He aquí el dinero—grita Basanio, ofreciéndole de nuevo las talegas de oro. Pero Porcia le detiene.

—No—dice;—él lo ha rehusado en presencia del tribunal; no hay que darle, pues, sino lo que es de estricta justicia y lo que marca el contrato.

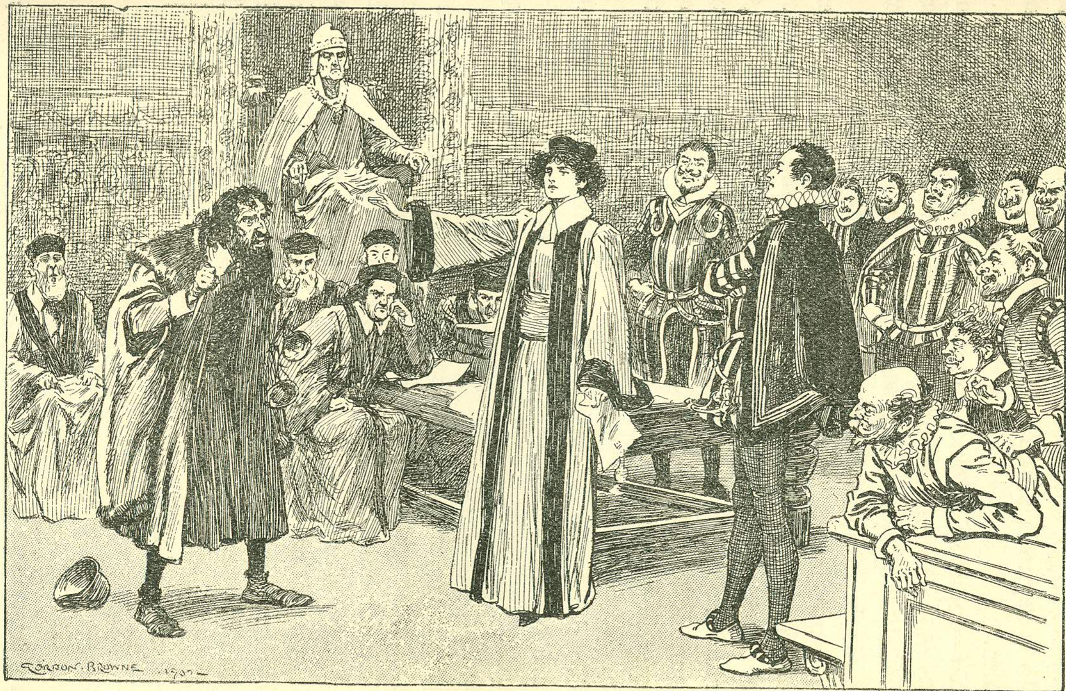
—¿De manera que ni aun el importe de mi crédito voy a recobrar?—pregunta Shylock consternado.

—No alcanzarás sino lo que te es debido para que a tu riesgo lo tomes, judío.

—¡Pues bien, si es así, que lo salde con el diablo!—exclama bruscamente Shylock, quien, viendo desbaratados sus planes, dispónese a abandonar la sala en el paroxismo de la rabia y del despecho.

Pero no había de salir tan bien librado del lance. Había incurrido en penalidad por otro concepto, al quebrantar el decreto de Venecia que prohibía a todo extranjero atentar contra la vida de un ciudadano: tenía que pagar, pues, la pena de su crimen y, según la ley, la mitad de sus bienes se adjudicaba al ofendido y la otra mitad al Fisco: finalmente era potestativo del dux decidir sobre la vida o muerte del ofensor.

Shylock escuchaba la sentencia agobiado de pena y aterrado a la vista de un cambio de escena tan súbito y para él tan desastroso. Durante todo el decurso del proceso había él reclamado la ejecución de la más estricta justicia y exigido que se cumpliese la ley al pie de la letra, y ahora se le medía con el mismo rasero con que él había querido medir a Antonio. Sin embargo, el dux de Venecia tuvo bastante clemencia para no



«¡QUEDO!, ESPERA UN POCO, HAY ALGO QUE AÑADIR»

hacer caer sobre él todo el peso de la ley y para perdonarle la vida antes que él se lo pidiese.—En cuanto a tus bienes—dijo,—la mitad de ellos pertenece a Antonio y la otra mitad al Estado; sin embargo, si dieres pruebas de humildad, no perderás del todo la segunda mitad y te conmutaré la pena por una simple multa.

—No—repuso Shylock anonadado;—quitadme la vida, quitádmelo todo, no me perdonéis nada. Me tomáis la casa, si me priváis del apoyo que la sostiene; me quitáis la vida, si me desposeéis de los medios que tengo para ganármela.

—Yo, por mi parte—replicó Antonio,—renuncio a la mitad de lo que se me debe, mientras Shylock me permita hacer uso del resto, que yo me comprometo a devolver, muerto él, al marido de su hija Jesica; pero para esta atención pongo dos condiciones; una, que Shylock reniegue del judaísmo, otra, que legue en testamento todos sus bienes a Lorenzo y su hija.

—No dudo que lo hará,—añadió el dux;—de lo contrario revocaré yo la gracia que acabo de otorgarle.

—¿Estás ahora satisfecho, judío?—preguntóle Porcia—¿qué respondes?

¿Qué iba a responder Shylock? Frustrada su venganza, desposeído de sus bienes, obligado a renegar de sus creencias y a enajenar hasta su derecho a la vida, el pobre viejo rebosando ira y desprecio, estaba solo delante de aquella turba hostil, sin una cara amiga, sin una voz que abogase por él. Por dos veces intentó hablar y otras tantas le faltó la voz. No pudieron sus secos labios pronunciar más que estas dos palabras:

—Estoy... conforme.

LAS DOS SORTIJAS

Aplastado, vencido, salió Shylock del Palacio de Justicia, en medio de la gritería y pitadas de la muchedumbre que había concurrido ansiosa para saber el resultado de la vista. Antonio y sus amigos rodeaban al joven doctor en derecho que tan brillantemente había llevado el asunto y le testimoniaban su

sincero agradecimiento. Ofreciéronle pingües honorarios, pero él rehusó decididamente toda remuneración.

Basanio entonces le suplicó que aceptase por lo menos un pequeño recuerdo, no en pago de su defensa, sino más bien



«Y en prenda de cariño tomaré esta sortija que lleváis»

en testimonio de gratitud. Por fin, no pudiendo resistir a sus instancias, el joven doctor echa una mirada a Antonio y le dice:

—Dadme vuestros guantes, yo los llevaré en recuerdo vuestro.

Luego, volviéndose a Basanio, le dice:

—Y en prenda de cariño tomaré esta sortija que lleváis.

Retrocede, al oir esto, Basanio y excusándose dice:

—Muy poca cosa es esta sortija, y me da vergüenza el ofrecérosla... Es un presente de mi mujer...

Cuanto más recalcitrante se muestra Basanio a ceder aquella sortija, tanto con mayor ahinco insiste el joven doctor, hasta que por fin cede, pero dando claramente a entender que

le ofende la negativa. Entonces el mercader conjura a su amigo a que no dé un desaire al que tan gran servicio le había prestado, y Basanio termina por ceder a su ruego.

—Ve, Graciano—dice,—corre a entregarle esta sortija.— Visto lo cual Nerisa, a imitación de lo que viera hacer a su señora, obliga a Graciano a cederle la sortija que de ella tenía.

Lorenzo y Jesica, que habían quedado en Belmonte, vieron con gran alegría, a su señora volver al hogar. Todo respiraba paz y ventura: la luna con sus tibios rayos, parecía querer contribuir a la placidez de aquella noche, harmonizando con los alegres sones de la música.

No tardó en regresar Basanio acompañado del mercader y Graciano: todos los corazones rebosaban de alegría y contento; pero esta felicidad vióse muy pronto interrumpida por una disputa que surgió entre Graciano y su mujer.

—¿Ya os peleáis?—dijo Porcia;—¿de qué se trata?

—De una sortija de ningún valor que Nerisa me había regalado—respondió Graciano,—con una leyenda vacía de sentido, por el estilo de las que los navajeros ponen en los cuchillos, por ejemplo: «Amadme y no me abandonéis.»

—¿Qué leyenda ni qué sentido?—exclamó Nerisa;—al dárosla yo, me jurasteis guardarla hasta la muerte y llevarla con vos hasta la tumba; así, pues, si no por mi amor, por respeto al juramento hecho, debíais haberla guardado como un sagrado objeto. Y haberla dado a un escribano... ¡qué desatino!... y a un escribano que no tendrá quizá jamás pelo en la cara.

—Si no tiene ahora por su poca edad, ya echará más tarde cuando sea un hombre cabal—replicó Graciano.

—Sí, si es que alguna vez pudo una mujer llegar a ser hombre,—replicó Nerisa con aire de desprecio.

—Por mi vida te juro—protesta exasperado Graciano,— que he dado la sortija a un joven pasante del juez, un barbilampiño, un desmedrado adolescente de tu estatura, un parlanchín que me la reclamó como honorarios, y no tuve valor para negársela.

—Mucho lo siento, Graciano, os lo confieso; y verdaderamente hicisteis mal—repuso Porcia en tono de reprensión,— desposeyéndoos tan a la ligera, del primer regalo de vuestra

esposa. También yo regalé una sortija a mi marido, y le hice jurar que no se desprendería jamás de ella,—(añadió echando una tierna mirada a Basanio). Presente está; yo os garantizo que ni que le ofrecieran todos los tesoros del mundo, no habían de conseguir que se desprendiese de ella. Verdaderamente, Graciano, habéis cometido una debilidad y dado a vuestra esposa un verdadero disgusto: si tal me sucediera a mí, me volvería loca de sentimiento.

Palabras fueron éstas que impresionaron hondamente a Basanio.

—Más me hubiera valido cortarme la mano izquierda—se decía a sí mismo desesperado,—y jurar que había perdido la sortija defendiéndome.

—Es el caso—dijo Graciano disculpándose,—que mi señor Basanio regaló su sortija al juez, a instancias de éste, y harto la merecía en verdad con esta ocasión: entonces su joven actuario que había trabajado mucho copiando los documentos del proceso, me pidió la mía. Ni él, ni su amo consintieron en aceptar otro presente que las dos sortijas.

—Ahora bien, señor mío—preguntó Porcia a Basanio;—¿qué sortija entregasteis al juez? pues no puedo suponer que fuese la que teníais de mí...

—Si yo fuese capaz de añadir una mentira a una falta—dijo Basanio,—os respondería que no; pero ya lo veis, la sortija no brilla ya en mi dedo; ha desaparecido de mis manos.

Al oir estas palabras, fingió Porcia un ataque de cólera y celos tan violentos, que no bastaron todas las razones que alegaba Basanio, para calmarla.

—¡Ah dulce Porcia!—decía contristado;—si supieseis a quién regalé yo la sortija y si pudieseis concebir por quién la di y con qué repugnancia me desprendí de ella al ver que no aceptaban de mí otro regalo que éste, estoy cierto que moderaríais la vehemencia de vuestro disgusto.

—Si hubieseis jamás conocido la virtud de la sortija—replicó Porcia,—o alcanzado con vuestras escasas luces la mitad siquiera de lo que vale la que os la regaló y que vuestra felicidad estaba cifrada en no desprenderos de tal sortija, creedme, no hubierais cometido tamaño desatino.

Deleitábase extraordinariamente Porcia en dar matraca a su marido, y a porfía, ya ella, ya Nerisa, pusieron en grave aprieto a aquellos dos hombres antes de dárseles a conocer. Por fin Antonio, sintiendo vivamente haber sido ocasión de discordia entre los esposos, intercedió en favor de Basanio, y Porcia acabó por apaciguarse.

—Ya que vos, Antonio—díjole Porcia,—os hacéis su fiador—entregadle esta sortija, rogándole que la guarde con mayor cuidado que la otra.

—¡Cielos!—exclamó asombrado Basanio;—si es la misma que yo di al juez...

Todo pues terminó con bien. El misterio se descubrió. Basanio y Graciano obtuvieron fácilmente perdón de su fechoría. Después, la alegría de que todos rebosaban subió de punto con las buenas noticias que se recibieron, pues supo Porcia, que tres de los barcos de Antonio que se creían haber ido a pique, habían entrado salvos en el puerto. Después de todo, la bancarrota quedaba evitada, y Antonio volvía a ser el rico y próspero mercader de Venecia.

COMO GUSTEIS



OLIVERIO Y ORLANDO

En una de las más sombrías profundidades del bosque de Ardennes habían sentado sus reales unas cuantas personas de vida desocupada. Desterrado y desposeído de sus estados por su hermano Federico el Duque, legítimo soberano del país habíase refugiado en la selva, y allí, lejos del fausto y de las intrigas palaciegas, vivía dichoso, rodeado de algunos servidores fieles y adictos a su persona. Poco a poco fué habituándose a aquel modo de vida de tal manera que llegó a parecerle preferible a la pompa y esplendor de que se viera en otro tiempo rodeado: allí no había parásitos aduladores, no se propalaban calumnias, no se urdían mezquinas intrigas cortesanas; no había más vicisitudes que las inherentes a los cambios de estación. Cuando las ráfagas del cierzo invernal le hacían tiritar de frío, exclamaba el Duque sonriendo: «¡Estos sí que son leales consejeros que sin adularme, me hacen comprender lo que soy en realidad!», y parecíanle más llevaderos los horrores del frío que la doblez e ingratitud de los hombres.

No lejos del bosque erguíase altiva la almenada torre del castillo que perteneciera en otro tiempo al gran gentilhombre Rolando de Boys. Este señor había dejado, al morir, todos sus

bienes al mayor de sus tres hijos, llamado Oliverio, pero con una cláusula testamentaria mandando entregar la suma de mil escudos al más pequeño de los tres, por nombre Orlando: además imponía a Oliverio la obligación de educar a sus dos hermanos. Uno de éstos, Jaques, fué enviado a la escuela e hizo rápidos progresos. En cuanto a Orlando, se le dejó abandonado sin instrucción. Oliverio no sólo no le hacía cultivar los dones y facultades que recibiera de la naturaleza, sino que se esforzaba en atrofiarlos para que no sacara de ellos provecho ninguno: hacíale comer con la servidumbre, desdeñábase de tratarle como hermano y parecía buscar por todos los medios posibles, la manera de incapacitarle y hacerle indigno, de la categoría de hidalgo.

Indignado al verse víctima de tan malos tratos, acabó Orlando por revolucionarse afirmando que no estaba dispuesto a tolerar aquella vil esclavitud: hubo con esto una violenta contienda entre los dos hermanos. Oliverio, siguiendo su costumbre, intentó brutalmente reducir a obediencia a Orlando, por lo cual se salió éste de quicio y asiendo de su pérfido hermano, respondió a sus insultantes frases con una serie de verdades capaces de convencer al más obcecado opresor. Un antiguo criado de la casa se interpuso para apaciguar a los dos hermanos; pero fué en vano: Orlando no cejaba.

—No te soltaré—dícele al intentar escaparse Oliverio.—En virtud del testamento de nuestro difunto padre, venías tú obligado a darme una buena educación, y sin acordarte de esto, me has educado como un labriego, no instruyéndome en ninguna de las artes propias del hidalgo que ha de aparecer como tal en la escena del mundo y de la sociedad. Pero, has de saber que el alma de mi padre revive en mí y no voy a tolerar por más tiempo esta esclavitud degradante. Déjame ocuparme en los ejercicios que corresponden a un joven de posición; de lo contrario entrégame la pequeña parte del patrimonio que me legó nuestro padre en testamento y contando con ello, buscaré fortuna.

—Y ¿qué vas a hacer con esto? ¿Mendigar cuando ya no te quede una blanca?—exclamó Oliverio sonriendo irónicamente.—Pues bien, *señor*, hagamos un arreglo, no quiero ya ser más

objeto de vuestras importunidades; os daré parte de lo que me pedís, pero soltadme. Y tú, perro viejo (añadió brutalmente, volviéndose al criado Adam) tú, vete con él.

—¡Perro viejo!.. ¿conque ésta es mi recompensa? ¿así se me pagan los servicios prestados a vuestro padre? eso soy sin duda, un perro viejo que perdí mis dientes al servicio de vuestra familia. ¡Ah malogrado amo mío y padre vuestro!, a buen seguro que él no hubiera proferido tales palabras.

A pesar de su promesa, Oliverio había ideado un medio para deshacerse de su hermano sin verse obligado a desembolsar los mil escudos. El día siguiente al de la contienda, iba a tener lugar un simulacro de lucha en que el campeón Carlos había de hacer alarde de sus proezas en presencia de toda la corte del duque usurpador: Carlos tenía una fuerza y una habilidad capaces de dar muerte a su contrario, sin parecer que lo intentaba. Orlando tenía intención de medir sus fuerzas con aquel famoso atleta. Oliverio lo sabía, y a Carlos se lo habían comunicado confidencialmente: temiendo dar algún golpe mortal al joven, fué a ver a Oliverio, de quien era amigo, suplicándole que o apartase a Orlando de su propósito, o le hiciese comprender que si le sucedía alguna desgracia, a nadie sino a sí propio podría culpar, puesto que en el ánimo de su contrincante no estaba el hacerle daño.

—Mil gracias por tu prueba de amistad y afecto;—respondióle Oliverio.—No desconocía yo el intento de mi hermano, y aun hice cuanto estuvo en mi mano para disuadirle de él, pero Orlando es inapeable. Te aseguro, Carlos, que Orlando es el hombre más testarudo que existe en Francia; es además un ambicioso, que ve con pesar las ventajas de los demás: un infeliz que se complace en conspirar secretamente contra mí que soy su hermano. Por mí, pues, obra según tu antojo, y lo mismo me da que acabes con él o que te limites a magullarle un dedo. Harás muy bien en andar con cuidado y receloso de él, pues a la menor afrenta que le parezca que le haces o al menor chasco que le des, o si viere que no puede obtener sobre ti un deslumbrador triunfo, echará mano al veneno o a otra cualquier estratagema para acabar traidoramente contigo y no te dejará hasta no haberte quitado la vida, ya

sea por medio de un ataque directo, ya de otra manera. Porque te aseguro (y esto con lágrimas del corazón) que no hay actualmente un hombre a la vez tan joven y tan criminal como mi hermano Orlando.

Escuchaba consternado Carlos el retrato que Oliverio hacía de Orlando, y dijo:

—Felicítome de haber venido a veros. Si viniere mañana, le pondré las peras a cuarto.

Y partió prometiendo hacer entrar en razón a su adversario.

—Ahora—dijo para sí Oliverio,—lo que hay que hacer es dar alas al joven para que entre en liza con Carlos. Espero que pronto me veré libre de él, y lo tendré a gran felicidad, pues me inspira tal coraje, que le odio a muerte. Y no obstante, reconozco que posee un natural amable y bueno, que es instruído a pesar de sus pocos estudios y que es muchacho de nobles sentimientos: con su suavidad y blandura de carácter encanta a todo el mundo y se capta de tal manera las simpatías de todos, incluso de mi gente, que yo, a su lado, me veo postergado. Pero, vamos, esto no durará: este campeón se encargará de poner las cosas en su terreno. No me queda ya sino alentar a mi hermano al combate, y a ello voy sin tardanza.

ROSALINDA Y CELIA

Al desterrar Federico al legítimo duque, refugiado entonces en los bosques de Ardennes, había retenido en la corte a Rosalinda, la hija del desterrado, para que sirviese de compañera a su hija Celia. Estas dos primas que ya desde la cuna, habían vivido siempre juntas, teníanse tan profunda simpatía y tan sincera amistad, que si Rosalinda hubiese sido enviada al destierro con su padre, Celia la hubiera acompañado, o de lo contrario hubiera muerto de dolor. Celia no dejaba piedra por mover en razón de alegrar a su prima y atenuar la pena que le causaba la ausencia de su padre.

—Cuando muera mi padre, el duque Federico—decíale,—no consentiré en heredar lo que tan injustamente ha arrebatado, sino que te lo devolveré todo al instante.

Por lo demás, Rosalinda tenía un carácter demasiado jovial y festivo para entretenerse y perder el tiempo en inútiles sensiblerías. Profesaba tierno cariño a su prima, y correspondía con gusto a los esfuerzos que Celia hacía para consolarla; así es que el buen humor y la alegre charla de las dos jóvenes no se acababan nunca: en sus ratos de ocio las extrañas ocurrencias del bufón Piedra-de-toque les ofrecían una nueva distracción. Aquel infeliz encerraba en sus aparentes simplezas grandes dosis de sutil filosofía, y la casaca de mil colores del bufón era para él un cómodo disfraz debajo del cual se permitía decir a sus oyentes algunas verdades que les atravesaban el corazón cual flechas aceradas.

El día fijado para la justa, Rosalinda y Celia tomaron asiento, con el duque Federico, entre los espectadores. El luchador Carlos había ya hecho algunas proezas; en pocos instantes había derribado al suelo uno tras otro, a dos fornidos mancebos que yacían aún con sus cotas rotas, mientras las lamentaciones de su anciano padre arrancaban lágrimas a todos los espectadores.

Al avanzar Orlando para llenar su turno y luchar, dibujóse el terror en todos los semblantes. ¿Cómo podía presumir aquel delicado y fino mancebo vencer al valeroso Carlos? Movido á compasión al verle tan joven, quiso el duque Federico apartar a Orlando de su propósito, pero todo fué en vano, y el joven obstinóse en luchar, no valiendo para que desistiese de su empeño ni las instancias de Celia y Rosalinda, cuya buena voluntad, empero, agradeció Orlando de la manera más galante y cortés. Ya no quedaba sino desearle un feliz éxito, lo cual hicieron todos del fondo de su corazón.

Con sorpresa y admiración de los concurrentes, la victoria fué para Orlando, tocándole esta vez al temible Carlos perder la batalla y que lo sacasen sin sentido del lugar de la justa. El joven luchador llamó la atención al duque Federico por su pericia de tal manera que preguntó cómo se llamaba y tuvo singular placer al saber que era hijo del señor Rolando de Boys. Se ha de observar que el duque usurpador no había jamás contado a este respetable y gentilhombre en el número de sus amigos, mientras que el padre de Rosalinda había profesado siempre sincero cariño al señor Rolando, quien, en

vida gozaba también de la estima de todo el mundo. Celia sintióse molestada por las groseras observaciones que hacía su padre a este propósito y esforzóse en atenuar el mal efecto de las mismas, dirigiendo a Orlando algunas palabras rebosantes de gracia y de amabilidad. En cuanto a Rosalinda, tan conmovida como su prima, quitóse una preciosa cadena que llevaba al cuello y la ofreció al vencedor.

—¡Bravo mancebo!—le dijo;—ponéosla y llevadla como obsequio mío: más os daría, si la fortuna no me hubiese vuelto el rostro y no me viese desposeída de recursos.

La primera intención de Orlando fué expresarle su agradecimiento, pero sintió que un poder hasta entonces desconocido le cerraba la boca. En verdad que había vencido a Carlos el poderoso atleta, pero se encontraba falto de fuerzas delante de aquella joven, campeón más formidable aun que Carlos. Mientras descansaba de su tarea y revolvía en su mente lo que acababa de suceder, acercósele uno de los señores de la corte ducal, llamado Le Beau y le dijo:

—Vengo a daros un consejo de amigo; partid de aquí sin tardanza; el duque Federico tiene prevención contra vos y parece que interpreta en mal sentido vuestros actos.

—Mil gracias—respondió Orlando;—pero antes de irme, quisiera que me dijeseis, por favor, cuál es, de aquellas dos damas que presenciaron la justa, la hija del duque Federico.

—La más pequeña—respondióle Le Beau;—la otra es la hija del duque desterrado. El duque usurpador la mandó quedarse en la Corte para que hiciese compañía a su hija; pero de un cuanto tiempo acá da muestras de una gran aversión hacia su amable sobrina, no pareciendo que pueda haber otro motivo que la estimación y afecto que el pueblo todo le profesa a causa de sus virtudes y por compasión que le inspira la suerte de su desdichado padre. Mucho me temo que la mala voluntad del duque va a explotar súbitamente.

Dicho esto, despidióse Le Beau de Orlando, de la manera más cortés, y el mancebo se retiró ensimismado y sumergido en sus ensueños de gloria y amor, murmurando: «¡Celestial Rosalinda!»

La simpatía de Rosalinda y Orlando era recíproca y el

atractivo, mutuo; cosa que ella no dudó de confesar cuando su prima se puso a darle matraca sobre su andar pensativo y de persona preocupada.

—Ea, hablemos seriamente—díjole Celia;—¿es posible que tan de repente te hayas enamorado del más mozo de los hijos del viejo señor Rolando?

—El duque mi padre amaba tiernamente al suyo,—respondió Rosalinda para justificarse.

—¿Y de esto se deduce que tú has de amar tiernamente al hijo?—replicó Celia con la sonrisa en los labios.—Según esta lógica manera de discurrir, yo debería aborrecerle porque mi padre le odiaba de corazón, y a pesar de esto, yo no detesto a Orlando, antes al contrario.

—No, por mi amor te suplico que no le odies;—exclamó Rosalinda.—Ámale porque yo le amo.

La animada conversación de las dos primas fué interrumpida por la brusca e inesperada entrada del duque Federico, quien llegó echando fuego por los ojos. Según pronosticara Le Beau, el resentimiento del duque contra su sobrina había aumentado extraordinariamente: el general afecto de que aquella amable criatura era objeto, había excitado sus celos e inspirádole serios temores sobre la seguridad de su estado.

—Señora—dijo al entrar, a Rosalinda, en tono enérgico y decisivo;—salid inmediatamente de mis dominios. Si dentro de diez días no estuviereis a más de veinte leguas de aquí, moriréis indefectiblemente.

Muda quedó de sorpresa e indignación Rosalinda; al cabo de algún rato pudo hablar, pero fueron en vano todas sus súplicas. En vano también intentó Celia abogar por su prima; el duque no escuchaba más que la voz de sus celos.

—No defiendas a Rosalinda—dijo a Celia;—mira que es una traidora tan hábil y solapada, que puede hacerte perder todo el afecto que te tiene el pueblo: cuando ella esté fuera, verás como brillas con un nuevo y extraordinario resplandor: lo que ella intenta, es hacerte sombra. Por esto mi sentencia es irrevocable; Rosalinda irá al destierro.

—Si así es—replica Celia,—pronunciad contra mí la misma sentencia. Sin Rosalinda, la vida me es imposible.

—¡Ah mal aconsejada muchacha!—exclama el duque con desprecio.—Luego, volviéndose hacia Rosalinda le dice.

—Vos, sobrina; preparaos para marchar; si permanecieréis aquí más tiempo del señalado, sois muerta.



«Nuestro marcial continente ahuyentará todo peligro»

Así que se hubo retirado el duque, esforzóse Celia en consolar y animar a su pobre prima, diciendo.

—No consentiré jamás que te apartes de mi lado, compañera mía serás en mis penas y, quieras que no, he de partir contigo.

—Pero ¿a dónde iremos? —pregunta Rosalinda.

—Al bosque de Ardennes, en busca de tu padre y tío mío;—responde Celia.

El proyecto no era descabellado, y la ejecución del mismo iba a llevarse a cabo con gran tino. Para evitar el peligro que corrían dos jóvenes bellas y de noble familia al andar solas por el mundo, Celia había de embadurnarse la cara con tierra de Siena y vestirse de harapos, y para mayor seguridad Rosalinda, que era más alta, había de disfrazarse de caballero armado de machete y con una jabalina en la mano.

—Por grande que sea el miedo que aliente en mi corazón femenil—dijo chistosamente Rosalinda,—confío en que nuestro marcial continente, ahuyentará todo peligro. Hemos de darnos nombres que valgan la pena (añadió) y yo no me contento con

menos que el de Ganimedes, el mismísimo paje de Júpiter.

—Y a mí, creo que el que más me conviene, es el de Aliena, como el más significativo de mi condición—dijo Celia.

—¿No te parece, querida prima—dijo Rosalinda,—que haríamos una grande hazaña llevando en nuestra compañía al bufón? Por lo menos, no dejaría de ser para nosotros un divertimiento en nuestro viaje, ¿no te parece?

Magnífica le pareció la idea a Celia, y respondió:

—Efectivamente, Piedra-de-toque irá conmigo hasta la otra parte del mundo, si le mando que me siga; así, pues, déjalo para mí. Por de pronto, lo primero que hemos de hacer es recoger nuestras joyas y el dinero necesario y espiar el momento más propicio y el camino más seguro para sustraernos a las pesquisas que de seguro se harán en cuanto se tenga noticia de nuestra huída. ¡Ea, partamos gozosas, no al destierro, sino a la libertad!

EN EL BOSQUE DE ARDENNES

Terminada la justa, volvíase Orlando a su casa, cuando vió venir hacia sí a su antiguo criado conjurándole que echase a huir sin tardanza. Efectivamente la noticia de la victoria de Orlando había ya llegado a oídos de Oliverio, y estaba tan exasperado por los elogios que todo el mundo tributaba a su hermano, que había determinado deshacerse de él a toda costa.

—Tengo—prosiguió el anciano,—quinientos escudos que son el fruto de mis economías en vida de vuestro difunto padre y señor mío: tomadlos y permitidme que os acompañe: viejo soy, es verdad, pero activo y robusto, y mis servicios no os serán menos útiles que los de un joven.

Conmovido Orlando por la elocuente prueba de fidelidad y devoción que le daba el anciano, no dudó en acceder a su deseo, diciéndole:

—Tengamos ánimo, que antes que se acaben tus ahorros, habremos ya hallado algún medio de ganarnos la vida.

Pusiéronse, pues, en camino los dos fugitivos: el joven se despedía de su casa natal; el anciano abandonaba aquellos lugares llenos de recuerdos, en donde transcurrieran sus sesenta años de servicio y fidelidad a su señor: partían, llenos de espe-

ranza, pero los sucesos la defraudaron. Poco prácticos de los caminos y vericuetos del país, internáronse en el bosque de Ardennes y se perdieron en sus profundidades; rendidos por la fatiga, extenuados por el hambre, continuaron vagando a la ventura hasta que Adam, falto de fuerzas, dió consigo en el suelo.

—¡Señor mío y dueño mío—exclamó—no puedo más! ¡perezco de hambre! ¡me muero! ¡Adiós, amo mío!

Sacó Orlando fuerzas de flaqueza para animar al anciano, llevoló con gran cuidado a un lugar más al abrigo de las inclemencias del tiempo y se alejó algún tanto en busca de comida.

¡Cuán diferente era la escena que tenía lugar no lejos de allí en el mismo bosque! Eran los primeros y hermosos días del verano, y las horas se deslizaban felices para el duque desterrado y su reducido grupo de fieles servidores. Rústicamente vestidos y llevando la sencilla vida del proscrito, empleaban el tiempo cazando, cantando, riendo y bromeando, cobijados bajo el verde techo de los seculares árboles del bosque. El más notable de todos los que formaban el grupo era un señor, por nombre Jaques, en sus buenos tiempos flamante y libre cortesano y ahora filósofo resignado y satírico, cuyo voluble carácter tocaba todos los registros, pasando gradualmente del más cáustico y picante humor a la melancolía del soñador más absorto. Tenía una lengua viperina y no se deshacía jamás en amabilidad; pero sus sentenciosas y originales reflexiones hacían las delicias de todos y, en particular, del duque.

El mismo día en que Adam y Orlando estuvieran a pique de perecer de hambre, el duque y sus partidarios se divertían de la manera dicha, al otro lado del bosque. Amiéns, uno de los caballeros del séquito del duque, dotado de una muy agradable voz, entonó una canción en alabanza de los encantos de la vida campestre, y todos repetían a coro el estribillo.

Quien so el árbol altísimo quiera
Fresca sombra hallar,
Escuchando del ave parlera
El dulce cantar,
A este tal le digo:
Ven acá, ven acá, ven acá,
Que por enemigo
El cierzo y lluvia sólo tendrás.

Al que torpe codicia no tienta,
Busca su yantar
Y al sol ahuyenta
Recostado, sus penas; al tal
con gozo le digo:
Ven acá, ven acá, ven acá,
Que por enemigo
El cierzo y lluvia sólo tendrás.

La comida estaba a punto y el duque a la mesa, cuando compareció Jaques alegre y regocijado como si hubiese visto algo nuevo y digno de contarse.

—¡Un bufón!—gritaba—he hallado un bufón en el bosque.

Admirado y sorprendido de haber hallado un filósofo como él vestido a lo bufón, púsose a referir con visible satisfacción



«Ya son las diez»

las raras y extravagantes ocurrencias del desconocido y las sabias máximas que brotaban de sus labios.—Buenos días, loco, le dije. «No, señor, me respondió él, no me llaméis loco hasta que el cielo no me haya concedido la fortuna» (1). Después sacando del bolsillo un cuadrante (2), púsose á contemplarlo con sus apagados ojos y exclamó con acento reflexivo: «Ya son las diez: esto nos demuestra cuán rápido es el tiempo: hace una hora, eran las nueve, dentro de una hora serán las once: de esta manera de hora en hora vamos madurando, de hora en

(1) Alúdese al verso del latino Syrus, que dice: «Fortuna nimium quem favet, stultum facit.»

(2) Reloj.—*(N. del T.)*

hora nos vamos pudriendo, y... sobre esto se podría escribir un libro.»

Distraíale a Jaques la idea de este mentecato que así discurría sobre la rapidez del tiempo, y confesó llana y lisamente que en adelante quería vestir la abigarrada casaca del bufón para gozar del privilegio que tienen los tales de expresar libremente y dondequiera, su modo de pensar.

—Los que más reirán serán aquellos a quienes mis desplantes, zahieran y toquen en lo más vivo. Ea—dice,—traedme la abigarrada casaca, dadme carta blanca para hablar lo que me venga en gana, y yo me comprometo a curar a la humanidad de gran parte de sus males.

No era de este parecer el duque, ni creía que fuese ésta la manera de reformar el mundo; dió, pues, a entender a Jaques que él mismo estaba muy lejos de la perfección. Defendió Jaques su opinión sobre la materia e insensiblemente iban entrando en una verdadera discusión filosófica, cuando les interrumpió una aterradora visión: vieron venir hacia ellos espada en mano a un joven de hosco aspecto quien les intimaba de la manera más perentoria que le diesen de comer, amenazando con la muerte al que se atreviese a tomar un bocado antes que le hubiese socorrido en su necesidad.

—¡Me muero de hambre!—gritaba el joven desaforadamente—dadme de comer.

—Siéntate con nosotros a la mesa—respondióle bondadosamente el duque—y seas bienvenido.

Al oir tan amistosas palabras comprendió Orlando cuán inoportuna era toda muestra de violencia y se calmó al instante, diciendo:

—¡Perdonadme, señores! creía yo equivocadamente que en la selva no hallaría sino seres rudos y salvajes, porque así lo había oído decir; y de aquí que haya tomado esta actitud de despótica crueldad. Si empero, como parece, sois gente que en otro tiempo gozó de una vida más regalada, si sabéis lo que es piedad y compasión para el desvalido, diferid por un momento vuestra comida y esperad a que traiga a vuestra presencia a un anciano consumido por la edad y las privaciones. No tomaré bocado, que él no haya saciado su hambre.

—Ve pues, corre a buscarle—díjole el duque.

Al poco rato regresó Orlando, acompañado de Adam. Mandóles el duque sentarse a su lado y ofrecióles de comer, antes de hacerles pregunta alguna sobre su vida e intenciones, y para darles tiempo a que se repusiesen, pidió a Amiéns que entonara una canción.

Sopla, sopla, helado viento,
pues causas menos tormento
que un ingrato corazón.
Ni cuando feroz te agitas
tanto daño nos concitas,
aunque es rudo tu empellón.
Hiela, hiela, invernal cielo;
menos temible es que el hielo
la inconstancia de un amigo
a quien hicimos favores.
¡Cuán amargos sinsabores
su ausencia lleva consigo!

Mientras así cantaba Amiéns, pudo Orlando referir al duque, en voz daja, una parte de la historia de su vida y causa de su destierro.

—¿Conque, vos sois el hijo de mi antiguo y buen amigo señor Rolando de Boys?—exclamó conmovido el duque,—bienvenido seáis: pasemos a mi gruta y allí me contaréis todas vuestras aventuras. Y tú, amable anciano—dijo volviéndose a Adam,—sé asimismo bienvenido.

Así, pues, con gran satisfacción y contento suyo, quedáronse Orlando y su anciano criado al lado de los proscritos.

El loco a quien hallara Jaques en el bosque, no era otro que Piedra-de-toque: también él andaba hacía tiempo, errante con sus compañeras sin saber dónde establecerse de asiento. Llevando al bufón por toda escolta, las dos primas habíanse puesto en busca del padre de Rosalinda, sin haber hasta entonces logrado rastrear las huellas del desterrado prócer. Celia estaba rendida de cansancio, Piedra-de-toque intratable por su mal humor; en cuanto a Rosalinda, hacía cuanto podía para animar a ambos.

—¡Bueno, ya estamos en el bosque de Ardennes!—exclamó alegremente Celia.

—Sí; ya estamos en las Ardinas y yo cien veces más loco que antes de venir acá—mascullό Piedra-de-toque: en la posada, descansaba mejor y más a gusto; pero, ¿qué le vamos a hacer?, el viajero ha de contentarse con lo que le dan, por poco que ello sea.

—Sí, amigo mío, haces bien, en consolarte—dijo Rosalinda...—Pero, ¿qué veo?, allá vienen un joven y un anciano conversando con gran intimidad.

Efectivamente eran dos pastores, Silvio y Corino: el primero, el más joven, se apartó muy pronto, al ver lo cual Rosalinda llamó al anciano y le dijo:

—Buen pastor, ¿podrías llevarnos a algún lugar en donde descansar y saciar nuestro apetito?

—Bien quisiera yo—respondió el anciano,—hallarme en condiciones de prestaros socorro; pero soy un simple zagal a las órdenes de un pastor, y ni aun las ovejas que apaciento me pertenecen. Mi amo es huraño y poco hospitalario; además, tiene la cabaña y los rebaños en venta, de manera que en la vivienda no hay nada que ofreceros. Sin embargo, si queréis seguirme y venir a descansar, no hallaréis mala acogida.

—Y ¿quién va a comprar los rebaños y dehesas de vuestro amo?—pregunta Rosalinda.

—Ese joven pastor que habréis visto poco ha andar conmigo y que tan indiferente está para todo y tan pensativo.

—Si quieres creerme y el negocio éste es legal y honrado—prosigue Rosalinda,—quédate con la cabaña, la dehesa y los rebaños, que ya te daremos nosotros con que pagar todo esto.

—Y aumentaremos tu jornal—añadió Celia:—este lugar me gusta; en él pasaría feliz una buena temporada.

Así fué como Celia y Rosalinda, en compañía siempre de Piedra-de-toque, instaláronse en la vivienda del pastor y cómo Jaques, el caballero filósofo, se halló casualmente con el bufón en el bosque.

EL JOVEN PASTOR

El nuevo modo de vida de Orlando no fué parte para que olvidase a la noble joven a quien conociera en la justa y que

tan rápidamente le ganara el corazón; no teniendo empero confianza de poder declarársele abiertamente, desahogaba su corazón apasionado, grabando en las cortezas de los árboles el nombre de Rosalinda y componiendo en su elogio versos que colgaba de las ramas de los árboles.

Versos, de aquí pended; atestiguada
Verá aquí el mundo mi afección sincera
Y tú, nocturna reina coronada,
Tus castos ojos desde la alta esfera
Dirige al nombre de tu ninfa amada.
¡Oh Rosalinda! en estos troncos quiero
Grabar mi pensamiento y que tu fama
Celebre el errabundo vïajero
Al admirar a un corazón que ama.

Acertó a pasar un día Rosalinda por cerca de donde había uno de aquellos versos, y quedó extrañada, pensando quién podía ser el autor y quién era el que grababa su nombre en todos los árboles del bosque. Celia, que había hallado también alguno de aquellos escritos, creyó adivinarlo, atribuyéndolos a Orlando, y así se lo manifestó a su prima. Al oir esto quedó Rosalinda vivamente emocionada, pero aun no había tenido Celia tiempo de responder a sus impacientes preguntas, cuando vieron acercarse a ellas el mismo Orlando.



«Versos, de aquí pended...»

Éste no conoció a las dos amigas a causa del disfraz, y aquella fué la primera vez que Rosalinda se arrepintió de haber cambiado la apariencia del sexo; pero reflexionando mejor, pensó aprovechar la ocasión que se le ofrecía de divertirse: fingió, pues, ser hermano de Celia y ésta una joven pastora. Al ver la tristeza y desconsuelo de Orlando, vínole al pensamiento una extravagante idea y le dijo:

—Comprométome a curaros vuestro mal de amor, si consintiereis en llamarme Rosalinda, figurándoos que soy vuestra amante y viniendo cada día á mi cabaña a galantearme.

—Yo no pretendo curarme—objetó Orlando.

Prestóse empero a ir todos los días a la cabaña del joven pastor para hablar con él como podría hacerlo con la verdadera Rosalinda. La combinación, pues, dió magnífico resultado: en la imposibilidad (según el creía) de poseer a Rosalinda, complacíase en hablar constantemente de ella, sin darse cuenta de que esta charla se convertía poco a poco en seria y verdadera afección.

Andando el tiempo, toda aquella compañía de proscritos de la corte del duque Federico trabó relación con otros habitantes de la selva. Piedra-de-toque había descubierto un personaje muy a propósito para desahogar en él su buen humor; era una zagala llamada Audrey, una pobre muchacha menos mala que estúpida y tan ignorante como puede serlo una criatura humana. La rustiquez de la zagala parecía tener fuera de sí a Piedra-de-toque, quien por pura malicia confesóse dispuesto a tomarla por mujer. Ella, sin darse cuenta del ridículo en que él se complacía en ponerla, seguíale por todas partes como un manso cordero.

Rosalinda y Celia habían también hallado a Jaques, el cual nada hubiera deseado tan ardientemente como entablar amistad con la que él creía ser un joven pastor; pero la jovial Rosalinda no sentía simpatía alguna hacia aquel filósofo desengañado.

—Dicen que sois un melancólico compañero,—le dijo Rosalinda en una ocasión en que él le manifestó deseos de intimar más y más.

—¿Qué hacer si soy así?, a mí me sienta mejor reflexionar que no reirme continuamente: es una especie de placer el estar triste y no decir palabra alguna.

—¡Donoso placer el de hacer de tarugo!—objetó Rosalinda.

—Es que hay varias clases de melancolía—respondió Jaques;—la del sabio, la del músico, la del cortesano, la del soldado... y otras muchas. La que yo sufro es peculiar mía, compuesta de un gran número de ingredientes y fomentada por

las reflexiones recogidas durante los largos viajes que hice a muy lejanas tierras. Sí; porque tened bien entendido que he aprendido mucho de la experiencia—terminó diciendo, con un aire de triste satisfacción.

—¿Y la experiencia os ha tornado melancólico?—dijo Rosalinda...—No me parece a mí muy natural, ni es ello de mi cuerda: yo prefiero siempre un tonto que me alegre, que no un sabio lleno de experiencia que me entristeza. ¿Y éste es el provecho que sacaisteis de vuestros viajes?...



«Audrey, la zagala»

Los ratos de alegre expansión y libertad transcurridos en lo profundo del bosque, iban a tener su fin para aquella compañía de proscritos. Sin embargo, lo porvenir les tenía aún reservado un gran caudal de dicha y felicidad.

Un día faltó Orlando a la cita con Rosalinda: habíala dejado, prometiéndole regresar al cabo de una hora. Transcurrida ésta, vió comparecer en su presencia no a Orlando, sino a un desconocido que le traía un pañuelo manchado de sangre, y que en pocas palabras le contó lo que le había sucedido, que era lo siguiente: atravesando el bosque había visto Orlando a un desgraciado, vestido de harapos y con el cabello y barba desgreñados: alrededor del cuello tenía enroscada una serpiente de color verde con cambiantes de oro, que erguía la cabeza en actitud amenazadora, pero que al acercársele Orlando se deslizó espantada por entre unas zarzas: no estaba aún conjurado el peligro, pues escondida detrás de aquellas zarzas había una hambrienta leona, espiando, como un gato, el instante en que

el que dormía hiciese el menor movimiento, para echarse sobre él y despedazarle. Al ver esto Orlando se había acercado y reconocido a Oliverio, su hermano mayor: recordando entonces la crueldad que Oliverio ejerciera en otro tiempo contra él, estuvo Orlando tentado de abandonarlo a su triste suerte, pero la nobleza de su alma pudo más en él que el espíritu de venganza y acometió a la leona y la derribó a sus pies.

—El ruido del combate entre mi hermano y la fiera me despertó de mi peligroso sueño;—añadió el desconocido.

—¿Vos sois, pues, hermano de Orlando?.. ¿acaso aquel hermano que tantas veces había conspirado contra su vida?—preguntó Celia.

—Yo soy, pero no yo—respondió Oliverio.

Así era en efecto; la magnanimidad de Orlando había triunfado completamente de él y cambiado su perversa naturaleza. Habían desaparecido como por encanto todas sus malas intenciones, y aquellos dos hermanos iban a ser, en lo sucesivo, los mejores amigos del mundo.

—Orlando entonces—prosiguió diciendo Oliverio,—me llevó a presencia del duque, quien me saludó cordialmente. Llevóme después a su gruta, y allí, al hablar de nuestras cuitas, desfalleció de repente al pronunciar el nombre de Rosalinda. Observé entonces que la herida que recibiera en el brazo, en su lucha con la leona sangraba aún; confortéle, pues, le curé la herida y, al cabo de pocos momentos, Orlando, que es un modelo de caballeros, me rogó que a pesar de ser desconocido de sus amigos, fuese a visitarles en la cabaña del pastor y que les contase la causa de no poder él cumplir su promesa asistiendo a la cita. Este pañuelo, tinto en su propia sangre, lo manda él para el joven pastor a quien, por chanza, llama Rosalinda.

Comprendiendo Rosalinda la magnitud del peligro de que su amigo Orlando acababa de librarse, emocionóse de tal manera, que estuvo a punto de descubrir quién era, y tuvo un desfallecimiento. Un tal caso de debilidad en un joven sorprendió en gran manera a Oliverio, por lo cual Rosalinda le hizo creer que aquel desfallecimiento había sido fingido. Sin embargo, la palidez de su semblante le hacía traición, a pesar de lo



«¿Y la experiencia os ha tornado melancólico?, dijo Rosalinda»

cual persistió en su afirmación y encargó a Oliverio que contase a Orlando cuán a maravilla había fingido el desvanecimiento.

La dulzura y el encanto de Celia habían hecho tan gran impresión en el ánimo de Oliverio, que no tardó en enamorarse de ella apasionadamente, y a consecuencia del cambio que se había operado en su carácter, ella sentíase también atraída hacia él, por lo cual determinaron casarse en breve.

Orlando hizo cuanto pudo por apresurar la boda de su hermano, aunque ello le pintaba más al vivo el abismo del amor sin esperanza que profesaba a Rosalinda.

—Mañana se casarán, y yo invitaré al duque a la boda—decía,—¡ay!, ¡qué trago tan amargo!, ¡qué triste cosa es no poder ver la felicidad sino por los ojos ajenos!

—Pero ¿qué?, ¿acaso no podré yo suplir mañana la presencia de Rosalinda?—preguntóle la verdadera Rosalinda.

—No puedo yo vivir por más tiempo, de pura imaginación; la realidad se impone—respondió Orlando.

—Ya no os importunaré, pues, más con vanas ocurrencias—repuso Rosalinda:—tened entendido, os ruego, que no hablo por hablar, y sabed que tengo poder para hacer cosas raras y extraordinarias. Desde la edad de tres años estoy en relación con un hechicero muy hábil en el arte de la magia: si pues amáis a Rosalinda tan de veras como parece, al hacerse la boda de vuestro hermano con Aliena, celebraréis vos la vuestra con Rosalinda. Sé muy bien los verdaderos caminos por donde la ha llevado la suerte, y si ello no os ha de causar molestia ninguna, no me será imposible hacer que mañana mismo comparezca en vuestra presencia Rosalinda, la propia Rosalinda en su carne y huesos, y ello sin perjuicio de nadie.

—¡Qué guasón estáis!—exclama Orlando,—creyendo que oye hablar a un demente, o que está soñando despierto: ¿es que puedo dar fe a vuestras palabras?

—Enteramente; os lo juro por mi vida, la que no por ser mago estimo en menos de lo que vale. Poneos, pues, vuestros mejores atavíos e invitad a la boda a vuestros amigos, pues en vuestra mano está contraer, mañana mismo, matrimonio con Rosalinda.

Por increíble que pareciese una tal promesa era fácil de cumplir. Hallándose al día siguiente reunidos el duque y sus convidados para asistir a la boda de Oliverio, comparecieron Rosalinda y Celia sin disfraz alguno y vestidas como antes de huir de la casa paterna. De esta manera el duque desterrado recuperaba a su hija y Orlando a su Rosalinda.

En pleno regocijo de aquella fiesta nupcial llegó el segundo hijo del señor Rolando de Boys, portador de una grata nueva: el duque Federico, convertido por un religioso, acababa de renunciar al mundo y sus pompas, cediendo la corona al hermano a quien desterrara y restituyendo los bienes a los compañeros de destierro de su hermano.

Sólo una nota discordante hubo en aquel concierto de general alegría. Jaques el filósofo, el melancólico, rehusando tomar parte en la inocente alegría de sus compañeros, anunció su intención de seguir el ejemplo del duque, retirándose al claustro.

—Id a vuestros placeres—exclamó;—que yo no encuentro placer ninguno en la danza.

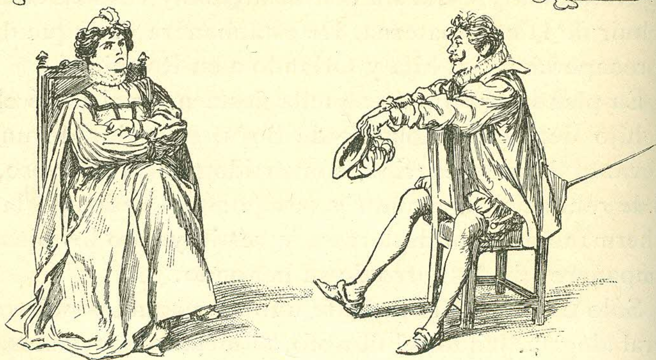
—Quedaos con nosotros Jaques—suplícale el duque.

—¿Para qué?, ¿para ser testigo de vuestro pasatiempo? No, si algo tenéis que decirme, en vuestra abandonada gruta os aguardo.

A la manera del rey Salomón, Jaques había libado la miel de todos los placeres de la vida y había cifrado su dicha en el estudio de sus semejantes y de cuanto le rodeaba; pero ni su gran talento, ni la filosofía le habían jamás proporcionado positivas y reales satisfacciones. «Vanidad de vanidades, y todo vanidad,» tal era la cifra y el lema de su experiencia del mundo. Abandonó, pues, a sus amigos para seguir solitario el camino de la vida.

Dejando entonces al filósofo desengañado engolfarse en sus melancólicos pensamientos, dió el duque la señal para que comenzasen los festejos, y el alegre sonido de los cantos y las danzas se oyó por mucho tiempo en las verdes enramadas del bosque de Ardennes.

LA FIERECILLA DOMADA



UN ESCABROSO GALANTEO

«La maldita Catalina», tal era el sobrenombre, poco halagüeño por cierto, con que conocían los habitantes de Padua a una joven de aquella ciudad célebre por su mal genio y áspero trato.

Dos eran las hijas de Juan Bautista Minola, ambas hermosas y jóvenes, pero de caracteres opuestos, pues así como Blanca, la más joven, se captaba las simpatías de todos por su dulzura y amabilidad; Catalina se alejaba los corazones y afectos de todos por su carácter impetuoso e intratable.

Blanca tenía muchos pretendientes que aspiraban a obtener su mano, pero Bautista estaba decidido a no colocarla hasta que la mayor no hubiese hallado marido.

—Mientras esto no suceda—afirmó él,—Blanca permanecerá tranquilamente en casa, y como la amo, no quiero que se aburra: ya que la música y la poesía hacen sus delicias, yo le procuraré maestros que le enseñen ambas cosas.

Sometióse dócilmente Blanca a la voluntad y determinación, por demás arbitraria y rigurosa, de su padre, pero dos de sus pretendientes, Gremio y Hortensio, indignáronse de verla tan inicuamente recluída. Como el amor los había hecho

rivales, la contrariedad los hizo amigos; convinieron, pues, en buscar un marido a Catalina y labrar, de rechazo, la felicidad de su hermana. Casada Catalina, disputaríanse ambos en noble lid el corazón y la mano de Blanca.

El mismo día en que Bautista les anunció su resolución, supo Hortensio que había llegado a Padua uno de sus buenos amigos llamado Petruchio, que vivía en Verona.

—Acabo de perder a mi padre—dice Petruchio a Hortensio,—y como tengo dinero en los bolsillos y bienes en Verona, propóngome correr mundo y casarme en cuanto hallare partido conveniente.

Ocurriósele en seguida a Hortensio que Catalina fuera un gran partido para el recién llegado, y así, medio en serio y medio en broma, le dijo:

—Con gusto te propondría por mujer a una joven fea e intratable, pero rica (y aun me atrevo a decir) muy rica; pero el afecto que te profeso es demasiado sincero para aconsejarte que te cases con ella.

Petruchio era, a su manera, tan extravagante y voluntarioso como Catalina, por lo cual respondió con gran aplomo que si la muchacha era rica, no veía él inconveniente alguno en tomarla por mujer, aunque fuese fea, vieja y tan intratable como Jantipa la mujer de Sócrates. Al ver Hortensio la buena disposición de ánimo de su amigo, determinó proponerle formalmente lo que se había limitado a sugerirle como en broma.

—A fe mía, pues, Petruchio, que lo que puedo procurarte es una mujer joven, de fortuna más que mediana y con una educación propia de una hija de buena familia. Su único defecto (y no pequeño), es un humor tan insoportable y un carácter mezcla de violencia y obstinación tan sin freno, que yo, aunque fuese más pobre de lo que soy, no me casaría con ella, ni aunque me trajese en dote una mina de oro.

Pero Petruchio era un hidalgo denodado y resuelto, y así no le amedrentó el retrato que de la intratable Catalina acababa de hacerle su amigo.

—¿Crees tú que voy a asustarme por un poco de ruido que sienta?,—repuso tranquilamente.—¿Acaso no estoy acostumbrado al rugido del león? ¿Acaso me ha amedrentado jamás el

bramido del mar cuando sus olas agitadas por el viento, parecen querer tragarse la tierra? ¿No sabes tú que he oído más de una vez retumbar el cañón en los campos de batalla, que he presenciado impávido el estallido del trueno en las nubes, (esa artillería del Empíreo), que mis oídos han percibido más de una vez la gritería del combate y el clangor del bélico clarín? ¿Y podrá espantarme una mujer por brava que sea? Ea, no seas inocente; que los fantasmas no infunden miedo sino a los chiquillos.

Si los dos pretendientes de Blanca se felicitaban de haber hallado novio para Catalina, el padre de ella se bañaba en agua de rosas, y aunque no tenía plena confianza en el resultado de los proyectos matrimoniales de Petruchio, procuró, sin embargo, asegurar una respetable dote a su hija.

Petruchio sabía, por intuición, el terreno que pisaba. Convencido estaba de que la amabilidad y las dulces palabras no habían de rendir un carácter como el de Catalina: ésta había tenido siempre a todo el mundo sometido a sus pies, y la dulzura y sumisión de Blanca la exasperaban más y más: resolvió, pues, adoptar una línea de conducta del todo diferente y vencer a Catalina combatiendo con sus mismas armas: en vez de ceder a sus caprichos, tomó el partido de contrariarla en todo.

«Si me injuriare (pensó para sí) le replicaré simplemente que sus reproches me son tan agradables como el melodioso trino del ruiseñor en la enramada: si frunciere el entrecejo, le diré que su cara emula, en pureza y frescura de tinte, con la de la rosa embriagada de amor al beso del aura matinal; si se callare y se obstinare en no abrir la boca, alabaré su verbosidad y le repetiré hasta la saciedad que se expresa con una elocuencia digna de Cicerón: si me echare de su presencia, le daré galantemente las más efusivas gracias, ni más ni menos que si me rogara que esté a su lado toda una semana: finalmente (pues todo es posible) si se negare a tomarme por marido, le pediré si puedo dar orden que se haga la proclama del matrimonio y que señale el día en que hemos de celebrar la boda.»

Desplegó Petruchio tanta energía en la ejecución de este plan de batalla como había puesto de habilidad y destreza en idearlo y combinarlo. En vano intentó la irascible Catalina

intimidarle con la cólera e insolencia o rendirlo con el desprecio y el ridículo. Frío siempre y con un humor inalterable, parecía sordo a las diatribas de la joven, de tal manera que su dominio de sí mismo y sus chanzas la redujeron a un estado de rabiosa desesperación.

Ya desde su primera entrevista tomó por sistema contradecirla en todo: persistió en llamarla Kate, a pesar de advertirle ella que su nombre era Catalina: díjole que se había decidido a pedir su mano por lo mucho que había oído ponderar su dulzura, celebrar sus virtudes y pregonar su belleza. En vano se amoscaba Catalina y montaba en cólera dirigiéndole las más graves injurias. Cuanto más brava se mostraba ella, más decía él que la hallaba encantadora.

—Sois para mí el colmo de la amabilidad—decíale.—Mucho me habían hablado de que erais arisca, difícil y fastidiosa; pero me he convencido de que todo eran paparruchas o infamias de los celos, pues veo que sois graciosa, jovial y atenta: aunque habláis algo despacio, no sabéis en cambio fruncir el entrecejo, ni mirar al través, ni morderos el labio, como hacen las muchachas mal educadas cuando se amoscan e irritan. Jamás os vi contradecir por gusto, antes, al contrario, hacéis felices a vuestros pretendientes con vuestras conversaciones llenas de amabilidad, de dulzura y de benevolencia.

Nuevo y desusado era este tratamiento para Catalina, a quien costaba trabajo contenerse en vista de tanta audacia. Pero el torrente de frases airadas con que inundó a su intrépido pretendiente no produjo efecto alguno en él: parecía tomar esos furiosos discursos cual vana palabrería sin importancia y, sin perder en nada el equilibrio, manifestó a Catalina que tenía ya el consentimiento de su padre, que estaba ya asignado en cifras concretas el importe de su dote y que se casaría con ella de buen grado o por fuerza. Lo que de primero había sido una ocurrencia del capricho, fué tornándose en simpatía, creció en su corazón el afecto hacia la ardorosa joven, y la perspectiva de domar aquel carácter indisciplinado y dominarlo haciendo suya su voluntad, le causaba mayor placer que si la suerte le hubiese deparado ser esposo de una mujer dócil y amable.

Al volver Bautista al cabo de poco rato, para ver qué sesgo había tomado el asunto, participóle Petruchio que Catalina y él se entendían a maravilla, y que de común acuerdo habían fijado el domingo siguiente para la boda.

—Antes que casado os veré colgado de un árbol—replicó Catalina con rabia. A pesar de lo cual, el domingo siguiente viósela en traje de boda aguardando al excéntrico novio.

LA BODA Y LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS

La novia estaba a punto, los convidados reunidos, no faltaba nada para la boda; pero el novio no llegaba. Era que Petruchio quería dar una severa lección a Catalina. Esta no había jamás tenido la más mínima atención para nadie; todo el mundo se había visto obligado a rendir pleito homenaje a su orgullo y arrogancia, y con la violencia de su carácter había ahogado en los que la rodeaban toda idea de discusión, todo lo que pareciese conato de no estar absolutamente conformes con su parecer. Hora era pues de que hallase quien le diese lecciones, y efectivamente halló su maestro en Petruchio: éste se había impuesto la tarea de humillarla hasta lo más hondo de la nada y de hacerle comprender cuán enojoso es para los demás vivir al lado de una persona que se divierte en encolerizarse.

La tardanza de su novio fué la primera humillación que tuvo que sufrir Catalina, pero no la mayor; lo que más la mortificó fué el aderezo de la persona de Petruchio, o sea la indumentaria que éste juzgó oportuno adoptar. Llevaba sombrero nuevo, es verdad, pero el justillo o jubón se caía de viejo y el pantalón había sufrido tres vueltas: calzaba zapatos desapareados, pues uno de ellos iba atado con cinta y el otro con hebilla: la espada la había comprado, sin duda, a un ropavejero según estaba de mohosa y llena de orín y con la guarnición estropeada. Iba caballero en un caballo que apenas podía andar de puro viejo y cuyos arreos, picados de la polilla, estaban remendados con bramante. No era mejor el equipo de su escudero Grumio; su vestido, más que tal era un conjunto de retazos y cosidos; en la una pierna llevaba media

de hilo y en la otra, de lana, que recogía por medio de ligas de orillo rojo y azul; un viejo sombrero con un cacho de pluma desbarbada; en suma, un verdadero espantajo más bien que un escudero cristiano o lacayo de un hidalgo.

Ya iba Catalina camino de la iglesia, cuando Petruchio llegó jadeante a la morada de Bautista y reclamó la novia. No creyó conveniente dar razón alguna de su tardanza y negóse rotundamente a volver a su casa a cambiarse de vestido, según le indicaban y aun suplicaban Bautista y los otros gentileshombres presentes, alegando que no era decente vestir de aquella manera en ceremonia tan solemne.

—Conmigo se casa Catalina, no con mis vestidos; a mí pues me ha de querer, sean ellos cuales fueren—dijo crudamente Petruchio y se largó, tomando el camino de la iglesia. Llegado a ella, su modo de proceder escandalizó a todos los invitados y se puede decir que aterrorizó a su futura esposa: al ministro que oficiaba le asestó un puñetazo; pidió un vaso de vino, y después de rociar el suelo echó el resto a la cara de un viejo sacristán so pretexto que tenía semblante de hombre triste y hambriento.

Peor fué lo que pasó a su regreso en casa de la novia: Bautista había preparado un magnífico banquete de boda, pero Petruchio no quiso tomar parte en él, manifestando que tenía prisa y había de marchar en seguida: en vano le rogaron que se quedara; aun la misma Catalina recibió un desaire al unir su instancia a las de los demás.

—Pues bien—exclamó ella indignada,—obrad como se os antoje, que yo no partiré ni hoy ni mañana, sino cuando me conviniere. La puerta está abierta, señor; por ella se va a la calle: os aconsejo que os pongáis en camino antes que vuestro calzado se canse de serviros. Yo no pienso partir hasta que me venga en gana. Si así comenzáis vuestra vida de casado, ¡pardiez! que vais a ser un marido a pedir de boca.

—¡Oh Kate, cálmate: no te incomodes!

—¿No? pues *quiero* enfadarme. Papá, estad tranquilo; no ha de hacer lo que se le antoje. Señores, ea, a la mesa; ¡ya veo lo que ha de hacer para burlarse de un hombre una mujer de carácter!

—Irán efectivamente a la mesa, según has ordenado. Así, pues, obedeced a la novia, todos los que formáis su acompañamiento; id al festín, banquetead, haced cuantas locuras podáis y divertíos... o, si queréis, echaos la soga al cuello. Por lo que respecta a mi hermosa Kate, irá conmigo. No, no te encarames, ni tengas pataleta, no me pongas cara, ni te encolerices; quiero ser dueño de lo que me pertenece. Ella es mi bien, mi posesión, mi todo; hela aquí y ¡guay del que se atreva a tocarla! Tú no temas; que nadie te va a tocar, Kate.

Y haciendo como si se viese acosado de ladrones, llamó en su auxilio al criado Grumio que le ayudase a rescatar a su ama, y se llevó a Catalina a pesar de resistirse ella.

El viaje de boda pasóse muy poco divertido: el caballo en que montaba Catalina dió consigo y con la carga en un charco de agua y Petruchio no la ayudó a levantarse, ocupado como estaba en apalear al mozo porque había consentido que el caballo cayera. Catalina vióse obligada a chapotear por el charco implorando piedad en favor de Grumio, a quien Petruchio no cesaba de apalear.

Llegados a la casa de campo, llamó Petruchio a todos los colonos y los reprendió ásperamente por no haber hecho nada de lo que él les había ordenado. Fué preciso que Catalina intercediese por ellos, convenciendo a su marido de que no tenían culpa alguna; pero Petruchio mostróse implacable.

Trájose la cena: Petruchio púsose como una fiera diciendo que la vianda era quemada y tiró los guisados a la calle, prohibiendo severamente a su mujer que probase bocado. Ella sentía verdadera hambre, y con gusto la hubiera saciado con los manjares que él tan lastimosamente tiraba; pero Petruchio quería que le apretase más el hambre antes de probar comida alguna. Estaba, además, rendida de cansancio del viaje, pero apenas se preocupó él de dejarla descansar; entraba y salía del cuarto, cambiando de sitio los muebles y en todo hallaba motivo de censura. Todo esto, naturalmente, so pretexto de cuidar con la mayor ternura y cariño, de la felicidad y bienestar de su esposa.

El día siguiente, Catalina se hallaba extenuada y medio muerta de hambre, por lo cual dijo a Grumio:

—Ea ve por algo que comer, que por poca cosa que sea, ello bastará para saciar mi apetito.

Púsose entonces el criado a enumerarle una serie de platos y guisados a cuál más apetitoso, con objeto de excitar su



«Tú, no temas; que nadie te va a tocar, Kate»

ira (cuando no su hambre, que había ya llegado a su colmo), y acabó por decirle que le serviría una ración de mostaza sin nada de carne.

En aquel mismo instante entró Petruchio llevando un plato de carne guisada por él mismo.

—Me parece, Kate, que una tan amable atención merece agradecimiento... ¿Y no me dices una palabra? ¿Acaso este plato no es de tu gusto y habré yo trabajado en vano?

—Ea, pues—añadió;—llevaos este plato.

—No—replicó Catalina,—dejadlo aquí.

—De ninguna manera, no queda aquí, a menos que me des las gracias por mi empeño en complacerte; el más insignificante servicio se paga siempre con gracias.

—Gracias, señor—murmura rezongando la brava hembra, que vencida por el hambre, no tolera que desaparezca aquel manjar sin llevarlo a la boca.

—Ahora, ángel mío—prosigue Petruchio, pródigo de tiernas palabras y aparentando siempre no hacer nada que no sea por afecto a su nueva esposa;—volvámonos a casa de tu padre, peripuestos y ataviados con lo mejor de nuestro ajuar, a guisa de personas de importancia.

Así, pues, a toda prisa, sin dar apenas tiempo a Catalina de comer algunos bocados, manda que entren el sastre y el tendero de modas. Entran los dos industriales con gran variedad de elegantes vestidos; pero Petruchio, como de costumbre, no halla ninguno de su gusto.

—He aquí el sombrero que vuestra merced encargó,—dícele el tendero de modas.

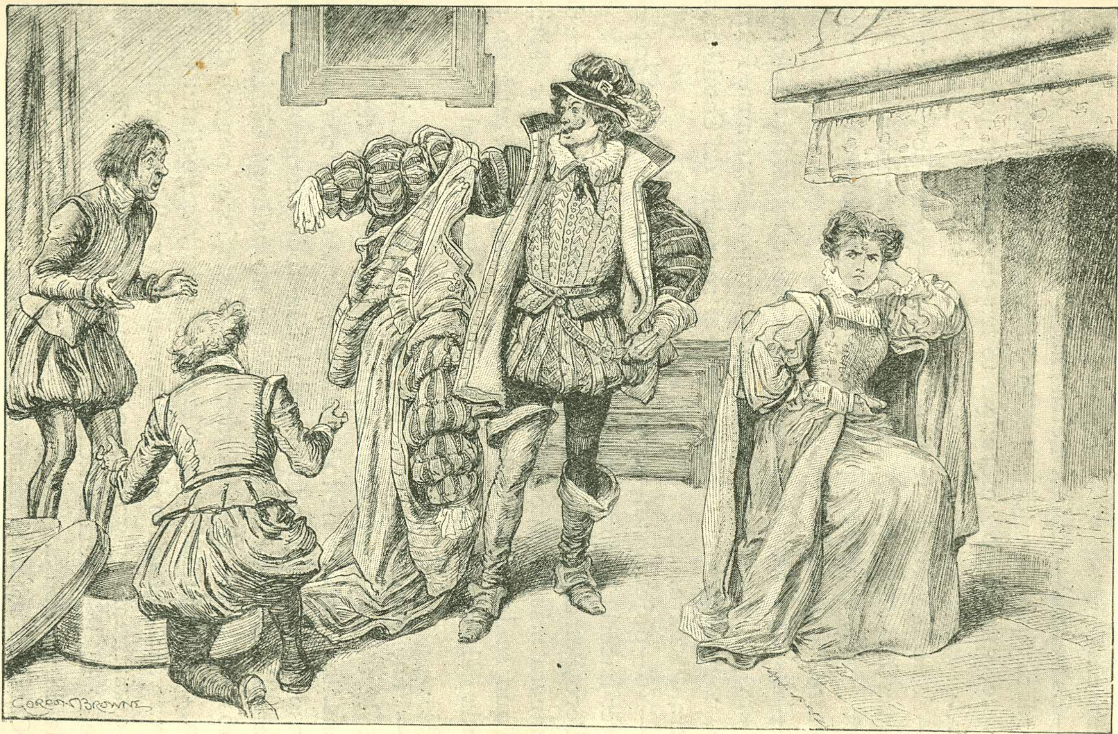
—¡Quitad allá ese mamarracho!—exclama Petruchio en tono de disgusto.—¿Acaso os ha servido de molde una escudilla? Esto más bien que sombrero, parece un plato forrado de terciopelo. ¿Adónde vais con ese cascarón de nuez? Ea, hacedme otro mayor.

—No, todo lo contrario—objeta Catalina;—bien está de grande, ésta es la moda y lo que traen las señoras de calidad.

—Cuando seas prudente, te compraré uno tal como dices—replica Petruchio en tono expresivo.

Reproche fué éste que no pudo tolerar Catalina, y sintiendo renacer su antiguo orgullo y altanería, irguióse como una víbora; pero Petruchio no paró mientes en su lenguaje iracundo, fingiendo más bien creer que ella estaba de acuerdo con él en censurar el sombrero. Luego ordenó al sastre que le trajese el vestido.

—¡Cielos, y qué tela tan ridícula habéis escogido!—exclama, tan mohino como con el sombrero.—¿Qué es esto?, ¿una manga? Parece ni más ni menos que un tubo de chimenea: y cortada en zig-zag como si fuese una tortilla de patatas, tan recortada, tijereteada y acuchillada como una bacía de barbe-



«¿QUÉ ES ESTO? ¿UNA MANGA?»

ro. Dime por Dios, sastre amigo, ¿qué nombre daremos a eso?

—Señor—respondió compungido el oficial,—vos me encargasteis un vestido bien hecho y con arte y arreglado a la moda presente...

—Es verdad—replica Petruchio;—pero si tienes memoria, recordarás que no te dije que lo chafallaras a la moda del día. Ea vete, que no lo quiero; ya te las compondrás para darle salida.

—A decir verdad—repuso Catalina,—yo no he visto en mi vida vestido más propio, más elegante, que siente mejor y de mejor gusto. Paréceme que estáis puesto a hacerme bailar como un títere.

—Sí; un verdadero títere parecerías con este vestido; no hubiera yo hallado calificativo más propio—exclama Petruchio, como dando a entender que el reproche de Catalina va contra el sastre.

—No—objeta éste;—es que dice que vuestra merced parece querer hacerla bailar como un títere.

Pero Petruchio hace el desentendido y despide al sastre de la manera más perentoria, comunicándole, empero, por el criado, que se le pagará religiosamente y rogándole que no se ofenda del brusco lenguaje que al tratarle empleó el dueño de la casa.

—Ven, Kate—dícele entonces Petruchio;—volvámonos a casa de tu padre en nuestro habitual modo de vestir honesto y sencillo. Después de todo, ¿de qué sirven los ricos vestidos? ¿Acaso es más estimado el grajo con todo su plumaje, que la sencilla alondra? No, buena Kate; no vales tú ciertamente menos con tu sencillo vestido; y si te sintieres por eso humillada, dame a mí la culpa. Alégrate, pues y regocíjate; que se acerca ya el momento de abrazar a papá, y allí, en nuestra casa nos divertiremos y gozaremos: vamos allá, que ya son casi las siete, y así llegaremos a casa en buena hora, o sea para la comida de mediodía.

Catalina echa a su marido una mirada de extrañeza y no sin razón, pues había ya transcurrido la mitad de aquel día, y así le dice.

—No dudéis—señor, de que son ya cerca de las dos, por

lo cual no hay que esperar en llegar allá antes de cenar.

—Las siete serán antes que haya yo oprimido los lomos a mi caballo—dijo Petruchio.—Por aquí verás cómo me contradices siempre por sistema; basta que yo haga o diga una cosa para tú hacerme la contra. No voy yo a partir hoy, pero cuando parta, será la hora que yo diré que es.

La implacable energía de Petruchio acabó por imponerse y obtener victoria. Catalina comprendió que era del todo inútil hacerle resistencia.

Poco después, camino de Padua, ocurriósele a Petruchio admirar la luna brillando en el firmamento, y Catalina no tuvo más remedio que admitir que era la luna lo que brillaba, mientras todo el mundo veía sin vacilar que era el sol. Además, cuando un momento después su marido dijo que era el sol bienhechor, tuvo que cambiar de criterio y afirmar que era el sol. Por fin, cansada ya de tan extraños caprichos, dijo:

—Bueno, llamadle pues con el nombre que queráis, y no tendrá empeño Catalina en decir lo contrario.

—¡Petruchio!—exclamó su amigo Hortensio, que los acompañaba;—sigue tu camino, que has triunfado en toda la línea.

Efectivamente, en el punto en que estaban las cosas, no había ciertamente que temer que volviese Catalina a las antiguas intemperancias de su imperioso carácter.

Recuérdese que al mandar el padre de Catalina a Blanca que no abandonase el hogar paterno sin que su hermana mayor estuviese casada, procuróle dos maestros o preceptores encargados de dirigir sus estudios y ayudarle a pasar el tiempo durante el día. Dos de sus pretendientes lograron entrar en la casa so pretexto de servirle de preceptores, el uno de música y el otro de poesía: llegado, pues, el momento de elegir, Blanca se inclinó a Lucencio, y el otro, que era Hortensio, se consoló tomando la mano de una rica viuda.

Petruchio y Catalina, y Hortensio y su mujer asistieron a la boda de Blanca y Lucencio, en la cual hubo gran número de convidados. Durante la comida promovióse un vivo debate sobre la sumisión de algunas de las señoras que estaban presentes. Petruchio hizo observar que su amigo Hortensio le tenía miedo a su mujer: ésta a su vez, insinuó que era más

bien Petruchio quien temblaba en presencia de la suya, por aquella opinión común, que «al que se le va la cabeza le parece que todo da vueltas». Tales palabras indignaron a Catalina, y aun la amable Blanca, con todo y su dulzura, hubo de acentuar el debate con alguna palabra picante. Al retirarse las señoras, continuaron el debate los caballeros.

—La chanza—dijo Petruchio a sus amigos—ha repercutido de mí a vosotros, y apostaría a que os ha zaherido.

—Hablando con formalidad, yerno mío—dice entonces Bautista,—tu mujer es a mi juicio, la más intratable y de más áspero carácter.

—No estoy conforme—repuso Petruchio;—y si no, a la prueba me remito. Que llame cada uno a su mujer, y aquel cuya mujer sea la más pronta en obedecer este mandato, será el que ganará la apuesta que señalemos.

—Hecho—dice Hortensio.

—Me parece bien y van veinte escudos—añade Lucencio.

—¿Veinte escudos?..—exclama Petruchio:—ya no apostaría yo menos para mi halcón o mi perro: para mi mujer apuesto lo menos ciento.

—Sean pues cien—dijo Lucencio.

—Entendido—responde Petruchio.

—¿Quién será el primero?—pregunta Hortensio.

—Yo—dice Lucencio.

La primera en ser llamada fué Blanca: dió por respuesta, que estaba ocupada y no podía ir.

—¿Cómo?—exclama Petruchio en tono zumbón:—¿está ocupada y no puede venir? ¡Galana respuesta!..

—Sí, señor, y aun amable respuesta es—observa uno de los convidados.—Cuidad que vuestra esposa no la dé peor.

—Mejor respuesta espero de ella—replica Petruchio.

—Signor Biondello—dice Hortensio a su criado;—ruegue a mi señora que venga en seguida.

—¡Rogar!, ¡rogar!—repite riéndose Petruchio.—¡Naturalmente no podrá menos de venir *rogándoselo!*

—Pues mucho me temo—señor Petruchio,—que por mucho que roguéis a la vuestra, será majar en hierro frío.

De nuevo compareció el mensajero.

—Bueno, y ¿dónde está mi mujer?—pregunta a Biondello.

—Dice que sin duda vais a hacer alguna farsa, y que por lo mismo no vale la pena de venir; que vayáis, si queréis, por ella.

—¡La cosa se va poniendo bien!—murmura Petruchio. Vamos..., que no viene. Y esto es imperdonable.—Ea, Grumio, ve a tu señora y dile que le mando que venga.

—Por anticipado os diría la respuesta—dice Hortensio.

—¿Cual es ésta?—pregunta Petruchio.

—Que no viene.

—Aun no había dicho la palabra *viene,* cuando llegó Catalina, diciendo:

—A vuestras órdenes señor; ¿para qué me llamáis?

—¿Dónde están tu hermana y la mujer de Hortensio?—pregunta Petruchio.

—En la sala, sentadas a la lumbre.

—Ve pues por ellas, y si no quisieren venir, tráelas a empujones, pues sus maridos las llaman. Anda, tráelas en seguida.

Catalina cumplió al pie de la letra la orden.

—¡Gran milagro, si es que los hay!—exclama Hortensio.

—¡Pardiez, que es así!—responde Petruchio;—y que ello me presagia la paz, el amor, la vida tranquila, todo en fin, lo que hay de dulce y sabroso en el mundo.

—¡Ea, felicidades, Petruchio!—exclama Bautista.—Tú has ganado la apuesta, y a ella añado yo veinte mil escudos, nueva dote para mi nueva hija, pues Catalina está tan cambiada, que parece otra de la que era.

—Antes—replica Petruchio,—quiero ganar más brillantemente mi apuesta y daros pruebas más convincentes de su sumisión y obediencia. Hela aquí a vuestra hija y esposa mía trayendo a las otras dos recalcitrantes, cautivas de su femenil elocuencia. Catalina—prosigue, al ver entrar á su mujer acompañada de Blanca y de la mujer de Hortensio;—esta toca no te sienta bien; quítate este pelendengue y pisotéalo.

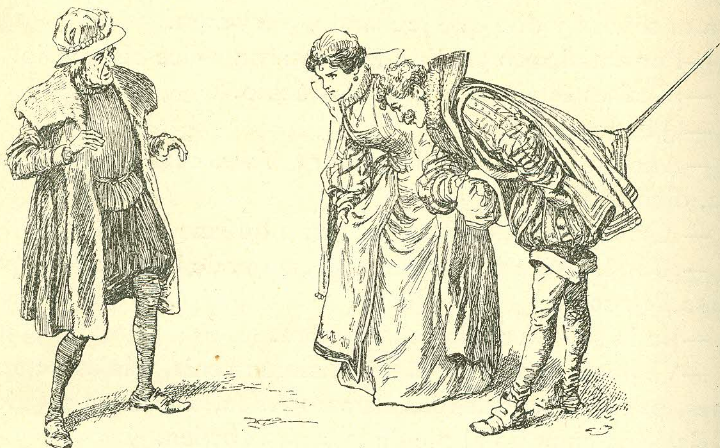
Con gran disgusto de sus compañeras, Catalina obedeció puntualmente.

—¡Cielos!, ¿podría jamás caberme a mí tal desventura que me viese en tan menguada situación?—exclama la mujer de Hortensio.

Y la dulce Blanca añade desdeñosamente:

—¡Vaya!, ¿qué nombre merece una tan insensata sumisión?

—¡Ya no quisiera yo sino que la tuya lo fuese!—respóndele su marido.—Sabe, hermosa Blanca, que la prudencia de



«Vámonos, Kate .. ¡Buenas noches tengan ustedes!»

tu sumisión me ha costado cien escudos después de terminada la cena.

—¡Locura grande la vuestra, hacer apuestas sobre mi obediencia!—replica Blanca en tono de enfado.

—Catalina—dice entonces Petruchio;—mándote que expliques a estas mujeres indóciles cuáles son los deberes para con sus maridos.

Hízolo al momento Catalina, en un discurso tan lleno de gracia y deferencia, que dejó estupefactos a todos sus oyentes. En cuanto a Petruchio, estaba entusiasmado del éxito de su empresa de educar a su cara mitad, aunque lo hiciera con alguna rudeza.

—Vámonos, Kate—dijo.—¡Buenas noches tengan ustedes!

Y se retiró triunfalmente, acompañado de aquella mujer, que de indócil y recalcitrante fierecilla, se había convertido en amante y rendida esposa.

LA NOCHE DE REYES



EL MENSAJERO DE ORSINO

Éranse dos hermanos gemelos, Sebastián y Viola, tan sumamente parecidos el uno a la otra, que a no ser por la diferencia de vestido, correspondiente al sexo de cada uno, hubiera sido imposible distinguirlos.

En un viaje que hicieron por mar, tuvieron un grave contratiempo: naufragaron cerca de las costas de Iliria, y aunque lograron tierra sanos y salvos, quedaron, sin embargo, con la pena de no saber el uno de la otra, creyendo naturalmente que habían perecido.

El capitán del barco, salvado en el mismo bote que Viola, tuvo para ella toda clase de atenciones. Conocía la Iliria, de donde era hijo y en donde había sido educado, y hacía no más de un mes que saliera de allí. Contó, pues, a Viola que la ciudad estaba gobernada por un duque tan noble de carácter como de nacimiento y que este duque estaba enamorado de una hermosa condesa llamada Olivia; que Olivia había perdido padre y madre en el decurso de aquel año y que, sumida en una profunda tristeza por este acontecimiento, vivía desde entonces en el retiro sin admitir visitas de nadie.

Viola había ganado tierra salvando únicamente la vida, pero destituída de todo recurso. Al oir, pues, el relato del capitán, entráronle deseos de conocer a la condesa Olivia y ponerse a sus órdenes sirviéndole en calidad de dama de honor o de servicio, hasta que se le ofreciese ocasión de hallar mejor situación en el mundo. Manifestó, pues, estos deseos al capitán, pero éste la desengañó, diciendo:

—Difícil os va a ser obtenerlo, pues la condesa no se pone al habla con nadie, ni aun con el duque Orsino.

Ocurriósele entonces a Viola la idea de disfrazarse de paje y entrar al servicio del duque, de quien había oído hablar a su padre. Viola cantaba y tocaba varios instrumentos, con lo cual ya tenía ganado terreno para obtener una plaza en el palacio de Orsino, pues a éste le gustaba mucho la música. Por su parte el capitán prometió a Viola no revelar a nadie quién ella era, ayudarla a procurarse un disfraz y aun presentarla al duque Orsino.

Así se hizo, y a Viola le salió todo a medida de sus deseos. Por su gracia, su hermosura y su noble porte, era Viola el más elegante de los pajes, y estas cualidades atrajéronle muy pronto el favor de Orsino. Aun no habían pasado tres días cuando el duque, cautivado por el irresistible encanto de Cesáreo (tal era el nombre que tomara el joven paje), confióle el secreto de su infortunado amor a la bella Olivia. Hasta entonces había visto despreciadas todas sus demostraciones, todos los mensajeros que le enviara habían sido rechazados: pensó Orsino pues que aquel apuesto mancebo conseguiría lo que los demás no habían obtenido y que sería su mejor intermediario. Dióle pues orden de presentarse a Olivia, y encargóle que insistiese hasta ser recibido por la dama y que se obstinase en no partir hasta no haber conseguido hablar con ella; obtenido, que hubiese la entrevista con la condesa, había de pintarle al vivo el amor de Orsino y las penas que pasaba por no verse correspondido.

—¡Que el Cielo corone tus esfuerzos!—díjole el duque al despedirlo;—que de ser así, vivirás tan libre como tu amo y serás tan feliz como él.

Muy ajeno estaba el Duque a la contrariedad que su recado había de causar al paje. ¡Pobre Viola! Su corazón era ya cau-

tivo de la dulzura y encantadoras prendas del Duque: ¡con qué gusto pues hubiera aceptado el amor que rehusaba Olivia! Pero se trataba de cumplir con su deber; por lo cual mostrando gran serenidad, dijo:

—Cumpliré, lo mejor que sepa, mi cometido, y si lograre hablar con la dama, sabrá ella cuán ardientemente la amáis.

Aunque la condesa vivía en la soledad y el retiro, apartada de todo cuanto puede hacer feliz la existencia, los que la rodeaban no compartían aquella vida de privaciones y austeridad. Su intendente Malvolio era un respetable personaje de severo continente, enemigo de bromas y chanzas, censor severo de las costumbres ajenas y muy pagado de sí mismo. Olivia le tenía en verdadero aprecio porque, aunque era, como ella decía, un «enfermo de amor propio», veía en él al hombre honrado y de conciencia. Consecuencia de este estado de cosas fué un mal disimulado odio de la turba de parásitos contra el intendente; odio que, tarde o temprano había de estallar en guerra abierta y declarada.

El principal fautor de los desórdenes era un bullicioso caballero llamado Tobías Belch, tío de Olivia, que sentara domicilio en su palacio a la muerte de su hermano: este tal no pensaba más que en festines y regocijos, y su vida de disipación y crápula hubiera dado al traste con el buen nombre de la casa y palacio de la condesa, si no se hubiese puesto freno a su libertinaje. Tenía Tobías por compañero inseparable a un frívolo cortesano, el señor Andrés Aguecheek, quien debajo de un tinte de hombre corrido, pues chapurreaba tres o cuatro idiomas, encubría un fondo de estupidez inconmensurable. No era que Tobías ignorase la fatuidad del señor Andrés, al contrario, complacíase en mofarse de él, poniendo de relieve su bobería; pero en su concepto aquel ridículo gentilhombre no hubiera sido el marido menos conveniente para Olivia, por lo cual no perdía ocasión de atraerle al palacio.

Completaba aquella menguada compañía un tercer personaje, el bufón Festo. Como todos los juglares de la época, era Festo un ser privilegiado, autorizado a manifestar su opinión con una franqueza que no se hubiera tolerado a otro individuo de la especie humana. La misma condesa, a pesar de su pres-

tigio, no podía escapar a sus mordaces diatribas: era que el bufón tenía gran arraigo porque ya en vida del padre de Olivia había hecho las delicias del dueño de la casa, y actualmente la hija escuchaba con indulgencia sus desplantes y aun reprendía a Malvolio cuando éste intentaba duramente imponer silencio al bufón. A su cómico numen juntaba Festo un don verdaderamente sobrehumano; poseía una voz de maravillosa dulzura: en dondequiera que estuviese, alegraba el ambiente ya con alegres y regocijados cantos, ya con patéticos y plañideros acentos.

María, la doncella de la condesa, no sentía por Malvolio mayor simpatía que el resto de aquella bulliciosa servidumbre. Muchacha viva y despierta, pronta siempre a chancearse, detestaba como la más burda hipocresía el empaque y rígida severidad de Malvolio.

—Es un asno pretencioso—decía ella con el mayor descoco:—tiene tan grande estima de sí mismo, y se cree tan perfecto, que, a su juicio, nadie puede verle sin quedarse prendado de sus cualidades.

La vanidad del intendente fué, en efecto, lo que facilitó a los cuatro conspiradores (el señor Tobias, el señor Andrés, el bufón Festo y la doncella María) la ocasión de tomar la revancha, jugando una humillante treta al pomposo Catón del palacio.

Al llegar Viola, en calidad de paje, a la morada de Olivia vió que ya de primer momento se le negaba la entrada, a lo que respondió que su resolución era quedarse en la puerta hasta que hubiese cumplido su encargo, y como persistiese no haciendo caso de la resistencia de Olivia, ésta la mandó entrar y consintió en recibirla.

—Dame el velo—dijo Olivia a María;—pónmelo a la cara; tendré que aguantar una de tantas embajadas de Orsino.

Fué, pues, introducida Viola, acompañándola los cuatro o cinco servidores del duque.

—¿Cuál de las aquí presentes es la respetable señora de la casa?—preguntó muy dignamente.

—Hablad conmigo, que yo responderé por ella: ¿qué misión traéis?—preguntó secamente Olivia.

—¡Oh muy radiante, perfecta e incomparable belleza!...—comienza a decir Viola con enfática galantería, regodeándose en la ironía de sus fingidos elogios, pues el espeso velo que cubría la cara de Olivia le impedía ver a quién se dirigía. Sin intimidarse ante la imponente dignidad de la condesa, pidióle permiso para trasmitirle su mensaje y hablarle a solas. Olivia quedó encantada de la impertinencia y osadía de aquel mancebo, de su presencia de espíritu y de su noble porte, por lo cual en vez de despedirlo sin miramiento, como había pensado hacer, hizo retirar a su gente y le ordenó que le expusiese el objeto de su visita.

Pero lo mismo fué pronunciar Viola el nombre de Orsino que encerrarse la condesa en su habitual reserva. No le interesaba en absoluto saber de los sentimientos de Orsino, ni ni aun de boca de aquel enviado, y así le atajó diciendo:

—¿No os queda más que decirme?

—Señora condesa, permitidme que vea vuestro semblante;—implora Viola, deseando curiosamente contemplar a aquella mujer que tan prendado tenía al duque.

—¿Acaso os ha encargado vuestro señor que examinéis mi cara?—pregunta Olivia a Viola, disimulando su secreta satisfacción:—sabed que os apartáis de vuestro cometido; sin embargo, no tengo inconveniente en complaceros; descorramos la cortina y podréis contemplar el retrato: mirad, fijaos bien; así soy yo ahora. ¿Qué os parece? ¿es fiel el retrato?

Y quitándose el velo que la cubría, aparece la condesa con todo el resplandor de su deslumbrante belleza. Viola la contempla embebecida.

—¡Excelente, si todo lo que se ve es obra de Dios!—responde Viola,—pues imposible parece que una tez tan exquisita sea natural.

—El color es sólido, señor mío, y capaz de resistir al viento y la lluvia,—replica Olivia.

—Es la belleza misma artísticamente matizada y a la que la habil y delicada mano de la naturaleza misma ha dado los colores blanco y rojo. Señora, la más cruel de las mujeres fuerais si os llevaseis este encanto a la tumba sin dejar una copia, por lo menos, en el mundo.

—¡Oh, señor! no tengo tan duro el corazón para permitirlo—responde Olivia con una amable ironía.—Repartiré mi belleza en legados: se tomará inventario sin omitir detalle alguno; en esta forma: dos labios bastante encarnados; dos ojos grises con sus correspondientes pestañas; un cuello, una barba, y así de lo demás. Ahora bien, decidme; ¿os han enviado acaso para avalorarme?

—¡Ah! ya comprendo; estáis engreída—dice Viola.—Mi señor os ama; pero un tal amor merece recompensa, aunque se os coronase como reina de la belleza.

—Sabe vuestro señor cuáles son mis sentimientos—replica Olivia:—yo no puedo amarle; aunque me conste que es noble, de elevada alcurnia, de costumbres intachables, de corazón generoso, instruído, valeroso, amable y de grandes prendas físicas. No puedo amarle: tiempo ha que debería estar desengañado.

—¡Ah señora! si mi amor hacia vos supusiese el ardor y las cuitas que sufre amándoos mi señor, no comprendería absolutamente la justicia de vuestro desdén; no me conformaría con él—dice Viola.

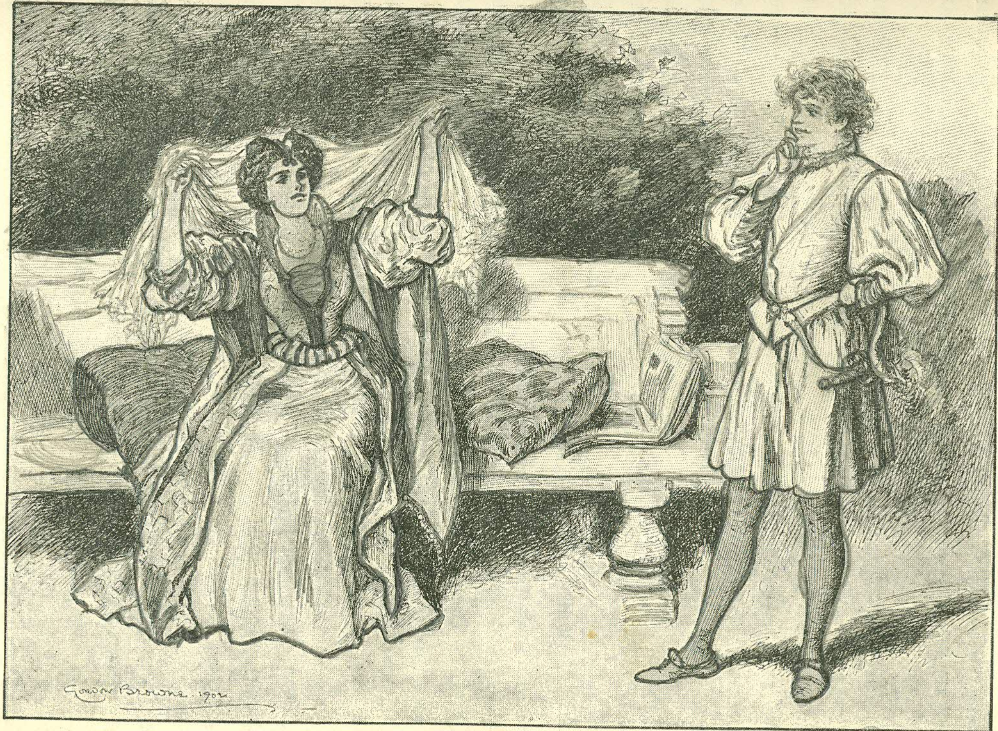
—Y ¿qué haríais pues?—pregunta la condesa.

—Construiría una cabaña de sauce al pie de vuestro palacio, compondría coplas amorosas y las cantaría en voz bien alta aun durante la noche, pronunciaría vuestro nombre para que lo repitiese el eco de las colinas, y el viento mismo se vería obligado a llevar a vuestros oídos mis plañideros acentos, diciendo: «¡Olivia!, Olivia!» Y tened por seguro que no os dejaría en paz hasta que no os apiadaseis de mí.

—¿Seríais capaz de hacer todo esto?—dícele Olivia, con acento sarcástico, pero que deja entrever la emoción que le causa el entusiasmo del paje.—¿Y cuál es vuestro origen?

—Superior a mi fortuna; aunque mi posición es buena—responde Viola.

—Ea,—dice la condesa;—volveos a vuestro amo; yo no puedo amarle: decidle además que no me envíe ya más mensajeros, a menos que seáis vos mismo quien venga a darme cuenta de cómo ha tomado él mi respuesta. Adiós, gracias de la molestia que os ha causado el encargo. Tomad.



«Mirad, fijaos bien... ¿Qué os parece? ¿Es fiel el retrato?»

—Mil gracias, señora; no puedo aceptar, no soy un mensajero de los que se retribuyen; guardad esta bolsa—responde Viola.—No soy yo, sino mi señor quien merece una recompensa. ¡Plegue al Cielo que cuando llegue para vos la hora de amar, se convierta en diamante el corazón de aquél a quien amareis y que vuestro amor, como ahora el de mi señor, no encuentre más que desprecio! ¡Adiós cruel belleza!

Viola había verdaderamente hecho cuanto podía por su señor, pero el único resultado que había obtenido era cautivar para sí el corazón de la condesa. La imponente Olivia, tan fría y tan altiva para el noble duque de Orsino, sintió que aquel mancebo la fascinaba. Había rehusado el bolso de dinero que, según la costumbre de la época, le ofreciera; pero ella no podía permitir que desapareciese por mucho tiempo, quizá para siempre, sin un recuerdo suyo; por lo cual llamó a su intendente.

—¡Malvolio! ¡Malvolio!

—A vuestras órdenes, señora.

—Corre tras este mensajero rezongón, el paje del duque de Orsino, que se ha dejado esta sortija. Dile que no la quiero; que desengañe a su señor para que no se haga ilusiones sobre mi amor, pues no he de casarme con él. Di a ese joven que si se pasa mañana por aquí, le explicaré las razones que tengo para ello: ea, Malvolio, date prisa.

—Voy al acto señora—dice el intendente, alejándose con su habitual empaque y de muy mala gana para cumplir su encargo.

No era que Viola hubiese ofrecido sortija alguna a la condesa, por lo cual fácilmente comprendió que Olivia se había enamorado de ella y quería darle una prueba de afecto. Lejos pues de complacerse en ello, vió que iba a ser causa de nuevos disgustos.

—¡Pobre mujer!—decía para sí;—más le valiera amar un sueño... ¿Cómo acabará esto? Mi señor está perdido por ella; yo, pobre loca, no le quiero menos a él, y ella, en su error, parece delirar por mí. ¿Qué sucederá pues? ¡Ah tiempo traidor! tú te encargarás de arreglarlo todo. Difícil va a ser la solución de este enredo.

La perpetua enemiga que había reinado entre el intendente Malvolio y los turbulentos parásitos de la condesa, rompió por fin en abierta guerra. La misma noche del día en que el enviado del duque de Orsino se presentara en el palacio de Olivia, el señor Tobías y el señor Andrés habían estado bebiendo y cantando hasta hora muy avanzada: el bufón Festo juntóseles después, empezando por cantar solo con bastante arte, hasta que se juntaron los otros y aquel trío acabó en bulliciosa algazara. El ruido y la gritería de aquellos trasnochadores despertó a todos los pacíficos moradores del palacio, y María fué a suplicarles que se callasen y pusiesen fin al bullicio.

—¿Qué descompasada música es ésta?—exclamó la doncella.—¡A fe mía, que mi señora la condesa, ha dado ya orden al intendente que os eche a la calle!

Inútiles, empero, fueron todos sus esfuerzos por restablecer el orden e imponer silencio; ellos seguían riendo, y alborotando, pedían copa tras copa y chillaban a reventar: en vano insistía la doncella en ponerles silencio; era imposible hacerles entrar en razón. Vino Malvolio, pero no hicieron más caso de él que habían hecho de María, y a sus reconvenciones no dieron otra respuesta que unas desenvueltas coplas.

—¿Es que estáis locos, señores, o qué es lo que os pasa?—exclamó justamente indignado Malvolio,—¿a tal extremo llega vuestro desenfreno que ni el sentido común, ni el respeto a los demás os impone silencio en estas horas de la noche? ¿Os figuráis acaso que el palacio de mi señora la condesa es un bodegón, para que os permitáis trasnochar en él entonando coplas callejeras, dignas de tahures de profesión, sin tener para nada en cuenta el lugar, las personas y la mesura propia de gente como vosotros?

—¡Eh, señor Malvolio!, ¡cuidado con las palabras; que no hemos faltado a la decencia y compostura con nuestras coplas!—exclama el señor Tobías.

—Señor Tobías—responde Malvolio,—perdonadme, pero voy a deciros la verdad. La condesa, mi señora, me ha encar-

gado que os diga que aunque os da hospitalidad en su palacio como a pariente que sois de ella, no puede, sin embargo, consentir en vuestros desórdenes. Si es que podéis mejorar de conducta, quedaos en hora buena, de lo contrario, le haréis favor abandonando el palacio.

—*¡Adiós, querida mía, puesto que he de partir!* (1)—entona con voz quejumbrosa el chusco señor Tobías, en quien la severa reprimenda de Malvolio no hiciera la menor impresión.

—¡Pero, señor Tobías!—dícele María reconviniéndole.

—*Sus ojos dicen muy claro que sus días son contados*—prosigue el bufón cantando la ridícula copla.

Y a este tono se corean todas y cada una de las airadas reconvenciones de Malvolio: nada es capaz de cerrar la boca a aquellos desalmados. Malvolio, no pudiendo casi articular palabra, de puro coraje, abandona aquella indisciplinada tropa, amenazándoles con que su señora se enterará de todos sus desafueros.

—A la cólera del Señor Tobías, enfurecido por la amenaza de Malvolio, responde María, procurando calmarle:—tomad paciencia esta noche, pues desde que el duque de Orsino envió a su paje, mi señora la condesa, está hondamente preocupada. En cuanto al señor Malvolio, dejadlo para mí; que o yo soy una estúpida criatura, o voy a contar las cosas de tal manera que se le tenga por un loco y sea objeto de la burla de todos; no dudo que conseguiré mi intento.

—¿Bravo, bravo!—exclama el señor Tobías;—ya nos darás cuenta del resultado.

—¡Por Dios, señor, que es un puritano inaguantable!

—¡Ah!, si no fuese que me lo tomo a broma, os aseguro que le apalearía como a un perro—exclama brutalmente el señor Andrés.

—¿Por qué, porque es puritano?—dice el señor Tobías,—pronto siempre a ridiculizar las desatentadas observaciones del señor Andrés, con todo y profesarse su más inseparable compañero.—Ya me dirás en qué poderosas razones te fundas para ello.

---

(1) Canción que se halla en la colección de Percy.

—Poderosas razones, no las tengo; pero sí bastante buenas para convencerme—objeta el mentecato mostrándose amoscado.

Toma entonces la palabra María, exponiéndoles el modo de obrar de Malvolio, quien tiene tan excelente opinión de sus



«¡Adios, querida mía, puesto que he de partir!»

méritos, que cree que cautiva a todos los que le rodean: añade que este defecto les puede ofrecer una buena ocasión para vengarse de él. Declárales, pues, María su proyecto: dejará caer cerca de él algunas cartas amorosas escritas en términos vagos, pero con tales y tan característicos rasgos, que no podrá él menos de creer que es él a quien van dirigidas. El carácter de letra de María es tan semejante al de la señora Olivia, que ellas mismas los confunden fácilmente; por lo cual creerá Malvolio que son cartas escritas a él por la Condesa y que Olivia está enamorada de él.

El malicioso recurso de María era verdaderamente poco

recomendable, pero sus complices no se paraban en tales escrúpulos; no tenían más idea que divertirse con el cómico espectáculo que iba a dar el relamido intendente pavoneándose de su conquista, y ser testigos presenciales de la vergonzosa humillación que sufriría al darse cuenta de su error.

No tardó María en poner manos a la obra, y Malvolio mordió en seguida el anzuelo. Tan pronto asaltó su vanidoso espíritu la absurda idea de que Olivia estaba enamorada de él, púsose a pensar y reflexionar lo que había de hacer cuando se viese elevado al alto rango de esposo de la condesa. Los conspiradores sorprendieron fácilmente las ambiciosas reflexiones del intendente, ayudándoles para ello un familiar de Olivia llamado Fabián, a quien María había oportunamente avisado de la llegada de Malvolio.

—Escondeos los tres en los bojes—díjoles María.—Malvolio baja por el paseo del jardín: hace cosa de media hora que se está pavoneando al sol y observando en su sombra, como en un espejo, los movimientos de su persona. Fijaos bien en él, pero en gracia de la comedia que vamos a representar, teneos quietos y procurad que no os vea. Tú, Fabián, quédate allá,—añade, dejando caer al suelo una carta;—ya viene el ratón y hay que cogerle en la trampa dejándole ver el cebo.

—Será casualidad, será chiripa, pero no dudo de ello,—murmuraba Malvolio paseando arriba y abajo dándose aires de solemnidad.—María me aseguró que su señora me tiene afecto, y yo he oído decir más de una vez a la propia Olivia que si tuviese jamás un capricho, había de ser para un hombre de mi temperamento. Además, nadie desconoce que Olivia me trata con mayor consideración que a ninguno de esos que forman parte de su séquito: ¿qué se deduce de esto, pues, sino que puedo ser un afortunado consorte?

La imaginación de Malvolio iba haciendo castillos y más castillos y él paseaba por el jardín contoneándose como un pavo.

—¡Llegar a ser el conde Malvolio!..—exclamó en su éxtasis de gloria.

Y púsose a pensar lo que había de hacer en la futura situación y la manera como había de conducirse cuando estuviese en funciones de conde consorte.

—Transcurridos tres meses de matrimonio y ya de asiento en mi puesto de honor—murmuraba gesticulando como si lo que soñaba fuese ya una realidad;—vestido con mi traje de terciopelo rameado, llamaré en torno mío a mis súbditos y paseando sobre ellos una mirada que dé a entender que conozco el terreno que piso y que tengo conciencia de mis deberes como deseo que la tengan ellos, llamaré a mi primo Tobías: fieles a mi mandato, siete de mis servidores, como movidos por un resorte, irán a buscarle: mientras le aguardo, frunciré el entrecejo, o bien daré cuerda a mi reloj, o estaré jugueteando con un... con un objeto cualquiera, seguramente una joya de valor. Al poco rato llega Tobías, se acerca, me saluda respetuosamente...


«Poderosas razones, no las tengo»

Así razonaba en voz baja el bueno de Malvolio, pero no tanto que no pudiese ser oído, mientras la jugarreta de sus adversarios seguía adelante.

—¿Y a un hombre así se le perdona la vida?—exclama airado el mismísimo señor Tobías que estaba oculto detrás de los bojes. Y prosiguió Malvolio fantaseando:

—... tiéndole entonces la mano procurando disimular mi familiar sonrisa con una mirada austera e imperiosa...

—¿Y creéis que Tobías tendrá bastante sangre fría para no romperos los dientes?—fulmina el invisible oyente.

—...diciéndole: «Primo querido, Tobías de mi vida, ya que la suerte ha querido que sea el dueño de vuestra sobrina, permitidme que os hable con franqueza: es preciso que enmendéis vuestras costumbres y pongáis coto a vuestro desenfreno: además no perdáis de vista que estáis malbaratando el tiempo con la compañía inseparable de este caballero imbécil...»

—Ese imbécil soy yo, no dudéis que se refiere a mí—murmura el señor Andrés.

—...un tal señor Andrés.

—¿No os decía yo que a mí se refería? Bien sé yo que muchos me tienen por imbécil—exclama el señor Andrés, convencido de su penetración.

Al llegar a este punto interrumpió Malvolio bruscamente el curso de sus imaginarias reconvenciones al señor Tobías, al darse súbitamente cuenta de la carta que María había dejado caer a posta en el suelo.

—¿Qué es esto? ¿una carta de...?—exclama azorado Malvolio:—¡por vida! ¿una carta de la condesa? Sí, de la misma... ésta es su letra, las *ces*, las *úes*, las *tes* son suyas..., así hace ella las *pes* mayúsculas. No hay que dudarlo, es de su puño.

Y lee en voz alta la dirección:

«Al ignorado amante, esta carta junto con mis más afectuosos saludos.» ¡Y son sus palabras! ¡Cera dichosa que cierras este pliego, con tu permiso lo abro! y ¡qué distinción! ¡sellado con su propio sello! sí, verdaderamente, es de mi señora la condesa. ¿A quién irá dirigida esta carta?...

La carta era una sarta de desatinos, pero Malvolio empezó en seguida a quebrarse los sesos buscando un sentido obvio y y favorable.

«Sabe muy bien el cielo
Que amo con ardor:
¿A quién?
Cállate boca; el velo
No corras del amor.»

—No; que no se corra el velo; que nadie se entere,—repite Malvolio,—«¿A quién?»... ¡Ah si éste fueses tú, Malvolio!

«Puedo mandar a quien mi alma adora,
Pero ¡silencio!... por puñal herido
De sangre inmune, cual el de Lucrecia,
Mi corazón el golpe ha recibido.
M, O, A, I mi voluntad gobierna.»

Ante estos misteriosos renglones quedó Malvolio profundamente pensativo. «Puedo mandar a quien mi alma adora»...; la cosa más natural del mundo: Olivia podía mandar a Malvolio porque a sus órdenes le tenía; pero las iniciales M. O. A. I. ¿qué significado podían tener?

—M... ¡Tate! es mi letra inicial.

Fué un rayo de luz éste para el hombre de penetración: en cuanto a las otras iniciales, no fué tan fácil la explicación, pues no correspondían por orden a lo que su inventiva le sugería; a pesar de lo cual no se desanimó Malvolio; por lo menos tuvo la satisfacción de comprobar que todas y cada una de ellas entraban en la composición de su nombre.

—Poco a poco, que sigue prosa, —dice Malvolio, y lee: «Si llegase a tus manos esta carta, te ruego que reflexiones. Por mi destino soy, es verdad, superior a ti, pero no te arredre la grandeza: en unos la grandeza es innata, se mecen en cuna de oro; en otros adquirida, la conquistan con sus propios méritos; a otros ella misma se impone. La suerte te abre sus brazos; para acostumbrarte a ser lo que probablemente has de ser más tarde, despójate de tu humilde exterior y transfórmate. Sé hostil a los parientes, áspero para la servidumbre; procura hablar de política, rodéate de una atmósfera de originalidad: esto es lo que te aconseja la que por ti suspira. Acuérdate de la que alabó tus medias amarillas, que es la misma que desea verte adornado con ligas cruzadas: acuérdate, te repito. No cejes, que la fortuna te sonríe, te brinda para que la abraces; ea pues, no la desperdicies; de lo contrario no pasarás de simple intendente, uno de tantos hombres de servicio, indigno del beso de la fortuna. Adiós. La que quisiera compartir su suerte con la tuya.

LA DICHOSA INFORTUNADA.»

Había una posdata que decía:

«No puedes ignorar quién soy: si consintieres en mi amor, me lo darás a entender con una sonrisa. ¡Son tan deliciosas tus sonrisas!... Sonríe, pues, siempre en mi presencia, te lo pido por mi vida, querido.»

Esta carta, tan ridículamente concebida, volvió loco a Malvolio: él no dudó ni un instante de que era Olivia quien la había escrito. En su arrebato de locura, resolvió cumplir al pie de la letra lo que en ella se le insinuaba, y lo primero que hizo fué ir, sin pérdida de tiempo, a ponerse las medias amarillas y las ligas cruzadas.

María estaba que no cabía en sí de satisfacción al ver el resultado de su ardid, pues todo lo que en la carta se recomendaba a Malvolio, era precisamente lo que más detestaba Olivia.

—Irá a ella de medias amarillas, color el más antipático para la condesa; llevará ligas cruzadas, moda que le parece repugnante;—decía la camarera llena de gozo y satisfacción. —La hablará con boca de risa, cosa que tan mal se compadece con el estado de ánimo de mi señora, sumida como está en profunda melancolía: nada...; que no podrá menos de causarle asco y repugnancia.

Así las cosas, entraron María y sus cómplices en las habitaciones interiores, ávidos de ver a Malvolio, víctima inconsciente de sus ardides, comparecer delante de su señora la Condesa, en su nueva y flamante indumentaria.

EL DUELO

En aquella crítica situación en que se hallara Viola, cuando, salvada del naufragio, se lamentaba de la supuesta muerte de su hermano, el capitán del barco perdido la consolara diciendo que en lo más apurado del naufragio había visto a Sebastián agarrarse a un palo que flotaba sobre las aguas, de manera que probablemente también él se había salvado. Así era en efecto. Sebastián había sido recogido por otro barco, cuyo capitán, llamado Antonio, prodigó toda clase de recursos a aquel extranjero falto de todo lo necesario: túvole en su compañía por espacio de tres meses y tomóle tan gran cariño, que al partir Sebastián para la corte de Orsino, Antonio le acompañó hasta Iliria, para ayudarle en caso de correr algún riesgo.

Antonio estaba de incógnito en Iliria, no queriendo aparecer como quien era, por haber formado, en otro tiempo, en las filas de los enemigos del duque de Orsino y hecho estragos en su armada: al llegar pues allí y al invitarle Sebastián a pasearse por la ciudad a visitar lo más notable de ella, respondióle Antonio que antes de tomarse este placer, lo que más cuenta le tenía era hallar un hospedaje, en donde estar a cubierto de toda sospecha y denuncia.

—El mejor para este objeto—dijo,—es la posada del Ele-

fante, en los arrabales de la parte Sur de la población. Voy, pues, allá a encargar comida para los dos, mientras vos visitáis la ciudad para distraeros y al mismo tiempo instruir vuestra inteligencia. Os espero, pues, en la hostería dentro de una hora.

Además, presumiendo lo escaso de recursos que andaba Sebastián, ofrecióle el dinero que traía, rogándole que lo aceptase por si se le ocurría comprar alguna chuchería: así convenidos, separáronse el uno del otro, Antonio con dirección a la posada del Elefante y Sebastián hacia la ciudad.

El palacio de los Orsinos continuaba envuelto en una niebla de tristeza y melancolía, pues a pesar de la buena acogida que le dispensara Olivia, el pajecito Cesáreo no había sido más afortunado que sus predecesores, ni la Condesa había hecho más caso de su mensaje que hiciera de los de aquéllos. La amargura del desengaño oprimía, pues, el corazón del duque, y para aliviar en algo su dolor, pidió que le recreasen con algo de música.

—Cántame—dijo a Cesáreo,—aquella antigua balada que oímos anoche: paréceme que me consoló de mi pena más que otras coplas ligeras y de estribillos chispeantes.

—Señor—respondiéronle los criados;—el que la cantaba está ausente; es el bufón Festo, el mismo que en otros tiempos hacía también las delicias del padre de la condesa Olivia; sin embargo, no está muy lejos, y podemos llamarle.

—Id, pues, por él—dijo Orsino.

Compareció al poco rato Festo y entonó su canción:

«Ven, muerte, ven amiga:
Crezca el ciprés cabe mi fría losa.
Vuela, vuela, mi vida
Que una cruel beldad mandó a la fosa.

—

Mi mortaja de tejos guarnecida
Preparad sin demora:
Nadie mejor representó fallida
La vida, que yo ahora.

—

Nadie una flor sobre mi tumba vea:
Yacer quiero olvidado.
Nadie me llore; mi reposo sea
En lugar apartado.»

Esta breve y sentimental balada se apropiaba como la que más, al humor melancólico de que era presa Orsino: al apartarse Festo de su presencia, terminado el canto, siguió el Duque hablando con Viola (o, por mejor decir, con la que el creía su paje Cesáreo) de su infausto amor hacia Olivia, y mandóle que fuese por última vez a ver a la cruel Condesa suplicándola que se dignara escuchar a Orsino.

—Pero, es que no puede amaros, señor—dícele.

—Ni yo puedo aceptar esta respuesta—replica Orsino.

—Y, sin embargo, no os queda otro recurso—dice Viola: —si no, reflexionad: Suponed por un momento que hay una dama que siente por vos la misma pasión que sentís vos por Olivia, y que vos no pudiendo corresponder a su amor, se lo decís claramente y la desengañáis, ¿acaso no deberá aceptar la tal mujer vuestra respuesta?

Pero Orsino no concibe que mujer alguna pueda amar como él ama: según él, el corazón de la mujer es frívolo y no puede compararse en nada al del hombre. Viola protesta de tal afirmación, pues ella siente cuán profundo es el secreto amor que le inspira el Duque.

—Harto sé yo—dícele Viola,—hasta dónde llega el amor de la mujer. Mi padre tenía una hija que estaba enamorada de un hombre...

Y continuando su narración en términos vagos y tan veladamente como puede, pónese a describir el amor de aquella «hija de su padre;» que el duque cree naturalmente ser una hermana de Cesáreo, y que en realidad no es otra que la propia Viola.

En fin, apretada por Orsino, resuelve ir otra vez con un mensaje a Olivia.

La Condesa se hallaba en el jardín: recibió al paje con tanta benevolencia como la primera vez, pero declaróle que no se esforzase en abogar por su señor, pues todo fuera en vano.

—Sin embargo—añadió,—si queréis presentarme una nueva petición, hacedla y os escucharé con mayor placer que si oyera música de ángeles.

Pero Viola no había cambiado de actitud desde la última entrevista; contestó, pues, que tenía un solo corazón y que éste no lo poseería mujer alguna. Dicho esto, despidióse de Olivia.

No faltó quien espiara a la Condesa y al paje en su entrevista; éste tal fué el celoso y estúpido señor Andrés Aguecheek. El señor Tobías, su compañero, había acariciado el proyecto de casar a su sobrina con este gentilhombre corrompido, y por lo mismo no perdía ocasión de incitar al señor Andrés a que hiciese el amor a Olivia. Andrés derrochaba su fortuna en francachelas con el señor Tobías, esperando desquitarse cuando obtuviese la mano de la Condesa. Vió, pues, con indignación que dispensaba al enviado de Orsino más favor del que jamás le otorgara a él, y manifestó sin rebozo al señor Tobías su intención de partir al instante.

Esforzáronse el señor Tobías y Fabiano en calmar su indignación; dijéronle que Olivia había, sin duda, notado su presencia en el jardín durante su conversación con Cesáreo, y que si había prodigado sus favores al paje, era para exasperarle y sacarle de sus casillas hiriéndole el amor propio para hacerle más valiente y atrevido; que lo que él debía haber hecho en aquella ocasión era tapar la boca al paje con algún chiste y ocurrencia aguda y oportuna, que era lo que la condesa esperaba de él, y que al no obrar así, había hecho bastante mal a su causa: que no le quedaba más remedio que reparar su poca habilidad con algún acto laudable de valentía o política.

—Lo que yo haga para esto—respondió el señor Andrés—habrá de ser algo que me dé fama de valiente, pues de político no tengo nada, y la política es cosa que detesto.

—Pues bien, empieza el edificio de tu fortuna sobre la base de la valentía—replica Tobías con voz ruidosa y jovial;—reta en desafío al paje; hiérele en once partes de su cuerpo; mi sobrina no podrá menos de verlo y notarlo, y ten bien entendido que nada cautiva más fuertemente el corazón de la mujer como la reputación de intrépido, del hombre.

—No hay mejor medio que éste, señor Andrés—dícele Fabiano.

—Me parece bien; pero necesito un tercero que se encargue de llevarle mi reto: ¿hay alguno de vosotros que acepte el encargo?

—Ea, escríbele en tonos fuertes, sé breve y decisivo—dícele el señor Tobías.

Siguiendo el consejo de sus amigos, retírase Andrés para redactar un cartel lo más injurioso e inconveniente que puede, mientras a los dos gentileshombres se les ríen los huesos ante la perspectiva de la comedia que se va a representar.

—Va a escribir una carta maravillosa—dice Fabiano;—pero me parece que no seréis capaz de entregarla...

—¿Cómo no?—replica el señor Tobías,—y no me contentaré con esto, sino que pondré en juego todos mis recursos para incitar al jovencito imberbe a responder. Paréceme, sin embargo, que ni a fuerza de bueyes, ni arrastrándolos con cuerdas será posible llevarlos a puesto para que midan las armas.

Muy bien sabía el señor Tobías que el señor Andrés era más cobarde que una araña; en cuanto al paje de Orsino, parecíale demasiado de pasta de alfeñique para dar pruebas de audacia.

Redactó finalmente el señor Andrés un cartel de desafío tan lleno de desatinos, que el señor Tobías creyó conveniente no enviarlo a su destino.

—El modo de obrar del joven hidalgo prueba que es inteligente y bien educado—dice.—Esta carta es un monumento de ignorancia, y me parece que no va a inspirarle un adarme de miedo; a las dos palabras echará de ver que es un mentecato el que la ha escrito. Voy pues a comunicarle la provocación, de viva voz; haré la apología del valor del señor Andrés e inculcaré al paje de Orsino una terrorífica idea de la rabia, destreza, furor e impetuosidad de su contrincante: el paje es un chiquillo, y fácilmente se convencerá con mis razones. Esto les espantará a ambos tan horrorosamente que con la mirada se darán el uno al otro muerte como dos basiliscos.

El plan del señor Tobías se realizó puntualmente, y no tardó él en saborear, en compañía de Fabiano, el éxito de su empresa. Hallaron a Viola que salía del palacio de la Condesa, y le comunicaron el reto del señor Andrés, previniéndole que el gentilhombre estaba desesperado, y que por su bravura y despecho era un temible adversario.

—Si estimáis en algo vuestra vida—díjole el señor Tobías,—llevad gran cuidado, pues vuestro contrincante tiene a su favor las ventajas con que pueden favorecer a un hombre la juventud, el vigor, la habilidad y la cólera.

Al oir con qué clase de enemigo tenía que habérselas, alarmóse grandemente la pobre Viola: bien hubiera ella querido sustraerse a aquel compromiso, pero el señor Tobías negóse a aceptar excusa alguna.

—Voy a entrar de nuevo en el palacio—dijo Viola,—y pediré una escolta a la condesa, pues yo no puedo batirme; no sé ni siquiera manejar la espada.—Pero el señor Tobías se negó a ello insistiendo en que había forzosamente de batirse, pues el señor Andrés tenía razones muy fundadas para exigir una reparación de su honor ofendido, y en caso de no querer aceptar, tendría que medir sus armas con el propio señor Tobías, lo cual sería aún más peligroso.



«No sé ni siquiera manejar la espada»

—Pero, señor, todo este asunto tiene tanto de descortés como de peregrino—replicó la pobre Viola temblando de miedo al verse en aquel para ella tan inesperado trance.—Tened la bondad de preguntar a ese caballero en qué se siente ofendido; pues, si alguna queja tiene de mí, de cosa que le haya molestado, habrá sido por inadvertencia, jamás con intención de ofenderle.

—Por complaceros lo haré—dice el señor Tobías.—Señor Fabiano, quedaos aquí con este señor hasta que yo vuelva.

Va entonces el señor Tobías en busca del señor Andrés, y hallándole en la calle, le pinta con los más vivos colores la disposición belicosa en que se halla el paje y su maravillosa habilidad en el manejo de la espada. Al señor Andrés le faltó poco para caer muerto de miedo al oir tales alabanzas del valor y bizarría de su contrincante.

—Si hubiese sabido que es tan intrépido y buen esgrimista—dice con voz entrecortada por el miedo,—primero le hu-

biera hecho colgar de un árbol que atreverme a retarle en desafío: a fe mía que me da poco gusto el lance, y voy a transigir entregándole Capileto, mi caballo gris.

—Voy, pues, a proponérselo, aunque dudo que lo acepte; así está él de exasperado y ávido de batirse. Sea como quiera, tened buen ánimo, que yo procuraré que no sea duelo a muerte—dice el señor Tobías.

Y añade, riéndose aparte.

—Voto a tal, que me parece que voy a hacer trotar al caballo, de la misma manera que te he hecho trotar a ti.

Entre éstas y éstas, encontráronse con Viola y Fabián.

—El señor Andrés ofrece su caballo como medio de transacción—dice por lo bajo Tobías a Fabián:—le he dado a entender que el paje es el diablo en persona para batirse.

—La idea que el paje se ha formado del señor Andrés no es menos terrorífica—responde el señor Fabián, riéndose:—está tan pálido y desencajado como si tuviese un oso al alcance de sus talones.

—Nada tengo que añadir a lo que llevo dicho, señor—dijo entonces el señor Tobías a Viola.—El señor Andrés ansía batirse porque ha de cumplir su juramento: ha reflexionado más detenidamente el asunto, y opina que no hay que decir una palabra más sobre él: desenvainad, pues, vuestra espada; pero únicamente para que él pueda cumplir su juramento; él tendrá buen cuidado de no heriros; así lo ha jurado también.

—¡Qué el Cielo me proteja!—murmuró aparte Viola.—Poca cosa me bastaría para revelar el secreto de mi sexo.

—Si viereis que acomete con furia, echad paso atrás—dice Fabián al oído a Viola.

Después volviéndose al otro contrincante, que tiembla de pies a cabeza, dícele:

—¡Ea, señor Andrés, no hay remedio! ¡hay que batirse! Este gentilhombre quiere tirar de la espada, aunque no sea más que para cumplir su palabra. Las leyes del duelo le prohiben hacer lo contrario; pero bajo palabra de caballero me ha prometido no haceros daño alguno. ¡Ea a las armas!

—¡Quiera el Cielo que cumpla su palabra!—murmura el señor Andrés.

—Os aseguro que me bato contra mi voluntad—tartamudea Viola.

Entonces los inflexibles padrinos arrastran a sus respectivos sitios a los infortunados contrincantes, costándoles no poco trabajo impedir que abandonen vergonzosamente el campo. Difícil cosa hubiera sido afirmar cuál de los dos estaba más amedrentado: el señor Andrés temblaba como un azogado, mientras Viola palidecía de sólo verse espada en mano. Pero afortunadamente para ambos, interrumpióse bruscamente el combate antes de que hubiesen logrado cruzar las espadas. Antonio el capitán de barco, acertó a pasar por allí; vió a Viola, y creyó que era Sebastián, pues su vestido de paje era copia exacta del que llevaba su hermano, y llevado de su constante deseo de salvar a Sebastián y jugarse la vida por él, intervino en el lance diciendo al señor Andrés:

—Caballero, envainad la espada. La ofensa que hayáis recibido de este joven, sea la que fuere, la tomo yo por mi cuenta: si sois vos el que atacáis, yo os reto en su nombre.

—Y vos ¿quién sois?—pregúntale el señor Tobías, viendo con disgusto escapársele aquella ocasión de solaz que se veía ya en las manos.

—¿Quién soy me preguntáis?—responde Antonio con desenfado:—pues cualquiera, dispuesto, por amor de este joven, a hacer más aun de lo que le habréis sin duda oído contar en alabanza propia.

—Muy bien, pues si vos sois un valiente, aquí tenéis a vuestro hombre; conmigo habréis de batiros—dícele el señor Tobías, quien, a pesar de sus defectos, no tenía nada de cobarde.

Cruzáronse esta vez en serio las espadas, pero el duelo se vió también interrumpido por la presencia de unos oficiales que venían a arrestar a Antonio por orden del duque Orsino: el capitán no había sabido ocultarse con el cuidado que era menester para no ser conocido como antiguo enemigo del duque, y no había salvación posible para él.

—Ved cuán caro he comprado el placer de encontraros—dijo Antonio a Viola, tomándola por Sebastián;—pero ya no hay remedio; pagaré con la vida mi temeridad. Y ahora, ¿qué vais a hacer vos? La necesidad me obliga a pedir os que me

devolváis el dinero que os presté. Creed que la pena que tengo por lo que os sucede es mayor que la que experimento por lo que veo venir sobre mí. Pero, tened buen ánimo, que os saldréis de todo.

—¡Ea, señor, es hora de partir!—dijo a Antonio uno de los oficiales que habían venido a prenderle: Viola miraba estupefacta a Antonio, pues no recordando haberle visto en su vida, no podía comprender el significado de sus palabras.

—Permitidme que os suplique de nuevo que me devolváis parte del dinero—añadió Antonio, con visible sentimiento.

—¿Qué dinero, señor?—repuso Viola.—En atención a la bondad de que acabáis de dar prueba, y sobre todo por la lástima que me inspira vuestra actual situación, estoy dispuesto a prestaros algo de mi modesto haber: mi fortuna no es mucha; pero la partiré con vos; tomad la mitad de lo que poseo.

Ofendido quedó Antonio por la aparente ingratitud de aquel a quien prestara él tan grandes servicios: como bien nacido que era, tenía repugnancia a hacer gala de sus generosidades; pero ante la actitud de Viola que se obstinaba en desconocerle, creyóse obligado a referir que había salvado del naufragio a aquel joven y que después le había dado grandes pruebas de afecto e interés. En el discurso de su narración pronunció el nombre de Sebastián, que él creía ser el del paje; con ello comprendió Viola el enigma; pero no tuvo tiempo para responderle, pues los oficiales se lo llevaron sin darle lugar.

El nombre Sebastián, salido de los labios de Antonio, fué un repentino iris de esperanza que brilló en el corazón de la joven Viola. Sabía muy bien ella cuánto se parecía a su hermano; además, al disfrazarse había tomado exacto modelo de la indumentaria que Sebastián usaba habitualmente; el mismo corte, el mismo color y los mismos adornos. ¡Quién sabe, (decía para sí) si la tempestad, en medio de su ira, se apiadó de Sebastián y el infeliz está salvo!...

—Es sencillamente un despreciable muchacho y sin honor, cobarde como una liebre—exclama el señor Tobías al ver que se aleja Viola:—su perversidad se manifiesta en la manera como abandona a su amigo en la desgracia y reniega de él: por lo que respecta a su cobardía, preguntad a Fabiano.

—¡Un cobarde de baja estofa; cobarde de convicción!—exclama Fabiano confirmando la apreciación del señor Tobías.

—¡Por mi honor!—exclama entonces Andrés,—voy tras él y le pego.

—Sí, hazlo: apaléale bien, pero sin sacar la espada—añade el señor Tobías.

—Si no fuese porque...—vocifera el señor Andrés, echándoselas de valiente.

—Veremos a ver lo que pasa—dice Fabiano.

—Apostaría cualquier cosa que no pasará nada; no llegará la sangre al río—replica el señor Tobías en tono burlón.

LAS MEDIAS AMARILLAS

Triste y pensativa había quedado Olivia al oir de boca del paje Cesáreo, al despedirse de ella, que no habría mujer alguna que poseyese jamás su corazón. Parecióle que en la grave dignidad de Malvolio había de encontrar un lenitivo a su pena, y con este intento hízole llamar.

—Ya viene, señora—dice la vivaracha María,—pero tan extrañamente vestido, que no dudo de que está loco.

—¿Por qué? ¿chochea acaso?—pregunta Olivia.

—No, señora, no chochea; pero le da la manía de sonreir continuamente: bueno sería que Vuestra Merced tuviese alguien a su lado al recibir su visita, pues no dudo de que está algo descentrado—dice María.

—Ea: tráemelo.

Al comparecer María acompañando a Malvolio, quedó la condesa consternada al notar el extraño cambio que se había operado en su intendente, a quien viera antes siempre tan formal y juicioso en sus ademanes y en sus palabras. Adelantóse Malvolio, con menudo paso y gesticulando de peregrina manera para mostrar una graciosa afabilidad; contraía sus macilentas mejillas y sus severas líneas con ridículos visajes que aspiraban a ser cautivadoras sonrisas; sus delgadas piernas agarrotadas dentro de unas medias amarillo vivo, estaban adornadas con ligas entrecruzadas desde el tobillo hasta las rodillas. No dudó ni un momento Olivia de que el buen intendente

había perdido el juicio, sobre todo al ver que respondía a sus preguntas con incomprensibles razones. En realidad no hacía más que repetir los conceptos de la carta que recogiera del suelo, y que para Olivia, que ignoraba toda aquella comedia, eran un enigma.

Malvolio seguía saludando y haciendo visajes; enviaba furtivos besos a Olivia, indicando a María que se retirara. Afligíase Olivia al pensar en el cambio repentino que había sufrido aquella cabeza, antes tan ordenada, de su intendente cuya honradez y fieles servicios en tan gran estima tenía. Dió, pues, orden a sus familiares que le atendiesen con particular cuidado, y llamó, por medio de María, al señor Tobías para darle las precisas instrucciones que el caso requería.

Encantado estaba Malvolio al ver el interés de la condesa y la importancia que se daba a su persona, y seguía entregado, cada vez con mayor ahinco, a sus halagüeñas reflexiones sobre la altura a que soñaba haber llegado.

Convencido estaba de que la condesa se había enamorado de él y de que al llamar al señor Tobías no tenía otra intención que proporcionar a su intendente una ocasión de ejercer su severidad hacia el caballero, según le aconsejaba la carta. Al entrar María y tras ella el señor Tobías, adoptó Malvolio una actitud de soberano desdén, como viendo llegada la ocasión de cebarse sobre su víctima: a María y al señor Tobías se les reían los huesos y al ver el maravilloso éxito de la jugarreta, animábanse cada vez más a continuar la chanza. Fingiendo que creían haber Malvolio perdido la razón, atáronle y le encerraron en una habitación obscura: después el bufón Festo se presentó y con piadosa y lastimera voz fingió ser el cura que venía a visitarle en su aflicción. Sostuvo con Malvolio una larga disputa, en la que el infeliz dió a entender bien a las claras que estaba en su sano juicio. Pero Festo (o el señor Topas, pues tal era el nombre que había tomado para aquella farsa), no quería darle esperanza alguna de libertad y se despidió de él sin haberle prestado el más pequeño alivio ni consuelo.

Al señor Tobías empezaba a parecerle que la broma había ya durado lo bastante y que era ya tiempo de poner en libertad a Malvolio, tan pronto como pudiese hacerse sin inconve-

niente alguno. No se le ocultaba el vivo disgusto que recibiría la Condesa si se enteraba de la verdad de lo que sucedía; por otra parte, reconocía que era demasiado malquisto de la Condesa para llevar adelante por más tiempo e impunemente la broma: suplicó, pues, al bufón que hablase a Malvolio con voz natural. Festo entonó una de sus coplas como si acabase de llegar; conocióle Malvolio y llamóle en su auxilio suplicándole se apiadase de él, diciéndole:

—Bufón mío, si quieres hacer méritos conmigo, proporcióname una candela, una pluma, tinta y papel: te prometo por quien soy que te lo agradeceré toda mi vida.

Complugóse el bufón en torturar un poco más al intendente antes de cumplir su encargo. Por fin fué a buscar lo que Malvolio deseaba, y se lo trajo.

Malvolio escribió una carta, que el bufón se encargó de llevar a su destino. El contenido de la misma probaba bien a las claras la cordura del que la escribiera, aunque estaba justamente indignado de los malos tratos que se le habían dado. Olivia ordenó que se le pusiera inmediatamente en libertad. Al comparecer de nuevo Malvolio en presencia de la Condesa y reprocharle amargamente por la carta que él suponía haberle escrito y por la manera indigna como le habían burlado, aseguróle Olivia que la tal carta no era absolutamente obra suya, sino que la había escrito María.

Tomó entonces la palabra Fabián, diciendo:

—Confieso francamente que el señor Tobías y yo somos quien ha hecho esta broma a Malvolio en venganza de ciertos actos de dureza y descortesía que hirieron nuestra sensibilidad. La que redactó la carta fué María a instancia del señor Tobías, en recompensa de lo cual él ha pedido su mano. La alegre y chistosa agudeza con que se ha llevado todo este asunto, debe excitar más bien la risa que provocar la venganza, si se examinan y aquilatan las faltas cometidas por ambas partes.

—¡Ay de mí!, ¡y cómo se han burlado de este pobre inocente!—exclamó Olivia,

—¡Guay de vosotros, vil canalla!, ¡y cómo voy a vengarme de vuestras villanías!—exclamó desesperado Malvolio, mien-

tras Olivia ponía coto a las carcajadas de los demás con estas palabras:

—Verdaderamente no merecía tan mala pasada.

SEBASTIÁN Y VIOLA

Olivia, en su deseo de hablar de nuevo con el paje Cesáreo, mandó al bufón a buscarle; pero habiendo éste hallado casualmente en la calle a Sebastián, tomóle por Viola y dióle el recado de la Condesa. Las palabras del bufón fueron un misterio para Sebastián, cuya sorpresa subió de punto al ver que arremetía contra él un gentilhombre, que parecía estar loco y que dándole un golpe en la espalda, le decía:

—¿Conque otra vez por aquí, señor?; ea, tomad ésa.

—Y tú ésta, y ésta y ésta otra—replica Sebastián correspondiéndole con sendos puñetazos en la espalda.—¿Será, vive Dios, esta ciudad una jaula de locos?

Sorprendido quedó el señor Andrés y vivamente despechado viendo que el joven a quien había tomado por un corbarde mentecato tenía tan gran fuerza de puños. El señor Tobías interpúsose en favor de su temeroso amigo: tanto él como Sebastián habían ya desenvainado la espada y preparábanse a librar serio combate, cuando Olivia, avisada por Festo, acudió presurosa a poner paz.

—¡Deténte, Tobías—díjole severamente;—te lo mando por tu vida; deténte!

Luego, volviéndose a Sebastián, y tomándolo por Cesáreo, pídele por favor que perdone la grosería de su pariente y que se digne entrar en su palacio.

—O me he vuelto loco, o estoy soñando—murmura Sebastián, estupefacto al oir que la bella Condesa se le dirige como a un amigo muy querido.

Pero, ya fuese sueño, ya realidad, la escena era muy agradable, y él hubiera querido que tan dulce ilusión durara para siempre.

—Si esto es soñar, no quiero interrumpir tan dulce sueño—decía para sus adentros.

El bello y apuesto mancebo no fué menos sensible a los

encantos de la condesa, y al ofrecerle ésta su mano, consintió no sólo con gusto, sino también con ansia. Bien hubiera deseado pedir consejo a su excelente amigo Antonio, el capitán del barco; pero érale imposible porque al volver, a la hora convenida, a la hospedería del Elefante, ya no halló en ella al capitán. Como ignoraba que el infeliz hubiese sido arrestado por los oficiales del duque, no acertaba a explicarse su desaparición.

Aun no habían transcurrido dos horas desde la celebración de los esponsales de Olivia con Sebastian, cuando Orsino, acompañado de Viola se encaminó hacia la morada de la Condesa: antes de llegar a ella encontráronse con los oficiales del duque que traían preso a Antonio, dando este encuentro nueva ocasión a enigmáticas situaciones.

Antonio tomó otra vez a Viola por Sebastián y le reprochó duramente su ingratitud. Viola negó con todas sus fuerzas haber conocido al capitán antes del lance con el señor Andrés, del cual tan galantemente le librara. Afirmaba Antonio que hacía tres meses que vivían juntos, a lo cual declaró el duque que el capitán debía de estar loco, por cuanto hacía tres meses que el paje estaba a su servicio.

Olivia, terciando en el debate, creyó reconocer en Viola al joven que acababa de elegir por esposo y le hizo quedar estupefacto al darle el nombre de tal. Llamaron por testigo al sacerdote que los casara, el cual confirmó lo dicho por Olivia. Tocóle después el turno al duque, quien se indignó al ver la falsedad y traición de Viola, pues se figuraba que su paje había aprovechado la ocasión del mensaje cerca de Olivia, para sustraerle el amor de la condesa.

Así estaban las cosas, cuando llegó Sebastián. Hermano y hermana reconociéronse entonces con no menor estupefacción. Comprendió Antonio que estaba equivocado al calificar a Sebastián de monstruo de ingratitud. Después de todo Olivia se entregaba a un joven que la adoraba y que no tenía absolutamente intención de renegar de su mujer.

El único que se afligía verdaderamente era Orsino al convencerse de que ya no le quedaba esperanza alguna de poseer a Olivia. Allí había, en cambio, una encantadora joven, dis-

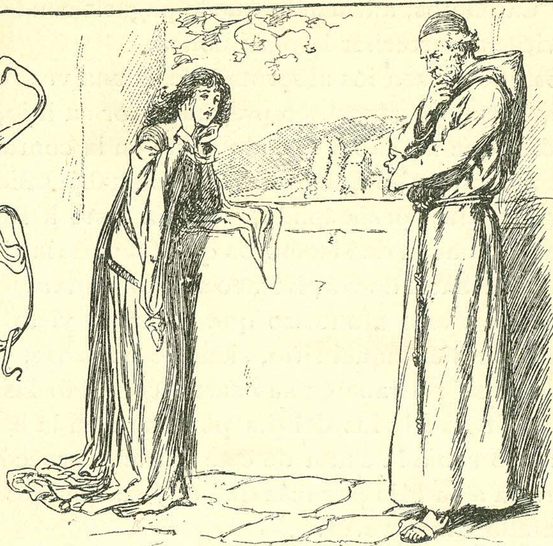
puesta a casarse con él: consintió, pues, en aceptar aquel desquite, y la fidelidad de Viola se vió recompensada.

—Puesto que por tanto tiempo me habéis llamado «señor» —le dijo el duque;—tomad desde luego mi mano, y de hoy en adelante seréis la dueña y señora de vuestro señor y amo.

Pidió entonces la condesa a Viola y Orsino que la considerasen siempre como hermana, e invitóles a celebrar la boda en su palacio el mismo día que ella celebrase la suya con Sebastián. Hecho esto, la alegre comparsa penetró regocijada en el palacio, mientras el bufón cantaba solo estas coplas:

Cuando yo era un rapazuelo,
¡Venga viento y venga lluvia!...
Pero todo me era juego;
Desafiaba yo la furia
De pícaros elementos,
Pensando en su eterna lucha.
Ya cuando me asomó el vello
¡Venga viento y venga lluvia!...
Cerramos puertas por miedo
Al ladrón a quien escudan
Los pícaros elementos,
Pensando en su eterna lucha.
Para mí el mundo ya es viejo
¡Venga viento y venga lluvia!...
No importa si, como espero
(Y es justo que lo presuma),
Este entretenido cuento
Os dió placer y ventura.

ROMEO Y JULIETA



EL BAILE DE MÁSCARAS

Antigua era la enemistad que reinaba entre Montescos y Capuletos, dos de las más nobles familias de Italia, dando ella, muy a menudo, ocasión a disputas y pendencias en las estrechas calles de Verona. El rencor que se guardaban unos a otros los jefes de las dos familias y sus respectivas parentelas, transcendía a la servidumbre y a todos los allegados, los cuales no se encontraban vez que no riñesen, terminando a veces la riña en cruel matanza. En vano el príncipe de Verona había buscado el medio de poner fin a tan violento estado de cosas, pues la lucha era cada día más encarnizada y los odios más enconados. Tres serios encuentros habían tenido lugar, en los cuales no sólo individuos de la servidumbre, sino también respetables ciudadanos habían tomado parte en la contienda a favor de una de las dos facciones. Disgustado el príncipe con

ocasión de una nueva pendencia que empezara entre la servidumbre de ambas familias, y de la que formaran luego parte los hidalgos de las mismas, decidió poner un severo correctivo a Montescos y Capuletos, afirmando que lo pagaría con la vida el que se atreviese a perturbar la paz pública.

Dispersados que fueron los alborotadores y una vez retirado el príncipe, la señora Montesco preguntó por su hijo, alegrándose al saber que no había tomado parte en la contienda. Su sobrino Benvolio añadió que antes del alba había salido de casa, pues andaba muy preocupado, y había visto a Romeo pasearse por una alameda de sicomoros que fuera de la ciudad había; pero que al echarle de ver, Romeo se había internado en el bosque. Añadió a esto Montesco que se había visto a su hijo muchas mañanas en aquel sitio, siempre pesaroso, y que al volver a su casa se retiraba en su cuarto, cerrando las ventanas para impedir que la luz del día penetrase en la habitación. Montesco no sabía la causa de este extraño proceder ni podía arrancársela a su hijo por más que él y sus amigos se la habían preguntado varias veces.

En aquel momento divisaron al joven, y Benvolio rogó a sus tíos que se retiraran, pues estaba seguro de que averiguaría el motivo de su retraimiento. Sea que Benvolio tuviese la suficiente táctica para hacer hablar a su primo, sea que Romeo necesitase desahogar su oprimido pecho, lo cierto es que confesó a Benvolio que amaba a una hermosa dama llamada Rosalina y que la causa de su pena era ver que ella no le correspondía sino con frialdad e indiferencia.

Como no veía Benvolio esperanza alguna para Romeo de poder conquistar el amor de aquella dama, aconsejóle que la olvidara y se dedicase a otra tan hermosa y encantadora como ella. Contestóle Romeo que le era imposible, pero Benvolio no desesperó de curarle.

Y efectivamente, el remedio indicado dió un excelente resultado a las pocas horas.

Los Capuletos, ni más ni menos que los Montescos, no podían vanagloriarse de lo numeroso de su prole, pues no tenían sino un vástago cada uno de ellos: el de los Montescos era Romeo, mientras que la única prole de los Capuletos era una en-

cantadora niña llamada Julieta. En aquel entonces Julieta era demasiado joven para asistir a las fiestas de sociedad; sin embargo, el joven conde Paris, pariente del príncipe de Verona, se había enamorado de sus encantos, y pidió permiso a su padre para cortejarla, a lo que contestó Capuleto que Julieta era demasiado joven para pensar en casarse, pero que si Paris quería probar de conquistarla y lo alcanzaba, con gusto le daría su consentimiento. Añadió que aquella noche se celebraba una fiesta en su casa, a la que asistiría la flor y nata de la juventud veronesa; que allí podría ver y contemplar a su hija y compararla con las demás, y juzgar si merecía su preferencia.

El criado que Capuleto mandó con las invitaciones, no sabía leer, por lo cual hallando por casualidad a Romeo y Benvolio, rogóles que le leyesen la lista de los invitados. Entre los nombres allí escritos vió Romeo el de Rosalina y el de otras renombradas bellezas de Verona. Benvolio le aconsejó que asistiese al baile para que con toda imparcialidad pudiese comparar la belleza de Rosalina con la de las otras damas; pues sólo después de haber visto a las otras, podría afirmar si verdaderamente las aventajaba o no Rosalina.

Respondió Romeo que iría, no para esto, sino para recrearse contemplando la belleza de su dama.

Verdad era que asistiendo a aquella fiesta, entraba en casa de su enemigo y se exponía al grave peligro de ser conocida su persona; pero el peligro disminuía teniendo en cuenta que era de rúbrica presentarse los convidados disfrazados y con antifaz. Disfrazóse, pues, Romeo de peregrino. Llegada la noche, púsose muy triste y dijo a sus compañeros que no bailaría. Parecíale tener un alma de plomo dentro de su cuerpo (éstas eran sus palabras) y no podía apenas dar un paso.

Además de Benvolio, acompañaba aquella noche a Romeo un joven alegre y decidor, llamado Mercutio, pariente del príncipe de Verona. Ya durante el camino había procurado disipar la melancolía y tristeza de Romeo a fuerza de chistes y ocurrencias, pero nada fué bastante a serenar su espíritu. Habíale asaltado un triste presentimiento, por lo cual, sin ilusión ninguna ni deseos de divertirse, penetró en los brillantes salones del suntuoso palacio de Capuleto.

Todo rebosaba allí esplendor y alegría. Numerosos grupos con variados y ricos disfraces andaban de un lado para otro. Capuleto en persona, acompañado de su hija y otros de la casa, recibía y agasajaba a los invitados, y al preludiar la música, empezaron los grupos a bailar las graciosas danzas de la época.

Romeo llegó algo tarde, de modo que al entrar él en la sala había ya empezado el baile. Contempló durante algún rato aquella animada escena, y probablemente se recrearía mirando a su Rosalina cómo alternaba con las demás bellezas de Verona. Pero ¡ay! que aquella misma noche había de ser la fecha del acabamiento de su dominio sobre el corazón del heredero de los Montescos. Entre las que danzaban había una joven que sobresalía entre todas las demás, como una blanca paloma se destaca entre una bandada de cuervos. En una aureola de deslumbrante claridad mecía la hija de la casa sus lozanas y juveniles formas, y al verla tan hermosa, Romeo conoció, que en realidad, nunca había amado hasta aquel momento.

Las exclamaciones de admiración pronunciadas a media voz por Romeo, fueron oídas por Teobaldo, sobrino de la señora Capuleto, joven muy fogoso y dispuesto siempre a promover altercados y contiendas.

—Por la voz parece Montesco—dijo Teobaldo, y mandó a un paje que le trajese el estoque, diciendo:—¿Cómo se atreve ese infame a venir aquí disfrazado escarneciendo así la solemnidad de la fiesta? ¡Juro por el honor de mi linaje que, sin cargo de conciencia, le voy a quitar la vida!

—¿Qué pasa, sobrino Teobaldo?—preguntóle Capuleto.

—Tío, tenemos a un Montesco entre nosotros, un infame que ha venido a escarnecer la solemnidad de nuestra fiesta—respondió Teobaldo.

—¿Quién es? ¿Romeo?

—Sí, el mismo, el vil Romeo.

—Sosiégate, querido primo—díjole Capuleto,—déjalo. Es un cumplido caballero y, en honor a la verdad, sábete que en todo Verona se le tiene por joven virtuoso y bien nacido. Ni por la prosperidad de esta nuestra villa consentiría yo que se le hiciese daño alguno en nuestra casa. Así pues, refrénate, no te preocupes de él (te lo suplico) y si en algo me estimas,

depón este entrecejo que da a tu cara un aspecto tan impropio de la fiesta que celebramos.

—¿Pero vais a permitir que un tal villano alterne con nosotros?—objetó Teobaldo.—Esto no lo tolera un Capuleto.

—Pues habrás de aguantarlo...—dijo severamente Capuleto.—¡Qué muchacho! ¡Digo que lo aguantarás! ¿Quién manda aquí? ¡Pues no faltaba más! ¡Maltratar a mis huéspedes dentro de mi propia casa! ¡Armar camorra sólo por hacer el hombre!...

—Pero, tío, es una vergüenza—insistió Teobalbo.

—¡Lejos, lejos de aquí!—gritó el exasperado anciano.—Eres un rapaz incorregible. ¡Ea, basta ya! Tente o si no... Más aprisa, más aprisa... Yo te haré estar quedo.

Ardiendo en ira contra Romeo y furioso por la amonestación de su tío, Teobaldo se retiró silencioso de momento, pero con el corazón rebosando de amargo despecho y determinado a tomar venganza a la primera ocasión.

Seguía entretanto el baile, terminado el cual, Romeo pudo acercarse a Julieta. Su disfraz de peregrino dióle pie para una conversación medio en broma, con la que disimuló el afecto que empezaba a sentir hacia ella y que iba *in crescendo* por momentos. Según costumbre de aquella época, pudo saludarla besándola cortésmente.

Su conversación fué interrumpida por la nodriza de Julieta que iba en busca de la joven por encargo de su madre: entonces supo Romeo que la joven que tanto le había cautivado era la hija de la casa, de la familia Capuleto, la hija de su enemigo.

Poco después supo a su vez Julieta, por averiguaciones que hizo, que el joven invitado disfrazado de peregrino, se llamaba Romeo, que era un Montesco y el hijo único del gran enemigo de la familia de su padre.

MERCUTIO

Terminado el baile, Mercutio y Benvolio, amigos de Romeo, fueron en busca de éste para irse juntos, pero no lograron dar con él. No pudiendo apartarse de aquella mujer que tan poderosamente le cautivara el corazón, Romeo había escalado la tapia del jardín de los Capuletos. No bien había lle-

gado cerca de la casa, cuando se abrió una ventana y la misma Julieta se asomó a ella. La figura de Romeo medio se ocultaba entre las sombras de los árboles, pero los plateados rayos de una luna estival daban de lleno en Julieta, iluminando su dulce y fresco semblante y sus blancos vestidos con tornasolados reflejos.

Julieta, lo mismo que Romeo, sentíase oprimida por la aflicción. Todos sus pensamientos se cifraban en el joven y apuesto extranjero, doliéndole empero en el alma que fuese hijo del enemigo de su padre. Creyéndose sola en el silencio de la noche, escapáronse de sus labios confesiones que, el céfiro nocturno se encargó de llevar a oídos de su invisible oyente percibiéndolas éste con toda claridad.

—¡Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?--suspiraba Julieta.—Reniega ¡ah! reniega del nombre de tu padre y abdica de tu nombre; y si no tuvieres valor para tanto, jura que me amas y no me tendré por Capuleto.

—¿Qué hago?, ¿seguiré oyéndola o hablaré yo?—murmura Romeo en un transporte de alegría al oir la voz de su amada.

—No eres tú mi enemigo—prosigue Julieta:—es el nombre de Montesco que llevas. Y ¿qué quiere decir Montesco? No es pie, ni mano ni brazo, ni semblante, ni miembro alguno del compuesto humano. ¡Ah! ¿Por qué no tomas otro nombre? La rosa no dejaría de ser rosa y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo. Despójate, pues, Romeo, del que llevas, y en cambio de tu nombre, que no es cosa alguna sustancial, tómame a mí por entero.

—Te tomo la palabra—exclama Romeo, no pudiendo ya guardar silencio por más tiempo.—Llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo y en adelante ya no seré Romeo.

—Y ¿quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?—exclamó Julieta sobresaltada; pero pronto reconoce la voz de Romeo y se horroriza del peligro que corre su amante.

—Este lugar será para ti de muerte, si alguno de mi familia te viere—observa Julieta.

Pero ¿qué importaban a Romeo las espadas de los Capuletos, si lograba conquistar el amor de Julieta? Ni aun ella mis-

ma podía negar lo que tan claramente confesara; por otra parte, la obscuridad de la noche velaba el rubor de sus mejillas; cobra pues ánimo y le dice Julieta:

—Romeo, si me amas, dímelo claramente, y aunque te parezca que he pecado de ligera al darte tan fácilmente mi corazón, ten por cierto que me hallarás más fiel que muchas otras, más hábiles que yo para fingir la indiferencia.

Ebrio de pasión, iba Romeo a jurarle inviolable fidelidad, pero detúvole Julieta. Su alma estaba inquieta, y a pesar de la dicha que cifraba en el amor de Romeo, no se atrevía a entregarse de lleno a la alegría que le causara tanto bien; su decisión era demasiado brusca, poco meditada, sobrado repentina. Sin embargo, suplicó a Romeo que, si estaba firme en su propósito, si deseaba de veras obtener su mano, se lo comunicase el día siguiente valiéndose de un mensajero de su confianza, fijándole el lugar y la hora en que deseaba celebrar la boda; pues ella estaba dispuesta a pisotear su fortuna y a seguirle, como esposa suya, en pos de él por el mundo.

Muy bíen sabía Romeo a quién acudir como amigo dispuesto a servirle en circunstancias como la presente. Era Fray Lorenzo, un buen anciano tan amigo de los Capuletos como de los Montescos, que sentía vivamente que existiesen aquellos rencores encarnizados y que había intentado varias veces extinguirlos, reconciliando a aquellas dos familias. A menudo había también reprendido a Romeo por la loca pasión que sentía por Rosalina y por el desmesurado disgusto que le causaba la indiferencia de aquella dama. Al tener noticia del acontecimiento que acababa de cambiar tan súbitamente el curso de las cosas, sorprendióse algo Fray Lorenzo: presentía que una naturaleza tan apasionada y fogosa como era la de Romeo, no había de entrar jamás en posesión de la dicha. El impetuoso mancebo tomaba todas las cosas por los extremos, pasando sucesivamente del éxtasis del amor a la desesperación; no prestaba oídos a los consejos y no daba jamás tiempo a la reflexión. Sin embargo, al ver lo que le pedía Romeo, no quiso, ni le pasó siquiera por las mientes negarle su ayuda.

«¿Quién sabe—decíase,—si esta unión será tan dichosa, que pueda acabar con todas estas fratricidas discordias y cam-

biar la enemistad de dos familias rivales, en una relación pacífica y afectuosa?» Pasó, pues, aviso a Julieta, y a la mañana siguiente, en connivencia con su ama a quien la amorosa pareja había confiado su secreto, dirigióse la joven furtivamente a la celda de Fray Lorenzo, en donde con el mayor sigilo y rodeada del más grande misterio, se celebró la unión de los dos amantes.

Aquella misma mañana, Mercutio y Benvolio, los dos amigos de Romeo, recorrían las calles de Verona: el día era muy caluroso.

—Retirémonos—dice Benvolio:—los Capuletos han salido, y si los encontráramos, sería inevitable una pelea, pues andan muy encalabrinados y en verano hierve mucho la sangre.

La cordura de Benvolio excitó la jovialidad de Mercutio.

—Eres uno de los más temibles espadachines de Italia—dícele Mercutio;—si hubiera otro como tú, pronto desaparecería uno de los dos: capaz eres de reñir por un solo pelo de la barba. Te pelearías con cualquiera que cascara avellanas, con el sólo pretexto que tienes ojos color avellana. Donde nadie vería ocasión de camorra, la ves tú. Llena está de riña tu cabeza, como de yema un huevo. Reñir te he visto con uno porque al pasar por la calle despertó, tosiendo, a tu perro que estaba durmiendo al sol; y con un sastre porque estrenó un vestido antes de Pascua y con un transeunte porque llevaba los zapatos atados con cintas viejas. ¿Y vienes tú a enseñarme moderación y cordura?

—Si yo fuera tan camorrista como tú—replica Benvolio,—¿quién me aseguraría la vida ni siquiera por un cuarto de hora?

Claramente se ve que ninguno de los dos estaba en actitud demasiado pacífica. Por desgracia aparecieron en aquel momento algunos partidarios de los Capuletos y entre ellos el irascible sobrino de *Donna* Capuleto. El incidente de la víspera, como caliente rescoldo había de encender el fuego de la venganza de Teobaldo, pronto a desfogarla en el primero de los amigos de Romeo que se le pusiese delante; pero Mercutio no era hombre que pudiese tolerar un insulto, y devolvió con creces a Teobaldo insolencia por insolencia.

—Buenos días, hidalgos; tengo que decir dos palabras a

uno de los dos—dice Teobaldo, acercándoseles en actitud amenazante.

—¿Dos palabras, no más, a uno de los dos?—responde Mercutio en tono zumbón.—¿Palabras solas? Valiera más acompañarlas de algo, una estocada, por ejemplo.

—Dispuesto estoy a ello, hidalgo—replica Teobaldo, con furiosa mirada;—falta que me deis ocasión para ello.

—¿No podéis tomarla acaso, sin que se os dé?—pregunta Mercutio riendo bruscamente.

—Mercutio, tú estás de acuerdo con Romeo...

—¿De *acuerdo?*—repite Mercutio, con cierto retintín.—¿Has creído que somos músicos? Pues, aunque así lo creas, no dudes que en esta ocasión vamos a desafinar. Mira, con este arco de violín (dice enseñándole la espada), te haré bailar como una peonza.

—Moderaos, pues estamos en un lugar público—interrumpe Benvolio, al observar que aquellos comienzos de altercado, llamaban ya la atención y habían hecho ya parar allí a varios transeuntes.—Id a algún paraje apartado, y allí podréis dirimir vuestras diferencias; o por lo menos apartaos un poco, pues los ojos de todos se fijan en vosotros.

—Para eso tiene todo el mundo ojos; dejadles, pues, que miren—responde fríamente Mercutio.—Yo no me voy de aquí por dar gusto a nadie.

—Adiós, señores; aquí está mi contrincante—exclama Teobaldo, viendo venir a Romeo.

Satisfecho y regocijado llegaba Romeo, no imaginando que pudiese ser recibido de nadie sino con benevolencia. Acababa de celebrar su enlace con Julieta, y ni aun la insultante actitud de Teobaldo era capaz de excitar su cólera en aquellos momentos. Además, Teobaldo era pariente de Julieta, y Romeo sentía por ella un amor demasiado vehemente para airarse contra cualquiera de los allegados de ella o que a su afecto pudiesen ser acreedores.

—Romeo—incrépale Teobaldo;—sólo con una palabra puedo expresarte el odio que te profeso: Eres un infame.

—Teobaldo—respóndele Romeo con mesura;—tales razones tengo para quererte, que me hacen perdonar hasta la bár-

bara grosería de ese saludo. No soy un infame, ni nunca lo he sido: no me conoces. Adiós.

—Mozuelo imberbe; no basta esto para excusar los agravios que me has hecho. No huyas, y defiéndete.

—Protesto que nunca te agravié; al contrario, hoy te amo más que nunca, y quizás sepas pronto la razón de este mayor cariño. Así, pues, buen Capuleto (¡oh nombre tan querido como el mío!), date por satisfecho.

Pasmado quedó Mercutio al ver la moderación con que respondía Romeo a los insultos de Teobaldo; pero, al oir sus últimas palabras, subiósele la sangre a la cabeza y sin poder contenerse:

—¡Qué extraña cobardía!—exclama rugiendo de cólera y tirando de la espada,—decídanlo las estocadas. Teobaldo, matador de ratones (1), ¿me sigues?

—¿Qué me quieres?

—Rey de los gatos; sólo quiero una de tus nueve vidas (2). ¿Vas a tirar de las orejas a tu espada y sacarla de la vaina? Date prisa, pues de lo contrario, la mía te calentará tus orejas sin darte tiempo para desenvainar.

—Soy contigo—dice Teobaldo desenvainando.

—Deténte, amigo Mercutio, vuelve tu espada a la vaina—dícele suplicando Romeo.

—Adelante, hidalgo; enseñadme ese quite—dice por toda respuesta Mercutio.

—Saca la espada, Benvolio; separémoslos—dice implorando Romeo.—¡Oid, Teobaldo!, ¡oye, Mercutio! ¿No sabéis acaso que el príncipe ha prohibido sacar la espada en las calles de Verona. ¡Deteneos, Teobaldo! ¡Mercutio, amigo, deténte!

En su empeño por separar a los combatientes, hace Romeo un quite, y Teobaldo aprovecha esta coyuntura para dar un golpe mortal a Mercutio, pasando la espada por debajo del brazo levantado de Romeo. Vacila Mercutio y cae en brazos de Benvolio. Teobaldo entonces huye acompañado de sus colegas.

---

(1) En el antiguo poema francés *Roman de Renart*, Teobaldo es el nombre del gato.

(2) Por un acto de fidelidad al texto inglés ponemos «nueve» y no «siete,» que es el número de vidas que en España y demás países latinos atribuimos al gato, mientras que en los países del N. de Europa se le atribuyen nueve.—*(N. del T.)*.

—Me han malherido—dice Mercutio.—¡Mal hayan Capuletos y Montescos! Estoy muerto. Lo peor es que ni siquiera le herí.

—¿Te han herido?—exclama Benvolio.

—Sí; un arañazo, nada más, un arañazo—responde Mercutio, esforzándose en conservar el tono de burla que le es habitual;—pero a fe mía que ya es algo: ¿dónde está mi paje? Ea, patán, tráeme acá un cirujano.

—¡Animo y no temas, amigo!—dícele cariñosamente Romeo;—la herida no es grave.

—No, no es tan honda como un pozo, ni tan ancha como el pórtico de una iglesia—responde Mercutio chanceándose como de costumbre, aunque cada palabra le cuesta un esfuerzo—pero ya es bastante: si mañana preguntas por mí, verásme tan callado como un muerto: ya estoy escabechado para el otro mundo. ¡Mala landre devore a vuestras familias! ¿Para qué te pusiste a separarnos? Por debajo de tu brazo me ha herido.

—Fué buena intención—responde el desgraciado Romeo.

—Llévame de aquí, Benvolio, que me voy a desmayar—dice con voz entrecortada Mercutio.—¡Mala landre devore a entrambas casas! Ya soy una gusanera... ¡Mal hayan Capuletos y Montescos!

Benvolio ayuda a Mercutio en sus vacilantes pasos y lo saca de allí; al poco rato vuelve. El alma del intrépido y noble Mercutio había ya salido de este mundo. Aquel héroe, aquel jovial y noble camarada había sucumbido víctima de los odios entre Montescos y Capuletos. Celoso de su honor tanto como del de su amigo, habíalo arriesgado todo para defenderle, y presentó cara a la muerte, levantada la frente y con la sonrisa en los labios.

Recibida apenas por Romeo la fatal noticia de boca de Benvolio, vieron venir a Teobaldo. Despojándose entonces Romeo de todo sentimiento de piedad, no teniendo otra idea que vengar al amigo, lanzóse furioso sobre el matador. Corta fué la lucha y sucumbió Teobaldo.

—Huye, Romeo, no te detengas—exclamó Benvolio;—ya viene el pueblo. ¡Teobaldo es muerto! Si te pillan, el príncipe te condenará a muerte.

Espantado, anonadado por el cúmulo de desdichas que le amagaban, alejóse Romeo y desapareció.

Llenóse de gente en un instante aquel lugar: a él acudieron el príncipe de Verona, Capuleto y Montesco y otros muchos. A las preguntas del príncipe respondió Benvolio haciendo un relato de todo lo que había sucedido, favoreciendo cuanto pudo a Romeo, cuya falta en realidad de verdad era imperdonable. Refirió Benvolio cómo Teobaldo había sido el provocador y cómo Romeo había procurado exhortarle a la concordia trayendo a la memoria del camorrista hidalgo las ordenanzas del príncipe; cómo Tobaldo había herido a Mercutio al intentar Romeo atajar el desafío y, finalmente, cómo, muerto Mercutio, había Teobaldo retrocedido y luchado con Romeo, y sin dar tiempo a Benvolio de interponerse para separarlos, Teobaldo había sucumbido y Romeo echado a huir.

A pesar de lo cual los Capuletos pedían a voz en cuello venganza.

—Benvolio es pariente de los Montescos,—clamaban;—no es pues imparcial; su afecto le impide decir la verdad. Hágase justicia. Romeo mató a Teobaldo; que muera pues Romeo.

—Romeo ha muerto a Teobaldo... Es cierto; pero Teobaldo había muerto antes a Mercutio;—responde el príncipe, afligido por la muerte de su sobrino. ¿Quién me indemnizará de la pérdida de una existencia para mí tan cara?

—¡Oh príncipe!, cualquiera menos Romeo—exclama Montesco;—su falta no ha hecho más que ejecutar lo que la ley había de ordenar: la muerte de Teobaldo.

—En castigo, pues, queda Romeo condenado a un inmediato destierro—pronuncia el príncipe, resuelto a hacer desaparecer, con aquella medida de rigor, las continuas luchas que sumían tan a menudo en el luto a aquellas dos nobles familias. También a mí me han atormentado vuestros odios; sangre mía han hecho correr vuestras crueles discordias, y así voy a daros un tan severo y ejemplar castigo, que todos lloraréis esta muerte. Seré inaccesible a lágrimas y ruegos: no me digáis palabra. Huya Romeo, porque si no huyere, le alcanzará la muerte. No sería clemencia perdonar al homicida.

Al trasladarse Julieta sigilosamente a la celda del fraile que había de unirla con lazo indisoluble a Romeo, su nodriza habíase encargado de proporcionar al joven esposo una escalera de cuerda con la cual pudiese escalar la celda y encontrarse con Julieta aquella noche. Era la nodriza una mujer anciana, locuaz y de carácter contemporizador, entregada en cuerpo y alma a la joven que tuviera a su cuidado desde su más tierna infancia; buena a su manera, aunque vulgar, y capaz de anteponer su egoísmo a cualquiera de las conveniencias ajenas. A fuerza de mimos y caricias había Julieta logrado interesar a la anciana para que secundase sus proyectos, y el atractivo y liberalidades de Romeo habían acabado de inclinar la balanza, de suerte que haciendo causa común con los dos amantes había consentido en servirles de intermediaria. Pero en su carácter egoísta, acostumbraba dar siempre mayor importancia a sus propios males que a los intereses ajenos, y aun al volver a Julieta para comunicarle la hora exacta de la ceremonia del enlace, entreteníase en describirle sus achaques, en vez de alentarla, como parecía natural, y darle, sin demora, noticias de Romeo.

Sin embargo, mientras todo salió a pedir de boca, mostróse amable y condescendiente con Julieta, y no le faltó a ésta una buena confidente; pero al surgir más tarde serias dificultades, el carácter egoísta y superficial de la anciana había de rebelarse, y la pobre Julieta había de convencerse, muy a su disgusto, de que no podía contar más que con sus solas fuerzas y su discernimiento para salir airosa de aquel trance.

Celebrado el enlace, Julieta entró de nuevo en casa, y su nodriza no tardó en llegar. Llevaba ésta en la mano la escalera de cuerda que sirviera a Romeo para subir, y al llegar a presencia de Julieta, soltóla con un gesto de desesperación, mientras se dibujaba en su rostro la expresión de un vivo dolor.

—¡Dios mío! ¿qué hay de nuevo? ¿Por qué cruzas así las manos?—exclama Julieta sintiendo un estremecimiento de horror suceder a su transporte de alegría.

—¡Ay de mí!—exclama la nodriza:—¡está muerto, está

muerto, está muerto! ¡Estamos perdidos, señora, estamos perdidos! ¡Ya no existe, murió, murió!

—¿Tan cruel será el Cielo?..—exclama Julieta creyendo que se trata de Romeo.

—Sí; yo lo he visto con mis propios ojos muerto—prosigue la nodriza, mezclando sus palabras con lágrimas y sollozos.

Al oir tan triste nueva, rómpese de pena el corazón de Julieta; pero de repente, entre las incoherentes palabras de la anciana oye estas expresiones:

—Oh Teobaldo, Teobaldo, el mejor de todos mis amigos; hidalgo noble y cortés, ¿cómo es posible que haya yo tenido que ver tu muerte?

—¿Qué quieres decir con esto?—exclama Julieta sobresaltada.—¿Romeo asesinado y Teobaldo muerto? ¿Muertos mi dulce primo y mi querido esposo?

—Teobaldo está muerto y Romeo desterrado—responde la nodriza:—desterrado por haber dado muerte a Teobaldo.

Esta vez exprésase ya con claridad, y Julieta al ver claramente el hecho, retrocede horrorizada.

—¿La mano de Romeo ha derramado la sangre de Teobaldo?—exclama.

—Si ella, la misma; Romeo le ha matado.

Deshácese entonces Julieta en reproches contra aquél que acababa de hacerla esposa suya y que bajo tan nobles y seductoras apariencias ocultaba un corazón tan villano. Pero al oir cómo su nodriza, conviniendo con lo que ella siente, le dice: «Sí, no hay hombre leal, ni fiel, ni honrado en el mundo; *todos* son unos perjuros, *todos* unos impostores...», Julieta indignada toma la defensa de Romeo.

—¿Cómo?—replica la nodriza—¿y os atrevéis a abogar por el asesino de vuestro primo?

—Y ¿cómo he de decir mal del que es mi esposo?—responde Julieta.—¡Ah dulce bien mío! ¿quién va en adelante a ensalzar tu nombre, si yo tu esposa desde hace no más tres horas, me he atrevido a ultrajarte?

Para Julieta no era el mayor tormento la muerte de su primo, sino el destierro de Romeo: esto la torturaba horrible-

mente. «Teobaldo muerto y Romeo desterrado»: Estas terribles palabras resonaban continuamente en sus oídos.

—¡Romeo proscrito!—gime constantemente.—¿Podrá hallarse término o límite a la profundidad de este abismo de dolor? No hay palabra para expresarlo. ¡Ea, nodriza, llévate esas cuerdas, pues Romeo está proscrito: mi enlace ha sido con la muerte, no con Romeo!

Al ver su desesperación, conmuévese el corazón de la anciana y le dice cariñosamente.

—Retiraos, señora, a vuestra habitación: voy a buscar a Romeo, y él vendrá a consolaros: ya sé dónde está. Tenedlo bien entendido: vuestro querido Romeo vendrá esta noche. Voy por él: está escondido en la celda de Fray Lorenzo.

—Sí, ama, ve por él—dícele Julieta:—entrega esta sortija al noble hidalgo y dile que venga a darme el último adiós.

Después de la muerte de Teobaldo, Romeo se veía obligado a hurtar el cuerpo a las pesquisas del príncipe y se había refugiado en la celda del fraile, quien fuera siempre su mejor amigo. El bueno de Fray Lorenzo le había dado asilo, saliendo precipitadamente él de su celda para enterarse de lo que estaba sucediendo, y no tardó en volver, trayendo la fatal noticia.

—¿Qué ha sentenciado el príncipe?—pregunta Romeo.

—La sentencia no es de muerte, sino de destierro.

—¡Destierro!—exclama Romeo desesperado.—Es para mí pena más cruel que la muerte.

En vano se esfuerza en consolarle el buen fraile, poniéndole de relieve lo benigno de la sentencia, siendo así que la había merecido más rigurosa.

—¡No digáis benignidad, padre; decid suplicio!—exclama Romeo.—El cielo está aquí donde vive Julieta: seré más infeliz que los irracionales. Aquí un perro, un ratón, un gato pueden vivir, en este cielo y verla. Sólo Romeo no puede. ¿No tuvisteis a mano algún veneno sutil, algún hierro aguzado que me diese la muerte, más pronto que esa vil palabra «proscrito»?

Inútiles fueron todas las razones que alegó el fraile para consolar a Romeo: ninguna pudo convencerle, y obstinado en no escuchar consejo alguno, echóse al suelo presa de un furor frenético.

Al mismo instante llamaron a la puerta.

—Ea, levántate, que llaman—dícele Fray Lorenzo:—escóndete Romeo.

Pero Romeo permanecía inmóvil. Llamaron por segunda vez y con mayor fuerza.

—¿No oyes?—insiste el fraile.—*¿Quién va?...*

—¡Levántate, Romeo; que te van a prender!

—*Voy, esperad un momento* (responde el fraile al que llama a la puerta).

—¡Romeo!, levántate y entra en mi gabinete.

—*Voy en seguida...*

—¡Cielos!, ¡qué locura!—murmura el fraile.

—*Voy, voy,..*

Con tales frases de inquietud, intercaladas con respuestas al que llamaba a la puerta, instaba Fray Lorenzo a Romeo a que se levantara y se escondiera, creyendo que venían a prender al mancebo; pero éste persistía en su desesperación, y no se movía de donde estaba, con su rostro pegado al suelo.

El fraile no quiso esperar ya más, y abrió la puerta. Por fortuna no era ningún huésped importuno o curioso, sino la misma nodriza. Al verla Romeo, pídele ansioso noticias de Julieta y después, presa de un nuevo acceso de remordimiento y desesperación al pensar la desgracia en que había de quedar sumida su amante Julieta por culpa de él, tira de la espada para matarse.

—¡Detén esa diestra homicida!—incrépale el fraile,—tomándole del brazo.

Y con voz severa, echa en cara al joven su insensata conducta y su falta absoluta de dominio de sí mismo. Hácele una enumeración de los bienes de que disfruta aún, pero que su dolor le ciega para reconocerlos: Julieta vive, ¿no es acaso ésta una gran dicha? La ley que podía haberle condenado a muerte, no le condena más que al destierro, ¿acaso no es ésta también una dicha?

—Ea,—termina diciéndole Fray Lorenzo;—ve a ver a Julieta, según habéis convenido; pero ten cuidado de separarte de su lado antes que amanezca; de lo contrario, no podrías ir a Mantua. Allí residirás mientras no se presente el momento oportu-

no para hacer público vuestro enlace, reconciliar vuestros padres, obtener el perdón del príncipe y llamarte de nuevo a Verona, para disfrutar de una dicha mil y mil veces mayor que la desgracia que representa el tener que alejarte de aquí.



«¡Levántate, Romeo; que te van a prender!»

Gran ánimo dieron a Romeo estas palabras, y la nodriza corrió a avisar a Julieta que su esposo iría pronto a verla.

CONSUELOS Y CONSEJOS

Muy diferente fué la segunda despedida de Romeo y Julieta en el balcón que daba al jardín de los Capuletos, de lo que había sido la primera. En aquélla habíase, es verdad, arrancado Romeo, con pena, de aquel lugar; pero era feliz con la esperanza de volver a ver a Julieta al día siguiente; mientras que en ésta, todo era incertidumbre y obscuridad. ¿Cuándo iban a verse de nuevo los dos amantes?... La alondra, mensajera de la aurora, alegrando con sus trinos la soledad del par-

que; los rayos de dorada luz, rasgando las brumas del oriente, no infundían sino tristeza en el corazón de los jóvenes esposos, pues les anunciaban la hora fatal de su separación. Embriagada del deseo de retener a Romeo a su lado, loca de terror ante la idea del peligro que corría permaneciendo allí, Julieta, ya le conjuraba a que se quedara, ya a que se diese prisa a partir.

—Vete, vete—suspira por fin,—el día va creciendo por momentos.

Y Romeo añade desesperado:

—¡A medida que crece el día, crece nuestra desdicha!

Mientras esto dice Romeo, llega precipitadamente la nodriza y avisa a Julieta que viene su madre. Romeo no puede ya aplazar por más tiempo el último adiós. Al dirigirle Julieta, desde lo alto del balcón, su postrera mirada, parecióle que a la tenue luz del crepúsculo matutino, el rostro de Romeo tenía la palidez del cadáver tendido bajo la losa sepulcral; y las palabras de esperanza y de temporal despido que parecía oir aún de labios de su amante, no aportaban consuelo alguno a su destrozado corazón.

Julieta empero, no tuvo tiempo para encerrarse en su dolor: aguardábale otra prueba, más cruel aun que la primera.

La señora Capuleto venía entonces a ver a su hija a darle una noticia interesantísima. El conde Paris había pedido de nuevo su mano, Capuleto se la había concedido, y la boda había de celebrarse tres días después. A los padres no les había ni siquiera ocurrido consultar el parecer de la hija, pues la señora Capuleto creía que el partido era a pedir de boca y que por lo mismo la noticia de su desposorio sería para ella el mejor lenitivo a la pena que experimentaba por la muerte de su primo Teobaldo.

—Hija mía—díjole;—un apuesto y gentil hidalgo, el noble Paris, te llevará a la iglesia de San Pedro y hará de ti su feliz esposa.

¡Cuál no fué la extrañeza de la madre al oir a su hija rechazar enérgicamente tal propuesta de matrimonio!

—¡Por la iglesia de San Pedro y por San Pedro mismo os juro que no va a hacer Paris de mí su feliz esposa! ¿A qué obedece tal precipitación? Por ahora, mi voluntad no es contraer

matrimonio, y en todo caso antes me casaré con Romeo nuestro enemigo, que con el conde Paris.

—Aquí está tu padre—replicó la señora Capuleto;—dale la respuesta que quieras.

La negativa de la hija irritó profundamente a Capuleto. Fuera de sí de coraje y sin prestar oído a las súplicas y reflexiones de su hija, acabó por jurar que la obligaría a enlazar con Paris.

—De lo contrario—dijo despechado al separarse de ella,—prepárate para mendigar tu sustento, y te morirás de hambre en la calle; no te reconozco ya por hija mía.

En vano fué que Julieta implorase la ayuda de su madre: ésta, ya fuese por la ira que concibiera, ya por no querer contrariar al marido, rehusó duramente escuchar a su hija, limitándose a decirle:

—Haz lo que quieras; pero no cuentes conmigo.

Dichas estas crueles palabras apartóse la madre para seguir a Capuleto. Herida Julieta en lo más vivo de su amor y aplastada bajo la losa de plomo de su infortunio, ya no le quedaba otro consuelo que su nodriza. Aquélla por lo menos comprendía lo injusto y lo imposible de las pretensiones de los padres, pues le constaba el enlace de Julieta con Romeo. «Quizás, pensaba Julieta, hallará una salida.» Fué, pues, a ella, diciendo:

—¡Querida mía, consuélame, dame un consejo en mi aflicción; ayúdame y sácame de este atolladero.

—Ya sabéis—díjole la nodriza,—que Romeo está proscrito, lo cual equivale a decir que no será ya capaz de exigiros fidelidad, y si lo hiciere, será sólo con carácter privado. En estas circunstancias, no dudo en aconsejaros como solución muy favorable, que concedáis la mano al conde Paris. Además, ¿qué caballero más amable podíais vos escoger por marido?, ¿qué comparación tiene Romeo con él? A decir verdad, creo que será para vos una ventura tomar este segundo marido, ya que aventaja en gran manera al primero. Además, el primero está muerto o como si lo estuviese, ya que está desterrado tan lejos de vos.

Así discurría aquella mujer egoísta y vulgar: tales eran los consejos que daba y los consuelos que prodigaba. Julieta la

miraba sin pestañear, y no pudo menos de preguntarle en tono solemne:

—¿Me hablas acaso con el corazón en la mano?

—Sí, con el corazón en la mano y del fondo del alma—respondió la anciana;—¡si no fuese así, malditos sean!

—¡Así sea!—dijo Julieta.

—¿Qué quieres decir?—pregúntale.

—Nada; que me has consolado maravillosamente,—responde Julieta, con un aplomo inexplicable. Ahora ve a mi madre y dile que habiendo ofendido a mi padre, me voy a la celda de Fray Lorenzo a confesar mi culpa y recibir la absolución.

—Me parece muy bien y que obras con cordura; voy allá—dice la nodriza. Y se aleja, paso a pasito, para llevar el recado.

Julieta no pudo ya contenerse por más tiempo.

—¡Infame vieja!—exclama en un arrebato de justa indignación.—¿Cuál es mayor crimen en ti, quererme hacer perjura o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pusiste por las nubes? ¡Mal haya yo, si volviere a consejarme de ti! Sólo el fraile me dará amparo y consuelo o, a lo menos, fuerzas para morir.

No vió Julieta fallidas sus esperanzas con el buen fraile, como las viera con la egoísta nodriza. Pero, la combinación que aquél la sugirió era tan atrevida, que menester fué todo el valor de un alma del temple de Julieta para aceptarla y para llevarla a cabo. Sin embargo, era tan desesperada la situación de Julieta y tan inquebrantable su voluntad de permanecer fiel a Romeo, que la muerte misma escogía antes que consentir en casarse con el conde Paris. Mostróse, pues, pronta a arrostrar los horrores de la muerte a trueque de seguir siendo la esposa legal de Romeo.

Viéndola, pues, Fray Lorenzo en esta actitud tan resuelta, no dudó de exponerle su proyecto. La boda había de celebrarse dos días después, o sea el jueves próximo. Entregó el fraile una redoma a Julieta, indicándole que bebiese lo que había dentro, al día siguiente al acostarse. Era un enérgico narcótico, que había de obrar en ella dejándola como muerta por espacio de cuarenta y dos horas: había de quedar fría, rígida y pálida como la ceniza y después despertar como de un dulce

sueño: así, llegado el día fijado para la boda, al ir a despertarla creerían que estaba exánime, y como tal y teniéndola por muerta la llevarían, como de costumbre, con la cara descubierta y vestida de sus más ricos atavíos a la antigua tumba de los Capuletos. Romeo, sabedor de todo lo que sucedía, por medio de Fray Lorenzo, iría a Verona, espiarían entrambos el momento en que Julieta volviese en sí y aquella misma noche Romeo se la llevaría a Mantua.

Tal era el plan desesperado que concibiera Fray Lorenzo.

—¡Amor, dame fuerzas!—exclama Julieta.

Y llevando la redoma, se va, con el corazón animado de un valor a toda prueba, mientras Fray Lorenzo se prepara a enviar a Mantua un propio con cartas para Romeo.

Desde la víspera del día señalado para la boda notábase extraordinaria actividad y movimiento en el palacio de los Capuletos. El mismo señor de la casa pasó la noche en vela, dando prisa a los preparativos de la fiesta y distribuyendo a cada uno de los individuos de la servidumbre su respectiva tarea. Cuanto más se acercaba la hora de aquel solemne acto, mayor era la agitación, y al comparecer los músicos que había traído el conde Paris para tocar una alborada a su prometida, Capuleto en alta voz dió orden a la nodriza de Julieta que fuese a despertarla y ayudarla a vestir sin pérdida de tiempo.

—¡Ea, date prisa!—le dijo;—entretanto yo hablaré con Paris. Ve aprisa pues, y tráeme al punto a la novia.

Obedeció la nodriza. Va a la habitación de Julieta y entra en ella. ¡Qué silencio y qué apacible quietud en todo el recinto! No se oye ni el menor ruido, ni el más leve movimiento revela la presencia allí de un ser humano. Detrás de las corridas cortinas yace la novia sumida en profundo sueño...

¡Ah solícita y amante nodriza!, exhala ayes de dolor y retuércete las manos de desesperación: llama con voz más fuerte, que la novia no te oye. ¡Oh amante madre!, llora a la hija que abandonaste cuando ella imploraba tu valimiento. ¡Ah desconsolado padre! Muere de dolor por la hija que rechazaste y de la que renegaste.

Vestida con su traje de boda, yace Julieta tendida sobre su lecho, rígida y fría, pálida como la ceniza. Sus blancos

vestidos nupciales no aventajan en blancura a su semblante, sus cerrados ojos no sonríen ya al sol que sale radiante por el Oriente. La diminuta redoma ha hecho ya su efecto. A la puerta está de pie el futuro esposo; a los que lloran y sollozan en este fúnebre aposento, paréceles como que haya entrado otro con preferencia y antes que él para reivindicar la novia, y éste es la muerte.

EL PALACIO DE LA NOCHE TENEBROSA

En alas de un afectuoso celo por la dicha enamorada pareja, Fray Lorenzo había llevado a cabo con toda la actividad y toda la prontitud de que era capaz, la ejecución de su proyecto; pero a causa de un fatal error las cartas no llegaron a manos del destinatario: el fraile a quien él las confiara, fuése primero a casa de un compañero de religión de quien deseaba acompañarse para hacer el viaje a Mantua. La peste hacía, en aquel entonces, grandes estragos en Verona, y el fraile empleaba el tiempo en visitar a los atacados: sucedió que hallando los oficiales de la Sanidad a los dos frailes en una casa que ellos creían invadida por el contagio, hicieron cerrar las puertas e impidiéronles la salida; por lo cual fué imposible a Fray Juan llegar a Mantua, y tan grande era el pánico que cundía con la peste, que ni pudo hacer llegar las cartas a Romeo, ni devolverlas a Fray Lorenzo.

Recobrada la libertad dos días después, volvió presuroso a la celda del fraile, enterándose éste, consternado, del fracaso de su proyecto. No le quedaba, pues, otra solución que acudir solo a la tumba de Julieta y aguardar su despertar, el cual había de tener lugar tres horas después, o sea cuando hubiese cesado el narcótico de producir su efecto.

Pero no sólo había Romeo dejado de recibir el mensaje de Fray Lorenzo, sino que además habían llegado a sus oídos las más desconsoladoras nuevas. Al partir para Mantua había dejado atrás a Baltasar, su paje, quien debía juntarse después con él y traerle noticias. Como todos los habitantes de Verona, Baltasar supo el trágico acontecimiento del palacio de los Capuletos creyendo, como todo el mundo, muerta a Julieta. Al llegar Baltasar a Mantua, hallábase Romeo de muy buen hu-

mor, pues sentíase el corazón ligero y lleno de inusitada alegría; y mientras recorría las calles de la ciudad aguardando la llegada de su paje, revolvía en su mente el proceso de un sueño que tuviera la noche anterior y que le parecía de feliz augurio.

—Mi sueño—se decía—es presagio de alguna alegre nueva: he soñado que la señora de mis pensamientos llegaba y me hallaba muerto (extraño sueño el que representa a un muerto con facultad de pensar) y que sus besos derramaban en mis abios, raudales de vida y que yo volvía a la vida hecho emperador. ¡Oh y cuán grande debe ser la dulzura de este amor cuya sola sombra tan rica es de delicias!

Entretenido en estos pensamientos vió Romeo comparecer a Baltasar, y a su vista el corazón le dió un salto.

—¡Por fin noticias de Verona!—exclama.—Vamos a ver Baltasar, ¿que no me traes carta alguna de Fray Lorenzo? ¿Cómo está mi señora? y mi padre ¿cómo va de salud? ¿Y Julieta? Te pregunto por ella por segunda vez, porque nada malo puede suceder, si ella está bien.

Baja Baltasar la cabeza y responde con voz triste y solemne:

—Pues ya nada malo puede suceder porque su cuerpo reposa en la tumba de los Capuletos, y la parte inmortal de su ser vive con los ángeles en el Cielo. Yo mismo con estos ojos que me alumbran la he visto depositar en el panteón de la familia, y sin pérdida de momento vine a participároslo. Perdonadme que tan pronto haya venido a traeros esa infausta nueva: pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

Romeo, anonadado, no tiene ánimo, ni aun para exhalar un gemido. Cuando un golpe llega verdaderamente al fondo del alma, no hay valor para lamentar el infortunio.

—¿Será verdad? ¡Destino cruel, yo desafío tu poder!—exclama no más, al oir tan fatal noticia.

La impetuosidad juvenil, los violentos accesos de dolor y la ruidosa desesperación que siguieran a sus primeros infortunios, desaparecen ante la desgracia presente. Tiene la calma y el sosiego del que comprende que no hay esperanza para él.

—Ya sabes, Baltasar, en dónde me hospedo—dice;—tráeme papel y tinta, y procúrame caballos, que parto para Verona esta misma noche.

—Señor, os conjuro, no partáis solo; dejad que os acompañe, pues vuestro semblante pálido y desencajado me anuncia algún mal suceso.

—Nada de eso—replica Romeo;—te engañas. Déjame en paz y haz lo que te ordeno. Dime ¿no te ha dado Fray Lorenzo carta alguna para mí?

—No, señor mío y amo mío —responde Baltasar.

—Lo mismo da. Ea, ve y alquila caballos: vuelve en seguida.

La resolución estaba ya tomada. Muerta Julieta, ya no debía él vivir. Acordóse que muy cerca de allí había un boticario, viejo, macilento, consumido por la miseria y el hambre, en cuya desmedrada botica veíanse algunas rancias drogas y artículos de desecho, dispuestos en algo que tenía apariencia de mostrador. Al pasar Romeo por primera vez ante aquella oficina, habíale llamado la atención aquel aspecto de miseria y pensado para sí: «He aquí un pobre infeliz que por unas cuantas monedas vendería, a quien lo necesitase, alguno de estos venenos, cosa que tiene pena de muerte en Mantua.» Tal reflexión no había sido más que el presentimiento de la necesidad que actualmente tenía. En efecto entró Romeo, y el miserable boticario, seducido por la considerable suma que el desconocido le ofrecía, entrególe el activo veneno, cuyos efectos habían de ser mortales para el desdichado joven.

La hora del despertar de Julieta no había aún llegado: seguía sumida en un apacible sueño, en su extraña y fúnebre mansión.

Llegada la noche, fué el noble conde Paris al cementerio, con un ramillete de flores para depositarlo en la tumba de la esposa que tan prematuramente le arrebatara la Parca. Dejando a su paje a cierta distancia y al acecho, adelantóse hasta el umbral del sepulcro y dejó allí su ofrenda murmurando estas palabras de amor:

¡Oh dulce flor!, con flores olorosas
Tu tálamo nupcial adornaré.
Dosel de piedra y lodo
Forma la triste tumba en que reposas;
De ella santuario haré
Do mis puras ofrendas
De gemidos y llanto,
Calmarán de mi espíritu el quebranto.

Un silbido de su paje da a entender a Paris que alguien anda por allí, y ocúltase en la sombra al oir ruido de pasos. Es Romeo, acompañado de Baltasar, que lleva una antorcha y herramientas para abrir la tumba. Acércanse Romeo y Baltasar, y Paris oye las instrucciones que da el primero:

—Ea, tráeme el azadón y la alzaprima: toma esta carta, y mañana, muy de mañana, ten buen cuidado de llevarla a mi padre. Dame la antorcha. Ahora por tu vida te mando que, sea lo que fuese lo que vieres u oyeres, no te acerques a mí y que te guardes de interrumpirme en mi tarea. Si bajo a esa morada funeraria, es, en parte, para contemplar los perfiles del rostro de la señora de mis pensamientos y para arrancarle de su yerto dedo una preciosa sortija que yo le di. Vete, pues, y no te acerques: no caigas en la tentación de espiar lo que hago, si no quieres que vayan tus miembros desgarrados por los rincones de este cementerio.

—Retírome, señor; no voy a estorbaros—responde Baltasar.—A pesar de esto (dice para sí) voy a ocultarme por aquí y observar lo que hace, pues su mirada me espanta y desconfío de sus intenciones.

Lejos ya su paje, toma Romeo las herramientas y empieza a forzar la puerta del sepulcro, pero adelántase hacia él Paris para impedírselo.

—Es el proscrito—dice para sus adentros;—es el insolente Montesco, el matador del primo de mi adorada esposa, muerta, según dicen, de la pena que le causara tamaño infortunio. Viene a profanar los cadáveres: voy a atajarle en su diabólico intento: ea prendámosle.—Cesa, infame Montesco; ¿no basta acaso la muerte a detener tu venganza? Criminal, yo te detengo. Sígueme, que has de morir.

—Sí, a morir vengo—responde Romeo.—Ahora, noble y bizarro joven, no tientes a quien viene ciego y desesperado. Huye de mí: déjame; acuérdate de los que fueron y ya no son, de los que aquí reposan. Por Dios te lo pido: no quieras añadir un nuevo crimen a los que abruman ya mi cabeza. Te quiero más que lo que tú mismo puedes quererte y más que a mí mismo. Huye.

—Desprecio todos tus ruegos y los desoigo—exclama Paris con violencia—y te detengo como a un criminal.

—¿De modo que te empeñas en provocarme? A las armas, pues, bribón—replica Romeo, obligado a tirar de la espada para defenderse. Pelean. Paris cae herido.

—¡Muerto soy!...—dice exhalando un suspiro.—Si te queda un resto de piedad, abre la tumba y ponme al lado de Julieta.

—A fe mía que lo voy a hacer—responde Romeo.

E inclinándose sobre el cadáver, examínalo a la luz de la antorcha.

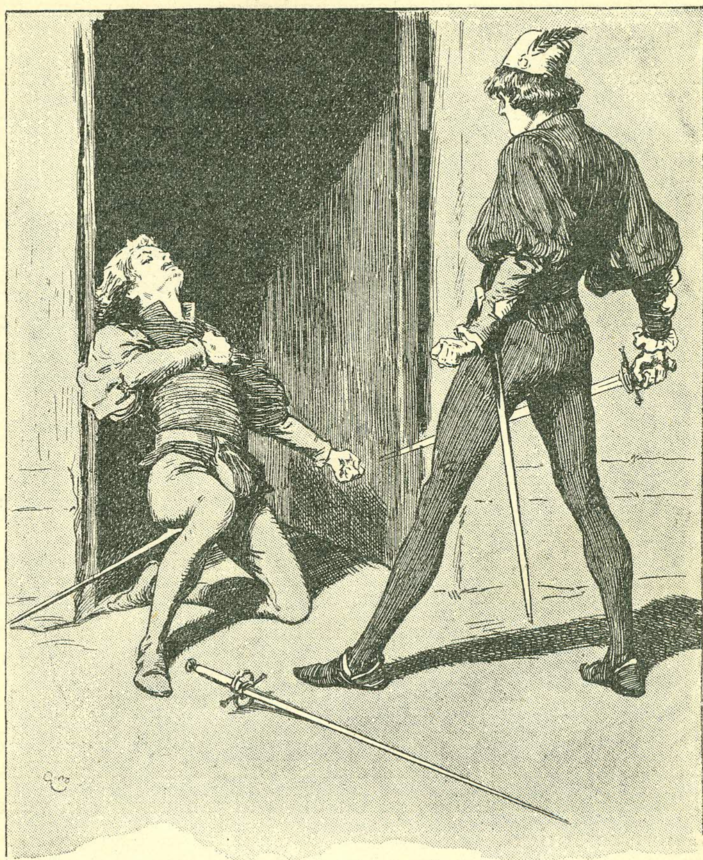
—¡Cielos!—exclama:—es el pariente de Mercutio, el noble conde Paris. ¡Tate!, ¿será verdad lo que me decía mi escudero, por el camino, y que yo en mi aturdimiento y confusión no acabé de entender? Si mal no recuerdo, decíame el villano que Julieta estaba prometida a Paris. ¿Será esto lo que me decía y tendrá relación lo uno con lo otro? Es que lo soñé o que estaba loco y creí que me hablaban de Julieta? Sea como fuere, dame la mano, tú cuyo nombre, como el mío, fué inscrito en el sangriento libro del destino. Voy a darte sepultura triunfal.

Dicho esto, levanta el cadáver del noble hidalgo, y lo coloca suavemente en la tumba. Entonces desaparece de su alma todo otro pensamiento, pues allí tendida en su féretro descansa la joven esposa, su amor, con la cara destapada, vestida con su traje de boda, radiante de belleza.

—¡Esposa mía, amor mío!—suspira Romeo.—La muerte que libó sin piedad el néctar de tu aliento, no ha podido ajar la flor de tu hermosura. ¡Oh adorada Julieta!, ¿por qué eres aún tan hermosa?... Aquí me quedo contigo y a tu lado; no he de salir jamás de este palacio de la tenebrosa noche. Este será el lugar de mi eterno reposo; aquí mi cuerpo, cansado ya del mundo y de la vida, sacudirá el yugo de su triste destino. ¡Ojos queridos, recibid mi última mirada! ¡Dulces brazos, tomad mi postrer abrazo!... Brindo por mi adorada. ¡Oh sabio alquimista que supiste preparar un tan activo veneno, gracias!... Así con este beso..., muero.

Al otro lado del cementerio, Fray Lorenzo, con una linterna en la mano y provisto de una palanca y un azadón, buscaba, tropezando acá y allá, el camino, a lo largo de las avenidas orladas de sepulcros. Al llegar cerca de la tumba de los Capuletos, vió a Baltasar y preguntóle asombrado a qué anda-

ba por allí. Refirióle éste lo que sucedía y que Romeo acababa de entrar en el panteón de los Capuletos. El pobre Fray Lorenzo, temblando de espanto ante la perspectiva de una



«¡Muerto soy!...»

nueva desgracia, encamínase a la tumba solo, pues Baltasar se niega a acompañarle por temor de contravenir a las órdenes de su amo. Espántase el fraile al ver huellas de sangre a la entrada de la tumba; a pesar de esto, avanza, entra y ve horrorizado el cadáver de Romeo al lado de Julieta y a Paris asesinado. No le queda al fraile tiempo para vanas lamentaciones,

pues al mismo intante despierta Julieta y se incorpora lentamente.

—¡Padre mío y apoyo mío!—murmura, abriendo los ojos y paseando a su alrededor la inquieta mirada.—Ya recuerdo que éste es el lugar en donde debía hallarme, y en él me hallo verdaderamente; pero mi Romeo ¿dónde está?

Óyese en aquel momento ruido de gente que se acerca. Es el paje de Paris que viene con los vigilantes de noche a quienes fué a llamar.

—Señora—dícele el buen fraile;—salid inmediatamente de este lugar. Nuestros planes han sido frustrados por un poder muy superior al nuestro. Aquí tenéis a vuestro esposo muerto a vuestro lado. Paris yace aquí muerto también. Seguidme, que os llevaré a un convento de santas religiosas: lo único que os pido, es que os deis prisa; no me atrevo a permanecer aquí por más tiempo.

—Idos vos, si queréis, que yo, aquí me quedo—replica resueltamente Julieta.

Fray Lorenzo, convencido de lo inútil de su insistencia, se aleja.

Sola ya Julieta, da a su alrededor una mirada de espanto; pero al ver el cadáver de su esposo, ya no duda un momento.

—¿Qué es esto? ¿Una copa que mi amor aprieta aún con la mano?—dice inclinándose tiernamente hacia Romeo. ¡Ah! ya comprendo: es que ha querido poner fin a su vida con el veneno. ¡Oh cruel amigo, que lo has apurado todo, sin dejar para mí una gota que me diese el consuelo de seguirte! Besaré tus labios, a ver si encuentro en ellos algún resto del veneno para morir contigo.

Y bajándose, da un tierno beso a su esposo.

—Tus labios no se han enfriado aún—murmura.

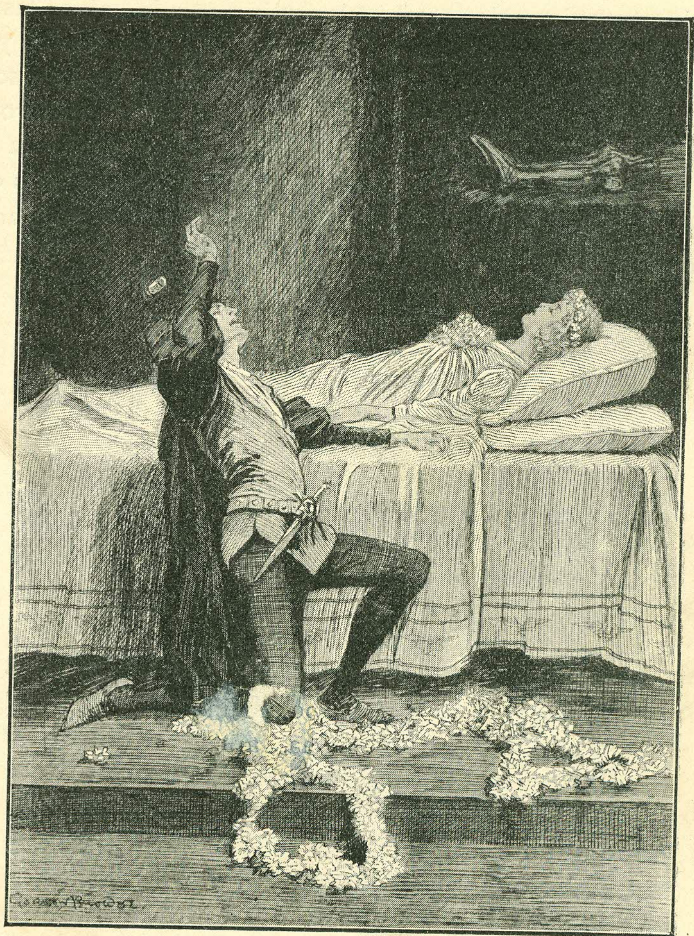
Oyese afuera la voz de un guarda que dice:

—Ea, muchacho, guíanos; ¿por qué camino hay que ir?

—¡Chitón! óyese ruido—dice para sí Julieta:—voy a acabar pronto.

Toma el puñal de Romeo.

—¡Dichoso puñal!, aquí tienes tu vaina—dice hundiéndolo en su seno.—Oxídate aquí dentro, mientras yo muero.



«¡OJOS QUERIDOS, RECIBID MI ÚLTIMA MIRADA! ¡DULCES BRAZOS, TOMAD MI POSTRER ABRAZO!...

Y cae muerta sobre el cadáver de Romeo.

Al entrar los guardas en la tumba, seguidos, muy pronto, del príncipe de Verona y de los allegados de los desdichados consortes, ya todo estaba terminado. Pasado habían alegrías y dolores, extinguidos estaban los odios, cesado habían las luchas. El resentimiento había cedido su puesto al silencio, y en adelante había de quedar apagada y muda la voz de la discordia. A la vista de aquellos inanimados testigos reconciliáronse los implacables enemigos, y en el palacio de la tenebrosa noche, en la obscura mansión de la muerte, ya no reinó más que la paz hermanada con el imperecedero recuerdo de un amor inmortal.

MACBETH



LAS PARCAS

La hechicería, en la actualidad, es una cosa que pertenece al pasado, por lo menos en lo que a Inglaterra se refiere, aun cuando existan todavía reminiscencias, en remotos lugares, de credulidad en el poder para el mal, atribuído a algunas pobres viejas, cuyo solo título para tal distinción es, quizá, su desamparo y fealdad. Pero antiguamente, y aun durante el siglo XVIII y principios del XIX, semejante credulidad era una cosa muy común. Las «adivinas,» como solía llamárselas, que pretendían poseer la facultad de predecir lo futuro, abundaban relativamente, y hasta gentes instruídas y de elevada posición, no se avergonzaban de consultarlas sobre venideros acaecimientos. En Escocia esta creencia duró mucho más tiempo que en Inglaterra, y aun en nuestros días, en las remotas localidades de las Highlands, se encuentran personas que se jactan de poseer el don de la «segunda vista», es decir, el don de ver con anticipación lo que ocurrirá algunos años más tarde.

Los hechos de que trata la presente historia tuvieron lugar hace centenares de años, en 1039, con anterioridad a la venida de Guillermo el Conquistador a Bretaña, y cuando Inglaterra y Escocia eran dos reinos enteramente separados.

El trono de Escocia estaba entonces ocupado por un rey llamado Duncan. La comarca, en todo tiempo, se veía a merced de los invasores del Norte, y precisamente, en este período sufría a consecuencia de las invasiones de las hordas noruegas, que, secretamente ayudadas por el traidor barón de Cáwdor, habían penetrado y héchose fuertes en el oriental condado de Fife. Pero su breve posesión se cambió en derrota gracias al valor de los caudillos escoceses, Mácbeth, y Banquo. Sweyn, rey de Noruega, vióse forzado a pedir la paz, con más una multa de diez mil dólares, para obtener el permiso de enterrar a sus hombres muertos en la batalla.

La noticia de que una gran victoria había sido obtenida gracias al valor de Mácbeth, fué transmitida al rey Duncan, el cual, pronunció sentencia de muerte contra el traidor barón de Cáwdor, cediendo este título a Mácbeth, en recompensa de sus servicios.

Era una noche tempestuosa, en un desolado matorral, junto a Forres. El sol poniente, ya muy bajo sobre el horizonte, lanzaba un resplandor rojizo sobre el escuálido ramaje y sobre un grupo de raquíticos abetos.

El trueno redoblaba en el cenit, el viento mugía pareciendo a veces lanzar prolongados gemidos, el relámpago surcaba el firmamento, trazando caprichosas haces de luz. Mas, para tres extrañas figuras que se aproximaban de diferentes direcciones, viniendo a reunirse en el centro de aquel solitario lugar, la tempestad parecía no tener importancia, o más bien, convenía perfectamente con su sombría y siniestra catadura. Hijas de la noche, sus maldades eran las que se cometen en la obscuridad. La plena luz del sol y el aliento del día las hacía estremecer y refugiarse en secretas y retiradas madrigueras; pero así que la media noche velaba el firmamento, se deslizaban a sus impías vigilias o, en alas de la tempestad, cabalgaban sobre el viento, llevando la muerte o la desolación a todo lo que se cruzaba en su camino.

—¿Dónde has estado, hermana?—preguntó la primera bruja.

Y la segunda contestó:

—De matanza.

—Hermana; ¿y tú?—preguntó la tercera bruja.

—La mujer de un marinero tenía castañas en la falda, y masca, y masca, y masca,—contestó la primera bruja: «Dame castañas», le dije yo. «¡Largo de aquí, bruja!», me respondió la glotona. Su marido ha ido a Alepo, mandando el *Tigre;* pero yo me embarcaré en un cedazo, y, como una rata sin rabo, ¡iré, iré, iré!—terminó despechada.

—Yo te daré un viento—dijo la segunda bruja.

—Eres muy buena.

—Y yo otro—dijo la tercera bruja.

—Y yo tengo los demás—continuó la primera bruja, regodeándose en la venganza que pensaba hacer recaer sobre el esposo de la mujer que la había ofendido, y salmodiando con una especie de canto:

«Y todos los puntos donde toquen
Y todos los rincones que conocen
De la carta de navegar.
Quiero secarle como se seca el heno,
No dormirá ni de día ni de noche;
Tendido sobre la cama,
Vivirá como un impedido;
Nueve veces nueve, siete tremendas noches
Estará despierto, lánguido y consumido:
Y aun cuando su barco no puèda perderse,
Será el juguete de las olas.
¡Ved lo que traigo aquí!»

—¡Enséñamelo! ¡Enséñamelo!—exclamó la segunda bruja con ansiedad.

El dedo pulgar de un piloto
Que naufragó cuando volvía a casa.

En este momento oyóse a lo lejos el sonido de un tambor y el rumor de pisadas de caballos.

—¡Un tambor! ¡Un tambor!—exclamó la tercera bruja.—¡Macbeth se aproxima!

Entonces las tres temibles criaturas, asiéndose de las manos, comenzaron solemnemente una salvaje danza, agitando

sus huesudos brazos con extraños gestos, y canturreando con discordante entonación:

«Las fatales hermanas, de concierto,
Correos de la mar y de la tierra,
Van así alrededor, en son de guerra;
Tres veces hacia ti, y tres hacia mí,
Tres veces otra vez en torno mío.
¡Silencio! El conjuro ya cumplí.»

Macbeth y Banquo, cabalgando a través de la planicie, de vuelta al hogar, después de la campaña contra los noruegos, se sobresaltaron a la vista de aquellas tres espantables figuras que se oponían a su paso.

—¿Quienes son estas criaturas, tan extravagantes y diabólicas en su apostura, no parecidas a los moradores de la tierra, aun cuando estén en ella?—dijo Banquo.—¿Tenéis vida? ¿O sois algo a quien pueda un mortal interrogar?

—Hablad, si podéis; ¿quién sois?—preguntó Macbeth.

Y las tres brujas, por turno, le contestaron saludándole:

—¡Salve, Macbeth! ¡Salud a ti, barón de Glamis!

—¡Salve, Macbeth! ¡Salud a ti, barón de Cawdor!

—¡Salve, Macbeth! Tú serás rey un día.

—Querido señor, ¿por qué os sobresaltáis y parecéis acoger con temor tan gratas nuevas?—preguntó Banquo, pues Macbeth parecía abismado en ensueños, admirado de lo que había oído.

Después Banquo interrogó a las brujas, para que, si realmente conocían lo porvenir, le dijesen algo a él, que no suplicaba sus favores, ni temía su odio.

Las brujas replicaron inmediatamente:

—¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!

—¡Más pequeño que Macbeth y más grande!

—¡No tan feliz, pero mucho más feliz!

—Padre serás de reyes, aun cuando tú no lo seas. ¡Así pues, salve, Macbeth y Banquo!

—¡Banquo y Macbeth, salve!

Macbeth hubiera deseado interrogar más por menudo a las misteriosas criaturas, pero ellas no quisieron hablar una sola

palabra más. Por la muerte de un pariente había recaído en Macbeth el título de barón de Glamis; pero respecto del barón de Cawdor, ni tenía noticia de su traición y muerte, ni de que se le hubiese confiscado el título. Y en cuanto a lo de ser rey, le parecía tan fuera de toda probabilidad como lo de ser barón de Cawdor. Quiso, pues, volver a la carga y hacer hablar a las brujas; pero al insistir, se desvanecieron deshaciéndose como burbujas en el nebuloso crepúsculo de donde habían salido.

Los dos victoriosos generales se quedaron perplejos, mirándose el uno al otro, mudos por un momento, llenos de admiración y pavor. Ambos habían luchado como bravos en el campo de batalla, contra feroces enemigos, pero aquí existía un misterio capaz de oprimir el corazón más encallecido. El veneno comenzaba a producir su efecto. Profundamente ambicioso era Macbeth, aun cuando falto de resolución para llevar las cosas a su última finalidad; pero las palabras de aquellas brujas habían dado en el blanco, halagando sus secretos deseos. Macbeth sin embargo, no podía confesarlos abiertamente.

—Vuestros hijos serán reyes—dijo a Banquo: y obtuvo la respuesta que quizá esperaba su ansioso corazón:

—¡Y vos seréis rey!

—Y barón de Cawdor también ¿no es así?—preguntó con fingida incredulidad.

—Esas fueron las palabras—afirmó Banquo.

La misteriosa salutación de las brujas tuvo en aquel momento una extraña confirmación, pues llegaron mensajeros enviados por el rey Duncan, trayendo la noticia de que el barón de Cawdor había sido condenado a muerte por el delito de traición, y que su título y propiedades habían sido conferidos a Macbeth. Una prueba tan inmediata de la facultad de adivinación de las brujas no podía menos de inspirar a Macbeth extrañas fantasías.

—¡Glamis y barón de Cawdor!—murmuró para sí mismo.—Lo más grande viene después.

Y habló aparte a Banquo.

—¿No esperáis que vuestros hijos sean reyes, cuando las que me dieron a mí el título de barón de Cawdor, así lo han pronosticado?

Pero Banquo no era tan impresionable como Macbeth. Le previno que era peligroso el poner confianza en las cosas del diablo; con frecuencia, para conducir las almas a la perdición, dicen verdades sobre asuntos frívolos, con objeto de burlarlas en materias de mayor trascendencia.

Macbeth apenas prestaba atención a las juiciosas palabras de Banquo. Sus pensamientos estaban fijos en otra idea. Las brujas habían pronosticado con verdad que él sería barón de Cawdor, cuando al parecer no existía fundamento para que tuviese lugar tal acontecimiento. ¿Por qué, pues, no podían haber dicho la verdad igualmente al predecirle un honor más alto?

Una espantosa idea comenzaba ya a tomar forma en la mente de Macbeth. Al principio la ahuyentó con horror, pero volvió a presentarse, una y otra vez, con renovada fuerza. Por último trató resueltamente de borrarla de su cerebro.

—Si el destino quiere hacerme rey, podré ceñir la corona sin necesidad de hacer esfuerzo alguno—se dijo. Después, con el pensamiento de que dejaría obrar a los acontecimientos como pluguiese al hado, añadió: Venga lo que viniere, el tiempo y la hora corren a través del más rudo de los días.

Pero a pesar de todo, le era imposible desechar aquella idea y tomar la determinación de no pensar más en ello, como hubiera hecho un hombre juicioso. Necesitaba reflexionar sobre lo que había pasado, y tratarlo de nuevo con Banquo.

—Vayamos ahora al rey—dijo a éste;—pues los mensajeros habían salido a noticiarles que Duncan los esperaba para darles las gracias por la victoria conseguida. Pensaremos en lo ocurrido, y más tarde, habiéndolo pesado y reflexionado bien, hablaremos con franqueza y verdad.

—Con mucho gusto—convino Banquo.

—Hasta entonces, pues—dijo Macbeth.—Vamos, amigos, y se adelantó con Banquo y los otros señores para recibir sus nuevos honores de manos del rey.

EN EL CASTILLO DE MACBETH

El rey Duncan dió a Macbeth y a Banquo la más cariñosa acogida, y, al propio tiempo que confirió al primero de los

generales su nueva dignidad, aprovechó la oportunidad para anunciar que su hijo mayor, Malcolm, le sucedería en la corona, ostentando, de allí en adelante, el título de príncipe de Cumberland. En aquellos días de luchas y revueltas, no podía darse por seguro que la corona pasara pacíficamente de padres a hijos. Cuando el legítimo heredero era muy joven o muy débil, algún poderoso pariente se adelantaba y empuñaba el cetro. La esposa de Macbeth era una próxima parienta del rey, y según antiguas crónicas, quizá tenía mejor derecho al trono que el mismo Duncan. Así, pues, Macbeth pudo haber acariciado la esperanza de que, después de la muerte del rey, sobreviniendo ésta por sus trámites naturales, sería él quien ciñese la corona de Escocia. Pero aquella pública proclamación del joven príncipe como tal heredero, era un obstáculo a sus planes, un muro que se oponía a su ambición y que era preciso derribar. Una vez más, y con mayor violencia que nunca, levantóse en su mente la diabólica sugestión. Comprendía perfectamente la tenebrosa maldad que estaba incubando, pero se sentía casi determinado a darle forma, costase lo que quisiera.

Lady Macbeth conocía perfectamente el carácter de su marido. Aspiraba éste a la grandeza, y no le faltaba ambición, pero su alma no estaba lo bastante endurecida para ir al fin propuesto, sin reparar en los medios. Las grandes cosas que ansiaba le hubiesen colmado de alegría obteniéndolas legalmente; no le placía el comportarse con falsedad, pero no vacilaba en poner su valor al servicio de sus deseos. Acostumbrado a acatar el decisivo juicio de su mujer, escribióle haciendo una minuciosa reseña de lo ocurrido en su encuentro con las brujas, dejando el asunto a su criterio y a su voluntad.

Si en la mente de Macbeth había alguna vacilación, no existía ninguna en la de lady Macbeth. Su marido era ya barón de Glamis y barón de Cawdor; pues bien, él llegaría al más alto honor profetizado. Tan resuelta se hallaba en lo referente a este punto, y tan activo era su espíritu en ultimar planes diabólicos, que, cuando llegó un mensajero anunciando que el rey Duncan estaba caminando hacia el castillo, y se hospedaría allí aquella noche, casi declaró la infamia que abrigaba en su corazón, exclamando a pesar suyo:

—¡Tú estás loco cuando dices eso!

Parecía como si el destino pusiera en sus manos a la confiada víctima.

—¡Hasta el cuervo parece graznar ronco a la fatal entrada de Duncan bajo mis almenas—murmuró para sus adentros; y, con terrible decisión, empezó a sofocar todo sentimiento de femenil debilidad o compasión, y a endurecerse con inflexible crueldad para el crimen que había de cometer.

Precediendo algunos minutos al rey, llegó Macbeth, siendo recibido con las más calurosas muestras de simpatía por parte de su mujer.

—Amor mío—dijo Macbeth,—Duncan se hospeda aquí esta noche.

—¿Y cuándo parte?—preguntó lady Macbeth con voz vibrante de terrible significación.

—Mañana... eso piensa,—balbuceó Macbeth evitando las miradas de su mujer.

—¡Oh... jamás verá el sol ese mañana!—exclamó lady Macbeth.—Vuestro rostro, barón mío, es un libro abierto donde puede leer todo el mundo materias muy extrañas. Para estar de concierto con el tiempo, hay que ir con el tiempo; brille la bienvenida en vuestra mano, vuestros ojos y vuestra lengua; semejad a una flor inocente, pero sed la serpiente escondida debajo de ella. Hemos de preparar lo necesario para el que llega, y podéis poner en mi mano el gran asunto de esta noche.

—Ya hablaremos después—dijo Macbeth todavía vacilante.

—Procurad serenaros—le contestó lady Macbeth;—el favor ajeno siempre es de temer. Todo lo demás dejadlo a mi cuidado.

El consejo dado por lady Macbeth a su esposo lo siguió ella a las mil maravillas. El rey Duncan fué objeto de una calurosa recepción, y el anciano monarca quedó encantado de la amable y cariñosa acogida que se le dispensaba.

El castillo estaba pintorescamente situado; el aire era dulce y fresco, y tan templado, que los huéspedes del estío, los vocingleros vencejos, edificaban sus nidos en todos los rincones y ángulos aprovechables. Verdaderamente, todo parecía respirar allí paz y seguridad.

Pero los corazones de los dueños de aquel castillo, estaban

muy distantes de la devoción que fingían a su noble huésped, aun cuando Macbeth no tenía la inflexible voluntad de su esposa. Atormentado por contrarios pensamientos, Macbeth salió furtivamente de la cámara donde el rey Duncan estaba cenando y fué en busca de la soledad para resolver el tremendo problema de si debía o no cometer semejante crimen. Existían muchas razones que clamaban en contra. Primeramente Macbeth era pariente y súbdito de Duncan, circunstancia de gran peso para disuadirle. Después, Duncan era su huésped, y como tal, su deber era cerrar la puerta al asesino, no esgrimir él el puñal. Duncan se había mostrado tan benigno en sus elevadas funciones, que todas las virtudes clamarían en su pro, y llenarían el país de horror y compasión por su suerte. Macbeth, pues, no tenía más aguijón que su ambición inmensa para espolearle; ésta podía, después de todo, ser dominada y reprimida.

Al echar de menos a su marido, lady Macbeth siguióle al desierto vestíbulo, y, al oir que le decía secamente: «No tratemos ya más de este asunto», ella le abrumó con el más soberano desprecio. Le echó en cara su lastimosa falta de resolución, y se rió de él por su cobarde falta de valor, al dejar «yo no me atrevo» en espera del «yo quiero,» como el pobre gato del refrán. Cuando su marido expuso la idea de que podían fracasar, lady Macbeth se echó a reir con desdén.

—¡Fracasar!—exclamó:—realzad vuestro ánimo hasta el punto preciso, y no fracasaremos.

E inmediatamente expuso a su marido el plan que debía seguirse. Cuando Duncan se retirase a descansar, ella daría un narcótico, puesto en el vino, a los dos soldados que debían dar la guardia en la puerta del rey, y esto hecho ¿quién impediría que ella y Macbeth hiciesen todo lo que quisieran con el indefenso huésped? Y, finalmente, ¿quién los privaba de achacar el crimen a los dos guardias, que cargarían así con la responsabilidad del hecho?

Enardecido con admiración por el indomable ánimo de su esposa, Macbeth no opuso ya más objeciones, y la muerte del rey, su huésped, quedó convenida.

La noche era obscura y tempestuosa, una de las más rudas que se hayan conocido. La luna se ocultó tras el horizonte a

media noche, y después todo quedó negro, sin que se vislumbrase ni una estrella. El viento gemía y zumbaba entre las torrecillas del castillo, algunas chimeneas se derrumbaban, oíanse extraños gritos, que parecían presagiar la cercana catástrofe; la corneja, el ave agorera de la muerte, graznaba en los intervalos de calma.

Los moradores del castillo se sentían incómodos y molestos; se habían retirado muy tarde a sus aposentos, pues, con motivo de la llegada del rey, había habido recepción y velada; y después, a muchos de ellos les era imposible conciliar el sueño, a causa de la horrorosa tempestad. Pero, de lo que ocurría en medio de ellos, no tenían la menor sospecha.

A la hora convenida, Macbeth, temblando de terror ante su propia acción, se introdujo en el aposento de Duncan y le asesinó. El rey aparecía tan tranquilo y apacible en su primer sueño, que un súbito remordimiento invadió el corazón del asesino, el cual quedó enclavado por el horror, contemplando lo que había hecho. En una habitación contigua, dos caballeros del séquito del rey se agitaron y hablaron durmiendo. Uno prorrumpió en risa, y otro exclamó: «¡Asesino!,» despertando ambos; Macbeth los oyó y continuó inmóvil. Pero después de murmurar una oración, volvieron a dormirse y Macbeth se recobró lo bastante para salir e irse en busca de su mujer a noticiarla que el crimen estaba consumado.

Pero aun cuando había templado sus nervios para soportar el golpe, todo el valor de Macbeth se había desvanecido de nuevo. Se estremeció con horror al ver sus manos manchadas de sangre, y su mujer necesitó de toda su persuasión para arrancarle a aquella especie de estupor que parecía haberse apoderado de él.

—Estas cosas no deben tomarse de esa manera—dijo, cuando Macbeth le refirió lo que había ocurrido en el aposento del rey.—Sería cuestión de volverse uno loco.

—Parecióme oir una voz que gritaba: «¡No más dormir!,» —continuó Macbeth con el mismo tono alocado.—«¡Macbeth ha matado al sueño!... ese inocente sueño, bálsamo de las mentes doloridas, gran segundo curso de la naturaleza, principal alimentador en la fiesta de la vida...»

—¿Qué queréis decir? —interrumpió su mujer.

—Aun grita: «¡No más dormir!» a toda la casa; «Glamis ha asesinado al sueño, y por consiguiente Cawdor no dormirá ya más, Macbeth no dormirá ya más.»

—¿Pero quién era el que gritaba así? —exclamó lady Macbeth con impaciencia.—¿No veis, mi digno barón, que estáis debilitando vuestras fuerzas con el pensamiento de esas locuras? Id, buscad agua, y borrad ese testimonio de vuestras manos. ¿Por qué quitáis esos puñales de su sitio? Deben quedarse aquí, y manchar la ropa de esos dormidos guardias.

—No doy un paso más—dijo Macbeth.—Me da miedo pensar en lo que he hecho..., no me atrevo a contemplarlo de nuevo.

—¡Pobre de espíritu! Dadme *a mí* los puñales!—exclamó lady Macbeth desdeñosamente.—El sueño y la muerte son como imágenes; sólo los ojos de la niñez se asustan ante un diablo pintado.

Y arrancando los puñales de la enervada mano de su marido, llevólos al aposento de Duncan y los colocó en las manos de los guardias narcotizados, para que pareciese que ellos habían asesinado al rey.

Antes de que lady Macbeth pudiese reunirse con su marido, oyóse el golpe de llamada en la puerta principal; la castellana corrió a mudarse de ropa, para evitar toda sospecha en caso de tener que presentarse, pues aun lucía los atavíos de la víspera.

El recién llegado era un lord escocés llamado Macduff, a quien el rey había ordenado que se presentara aquella mañana muy temprano. Se le introdujo en el aposento de Duncan, y el crimen, naturalmente, fué inmediatamente descubierto. Todo fué allí horror y confusión. Macbeth fingió una indignación y un sentimiento capaces de engañar a los más maliciosos. Todo el castillo se puso en pie; la campana de alarma sonaba fuera. Macduff gritaba llamando a Banquo, y a los dos jóvenes príncipes, Malcolm y Donalbain. Lady Macbeth acudió, desordenadas sus ropas, como quien ha sido sobresaltada en su sueño.

Temiendo lo que los dos guardias pudieran decir al salir de su letargo, Macbeth aprovechó la oportunidad para matarlos en el acto, explicando que no había podido contenerse al ver

aquellos puñales en sus manos, prueba evidente de su infamia.

Pero la sospecha se había despertado en el corazón de los jóvenes príncipes; temieron que la traición comenzada no hubiese terminado allí, y no se sintieron seguros en aquella mansión. Así, cuando Macbeth convocó una reunión general en el vestíbulo del castillo, para decidir lo que debía hacerse en aquellas circunstancias, los príncipes se alejaron secretamente, decidiendo, para mayor seguridad, que Malcolm, el primogénito, se refugiase en Inglaterra, y Donalbain, el menor, en Irlanda.

EL HUÉSPED EN EL BANQUETE

Macbeth poseía ya los prometidos honores; era rey, barón de Cawdor, barón de Glamis, todo cuanto las sobrenaturales mujeres le habían profetizado. Pero Macbeth no estaba satisfecho. Había un peligro constante en su camino. Banquo, su antiguo compañero de armas, desconfiaba de él; tenía sospechas del modo cómo había conquistado sus presentes honores. Y Macbeth, por su parte, temía a Banquo, por su noble natural, por su valor y por su buen juicio. Exteriormente le trataba con la mayor corrección y halago, pero en su interior había resuelto deshacerse de aquel peligroso compañero. No valía la pena de ser rey, si no podía reinar con tranquilidad. Y, además, cuando las brujas llamaron rey a Macbeth, también saludaron a Banquo como a presunto tronco de una línea de reyes. Pusieron una estéril corona en las sienes de Macbeth, y un cetro condicional en sus manos, no pudiendo sucederle un hijo suyo. Y si esto era así ¡había ennegrecido su alma, había asesinado al rey Duncan por los hijos de Banquo..., sólo para ellos! Macbeth resolvió dar un paso más en el sendero del crimen, e inmolar a su ambición los que la estorbaban: Banquo y su hijo Fleance.

Se preparaba un gran festín en palacio. Lady Macbeth y su augusto esposo habían invitado eficazmente a Banquo, el cual prometió acudir al banquete, por mas que, por asuntos particulares, tuviese que montar a caballo aquella tarde, y cabalgar algunas horas. Macbeth le preguntó si la jornada sería larga, y Banquo replicó que podía durar tanto como desde



«¡POBRE DE ESPÍRITU! DADME «A MÍ» LOS PUÑALES!»

aquel momento a la hora de la cena..., quizá antes si su caballo se comportaba bien.

—No faltéis a nuestra fiesta—dijo Macbeth.

—Señor, no faltaré—replicó Banquo.

—Hemos sabido que nuestros desgraciados primos permanecen en Inglaterra e Irlanda, sin querer reconocerse matadores de su padre—continuó Macbeth, que había hecho correr la especie de que los hijos de Duncan habían asesinado al autor de sus días.—Pero ya hablaremos mañana. ¡A caballo! Hasta la vuelta.

Después con fingida indiferencia, preguntóle si Fleance le acompañaba en la excursión.

Banquo contestó afirmativamente; añadió que quería partir en el acto, y tras algunas frases de cortesía, se separó del rey.

Apenas hubo salido, Macbeth dió ordenes a un criado, y dos hombres de siniestra catadura fueron secretamente introducidos en su presencia. Eran dos asesinos de oficio buscados por él para asesinar a Banquo. Cuando hubo obtenido la promesa para la cruel acción, Macbeth les dijo que pronto les indicaría su plan y la hora exacta, pues la cosa debía realizarse aquella noche y a mucha distancia de palacio. Les advirtió asimismo de que el asunto había de quedar rematado, y que el joven Fleance debía morir con su padre, pues su desaparición importaba a Macbeth tanto como la de Banquo.

Los asesinos prometieron obedecer sus indicaciones, y se retiraron.

Si Macbeth sentía perturbado su espíritu y era presa de la mayor intranquilidad, su esposa no era más feliz. Había escalado la cúspide de su ambición: su marido era rey de Escocia. Pero la diadema real que brillaba en su frente no tenía la virtud de adormecer los remordimientos que iban arraigándose en su corazón.

«Nada se gana, sino que se pierde todo, al realizar un deseo sin plena satisfacción. Mejor fuera ser la víctima exterminada, que no gozar de la dudosa felicidad de haberla exterminado.»

Este era el secreto de su infelicidad; Macbeth y su esposa habían realizado el deseo de su corazón; pero, en la indigna forma de conseguirlo, no podían encontrar ni el contento ni la

paz de espíritu que habían esperado. Con el corazón oprimido, recelosos, descontentos, hubiera sido difícil encontrar en toda Escocia una pareja más miserable que ambos soberanos, adornados con sus reales vestiduras, la víspera del gran banquete de estado.

Siempre fiel a su indomable espíritu, aun en medio de su propio desaliento, la reina trató de arrancar a su marido de aquel sombrío ensimismamiento.

—¿Qué viene a ser eso, señor mío?—dijo.—¿Por qué buscáis la soledad, teniendo por compañeros vuestras tristes fantasías? Las cosas que no tienen remedio, deben darse al olvido; lo que está hecho, está hecho.

—No hemos hecho más que lastimar a la serpiente, pero sin matarla—replicó Macbeth,—cuya mente no descansaba, pensando siempre en los posibles peligros que se cernían sobre su cabeza. Todo el día transcurría para él rumiando sobre el pasado, o combinando nuevas maquinaciones para asegurar su tranquilidad, y durante la noche se veía asaltado por los sueños más terribles. En este constante estado de desasosiego, llegaba a pensar con envidia en el pacífico reposo del hombre a quien había asesinado. «Mejor fuera estar con los muertos a quienes para ganar nuestra paz, enviamos a la paz, que no vivir en este inquieto tormento de espíritu. Duncan yace en su tumba; después de la agitada fiebre de la vida, duerme bien. La traición lo ha libertado: ni acero, ni veneno, ni rencor ajeno, ni odio extraño... nada puede afectarle ya.»

—Venid acá, mi amado señor—dijo lady Macbeth,—suavizad vuestro tétrico semblante; ofreceos jovial y placentero a vuestros huéspedes esta noche.

—Así lo haré, querida mía, y os ruego que hagáis lo propio—dijo Macbeth,—¡Oh, mi mente está llena de escorpiones, querida esposa! ¡Sabéis que Banquo y su hijo Fleance viven todavía!

—Pero no vivirán siempre—observó lady Macbeth.

—Nos queda ese consuelo; pues puede ocurrirles una desgracia—dijo Macbeth; y luego, con encubiertas y misteriosas frases, dió a comprender a su esposa que un hecho de espantoso carácter se llevaría a cabo aquella noche, negándose a darle detalles más precisos.

—Ignorad el hecho de que se trata, querida mía, hasta que lo aplaudáis, ya consumado, terminó. Mis palabras os maravillan, pero estad tranquila; las cosas malas se fortalecen para el mal.

En el inmenso comedor del palacio, el banquete estaba ya preparado. Entraron los reyes, acompañados de los barones de Lennox y de Ross, y otros muchos nobles escoceses. Macbeth les rogó que tomasen asiento, dando su cordial bienvenida a todos y a cada uno de los comensales. Cuando éstos se hubieron sentado, el pesado cortinaje de una puerta lateral se descorrió un poco, y un rostro siniestro se dejó ver entre los pliegues, Dejando el escabel (no había sillas en aquella época) que había apartado para sentarse, en medio de sus huéspedes, Macbeth salió a hablar con el intruso. Era uno de los asesinos pagados, el cual traía la noticia de que Banquo quedaba bien muerto, allá en el camino.

Macbeth experimentó gran complacencia al escuchar esto; pero bien pronto el temor y el disgusto se abrieron plaza de nuevo, pues el joven Fleance había logrado escapar. ¡El hijo de Banquo, llamado a ser rey un día! Sin embargo, Macbeth trató de consolarse con el pensamiento de que, como él dijo, la «serpiente grande» ya no existía, y en lo presente, por lo menos, la pequeña aun no tenía dientes para morder.

Macbeth quedó tan absorto en sus sombríos pensamientos, que lady Macbeth se vió precisada, en más de una ocasión, a recordarle sus deberes de anfitrión. La mísera dama se impuso aquella noche una ímproba tarea. No solamente tenía que disimular su propia infelicidad, sino que tuvo que sostener el decadente ánimo de su marido, tratando de distraer la atención de los comensales, y prodigando sonrisas y frases lisonjeras en todas direcciones. Macbeth procuraba secundar, a ratos, aquella valerosa conducta, pero su jovialidad era forzada, y su esposa temía, a cada instante, que no se hiciese traición. Como quiera que fuese, a una de las observaciones de lady Macbeth, el rey intentó sacudir aquel estupor, y haciendo un esfuerzo, se acercó a la mesa, y trabó conversación con los huéspedes.

—Quizá vuestra alteza quiere sentarse—dijo el barón de Lennox.

El asiento que Macbeth se disponía a ocupar cuando fué a hablar con el asesino, había permanecido vacío, pero en aquel momento, inadvertida por los comensales, deslizóse una figura y tomó posesión de él.

Si Banquo estuviese allí, continuó Macbeth, su satisfacción hubiera sido completa; pero tenía la seguridad de que las ocupaciones, y no una desgracia, motivaban su ausencia.

El barón de Ross replicó que Banquo era digno de censura por no haber cumplido su palabra, y de nuevo rogó a Macbeth que se sentase con ellos a la mesa.

—La mesa está llena—dijo Macbeth.

—Aquí hay un asiento reservado, señor—dijo Lennox.

—¿Dónde?

—Aquí, amado señor—añadió Lennox señalando el escabel que Macbeth había escogido al principio.—¿Pero qué es lo que sobresalta a vuestra alteza?—exclamó alarmado, pues Macbeth comtemplaba, inmóvil de horror el que, para los otros, no era más que un escabel vacío.

Bien podía el culpable Macbeth temblar y palidecer, pues en el asiento que parecía desocupado para todos, vió sentada la ensangrentada figura del asesinado Banquo.

—¡Tú no puedes decir que yo he sido; jamás agites tus ensangrentadas guedejas ante mis ojos!—exclama retrocediendo horrorizado.

—Señores, en pie; su alteza no se encuentra bien—dice el barón de Ross.

Pero lady Macbeth, con eficaces palabras, trató de calmar a los sobresaltados comensales, asegurándoles que se trataba de un momentáneo acceso, debido a cierta enfermedad que Macbeth padecía ya desde joven. «Seguid comiendo y no os fijéis en él», rogóles, y, con acre tono, trató de sacar a su marido de aquel ataque de tremendo terror. Pero Macbeth permanecía sordo a sus súplicas. Con desencajados ojos contemplaba la fantástica figura que sólo su culpable imaginación podía ver, y solamente cuando la visión pareció desvanecerse, pudo recobrarse de la especie de estupor en que había caído. Después, durante breves momentos, habló con naturalidad, y pidiendo vino, bebió a la salud de todos los presentes.

—¡Y a la de nuestro querido amigo Banquo, a quien echamos de menos!—añadió con cínica osadía.—¡Si estuviese aquí!... ¡Bebamos a su salud y a la de todos!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando otra vez la visión del hombre asesinado se presentó a los ojos de Macbeth. Lanzando un grito de terror retrocedió de nuevo, profiriendo un torrente de súplicas y amenazas. Lady Macbeth intentó nuevamente tranquilizar los ánimos; pero los frenéticos arranques del rey no podían ocultarse fácilmente, y temiendo las sospechas que pudieran despertar sus extrañas palabras, despidió a los huéspedes so pretexto de aquella súbita dolencia.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, y quedaron solos marido y mujer, ésta estaba demasiado abatida y se sentía demasiado infeliz para dirigir ni un reproche, ni una pregunta. Míseros y abrumados, la criminal pareja permanecía en el desierto comedor, entre los rotos fragmentos del interrumpido festín y las moribundas antorchas que palidecían al vacilante resplandor de la aurora. Cenizas de esplendor, soledad, desesperación... eran como el emblema de sus vidas arruinadas.

Macbeth parecía más tranquilo; encontrábase como sumido en una especie de muda desesperación. Se había encenagado tan hondo en la sangre, que tan embarazoso le era retroceder como seguir adelante; determinó que toda causa que pudiese oponerse a su bienestar, sería barrida sin compasión. Ahora era él, no lady Macbeth, el que dirigía. La muerte de Banquo había sido cosa exclusivamente suya, y no quiso pedirle parecer a su esposa acerca de una nueva iniquidad que comenzaba a bullir en su mente.

Pero, en su culpable superstición, resolvió ir muy temprano, el siguiente día, a visitar a las hermanas del destino para saber de ellas, si era posible, el secreto hado que el porvenir le reservaba.

LA CAVERNA DE LAS BRUJAS

Macbeth había ganado el trono valiéndose de la traición, y no tenía confianza en la lealtad de sus súbditos. Temía que, puestos de acuerdo, reintegrasen en su herencia a los hijos de

Duncan, y tenía secretos espías en las casas de los nobles más salientes. Pero el que le inspiraba más temor, después de Banquo, era Macduff, barón de Fife, y cuando éste no acudió a la invitación hecha por Macbeth, para que asistiese a la fiesta, el rey comprendió que podía convertirse en un peligroso enemigo, y resolvió deshacerse de él sin la menor dilación. Pero, antes de que pudiese caer en sus manos, Macduff huyó, dejando a su mujer y a sus hijos en el castillo de Fife, y trasladándose a Inglaterra para prestar su ayuda en la empresa de colocar a Malcolm en el trono.

Era el día siguiente al del banquete dado en el palacio de Macbeth. En una sombría caverna, demasiado oculta para que las gentes pudiesen percatarse de ella, las tres brujas estaban ocupadas en la preparación de un nauseabundo compuesto, destinado sin duda a algún siniestro y diabólico objeto. En mitad de la cueva hervía una caldera, y, en tanto que las brujas ejecutaban en torno suyo una grotesca danza, iban echando, por turno, ciertos horribles ingredientes. El fuego chisporroteaba, nubes de sibilante vapor se escapaban de la caldera, y, al propio tiempo que bailaban, las brujas graznaban un discordante canto:

«Doblemos, doblemos cuidado y tarea;
Arda el fuego y hierva la caldera.»

El sortilegio iba a su entera satisfacción, cuando se oyó un golpe a la puerta de la caverna. La segunda bruja miró en aquella dirección con un malicioso relámpago en sus hundidos ojos.

«Dizme el picor que siento en los pulgares,
Que un malvado se acerca a estos lugares;
¡Abrete puerta,
Sea quienquiera!»

La puerta giró sobre sus goznes, y entró Macbeth. A pesar de su curiosidad, se detuvo casi espantado ante el espectáculo que se presentaba a sus ojos. La obscuridad del recinto estaba apenas disipada por las vacilantes llamas del hogar, y los malignos rostros que le atisbaban desde la sombra, bien podían llevar el desasosiego a un alma culpable.

—¡Hola, negras y misteriosas brujas de la media noche! ¿Qué es lo que estáis haciendo?

—Una cosa que no tiene nombre—respondieron las hechiceras a coro.

—Os conjuro, por la ciencia que profesáis, y venga de donde venga, a que respondáis a lo que he de preguntaros.

—¡Habla!

—¡Pide!

—¡Te responderemos!—dijeron las tres sucesivamente.—¿Quieres oirlo de nuestros labios o de los de nuestros dueños?

—Llamadlos; dejádmelos ver.

La primera bruja echó algunos horribles sortilegios en la caldera, y después las tres cantaron juntas:

«Preséntate, alto o bajo;
Tú mismo, y haz tu oficio con destreza.»

Un relámpago iluminó la caverna, oyóse el redoble del trueno, y en medio de una nube de vapor azulado, vióse salir de la caldera una cabeza armada de yelmo.

—Dime, tú, desconocido poder...—empezó Macbeth.

—Él conoce tu pensamiento—dijo la primera bruja.—Escucha lo que hable, pero no digas nada.

«¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Guárdate de Macduff! ¡Guárdate del barón de Fife! Despídeme. Basta.»

—Quienquiera que seas, gracias por el aviso—dijo Macbeth, cuando la aparición se hubo desvanecido.—Tus palabras han confirmado los temores míos; pero una palabra más...

—A él no puede mandársele—dijo la bruja:—aquí viene otro, más poderoso que el primero.

Oyóse otra vez el trueno, y una nueva aparición se elevó del centro de la caldera; el fantasma de un niño manchado de sangre.

—¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth!

—Soy todo oídos, te escucho.

«Sé sanguinario, atrevido y resuelto; ríete con desprecio del poder del hombre, pues ningún nacido de mujer puede ofender a Macbeth».

—¡Entonces, vive, Macduff! ¿Por qué temerte?—exclamó

Macbeth.—Pero todavía deseo hacer la seguridad doblemente segura; morirás, para que yo pueda decir que el cobarde temor miente, y dormir a pesar del trueno.

Siguióse uno formidable, y se presentó una tercera aparición; un niño coronado, llevando un árbol en la mano.

—¡Quien es éste que se levanta semejante al vástago de un rey y lleva sobre su frente infantil el signo de la realeza?

—Escucha, pero no le hables—ordenaron las brujas; y la aparición habló así:

«Sé fiero cual león; no te amilane
Enojo, agitación o sorda guerra
De vil conspirador: siempre invencible
Macbeth será, mientras al Dunsinane
El bosque de Birnam trepar no vea,
Marchando contra él.»

—¡Eso no sucederá jamás!—gritó Macbeth, con deleitoso alivio, al propio tiempo que el niño rey se hundía en la caldera. Y verdaderamente ¡qué fuerza podía mover el bosque, y ordenar a los árboles que soltasen sus raíces, hondamente clavadas en el suelo? Todos los presagios eran buenos. El destino se presentaba ante él de una manera brillante. Pero había aún una cosa que su corazón ansiaba saber.

—Decidme, si es que vuestro arte puede llegar a tanto—preguntó a las brujas;—¿la descendencia de Banquo reinará en este país?

—No quieras saber más—fué la solemne prevención.

—Quiero quedar completamente satisfecho. ¡Negadme esto y la maldición eterna caiga sobre vosotras! ¡Decídmelo! ¿Por qué se hunde la caldera, y qué ruido es ése?

Pues se oía un lejano sonido de trompetas: y cantaron las brujas:

«¡Mostraos!.. ¡Mostraos!.. ¡Mostraos!
Mostraos a sus ojos, y atormentad su corazón;
Llegad cual sombras y cual sombras idos!»

Entonces en la obscuridad de la caverna brilló un extraño y luminoso fulgor, y lentamente en procesión, desfilaron ocho

reyes, el último de los cuales llevaba un espejo en la mano. Detrás de los ocho reyes iba Banquo.

¡Horrible visión! ¡Así, después de todo, las brujas habían dicho la verdad, y eran los hijos de Banquo los que ocuparían el trono de Escocia durante innumerables generaciones! Pues en el espejo que conducía el último rey, se reflejaban muchos más, y algunos de ellos eran portadores de dobles esferas y triples cetros.

—¿Qué, es esto así?—exclamó Macbeth, y la primera bruja contestó:

«¡Ay! señor, todo es así; ¿pero por qué
se ha quedado Macbeth tan asombrado?
Ea, hermanas, tratemos de reanimar su espíritu
y mostrarle lo mejor de nuestros deleites;
Haré un ensalmo y el aire nos dará una música,
Mientras vosotras ejecutáis vuestra antigua ronda
Para que este gran rey pueda decir bondadosamente
Que hemos cumplido nuestro deber, pagando su visita.»

Oyéronse los sonidos de una extraña música, y, ejecutando una especie de danza salvaje y burlesca, las brujas se desvanecieron, la caldera se hundió en la tierra, y Macbeth se encontró solo en mitad de la sombría caverna.

EL BOSQUE DE BIRNAM

Cuando Macbeth supo que Macduff había escapado a sus maquinaciones refugiándose en Inglaterra, tomó una feroz venganza; ordenó que su castillo de Fife fuese sorprendido y asaltado, y pasados a cuchillo todos los moradores. Esta bárbara orden fué ejecutada en todos sus puntos, y la esposa del barón de Fife, sus hijos, criados y cuantos allí vivían, fueron víctimas del puñal asesino.

Escocia gemía hacía algún tiempo bajo el pesado yugo del tirano Macbeth, y aquella nueva crueldad provocó una abierta rebelión. Macduff volvía de Inglaterra, trayendo al príncipe Malcolm en su compañía, y muchos nobles señores corrieron a ponerse bajo su estandarte. Macduff, ardiendo en venganza por la pérdida de los seres queridos, había jurado, que, si el



«¿Quién es éste que se levanta, semejante al vástago de un rey?»

tirano llegaba al alcance de su espada, no saldría vivo de sus manos.

En las tribulaciones que ahora se agolpaban en torno suyo, más densas cada vez, Macbeth no tenía ya el consejo de su amante esposa para fortalecerle. El castigo de sus maldades había caído sobre lady Macbeth. Su fuerte ánimo se había quebrantado, pues era presa de todas las torturas de un punzante remordimiento. Tremendas pesadillas turbaban su sueño, y, en ellas reproducía una y otra vez, la escena que tuvo lugar la noche del asesinato de Duncan. El doctor llamado para atenderla, no podía atinar la causa de la dolencia que parecía consumirla, pero la camarera mayor le dijo que, varias noches, había observado que la reina se levantaba durmiendo, y pronunciaba palabras extrañas y hacía cosas más extrañas aún. El médico resolvió observar por sí mismo lo que ocurría. Durante dos noches todo permaneció tranquilo, pero a la tercera, mientras estaba hablando con la camarera, entró lady Macbeth, cubierta con una bata, y llevando en la mano una vela encendida. Sus ojos estaban abiertos, pero evidentemente no veían; andaba dormida. Dejando la vela, comenzó a frotarse las manos, como si se las lavara, hablando entretanto en voz baja. Por sus frases entrecortadas era fácil adivinar la criminal escena que atormentaba su cerebro. Mezclados con palabras referentes al asesinato de Duncan, salían reproches a su marido por su falta de valor, y después referencias a otros crímenes... la muerte de Banquo, y la de la esposa del barón de Fife; y durante todo este monólogo la desventurada continuaba restregándose las manos; pero inútilmente..., nada podía devolverles su prístina limpieza.

—Todavía dura el olor de sangre; todos los perfumes de la Arabia no podrían suavizar esta manecita—gimió, como si el corazón se le partiese.

—¡Qué espectáculo!—exclamó el médico.—Ese corazón debe de estar inmensamente dolorido.

—Yo no quisiera tenerlo en mi pecho—dijo la dama,—ni aun a trueque de la dignidad del resto de su persona.

—Esta enfermedad es superior a mi práctica—observó el doctor;—sin embargo, yo he conocido a algunos que andaban

y hablaban durmiendo, y que han muerto santamente en su cama.

—¡Lavaos las manos; poneos el traje de dormir, y no estéis tan pálido!—murmuró lady Macbeth.—Os lo repito, Banquo está enterrado, y no puede salir de su tumba. ¡A la cama, a la cama! Llaman a la puerta. Venid, venid, venid, venid, dadme la mano. Lo que está hecho no puede deshacerse. ¡A la cama, a la cama!

Y con un gesto, como si estuviese alentando a alguna invisible persona que mostrase repugnancia hacia ella, lady Macbeth tomó de nuevo la vela y se retiró lentamente.

El grito de aquel incesante remordimiento, noche y día, era demasiado, aun para el indómito valor de lady Macbeth, y bien pronto habían de ser contados los días de su vida.

Macbeth mismo se hallaba poseído de un inexplicable frenesí. Algunos decían que estaba loco; otros, que no le odiaban tanto, llamaban a aquello delirio de bravura. Como quiera que fuese, lo cierto era que su excitación no reconocía ya freno, y que no podía dirigir su causa de una manera razonable. Con el corazón enfermizo, falto de toda esperanza, apelaba sin embargo a todo su valor, y estaba resuelto a luchar tenazmente hasta lo último, como un animal salvaje acorralado en sus últimas trincheras.

Las tropas inglesas, acaudilladas por Malcolm y Macduff, estaban ya próximas, y los nobles escoceses, con sus gentes, debían reunirse a ellas en la vecindad del bosque de Birnam. Desde allí, las fuerzas combinadas marcharían sobre el castillo de Dunsinane, donde residía entonces Macbeth, habiéndolo fortificado reciamente.

Los rumores del enemigo llenaban el aire, pero Macbeth, tranquilizándose con la predicción de las brujas, ordenó a sus gentes que no le llevasen más noticias.

—Hasta que el bosque de Birnam no se mueva hacia Dunsinane, no puedo experimentar temor—declaró.—¿Qué es el joven Malcolm? ¿No ha nacido de mujer? Los espíritus, que conocen todo lo referente a los mortales, me dijeron: «No temas, Macbeth; ningún hombre que haya nacido de mujer, tendrá poder sobre ti.»

Así, cuando un pálido y tembloroso mensajero trajo la nueva de que diez mil soldados ingleses marchaban sobre Dunsinane, Macbeth le impuso silencio con imprecaciones e injurias.

Pero pasado este acceso de rabia, cayó de nuevo en su abatimiento.

—Mi corazón desfallece—dijo;—he vivido bastante ya; mi vida ha caído ya en el otoño, con sus hojas amarillas; y lo que acompaña a la ancianidad, tal como honor, amor, obediencia, amigos, eso, no debo esperar el tenerlo; sino en su lugar, maldiciones, no dichas en alta voz, pero no menos profundas, mentido respeto, vano soplo que el pobre corazón quisiera rehusar pero no puede.

Después, sacudiendo su desaliento en un nuevo acceso de furia, increpó a sus hombres, dispuesto a oponer una enérgica resistencia, fuesen las que quisieran las fuerzas que venían contra él.

—No debo temer la muerte ni el destierro hasta que el bosque de Birnam no venga sobre Dunsinane—exclamó volviendo una vez más a buscar consuelo en la profecía de las brujas.

Trajéronle la noticia de la proximidad de los ingleses, y de que los nobles escoceses se agrupaban bajo el estandarte del joven príncipe. Pero él no quiso mostrar flaqueza.

—¡Enarbolad nuestras banderas en los muros!—gritó.—Dejadles que vengan. La fortaleza de nuestro castillo se ríe de un tan insignificante asedio; aquí permanecerán hasta que el hambre y la fiebre los desalojen.

En medio de estas belicosas órdenes, oyóse un grito de mujer en el interior del castillo, y Macbeth supo la triste nueva de la muerte de la reina. Por un momento quedó mudo de estupor. ¡Aquel era, pues, el final de sus maquinaciones y de su ambición! Pero en aquel momento, ni aun tiempo tenía para dedicarlo a la pena.

—¡Hubiera podido morir más tarde!—se dijo, con una amarga reflexión sobre la vanidad de la vida humana.—Siempre hubiera habido tiempo para semejante palabra. Mañana, y mañana, y mañana se deslizan con ese menudo paso, día por día, hasta la última sílaba del tiempo marcado, y la falaz lumbre del ayer ilumina al necio hasta que cae en la fosa. ¡Fuera, fue-

ra, efímera candela! La vida no es más que una moviente sombra, un pobre cómico que se pavonea y se agita en la escena, no volviéndosele a oir más. Es una historia dicha por un idiota, llena de sones y furia, pero que no significa nada.

Pero su soliloquio fué interrumpido; un mensajero se aproximó a él presuroso, con el semblante lleno de terror,

—¿Vienes a usar la lengua? ¡ea, cuéntame la historia que traes!

El soldado cayó de rodillas a los pies de Macbeth.

—Bondadoso señor, quisiera referir lo que yo he visto, pero no sé cómo decirlo.

—Bueno, di, amigo—dijo Macbeth impaciente.

—Acechando desde la montaña, miré hacia Birnam, y de pronto, parecióme que el bosque empezaba a moverse.

—¡Embustero y esclavo!—gritó Macbeth,—lívido de furor, arrojando al hombre al suelo.

—Que vuestra cólera contra mí dure, si no es así—persistió el mensajero.—A la distancia de esas tres millas podéis verlo moverse; como os digo, una moviente arboleda.

—Si es una falsedad, te haré colgar vivo del árbol más próximo hasta que el hambre te mate—dijo Macbeth.—Si has dicho la verdad, me tiene sin cuidado que hagas otro tanto conmigo.

Le faltó la resolución y comenzó a dudar de la falsía de los malignos espíritus que mienten a modo de verdad. «No temas hasta que el bosque de Birnam no venga sobre Dunsinane»—habían dicho. ¡Y ahora un bosque venía sobre Dunsinane!

—¡A las armas, a las armas, y afuera!—tronó Macbeth.—Si lo que ése ha afirmado es cierto, no veo la posibilidad de escapar ni la de permanecer aquí—pensó con el corazón desfallecido.—El sol comienza a atemorizarme, y quisiera que los fundamentos del mundo se desquiciaran.

Después, con un súbito recrudecimiento de furor:

—¡Sonad la campana de alarma! ¡Sopla, viento! ¡Ven, ruina! ¡Al menos muramos con la coraza sobre los hombros!

La extraña ocurrencia referida por el mensajero era realmente cierta, aun cuando la explicación fuese muy sencilla. Cuando las tropas inglesas y escocesas se reunieron en las inmediaciones del bosque de Birnam, con el propósito de ocul-

tar mejor a los soldados en su marcha sobre Dunsinane, Malcolm ordenó que cada soldado desgajase una rama y la llevase delante, con lo cual era imposible que pudiera contarse su número. A cierta distancia, aquella gran masa moviente de verde follaje, daba la perfecta ilusión de un bosque que avanzaba hacia Dunsinane.

La primera garantía de seguridad dada por las brujas, había fallado; Macbeth se asió a la segunda con desesperada confianza.

Por lo demás, y en todo caso, era ya demasiado tarde para emprender la retirada; era preciso mantener la lucha a todo trance, y vencer o perderse para siempre.

—Me han atado al poste—exclamó.—No puedo huir, pero, semejante al oso, me defenderé acorralado. ¿Quién será el que no ha nacido de mujer? A ése debo temer y a nadie más.

En su furiosa acometida en el campo de batalla, encontróse bien pronto frente a uno de los jefes ingleses, el cual cayó bajo su espada. Macbeth lanzó una carcajada de triunfo, sintiéndose seguro; no temía arma alguna que blandiese cualquier hombre nacido de mujer.

Pero la hora había sonado en el reloj del destino. Macduff, despreciando a los campesinos asalariados que encontraba a su paso, buscaba por todas partes a Macbeth, determinado a dar muerte al tirano o a no emplear su espada contra otro enemigo. Y lo encontró por fin.

Pero Macbeth pareció querer evitar el furioso reto.

—De todos los hombres, eres tú el que quisiera evitar. Pero retrocede; mi alma está demasiado cargada ya con sangre tuya.

—No tengo palabras; mi voz es mi espada—replicó Macduff.

Lucharon, y durante algún tiempo ninguno llevó la ventaja. Entonces Macbeth le dijo a Macduff que estaba perdiendo el tiempo, pues le sería más fácil con su espada lastimar al aire que herirle a él. Su vida dependía de un encanto que no podía deshacer hombre alguno nacido de mujer.

—¡No esperes en tu encanto!—exclamó Macduff;—y un momento después conoció Macbeth que las brujas le habían hecho víctima de un doble engaño, pues su segunda esperanza había fallado... Macduff proclamó que su nacimiento había

sido diferente del de los ordinarios mortales, así que, en cierto modo, podía decirse que jamás había nacido.

—¡Maldita sea la lengua que me lo revela—exclamó Macbeth,—pues ello ha vulnerado mi más noble parte de hombre! ¡Y jamás sean creídas aquellas diabólicas impostoras, que nos tergiversan con doble sentido, que deslizan la palabra de pro-



«Vamos, pues, Macduff»

mesa en nuestro oído, y la quiebran en nuestra esperanza! ¡No quiero luchar contigo!

—¡Entonces ríndete, cobarde!—le escarneció Macduff,—y vive para ser la mofa y el baldón de los tiempos! Te tenemos ya, y te pondremos, como esos monstruos pintados en un cartelón, con un letrero debajo: «Aquí podéis ver al tirano.»

Estas palabras produjeron en los decaídos nervios de Macbeth un nuevo furor. Desesperado y desesperante, infligió una postrera provocación a su enemigo.

—No quiero rendirme para besar el suelo ante los pies del joven Malcolm, y ser blanco de la maldición del populacho. Aun cuando el bosque de Birnam haya venido a Dunsinane, y tú me ataques, no siendo nacido de mujer, quiero probar hasta lo último. Vamos, pues, Macduff, y maldición al primero que grite: ¡Tente, basta!

La batalla había terminado, y cuando los generales victoriosos se reunieron en el campo, tambor batiente y banderas

desplegadas, se presentó Macduff trayendo la ensangrentada cabeza de Macbeth, y saludando al joven príncipe Malcolm como rey de Escocia.

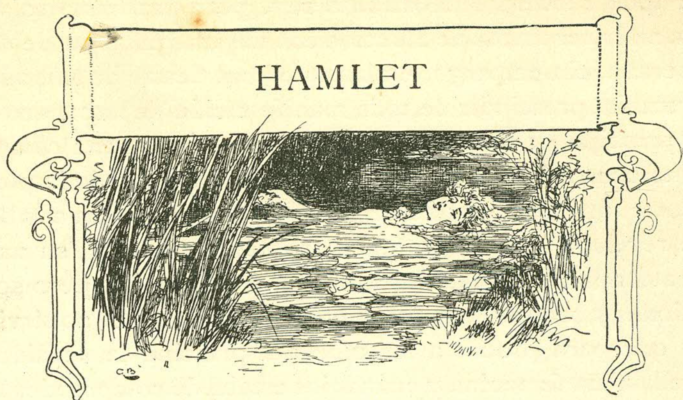
—¡Salve, rey!, pues lo eres. Ante ti está la maldita cabeza del usurpador; el reino está libre. ¡Salve, rey de Escocia!

Y las trompetas sonaron, y un inmenso clamor atronó el espacio:

—¡Salve, rey de Escocia!



«El bosque empezaba a moverse»



UNA APARICIÓN A MEDIA NOCHE

Grande fué el sentimiento que causó en Dinamarca la súbita y misteriosa muerte del rey Hamlet. El sucesor a la corona, el joven príncipe Hamlet, estaba a la sazón en Alemania, haciendo sus estudios en la universidad de Wittenberg, y antes de que pudiese regresar a la corte, ya su tío Claudio, hermano del difunto rey, había usurpado el trono y llevado tan adelante su audacia, que había convencido a la reina viuda Gertrudis que se casara con él antes de transcurridos dos meses de la muerte de su marido.

Al llegar a Dinamarca, Hamlet ya bastante afligido por la noticia del fallecimiento de su padre, había de sufrir otro golpe no menos fatal con la noticia del precipitado matrimonio de su madre. En su carácter de hombre bien nacido, parecíale increíble un hecho semejante, pues no sólo había demostrado siempre la reina Gertrudis gran adhesión a su primer marido, sino que además los dos hermanos eran tan diferentes tanto en sus cualidades físicas como morales, que con dificultad podía creerse que el que conociera al noble rey Hamlet, pudiese apreciar al vil y despreciable Claudio.

Ahora bien, el rey Claudio usurpó todos los derechos de soberanía y aspiraba a captarse el aura popular adulando y repartiendo favores a cuantos le rodeaban. Hubiera querido bo-

rrar todo recuerdo del difunto rey, pero era harto solapado para no hacer alarde de aflicción con fingidas palabras de dolor. Esperaba, sin embargo, en las próximas fiestas de su boda con Gertrudis, prescindir de toda manifestación de luto; pero el joven príncipe Hamlet adoptó otra línea de conducta completamente contraria. En medio del general regocijo de la plebe y la corte, apareció vestido de riguroso luto y con un semblante que revelaba la más profunda tristeza. Gertrudis, su madre, intentó apartar a Hamlet de su estado de ánimo; pero sus reflexiones y cuanto el convencionalismo le sugirió, no sirvieron más que para probar a los ojos del príncipe la sordidez de aquella alma femenina y cuán lejos estaba de comprender lo razonable del sentimiento de su hijo. Rogóle pues la reina que depusiese su melancólica actitud y mirase con amistoso rostro a su tío, diciéndole:

—Ea; no malogres el vigor de tu espíritu buscando sin cesar, con abatidos párpados, a tu noble padre entre el polvo: no ignoras, que es ley inmutable de la naturaleza; cuanto vive ha de morir; la vida en la tierra no es sino un pasaje para la eternidad.

—Si, señora; lo sé bien—replica Hamlet.

—Pues, si es así—arguye la reina—¿a qué aparentar tan particular y extraño sentimiento?

—¿*Aparentar*, señora? no;—replica Hamlet con noble indignación:—yo no sé de apariencias.—Y empieza a protestar diciendo que no es el negro manto, ni el obligado traje de luto riguroso, ni los profundos suspiros, ni el abundante raudal de las lágrimas, ni el semblante abatido y melancólico, ni todo el conjunto de exteriorizaciones y muestras de dolor, lo que revela fielmente el estado del ánimo.—Apariencias verdaderamente son todas estas cosas, puesto que el hombre las puede fingir; pero lo que yo llevo aquí, dentro de mi pecho, no es comparable a señal alguna de estas, que no son más que atavíos y adornos del dolor.

Tomó entonces la mano el rey e hizo una larga perorata intentando convencer a Hamlet del deber que le incumbía de velar por sí mismo y por su salud, recordando que la muerte del padre es para un hijo un acontecimiento usual que no ha

de afligirle en demasía: todos los padres mueren tarde o temprano; es ley inviolable de la naturaleza, por lo cual comete un crimen contra el cielo y va contra la razón el que se lamenta de lo que por necesidad ha de suceder. Para un hijo como Hamlet que amaba entrañablemente a su padre, este frío razonamiento era un motivo de atroz tortura, y cuando Claudio le exhortó a sepultar en la tierra su inútil sufrimiento y que le considerase a él como a padre, el joven príncipe horrorizóse al oir semejantes reflexiones. «Porque tú, como ya sabe todo el mundo, eres la persona más allegada a nuestro trono», añadió Claudio en tono de solemnidad y paseando una triunfal mirada entre los cortesanos que estaban presentes. Todos asintieron, sin que ninguno se atreviese a insinuar que el hijo de su último rey era su legítimo gobernante.

Al enterarse por menudo Hamlet de cuanto había ocurrido, no quiso quedarse en su país natal, sino que por el contrario, determinó volverse a Wittenberg a continuar sus estudios; pero cediendo a las instancias de su madre y de su tío que le aconsejaban que se quedase en Dinamarca, pensó hacerlo así.

A pesar de la alegría y regocijo que el nuevo rey intentaba imponer a sus súbditos, respirábase por doquiera un ambiente de intranquilidad. Empezaron a oirse rumores de próxima guerra. El difunto rey había sido un valiente guerrero y tenido victoriosamente a raya la ambición del vecino Estado de Noruega, cuyo rey Fortimbrás había retado en desafío al rey Hamlet, habiendo experimentado la más vergonzosa derrota y perecido él mismo, cayendo algunas de sus tierras en poder de Dinamarca. A la muerte, pues, de Hamlet, creyendo el joven Fortimbrás llegada la ocasión de tomar el desquite, ya por la posibilidad de que el país anduviese revuelto en divisiones políticas, ya por la menguada opinión que tenía de las cualidades del nuevo soberano; quiso recobrar algunas de las posesiones que su padre perdiera, y a este objeto juntó un ejército de libertinos, dispuestos a cualquier empresa, por arriesgada que fuese y preparóse para invadir el país. Al oir tales noticias hizo también Dinamarca sus preparativos para la defensa; día y noche trabajábase en la construcción de buques

y en la fundición de cañones, y ejercíase una severa vigilancia para impedir cualquier asalto o irrupción de los invasores.

No era, empero, el miedo del enemigo exterior lo que traía inquietos a los oficiales de la corte de Dinamarca: un raro y extraño suceso había tenido lugar, y mucho se temían que iba a tener fatales consecuencias para el reino. Estando de guardia los oficiales Marcelo y Bernardo en la explanada delante del alcázar de Elsenor, aparecióles la sombra del difunto rey, en figura idéntica a la que tenía en vida, armado de punta en blanco tal como cuando peleara contra Fortimbrás de Noruega. Por dos noches consecutivas se les apareció la sombra, pasando tres veces por delante de ellos lenta y majestuosamente, y ellos trémulos y anonadados de espanto, quedaron mudos sin osar decirle una palabra. Con gran secreto dieron cuenta del suceso a Horacio, condiscípulo y gran amigo del joven príncipe, y Horacio a la tercera noche quiso hacer la guardia en su compañía para ver si sucedía el fenómeno por tercera vez, y así fué, pues a la hora de las dos noches anteriores apareció de nuevo la sombra. Dirigiósele Horacio suplicándole que expusiese el motivo de su aparición: al principio la sombra negábase a contestar; después pareció que levantaba la cabeza y que hacía un ademán como disponiéndose a hablar, pero en aquel momento cantó el gallo, y a manera de un reo a quien llama el juez, la sombra estremecida de espanto, desapareció de su vista.

Por consejo de Horacio acordaron dar parte al joven príncipe, de cuanto habían visto, insinuándole que aquel espíritu que permanecía mudo en presencia de ellos, quizá querría hablarle a él. Atónito quedó Hamlet al oir el relato de los oficiales, y resolvió hacer él aquella noche la guardia, con el firme propósito de si la sombra tomaba de nuevo la figura de su difunto padre, hablarla e increparla, aunque todas las potestades infernales le obligasen a callar. Suplicó a los oficiales que guardasen secreto sobre lo que habían visto y lo que pudiese suceder después, y despidióse de ellos hasta entre once y doce de la noche en que iría a verlos en la explanada.

Efectivamente, a la hora dicha estaba Hamlet en su pueso, y pocos minutos después que diera el reloj las doce, apa-

reció la sombra. Grandemente sorprendido, pero no por esto menos deseoso de saber por qué el espíritu de su padre no descansaba tranquilo, y a qué obedecían sus visitas a este mundo, suplicó Hamlet a la sombra que le revelase la causa de todo esto.

—¡Oh espíritu, quienquiera que seas! —dice Hamlet.—Dime ¿qué significa esto? ¿a qué razón obedece? ¿qué es lo que quieres de nosotros?

La sombra no contestó, pero hizo una seña a Hamlet que le siguiese, como si deseara hablarle a solas.

—Mirad con qué cortés ademán os llama a un sitio más retirado—dice Marcelo;—pero no vayáis allá.

—No, no vayáis con él—dícele Horacio.

—Puesto que no me quiere hablar, no puedo menos de seguirle—replica Hamlet.

—No lo hagáis, señor—insiste Horacio.

—Y ¿por qué no? ¿qué hay que temer?—objeta Hamlet.—Yo no aprecio mi vida en lo que vale un alfiler, y en cuanto a mi alma, ¿qué podrá él contra ella, siendo como él, un espíritu inmortal? Otra vez me convida por señas a seguirle... Voy tras él...

De nuevo hicieron sus compañeros cuanto estuvo en su mano para impedir que le siguiese; llegaron hasta a asir de él, pues temían que el misterioso visitante indujese a Hamlet a atentar contra su vida; pero Hamlet se zafó de ellos, y obstinado en obedecer a la sombra, rogóle que echase a andar, que él la seguiría.

Síguela, pues, y condúcele la sombra al sitio más solitario de los antemuros, decidiéndose por fin a dirigirle la palabra. Dícele que es verdaderamente el alma de su padre, que está condenada, por algún tiempo, a andar errante de noche y sufrir de día varias penas para purgar las culpas que en vida cometiera: dicho esto, intimóle que vengara su muerte, diciéndole:

—¡Si amaste alguna vez a tu padre, toma venganza del aleve y monstruoso asesinato de que ha sido víctima!

—¡Asesinato!...—murmura Hamlet.

—Sí; asesinato y horrible cual lo es siempre, aun en las

más disculpables circunstancias; pero en las mías, el más horrendo, peregrino y monstruoso asesinato—contesta enfáticamente la sombra.—Escucha, Hamlet, escucha (prosigue la sombra); corrió el rumor de que, estando yo dormido en mi jardín, me había mordido una víbora, y así todo el pueblo de Dinamarca cree, groseramente engañado, en el fabuloso relato de mi muerte; sábete, empero tú, noble mancebo, que la serpiente que mordió a tu padre, ciñe actualmente la corona de Dinamarca.

—¡Ah! me lo decía el corazón... ¡Mi tío!—exclama Hamlet.

—¡Sí!—añade la sombra, y desátase en tremendas invectivas contra el perverso Claudio, quien después de haber dado muerte a un hermano, valióse del prestigio de su ingenio y de pérfidas trazas, y logró cautivar el corazón de la reina viuda.—¡Oh Hamlet! ¡qué degradación fué la suya!—dice lamentándose la sombra de que hubiese la reina obrado tan injustamente, teniendo en cuenta lo inferiores que eran las prendas naturales de Claudio a las suyas.

—Durmiendo yo, pues, en mi jardín (sigue diciendo la sombra), según era mi costumbre después del mediodía, vino tu tío sigilosamente hacia mí, con un pomo lleno de jugo de beleño y lo destiló en mis oídos. Los efectos de este veneno fueron rapidísimos causándome una horrible muerte; por lo cual, hijo mío, querido Hamlet, véngate del asesino; pero no contamines tu corazón, intentando daño alguno contra tu madre; abandónala al cielo y a las espinas del remordimiento que anidan en su pecho y que la herirán y atormentarán. Ea, pues, adiós: la luciérnaga, con su impotente fuego próximo a amortiguarse, anuncia que se acerca el alba. ¡Adiós, adiós, Hamlet! ¡Acuérdate de mí!

—¡Que me acuerde de ti!—exclama Hamlet.—¡Ah, sí, alma desventurada; mientras aliente en mi espíritu la memoria, tú estarás en ella!..—Aun estaba hablando Hamlet cuando la visión fué desapareciendo, y allá a lo lejos, en el horizonte que limitaba la recta línea de la superficie del mar, asomó un rayo de luz que partía del Oriente y anunciaba la salida del día.

—¡Que me acuerde de ti!... (prosiguió diciendo Hamlet). Sí; borrar quiero del registro de mi memoria cualquier re-

cuerdo vulgar y liviano que en él anide; todas las sentencias de los libros, todas las formas, todas las impresiones pasadas que en él han estampado la juventud y la observación. Sólo tu mandamiento quedará grabado en las páginas del libro de mi cerebro, sin mezcla de escoria alguna. Sí, ¡el cielo me es testigo!... ¡Oh tú, infame, infame, risueño y criminal infa-



«Durmiendo yo en mi jardín»

me!... ¡Ah, mi cuaderno de memorias!... Habré de anotar en él que puede darse el caso de que un malvado sonría y sonría, siendo un criminal redomado; por lo menos, seguro estoy de que puede suceder esto en Dinamarca: así, pues, aquí estás tío (dice apretando con las manos el cuaderno): Ahora, a mi consigna, que es: *¡Adiós, adiós, acuérdate de mí!* Lo he jurado.

Llegaron entonces Horacio y Marcelo a toda prisa, alarmados creyendo que algo podía haberle pasado al joven príncipe. Halláronle en una extraña disposición de ánimo. Lo que le confiara la sombra, le hizo tal impresión, que de momento quedó como atontado, y no sabiendo qué hacer, si comunicarlo a sus compañeros o guardar reserva; pero resolvió lo segundo, por lo que respondió con evasivas a sus preguntas y los despidió de buena manera.

—¿Qué ocurre, noble señor?—pregúntale Marcelo.

—Señor ¿qué nuevas hay?—dícele Horacio.

—¡Oh! maravillosas...

—Explicaos, mi buen señor—prosigue Horacio.

—No, que lo divulgaríais—objeta Hamlet.

—Yo, no, señor; os lo juro (dice Horacio). Ni yo tampoco, señor (dice Marcelo).

—¿Qué os parece? ¿Pudiera caber jamás en entendimiento que... Pero ¿guardaréis el secreto?

—Os lo juramos por el cielo, señor—responden a una voz Horacio y Marcelo,

Da entonces Hamlet a su voz un tono de misteriosa solemnidad y prosigue:

—No hay en toda Dinamarca un infame... que no sea un bribón de marca.

—¿Eso os dijo la sombra, señor? Para decir esa vulgaridad, no hace falta que ningún espectro salga de la tumba—dícele Horacio molestado por la falta de confianza de Hamlet.

—Sí, sí... es verdad... tienes razón—dice Hamlet.—Así, pues, creo conveniente que, sin más rodeos, nos demos un apretón de manos y partamos cada cual a donde sus quehaceres o su capricho le llamen, porque... ¿quién no tiene sus caprichos?... Por mi parte, pobre de mí, ya lo veis; me voy a rezar.

—Vuestras palabras no concuerdan señor;—dícele Horacio;—me parece que deliráis.

—Siento haberos ofendido con mis palabras; sí, lo siento, me duele en la mitad del alma—dice Hamlet.

—¿Ofensa?... Ninguna, señor—afirma Horacio.

—¡Oh, sí, por San Patricio! Hay una ofensa, y grave ofensa por cierto...—replica Hamlet, aludiendo (sin entenderlo Horacio) al crimen de su tío.—Por lo que toca a esta sombra, es un espíritu honrado (permitidme que os lo diga): en cuanto a vuestro deseo de saber lo que hemos hablado la sombra y yo, reprimidlo como mejor podáis. Y ahora, queridos amigos, ya que sois tales para mí y además compañeros de estudios y de armas, me haréis un favor: así lo espero de vuestra amistad.

—Decid, señor—dice Horacio.

—No hagáis uso alguno de lo que habéis presenciado esta noche.

—Así lo haremos, señor—responden Horacio y Marcelo,—no saldrá de aquí.

—Bien está—dice Hamlet,—pero juradlo por mi espada.

Al decir esto, óyese como que saliese de bajo tierra una cavernosa voz que dice: «¡Jurad!»

Por dos veces cambiaron de lugar y cada vez se oyó la misma voz que con acento cavernoso, decía: «¡Jurad!»

—¡Pardiez, que es prodigiosamente extraño!...—exclama Horacio.

—Pues, por lo mismo que es extraño, dale acogida—dice Hamlet.—Muchas cosas hay en el cielo y en la tierra, Horacio, en las que no soñó siquiera la filosofía.

Hízoles entonces jurar que por más extravagante y raro que fuese su modo de proceder, y aunque en lo sucesivo creyese conveniente adoptar maneras disparatadas; ellos no sólo no habían de dar a entender que sabían algo de él, con palabras o signos, pero ni con expresiones ambiguas o sonrisas pretenderían explicar su extraño modo de obrar.

—¡Jurad!—volvió a repetir la sombra debajo tierra.

—¡Ea!, sosiégate, ánima en pena, sosiégate—dice Hamlet. Y sus compañeros hacen el juramento exigido.—Ahora, amigos míos (prosigue Hamlet), entrégome a vosotros y a vuestra confianza, desde lo más íntimo de mi alma. Desde ahora y con la ayuda de Dios, podéis contar con todo cuanto un hombre tan mísero y desdichado como Hamlet pueda hacer por vosotros para probaros su afecto. Ahora, partamos juntos, y tened siempre, os lo suplico, el dedo en los labios. Nuestro siglo está desconcertado: ¡oh!, maldita suerte la mía, de haber nacido para ponerlo en orden! ¡Ea!, salgamos juntos de aquí.

OFELIA

Era, a la sazón, gran Chambelán (1) de la corte de Dinamarca un anciano, por nombre Polonio, consejero cuyas canas le

(1) Camarlengo, gentilhombre de cámara. El Gran Chambelán de Inglaterra (Lord Chamberlain) es un oficial de la corona, que asiste al rey en el día de su coronación, siendo de su incumbencia estar al frente del ceremonial en el palacio de Westminster y en la Cámara de los Lores.—*(N. del T.)*

hacían respetable, cerebro lleno de dichos y aforismos, hombre muy pagado de sí y de su penetración y talento que creía poseer en grado superlativo. De conciencia acomodaticia, sabía prescindir de las leyes cuando el código no se avenía con sus intentos, y hallaba siempre explicación satisfactoria para todas las cosas, por extrañas que fuesen. Al hablar, tenía, a las veces, conceptos luminosos, pero en general se hacía pesado a los que le oían, por su prosa moralizadora, y en realidad era muy a menudo, una verdadera pesadilla.

Polonio tenía dos hijos; Laertes, apuesto y fogoso mancebo, y Ofelia, bella y graciosa joven.

Según costumbre de los hidalgos de aquellos tiempos, deseaba Laertes correr mundo, por lo cual, terminadas las fiestas de la coronación de Claudio, pidió permiso para regresar a Francia, de donde viniera con el solo objeto de ofrecer sus respetos al nuevo rey. Sabedor Claudio de que Polonio le había dado su consentimiento, dióselo también él, aunque mal de su grado, y dispúsose Laertes a partir en seguida.

Los corazones de Ofelia y el joven príncipe Hamlet estaban unidos por un vínculo de tierno afecto, ya desde la infancia, en la que el niño príncipe, único en la familia, no había tenido hermanos ni hermanas con quienes comunicar sus infantiles cuitas, y sólo más tarde había compartido su afecto con sus íntimos amigos y compañeros de escuela Rosencrantz y Guildenstern. Creció, pues, con los años el amor de Hamlet y Ofelia, no sin complacencia de la reina Gertrudis, que en su amor hacia la gentil muchacha, hubiera deseado verla esposa de su hijo. Sin embargo, no había mediado promesa alguna de matrimonio, por más que Hamlet sentía un verdadero amor hacia la joven y se lo manifestaba con regalos y verdaderas galanterías. En cuanto a Ofelia, estaba completamente prendada de Hamlet, lo cual no tenía nada de extraño, pues el joven príncipe brillaba entre todos sus compañeros como el sol entre todos los demás astros, por su incomparable gracia y hermosura, su gallardo porte y la nobleza de su alma; su destreza en el manejo de las armas, su agudeza de ingenio, junto a una grande aplicación al estudio y sus maneras distinguidas hacían de él el prototipo del soldado, del escolar y del cortesano, sin

que todo esto disminuyese en él la cordialidad para con sus amigos y camaradas. ¿Qué extraño, pues, que se captara el amor de una joven tan cándida como Ofelia y la benevolencia de un amigo tan leal como Horacio?

Ofelia, en la tranquila simplicidad de su carácter había correspondido sin reparo alguno al amor de Hamlet; pero Laertes, con su gran experiencia del mundo, no acababa de creer en las formales intenciones del príncipe, y aun la víspera de su regreso a Francia amonestó a su hermana a que no se entregara tan incondicionalmente al afecto de Hamlet, y le manifestó su opinión de que las demostraciones de amor del príncipe no eran sinceras, sino más bien caprichos y pasatiempos, cosa muy dulce, sí, pero no duradera.

—¿Nada más tienes que decir?—replicó seriamente Ofelia.

—Nada más, y reflexiónalo bien—respondió Laertes con aplomo.—Es posible que ahora te ame sinceramente, pero ¡ah inocente Ofelia!, piensa en la desigualdad de la posición y que no siempre será Hamlet dueño de su acciones, sino que se impondrá la razón de Estado: las personas reales no pueden escoger por sí mismas el enlace, sino que se deben al pueblo, y en éste y en otros asuntos han de anteponer a su deseo lo que parece más conducente a la prosperidad y bienandanza de la nación.

—Oprimido quedó el corazón de la pobre Ofelia al oir las palabras de su hermano y ella le prometió humildemente tener en cuenta sus advertencias. Llegó en aquel momento Polonio y despidió a su hijo, dándole prudentes consejos de como había de portarse en el extranjero.

—¡Adiós querida Ofelia! —dícele Laertes, despidiéndose—ten muy presente lo que te dije; adiós.

—¿Qué es lo que te dijo Laertes?—preguntó Polonio a Ofelia.

—Con vuestro perdón lo diré. Cosas referentes al príncipe Hamlet.

—¡Ah! y por cierto que es oportuno este recuerdo—dice el anciano: y prosigue sermoneándola por el estilo de Laertes.

En contestación a la doctrina que le diera el anciano, dícele Ofelia que de algún tiempo a aquella parte, Hamlet le ha

Metafora simil
sentencias, ironia, satira

hecho mil protestas de afecto y ofertas de amor que por ella siente. Pero Polonio, al igual que Laertes, desconfía de la formalidad y seriedad de Hamlet, creyendo que es puro fingimiento de parte del príncipe; manda por consiguiente a su hija que no prodigue sus entrevistas con Hamlet y que más bien las evite cuanto pueda.

—Obedeceré, señor—contesta sumisamente Ofelia.

Nunca se le había ocurrido contrariar la voluntad de su padre. Ella amaba sinceramente, pero no tenía suficiente presencia de ánimo para hacer frente a la oposición: al descargar, pues, su furia la tempestad, bajó la cabeza, como frágil caña y fué barrida por el vendaval sin oponer resistencia.

DULCES CAMPANAS, TAÑIDAS SIN CONCIERTO

Obedeciendo a los mandatos de su padre, empezó Ofelia a retraerse de Hamlet; dejaba sin contestación sus cartas y evitaba cuanto podía su presencia. Obsesionado como estaba el espíritu de Hamlet a raíz de la aparición de la sombra de su padre, podíase dudar de que aquel cambio de conducta llegase a ser duradero; pero cuando le pareció que se le eclipsaba toda su dicha y que ya nada fijo y estable había para él en el mundo, fué para él un golpe mortal al ver que aun la mujer objeto de su amor, parecía escoger aquel momento para retirarle su simpatía y afecto. Ante la sombra de su padre jurara Hamlet desterrar de su entendimiento toda idea que no fuese de venganza; por lo cual, su amor hacia Ofelia había de ocupar un lugar secundario en su espíritu; pero no era cosa tan hacedera como podía parecer a primera vista, aunque se esforzaba por conseguirlo: y de aquí la constante lucha de su espíritu dudando siempre entre el deber y el afecto. Hallábase Hamlet en la abrumadora situación del que no puede sobrellevar la carga que se ha impuesto: sabía su deber, y se veía impotente para cumplirlo: revolvía una y otra vez el mismo pensamiento; reflexionaba sobre los problemas y dificultades de la vida; podía pensar, sufrir, echar planes; pero no veía la manera de realizarlos: entretanto pasaba el tiempo, y no había tomado resolución alguna práctica. Tenía constantemente ante

sus ojos la hipócrita y aduladora sonrisa del usurpador de la corona paterna: veíase asimismo arrojado del trono que legalmente le pertenecía y hecho vil súbdito del usurpador, él, a quien, muerto su padre, incumbían todos los derechos de sucesor legítimo. Pero, la misma suavidad y nobleza de carácter había de ser la causa de la ruina de Hamlet. Un temperamento rudo y salvaje de los que van derecho y sin rodeos a su objetivo, sin preocuparse poco ni mucho de las dificultades que puedan salir al paso, hubiera salido ciertamente airoso de una situación como la de Hamlet; pero su noble y bien templado espíritu no era de los que gobiernan los acontecimientos humanos.

La perpetua turbación y perplejidad en que se hallaba sumido y la amarga conciencia de su falta de resolución, obraron en el joven príncipe un gran cambio. Ajeno completamente a la atmósfera de la corte de Dinamarca, adoptó un extraño modo de vida, el más a propósito, empero, para ocultar las tempestades de su espíritu; hurtábase a la hipocresía y fingimiento de los cortesanos y tenía una especie de gusto, nacido de su misma amargura, en hacer el despreocupado y emplear expresiones adustas y al vuelo.

Pero a lo mejor olvidábase de sí mismo y deponía esta capa de excentricidad: en el trato con sus antiguos amigos era siempre un cordial y afectuoso compañero y, para con el pueblo bajo, un modelo de príncipes afable y benigno.

Muy intrigados andaban el rey y la reina por este cambio de Hamlet, no pudiendo figurarse a qué obedecía, como no fuese la muerte de su padre. Enviaron, pues, a buscar sin pérdida de tiempo dos de sus amigos de infancia para que con halagos y caricias indagasen qué era lo que traía al príncipe tan ensimismado. Rosencrantz y Guildestern prometieron hacerlo así, y la reina dispuso que fuesen traídos a presencia de Hamlet.

Entretanto el anciano Polonio creía haber ya resuelto satisfactoriamente el problema de la locura de Hamlet, y fué con aire de triunfo a participar su descubrimiento a los soberanos. Como era hombre que no sabía hablar sin excederse en las palabras, fué imposible que narrara sucintamente el hecho y así, tras largos rodeos, vino finalmente al punto de la cues-

tión, el cual era: que Hamlet se había vuelto loco porque Ofelia había rechazado su amor. Polonio estaba seguro de ello, y los hechos lo confirmaban: buen cuidado tuvo de relatar el proceso de la enfermedad de Hamlet sin omitir detalle alguno de los que (dicho sea de paso) no existían sino en la imaginación del anciano chambelán. Sacó, además, Polonio una especie de carta que Hamlet escribiera a Ofelia, y se ofendió al observar que los soberanos parecían no estar completamente de acuerdo con él acerca del asunto.

—¿Ha sucedido jamás (holgaríame de saberlo) que yo haya dicho rotundamente «esto es así» y haya resultado lo contrario?—preguntó Polonio.

—Nunca que yo sepa—respondió el rey.

—Pues si otra cosa fuese, separad esto de esto—añadió Polonio, señalando sucesivamente su cabeza y sus hombros.—Con tal que las circunstancias me guíen, yo descubriré la verdad, dondequiera que se oculte.

—¿Y no habría otro medio para comprobarlo?—preguntó el rey.

Respondió Polonio que bien sabían que Hamlet se paseaba a menudo cuatro horas seguidas por la galería contigua a la sala en donde se hallaban, y sugirió la idea de mandar en aquella ocasión a Ofelia para que le hablase: él, con el rey se ocultarían detrás de los tapices para observar lo que hacía el príncipe y espiar todos sus gestos y oir sus palabras.

—Si él no la ama—añadió Polonio—y no es ésta la causa de su locura, quitadme el cargo que desempeño en vuestra corte y ponedme a cortijero o guardador de yuntas en una de vuestras reales posesiones.

—Bueno; haremos la prueba—dijo el rey.

—¡Ved qué triste viene, leyendo, el desventurado!—dijo la reina, al ver a Hamlet entrar en la galería con los ojos fijos en un libro que tenía abierto en la mano.

—¡Retiraos los dos, retiraos!—exclamó con resolución Polonio.—Voy a hablarle ahora mismo.

—¿Cómo va su Alteza, señor Hamlet?—dícele Polonio al llegar a él.

—Bien, a Dios gracias—responde Hamlet fríamente.

—¿Que no me conocéis, señor?—añade Polonio en el mismo tono de socarronería.

Levanta entonces, el joven príncipe, los ojos del libro y dice, mirando a Polonio de pies a cabeza:

—¡Vaya si os conozco! Sois un pescadero.

—Os equivocáis, señor—dice Polonio,—algo desconcertado.

—Pues, ¡ojalá fueseis un hombre tan honrado!

—¿Honrado?...—dice admirado Polonio.

—¡Ah, señor! ser honrado, tal como está hoy el mundo, equivale a ser escogido uno entre diez mil—replica Hamlet.

—Es mucha verdad, señor—dice Polonio,—en tono de quien reconoce la verdad de la sentencia.

Mal librado saliera Polonio de esta lucha de ingenio; a pesar de lo cual intentó un nuevo ataque. Entretanto Hamlet había vuelto a fijar sus ojos en el libro, y Polonio le pregunta:

—¿Qué estáis leyendo, señor?

—Palabras..., palabras..., palabras...—responde el joven príncipe, en tono de pesadumbre.

—¿De qué se trata?

—¿Entre quiénes?—pregunta Hamlet.

—Quiero decir; ¿de qué trata lo que leéis?

—Calumnias, señor—dice Hámlet, mirando de hito en hito a su interlocutor y como si quisiese mostrarle el pasaje del libro que lee.—Ese truhán de satírico dice aquí, que los viejos tienen la barba canosa y el cutis lleno de arrugas, que su seso está vacío y que sienten gran debilidad en las piernas; todo lo cual, aunque me parezca grandísima y palmaria verdad, encuentro muy feo que lo pongan aquí en esos términos, porque vos mismo vendríais a tener mi edad si pudieseis andar hacia atrás como los cangrejos.

—A pesar de que cuanto dice es un desatino, no deja de haber ilación en ello—dice aparte Polonio.—Queréis pasear, señor (prosigue Polonio) al abrigo del aire?

—Sí, dentro de mi tumba.

—¡Pardiez!, allí sí que estarías al abrigo del aire...—murmura Polonio, pensando luego dejar a Hamlet y disponerse a facilitar el proyectado encuentro con su hija. Dice, pues, al príncipe:

—Ahora respetable señor, dadme, si os place, licencia para despedirme de vuestra alteza.

—Nada puedo daros tan de mejor gana; os doy esto y cuanqueráis—replica Hamlet haciendo una profunda reverencia—después de la cual, añade en tono de desesperación: «excepto mi vida..., excepto mi vida..., excepto mi vida.»

—Quedad, pues, con Dios, señor—dice Polonio;—y al volver la espalda, dice entre dientes Hamlet:—¡Qué fastidiosos son estos viejos mentecatos!...

Con gusto hubiera seguido Hamlet riéndose a expensas del flamante chambelán; pero en cuanto asomaron Rosencrantz y Guildestern, volvió a ser el de siempre, el cordial amigo y camarada de mejores tiempos: acogiólos, pues, con aquella su antigua efusión que no cedía en nada al encanto de los más distinguidos mortales. Todo hubiera ido como una seda (como vulgarmente se dice) si ellos se hubiesen presentado con verdadera llaneza, pero a la gran penetración y perspicacia de Hamlet no escapó que había segundas intenciones en su visita a Elsenor, y así les hizo confesar que ésta no obedecía al sólo deseo de verle, sino que venían enviados del rey y de la reina: sonsacado que hubo de ellos la verdad de sus intenciones, recelóse de ellos y resolvió no soltar prendas. Díjoles que podían libremente exponerle la causa por la cual habían sido enviados y que así no habían de tener miedo de quebrantar el secreto cerca del rey y la reina.

—De poco tiempo acá, sin que yo comprenda la razón de ello—dice Hamlet,—he perdido por completo la alegría, he abandonado todas mis habituales ocupaciones y, a decir verdad, ha cargado sobre mí la melancolía en tanto grado, que esta admirable fábrica, la tierra, me parece un estéril promontorio, y ese magnífico dosel de los cielos, ese espléndido firmamento que vemos suspendido sobre nosotros, esa majestuosa bóveda tachonada de ascuas de oro; todo esto no me parece más que una abominable y pestilente acumulación de vapores. ¡Qué grande obra maestra es el hombre!, ¡cuán noble por su inteligencia!, ¡cómo es infinito su poder!, ¡cuán maravilloso y proporcionado en su forma y movimientos!, ¡cuán parecido es, en sus acciones, al ángel!, ¡cómo se asemeja a Dios por su in-

ligencia! ¡El es verdaderamente lo más bello del mundo, el tipo más perfecto de los seres animados! Y, sin embargo, ¿qué es para mí esa quinta esencia del polvo? No, no me gusta el hombre; ni la mujer tampoco, por más que con vuestra sonrisa me deis a entender que no lo creéis.

—Señor, puedo aseguraros que no me pasaba tal cosa por el pensamiento—dice Rosencrantz.

—¿De qué te reías, pues, al oirme decir: «no me gusta el hombre»?—pregunta Hamlet.

Respondióle Rosencrantz que se reía al pensar que si no le gustaba el hombre menguada acogida habían de recibir de él una compañía de comediantes que habían encontrado en el camino y que se dirigían a Elsenor.

Protestó, al oir esto Hamlet, que serían bien recibidos y preguntó qué cómicos eran aquéllos.

—Los mismos que tanto solían divertir a vuestra Alteza, los trágicos de la ciudad—responde Rosencrantz.

Excitósele a Hamlet el interés hacia aquellos artistas y preguntó a sus amigos por qué se daban a la vida ambulante, en vez de adoptar una residencia fija, y otras cosas por el estilo, cuando de pronto oyóse el sonido de la trompeta que anunciaba la llegada de la compañía.

—Amigos, bien venidos seáis a Elsenor—dice Hamlet:—vengan esas manos (añade el príncipe, pues casi todos ellos habíanse inclinado respetuosamente): bien venidos seáis; pero mi tío-padre y mi tía-madre andaban muy equivocados.

—¿En qué, mi querido príncipe?—pregunta Guildenstern.

—Es que yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornoroeste,—dice Hamlet sentenciosamente;—que cuando sopla el viento del mediodía, bien sé yo distinguir un halcón de una garza.

Los razonamientos de Hamlet pudieron o no intrigar a los jóvenes a quienes los dirigiera, pero en el fondo, eran de buen sentido y daban a entender que el príncipe estaba en el pleno goce de sus facultades intelectuales. En cuanto a su último concepto, la metáfora estaba tomada del *sport* de la caza del «halcón.» La garza, cuando se ve perseguida por el halconero, vuela siguiendo la dirección del viento; por lo cual, si el vien-

to sopla del Norte, la garza vuela hacia el Sur, y el espectador, deslumbrado por los rayos del sol, no puede distinguir el halcón de la garza; por otra parte, cuando el viento sopla del Sur, o Mediodía, la garza vuela hacia el Norte, y tanto ella como el halcón que la persigue, son perfectamente vistos por el cazador, el cual, dando la espalda al sol, distingue claramente una ave de otra. Con su razonamiento, pues, quiso Hamlet dar a entender que su inteligencia estaba tan equilibrada como la de cualquiera otro, para juzgar con acierto de lo que pasaba a su alrededor.

El viejo Polonio, al oir la nueva de la llegada de los comediantes, sintióse acometido de un extraño entusiasmo.

—Aquí tenemos—decía,—a los más excelentes actores del mundo, tanto en la tragedia, como en la comedia, en el drama histórico, pastoral, pastoral-cómico, histórico-pastoral, trágico-historico, trágico-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible o poema ilimitado: con ellos ni Séneca se hace pesado en demasía, ni Plauto resulta ligero. Tanto para recitar lo que está debidamente escrito, como para improvisar, no hay quien les aventaje.

—Bien venidos, señores; bien venidos todos—exclamó el príncipe con su habitual cortesía;—¡cuánto me alegro de veros! Bien venidos seáis, mis buenos compañeros.

Y para cada uno de ellos tuvo palabras de afecto y dulces recuerdos. Pidióles entonces que ensayasen alguna pieza para dar una muestra de su talento dramático: y, como prueba de la flexibilidad del espíritu de Hamlet y de su comunicabilidad, conviene fijarse en el hecho de que estaba en su ser, lo mismo al tratar de asuntos de teatro con aquellos artistas, que al hacerse a sí mismo las profundas reflexiones sobre filosofía de la vida que hemos visto más arriba. Trájoles a la memoria un drama que había en otro tiempo herido su imaginación, aunque, o no había sido puesto nunca en escena, o, a lo más, una sola vez, y no había obtenido la aprobación del público por ser demasiado fino: «era caviar para el vulgo (1)»,

(1) La carne de caviar era recientemente importada de Rusia a Inglaterra, en tiempo de Shakespeare, y no la comían sino las personas de paladar fino; el vulgo no la probaba. – *(N. del T.)*

como decía gráficamente Hamlet. Empezó, pues, el príncipe la recitación de un pasaje de dicho drama con gran acierto y propiedad de dicción, y el director de la compañía la continuó en tono muy patético.

Viendo el efecto que el inspirado artista había hecho en los espectadores, asaltóle a Hamlet una idea y habiendo despedido a los demás actores dejándolos a la amabilidad y agasajos de Polonio, llamó al director para decirle una palabra.

—Oye, amigo—díjole Hamlet:—¿no podrías representar mañana *El asesinato de Gonzago?*

—Sí, señor.

—Esto debería ser mañana por la noche. Ahora bien, ¿podrías, en caso necesario, aprender de memoria unos doce o dieciséis versos que yo escribiría e intercalaría en dícho drama?—preguntó Hamlet.

—No hay inconveniente, señor.

—Perfectamente: ve pues con aquel señor, y cuidado con tomarle el pelo—díjole Hamlet, enviándole a donde estaban los demás cómicos con Polonio.

Ya solo Hamlet, sumióse su espíritu en un amargo sentimiento por su debilidad e irresolución. La vista de la patética actitud del artista al representar la desdicha de un ser completamente imaginario, le trajo al pensamiento la deuda que tenía para con su padre por no haber aún cumplido su encargo. Allí había realidad viviente: un rey cruelmente asesinado por un traidor, y un hijo que nada había hecho por vengarle, sino que como un Juan Lanas, indiferente a su propia causa, apático y estúpido canalla, iba pasando el tiempo empollando siempre la venganza, pero sin decidirse a acometerla. La ira contra su tío desbordóse cual contenido torrente que rompe la valla, y todos sus pensamientos conspiraron a la venganza. Determinó no perder ya más tiempo en vanas exclamaciones, sino adoptar seriamente las medidas conducentes, a un resultado práctico.

—¡Ea!, a reflexionar, cerebro mío—dijo para sí en el acceso de su furia.—Pero..., un momento... He oído contar de algunos delincuentes que asistiendo a un espectáculo teatral, quedaron tan profundamente impresionados por la destreza

dramática de los actores, que allí mismo confesaron su delito: el homicidio, aunque falto de lengua, tiene recursos verdaderamente prodigiosos para expresarse. Haré, pues, que esos comediantes representen, con asistencia de mi tío, alguna escena parecida al asesinato de mi padre. Yo observaré las miradas de mi tío, procuraré no perder ni uno de los movimientos de su rostro; sondearé su alma hasta lo más íntimo, y por poco que se turbe, ya sé yo lo que me toca hacer. La sombra se me apareció; podía ser muy bien el diablo, puesto que el demonio tiene poder para tomar formas atractivas. Quiero tener pruebas más convincentes que éstas (dijo señalando a las tablillas en que escribiera las órdenes de la sombra). El drama será el lazo en el que quedará cogida la conciencia del rey.

LA RATONERA

Al día siguiente, según convinieran, el rey y Polonio situáronse detrás del tapiz para acechar a Hamlet y Ofelia en el momento de su entrevista. Hamlet, como de costumbre, estaba sumido en sus profundas meditaciones, cuando se le acercó Ofelia trayendo, para devolvérselos, algunos presentes que le hiciera el príncipe en tiempos más felices.

En la súbita tragedia que absorbiera enteramente toda la persona de Hamlet, su amor hacia Ofelia parecía exteriormente haberse entibiado y aun desaparecido del todo; quedaba, empero, el rescoldo de su antiguo afecto como testimonio de la pasión viva aún en su espíritu. Al ver, pues, a Ofelia, púsose sobre sí mismo y adoptó un aire de fría indiferencia que rasgó el corazón de la joven. Con palabras toscas y vagas en apariencia, aunque realmente preñadas de sentimiento, dióle a entender que no había ya que pensar en su matrimonio, y exhortó a la joven a retirarse a un convento, en seguida, sin dilación ninguna. La vaciedad e hipocresía de cuantos le rodeaban, tenía su espíritu profundamente amargado; pero un nuevo desengaño había de desvanecerle la poca fe que le quedaba en la sinceridad del corazón humano.

Sabía sin duda Ofelia que su padre se hallaba, en aquel momento, oculto detrás del cortinaje; pero con la excitación

que el encuentro con Hamlet debió producir en su espíritu, lo olvidó probablemente; por lo cual, al preguntarle Hamlet: «¿Dónde está tu padre?», ella respondió: «En casa, señor.» Esta respuesta fué la gota que hizo rebosar el vaso de la indignación de Hamlet; pues vió en ella una muestra de doblez de la inocente joven. Él había visto moverse el tapiz, y asomar la canosa cabeza de Polonio, y pensó naturalmente que Ofelia estaba de acuerdo con los demás mortales para espiar sus acciones y engañarle.

—Pues que atranquen las puertas tras él, para que no salga a hacer el bobo fuera de su casa—dijo con voz clara y vibrante, al oir la respuesta de Ofelia.—¡Adiós!

—¡Oh piadosos cielos! ¡asistidle!—exclamó Ofelia.

No le cabía duda alguna de que el desdichado príncipe había perdido la razón.

—Si te casas—dijo bruscamente Hamlet volviéndose hacia ella,—quiero darte en dote esa espina: aunque seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve, no te escaparás de la maledicencia. Vete, pues, a un convento, vete. Adiós.

—¡Oh poderes celestiales! devolvedle la razón—dijo de nuevo Ofelia, en tono suplicante.

—Mucho, muchísimo he oído hablar de vuestros afeites y pinturas—siguió increpándola Hamlet, cada vez con mayor violencia.—Dios os dió una cara, y vosotras os la cambiáis: andáis dando saltitos, os contoneáis, habláis ceceando y sacáis motes a las criaturas de Dios... Vete; ya estoy cansado de esto; esto es lo que me ha vuelto loco. Te lo advierto, se acabaron ya los casamientos; los que ya están casados, vivirán todos, todos menos uno (al decir estas últimas palabras miró siniestramente hacia el tapiz, detrás del cual sabía que estaba escondido el rey con Polonio); los demás quedarán como están ahora. Tú, empero, anda, vete al convento.

Y con un gesto de furor despidióse de ella saliendo precipitadamente de la sala.

—¡Oh y qué trastornada esta noble inteligencia!—exclamó Ofelia:—ojo de cortesano, lengua de letrado, espada de guerrero, esperanza y bella ilusión de este próspero reino; espejo de la elegancia, molde de la cortesía, blanco de las afectuosas mi-

radas de todos... ¡perdido, completamente perdido! Y yo, la más desventurada e infeliz de las mujeres; yo que había saboreado la miel de sus suavísimas protestas de amor, contemplo ahora aquella noble y augusta razón destemplada y fuera de su centro, como el que oye dulces campanas tañidas sin concierto formando un conjunto ingrato al oído. ¡Ah y qué desdicha la mía, haber visto lo que vi y ver ahora lo que estoy viendo!

Sumida estaba aún Ofelia en estas tristes reflexiones, cuando salieron de su escondrijo el rey y Polonio. Al rey no le acababa de convencer Polonio al decirle que la pérdida de la razón de Hamlet había sido causada por el desvío de Ofelia.

—¡Amor!..., no; las afecciones de Hamlet no van por este camino—dijo decididamente el rey.—Ni tampoco su lenguaje, con todo y ser algo desconcertado, parecíase al de la locura. Hay en lo interior de su espíritu, algo que su melancolía está incubando, y mucho me temo que al fin y al cabo resulte algún hecho lamentable: para evitar posibles contingencias he determinado enviarlo sin pérdida de tiempo a Inglaterra, so pretexto de reclamar nuestros atrasados tributos. Quizá el viaje por mar y el cambio de país, con su novedad, desvanecerán estas preocupaciones de su espíritu, que su cerebro revuelve constantemente y que tanto han cambiado su carácter y modo de ser.

No le pareció a Polonio mala idea, sino muy acertada la de enviar a Hamlet a Inglaterra, por más que insistió en su convencimiento, de que la afección del príncipe traía su origen del desvío amoroso de Ofelia: indicó además la conveniencia de que terminada la representación escénica que iba a darse en palacio, tuviese la reina una entrevista a solas con Hamlet para sonsacarle cuál era la causa de su preocupación. Polonio estaría en sitio desde el que pudiese oir sin ser visto.

—Si la reina no lograse descubrir el secreto de su malestar—añadió Polonio,—mandadlo en buen hora a Inglaterra o recluidle en donde con vuestra prudencia creyereis más conveniente.

—Así lo haré—afirmó el rey.—La locura de los grandes hombres no ha de quedar sin vigilancia.

La pieza dramática, llamada a dar tanto juego, iba a repre-

sentarse. Hamlet había intercalado algunos versos de su cosecha, y antes de ponerla en escena, dió a los artistas algunos cuerdos avisos sobre la manera de representarla. Cuando ya todo estaba a punto, habló el príncipe cuatro palabras aparte con Horacio: éste era su mejor amigo, y en la imponente tormenta en que su espíritu estaba envuelto, su alma descansaba en la confianza del sincero y leal amigo.

—Dadme un hombre que no sea esclavo de las pasiones, y yo le llevaré en las entretelas de mi corazón; sí, en el corazón de mi corazón, allí donde te llevo a ti—dice Hamlet a Horacio.

Confiara ya (como hemos visto) el príncipe a Horacio lo que le había revelado la sombra en su aparición frente al castillo: ahora, pues, manifestóle que tenía preparada una trampa para cerciorarse de si lo que la sombra le había manifestado, era verdad o no: una escena de gran parecido con las circunstancias de la muerte de su padre. Rogó, pues, a su amigo que al llegar el episodio de la muerte del soberano, observase a su tío Claudio con toda la fuerza de atención de su espíritu. Si en su semblante no se revelase turbación alguna sería señal de la inocencia del rey, la sombra habría mentido y «mis cavilaciones—dice Hamlet,—serán, en este caso negras y criminales.»

—Atención, pues; obsérvale bien—añade Hamlet;—por mi parte, mis ojos estarán clavados en su rostro, y después uniremos nuestros pareceres para juzgar acerca de lo que su semblante haya revelado.

—Muy bien, señor; me haré todo ojos, y desde luego os doy palabra que si durante la representación me sustrajere él algo que escape a mi atención, yo pagaré lo sustraído—dice Horacio, dando a entender que por poco que se inmutase el rey, no escaparía a su perspicacia, y que salía garante de ello.

—¡Guarda!, ya vienen a presenciar las funciones; deja que vuelva a mi papel de chiflado—dice Hamlet.—Tú, a tu sitio.

A los acordes de la marcha real danesa, con gran sonido de trompetas y acompañados de toda la corte, entraron el rey y la reina en la gran sala del palacio, destinada aquel día a la representación del drama. Actuaba de ordenador, el anciano Polonio andando hacia atrás y haciendo las oportunas reverencias

a los soberanos: Ofelia venía detrás de la reina: seguían luego los caballeros, entre los cuales Rosencrantz y Guildenstern, y demás personas de la servidumbre y a ambos lados, los guardias llevando antorchas encendidas para alumbrar la escena. Tomaron los soberanos asiento en los tronos preparados al efecto a un lado de la sala: Ofelia sentóse en un sitial colocado en frente, y detrás de ella Horacio, de manera que, sin ser notado, pudiese observar el semblante del rey. Hamlet, que, ya desde que entrara la comitiva regia, había vuelto a su papel de descentrado, sentóse en el suelo a los pies de Ofelia.

Y empezó la representación. Lo primero fué una escena muda: figuraba un rey y una reina que parecían amarse mutuamente: de pronto tendióse el rey sobre un lecho de flores, y la reina, al ver que se había dormido, retiróse. Apareció en seguida otro personaje, el cual quitó la corona al rey que dormía, besóle, destiló un veneno en su oído y fuése. Volvió la reina y hallando muerto a su esposo, dió, con sus ademanes, señales de gran desesperación, Entró de nuevo el envenenador y aparentó asociarse al sentimiento de la viuda. Llevaron el cadáver del rey fuera de la escena: el envenenador solicitó el amor de la reina obsequiándola con dádivas y aunque al principio parecía ella rechazarle, al fin acabó por aceptar su amor.

A la vista de esta escena dió Claudio señales de secreta intranquilidad, aunque visiblemente no manifestó perturbación alguna, y los demás espectadores estaban demasiado entretenidos y absortos en la representación para darse cuenta de ello. Sólo Horacio que estaba en frente y Hamlet, sentado en el suelo, temblando de puro excitado, tenían fijos sus ojos y su atención en el delincuente monarca. En cuanto a la reina y Ofelia, asistían a la representación más bien con aire de indiferencia.

—¿Qué significa esto, señor?—preguntó Ofelia al terminarse la escena mímica:

—¡Pardiez! Eso es una perfidia solapada—respondió Hamlet;—es, en buenas palabras, una perrería.

—Esta escena muda envuelve sin duda el argumento del drama...—replicó Ofelia.

En seguida llegaron los verdaderos artistas que habían de

declamar, y la acción siguió los episodios e incidentes marcados anteriormente en la escena muda; la reina que hacía el papel de tal, deshacíase en palabras afectuosas hacia su marido.

—Señora—dice Hamlet a su madre:—¿qué tal os parece esta pieza?

—Paréceme algo afectado el sentimiento de la dama; hace demasiadas protestas de amor.

—¡Ah!, pero guardará su palabra...—replica Hamlet con mordaz sarcasmo.

—¿Te has enterado del argumento, Hamlet?—pregunta el rey:—¿nada hay en él de ofensivo?

—No; nada de ofensa, señor; todo es pura broma; *veneno en broma*—responde Hamlet dirigiendo al rey una extraña y maliciosa mirada.

Remordióse interiormente el rey, pero procuró ocultar su contrariedad, y añadió:

—¿Cómo se intitula esta pieza?

—*La Ratonera.*

—¿Cómo se entiende eso?—pregunta el rey.

—¿Que cómo se entiende eso? Pues en sentido figurado. Este drama representa el asesinato que se cometió en Viena, en la persona de Gonzago. Este es el nombre del príncipe asesinado, y Bautista, el de su esposa: ya lo veréis luego. Es una trama diabólica, pero ¿qué importa eso? A vuestra majestad y a nosotros que tenemos la conciencia tranquila, no puede ello afectarnos. Tire en buena hora coces el rocín que sienta escozor en el pellejo, que nuestras espaldas no padecen daño alguno.

La turbación del rey acentuábase por momentos; echaba miradas desconcertadas al escenario; hizo como que quería levantarse de la silla, pero reprimióse. Al empezar la representación, trabajo le costó a Hamlet disimular su estado de excitación. Tocóles el turno a los versos que intercalara el príncipe; éste masculla las palabras como sugiriéndolas a los artistas, y al llegar al incidente del envenenamiento de rey, levántase Hamlet, y con potente voz exclama en el delirio de su frenesí:

—Le envenena en el jardín para usurparle sus dominios. Su nombre es Gonzago; la historia existe y escrita está en ex-

celente lengua italiana. Pronto veréis cómo el asesino se capta el amor de la esposa de Gonzago.

Hamlet, en su delirio, había ido atravesando la sala hasta llegar, sin darse cuenta, al pie mismo del trono. El rey, reconociendo en la representación del drama, la historia de su crimen, levantóse aterrorizado.

—¡El rey se levanta!—exclamó Ofelia.

—¿Qué?, ¿le asusta un fuego ficticio?—replicó Hamlet con amarga ironía,—y dando un salvaje grito de triunfo, saltó al trono que el rey dejaba vacío.

La confusión fué enorme; el rey y la reina retiráronse precipitadamente, siguiéronles los cortesanos e invitados y quedaron solos Horacio y Hamlet en la desierta sala. Hamlet rompió a cantar una intencionada estrofa.

Dejad que huya el ciervo herido,
que gima mientras campea
ileso el cervato; y vea
el que no duerme, al dormido
envuelto en sueño profundo:
ése es el andar del mundo.

—Amigo Horacio, mil libras apostaría yo que la sombra dijo verdad. ¿Has visto...

—Perfectamente, señor—responde Horacio.

—... cuando la escena del envenenamiento?

—Muy bien me fijé.

El proceder de Hamlet debió naturalmente dar un atroz golpe, por lo cual fueron a él inmediatamente los dos caballeros Rosencrantz y Guildenstern a pedirle una entrevista con la reina. Dijéronle que el rey encolerizado y furioso, se había retirado a sus habitaciones, y que la reina, extraordinariamente afligida y apesarada, les mandaba a decirle que su conducta había sorprendido grandemente a todos, y que deseaba, antes de acostarse, tener una entrevista con él en su aposento.

Respondió Hamlet que la reina quedaría complacida; pero al intento de los dos cortesanos, que era sondear la causa de la extraña conducta del príncipe, paró el golpe preguntándoles qué era lo que pretendían al tratarle de aquella manera, como si quisiesen hacerle caer en un lazo.

—Señor, tened en cuenta que si peco por exceso de celo, es que mi afecto es también muy grande—replicó Guildenstern.

—No entiendo bien lo que decís—dijo Hamlet.—Y a la verdad es muy dudoso que el mismo interlocutor supiese lo que significaban sus necias palabras.

El príncipe, empero, quiso dar una lección a aquellos dos cortesanos y probarles bien a las claras que no era un perturbado, como ellos parecían figurarse. Poco antes que ellos vinieran a hablarle había Hamlet pedido que viniesen los músicos a tocar en su presencia y que se le trajesen ciertos instrumentos. Estos eran a manera de caramillos: al traérselos, pues, el criado, tomó uno y se lo ofreció a Guildenstern diciéndole cortésmente:

—¿Queréis tocar este caramillo?

—Señor, no sé—dice Guildenstern.

—Por favor, tocad—insiste Hamlet.

—Creedme, no sé—replica Guildenstern.

—Ea, dadme ese placer.

—Con gusto lo haría, señor; pero ignoro su manejo—responde el caballero.

—Es la cosa más fácil; tan fácil como el mentir,—replica Hamlet:—os lo voy a probar; aplicad los dedos a esos agujeros, soplad, y veréis como el caramillo toca a las mil maravillas. Mirad, éstas son las llaves.

—Pero, ¿no veis que no puedo comunicar al instrumento melodía alguna, pues no tengo arte?—objeta Guildenstern.

—Ved por ahí, qué indigna criatura queréis hacer de mí—dícele Hamlet, cambiando su tono jovial en otro de severa reconvención.—Vosotros queréis tocar conmigo, como con un instrumento; os figuráis conocer mis registros; quisierais arrancar de mí el secreto de mi misterioso estado de ánimo; pretendéis hacerme dar todas las notas, desde la más grave hasta la más aguda del diapasón, y... (¡cosa rara!) habiendo en este pequeño instrumento tanta música y tan excelente voz, no podéis hacerle hablar. ¿Os figuráis acaso que es cosa tan fácil tocarme a mí como a un caramillo? Tomadme por el instrumento que más os plazca, que aunque podáis manosearme a vuestro antojo, no sacaréis de mí una sola nota.

El caramillo hízose pedazos al arrojarlo Hamlet al suelo con indignación, y los dos cortesanos quedaron amilanados y avergonzados ante el noble escarnio de que fueran objeto.

No era el hijo tímido y compungido el que entraba, aquella noche, en el aposento de la reina. Hamlet tenía el ánimo bastante sereno y el corazón bastante tranquilo para no dejar de hacer lo que consideraba un deber y decir a su madre la verdad. Iba a dar una terrible puñalada a su madre pintándole con vivos colores la repugnante figura del que había tomado por segundo marido. Así, pues, al empezar la reina, según el consejo de Polonio, a censurar su extraña conducta, replicóle él de manera tan peregrina y aun amenazante, que la reina se alarmó y pidió auxilio. Polonio, que estaba oculto detrás del tapiz, acudió al momento; y Hamlet, creyendo que era el rey y que había ya llegado el momento de la venganza, tiró de la espada.

—¿Qué es eso? ¿un ratón?.. ¡muerto! ¡Apuesto un ducado, que está muerto!—exclama Hamlet, y atraviesa de una estocada el tapiz.

Oyóse una débil voz que decía: «¡Ay! ¡me han matado!» y el ruido de un cuerpo que se desplomaba.

—¡Desgraciada de mí! ¿qué has hecho, Hamlet?—exclama la reina.

—A fe mía, no lo sé...—murmura el príncipe.

—¡Oh, qué acción tan temeraria y sangrienta!—gime la reina, retorciéndose las manos, de espanto.

—¿Acción sangrienta?—replica Hamlet.—Casi tan inicua, mi buena madre, como matar a un rey y casarse luego con su hermano,—dice Hamlet con énfasis.

—¿Matar a un rey?—repite desconcertada la reina.

—Sí, señora; esto dije.

Levantó entonces Hamlet el tapiz y vió que no era el vil asesino de su padre el que allí yacía muerto y a quien él había pensado atravesar con su espada; sino el entrometido Chambelán, que cayera víctima de su repentino impulso. Pero la venganza no estaba aún cumplida.

—Y tú, infeliz, procaz, necio entrometido, ¡Adiós!—dijo Hamlet, mirando al cadáver con pena:—te había tomado por

persona de mayor categoría: ¡sufre tu destino! Ya ves los peligros que tiene el ser oficioso en demasía.

Allí tuvieron su castigo los recursos de espionaje de aquel complaciente cortesano. La falta de resolución de Hamlet tuvo



«¿Qué es eso? ¿un ratón?.. ¡muerto! ¡Apuesto un ducado, que está muerto!»

también sus fatales consecuencias; pues, si él hubiese tenido la suficiente presencia de ánimo para llevar adelante lo que él creía ser un deber, no se habría abandonado ciegamente al momentáneo impulso, y no hubiera habido una víctima más, después de todo, inocente.

Pero, cosas harto importantes eran las que queban por hacer, para que Hamlet gastase el tiempo en inútiles pesares. Dejando caer, de nuevo, el tapiz entre él y el mudo cadáver de aquel charlatán, volvióse Hamlet a su madre. De la manera

más enérgica expuso a la reina cuán censurable era su proceder: con muy expresivas palabras hizo un retrato de sus dos maridos, comparando al difunto rey, su padre, con el actual, demostrándole cuán noble y honrado había sido el primero y cuán vil y despreciable el segundo. ¿Qué vergüenza, pues, había de ser para la reina, después de haber conocido a su primer marido, verse en brazos de un ser tan repugnante como Claudio?

—¡Oh Hamlet! no hables ya más—suplicó la reina;—tus palabras penetran como puñales en mis oídos: basta, querido Hamlet.

—¡Ah! un asesino, un infame—prosiguió Hamlet, exaltándose por momentos,—un esclavo, mil veces más pequeño que vuestro primer esposo; un rey de burlas, un cortabolsas de la soberanía y del poder, que hurtó de un anaquel la preciosa diadema y se la metió en el bolsillo...

—¡Basta ya, Hamlet!—dijo en tono suplicante la reina.

—...¡un rey de retazos y remiendos!...

El torrente de la ira que por tanto tiempo tuviera reprimido Hamlet, se desbordaba por sus labios. Apareció entonces de súbito la sombra de su padre, y miró a Hamlet con ojos de apacible reprensión.

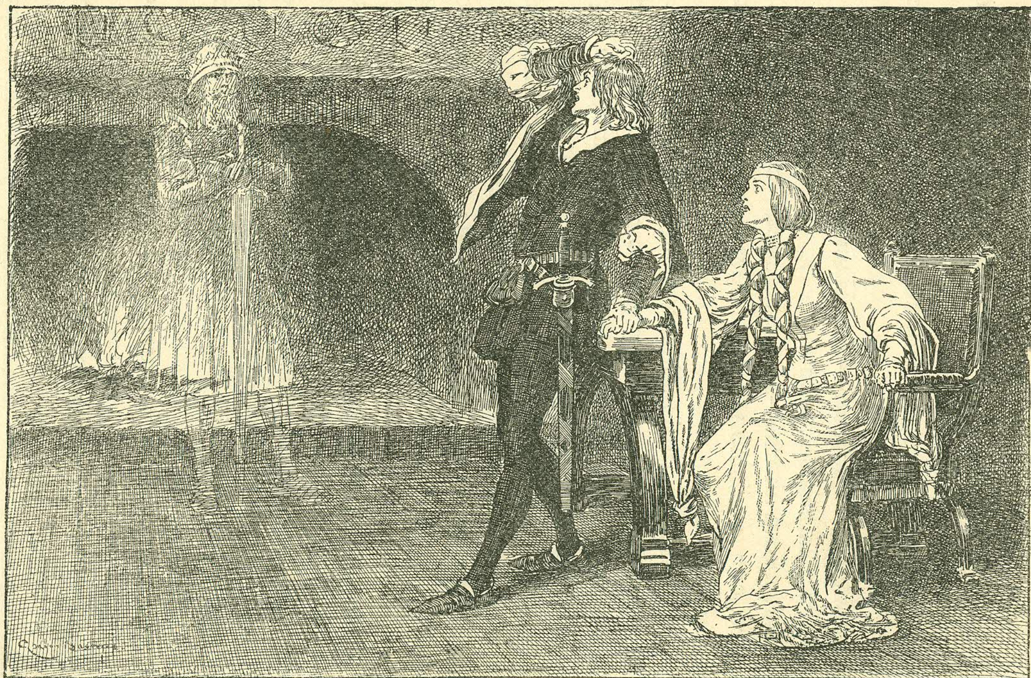
—¡Oh, salvadme y protegedme con vuestras alas, celestes guardianes del Empíreo! —murmuró el príncipe, parpadeando de horror.—¿Qué queréis, amable sombra?

La aparición fué visible sólo para Hamlet. En cuanto a la reina, no vió más que el súbito cambio en el semblante de Hamlet y su extática mirada.

—¡Ah! ¡está loco!—murmuró.

—¡Oh venerada sombra! ¿venís acaso a echar en cara a vuestro hijo su negligencia?—prosiguió Hamlet en voz baja—porque, malgastando el tiempo y las energías, olvida poner en ejecución el importante encargo que le disteis? ¡Oh, hablad, padre mío, hablad!

Respondió la sombra que su visita tenía por objeto alentar la desmayada resolución de su hijo. Llamó también su atención hacia el espanto y terror de que daba muestra el semblante de su madre y exhortóle a confortarla con suaves palabras.



«¿VENÍS ACASO A ECHAR EN CARA A VUESTRO HIJO SU NEGLIGENCIA?»

—¿Cómo os sentís, señora?—pregúntale entonces sumisamente Hamlet.

—¡Ay de mí!... Y ¿cómo te sientes tú—replica la reina,—que fijas tus miradas en el vacío y parece que conversas con algo incorpóreo e invisible? ¿Qué estás mirando?

—¡A él, a él!... ¡Mirad qué vista tan apagada!... ¿No veis nada allí?

—Nada absolutamente; no veo, sino lo que hay aquí—responde la reina.

—¿No habéis oído su voz?—dice Hamlet.

—La tuya y la mía solamente.

—¡Mirad, mirad ahora!—añade Hamlet;—cómo se aleja..., es mi padre, con el mismo traje que llevaba en vida. Ved cómo sale por la puerta...

No vió la reina ni la más mínima señal de la sombra que se deslizaba fuera de la habitación, y por lo mismo creyó que debía ser todo pura invención de su cerebro enfermo, una especie de ilusión de las que crea tan diestramente la locura.

—¡Locura!...—exclamó Hamlet—mi pulso bate con regularidad lo mismo que el vuestro. No, no es locura lo que me ha sugerido lo que dije, y si queréis hacer la prueba, veréis cómo repito palabra por palabra cuanto dije; cosa que no hace un loco.

Sus razones fueron tan convincentes, que la reina no pudo menos de creerle. Antes de separarse prometióle ella adoptar otra línea de conducta muy distinta de la anterior, absteniéndose de sus frívolas liviandades y no dejarse persuadir por el hábil Claudio de que su hijo no podía proferir sino lo que le inspiraba la locura.

—Tengo que partir a Inglaterra; ¿lo sabíais?—preguntóle Hamlet.

—Sí; pero lo había olvidado: sé que así está resuelto—respondióle la reina.

—Hay cartas selladas—añadió Hamlet,—y mis dos compañeros de colegio, que me inspiran tanta confianza como dos víboras, son los portadores del mandato. Pero dejad que obre la malicia de esos bribones, pues será cosa de divertirse ver cómo salta el minador con su propio hornillo; pero muy mal

han de ir las cosas si yo no consigo excavar unos palmos por debajo de su mina y hacerlos volar hasta los cuernos de la luna.

ROMERO PARA LOS RECUERDOS

Las sospechas de Hamlet respecto del villano proyecto del rey eran justificadas. Claudio no se atrevía a ejercer acto alguno de coacción contra el joven príncipe porque sabía cuán bien quisto era del pueblo. Se le mandó, pues, a Inglaterra, so pretexto que el viaje por mar había de serle bueno para la salud, en compañía de Rosencranz y Guildenstern, portadores de cartas en las que se mandaba que al llegar allí se le diese inmediatamente muerte.

Sospechando Hamlet la traición urdida contra él, dióse maña para apoderarse de aquellas cartas y substituirlas por otras, escritas de su puño y letra (1), en las cuales se suplicaba al gobierno de Inglaterra que entregase a la muerte a los portadores. De esta manera Rosencranz y Guildenstern fueron víctimas de su propia traición, cayendo en el lazo que armaran a su antiguo compañero de estudios.

Al día siguiente de haber cambiado Hamlet las cartas, fué el barco alcanzado por los piratas, y aunque más pesado que el que ellos conducían, logró salvarse tras obstinada resistencia. En medio de la refriega saltó Hamlet al barco enemigo, siendo el único prisionero que hicieron. Tratáronle los piratas muy bien, por saber quién era, esperando obtener un buen rescate, y así, poco después de haber salido Hamlet de Dinamarca, estuvo de vuelta. No anunció su regreso al rey y a la reina, sino que envió un mensaje privado a Horacio, quien al punto fué a verle.

Durante su ausencia había ocurrido un triste suceso. La pobre Ofelia, oprimida por el peso de los infortunios que sobre ella cayeran, había perdido la razón. Primero, la extraña conducta de Hamlet; después, la súbita muerte de su padre, por último, la partida de Hamlet a Inglaterra habían acabado de

(1) Según refiere el propio Hamlet en la esc. 2.ª del V acto, marcó las cartas con «el sello de su padre, que era una reproducción del auténtico sello de Dinamarca y que él tenía en su escarcela.» - *(N. del T.)*.

rendir aquella flaca naturaleza, y la inocente joven fué arrastrada por la corriente al abismo sin fondo de la demencia.

Conservó empero Ofelia, en medio de su locura, aquella suavidad y aquel encanto que le eran naturales; en su dolencia moral no tuvo nunca arrebatos de violencia ni malicia. Era una verdadera víctima del destino: hablaba palabras incoherentes, pero, en sus ratos de lucidez vagaba inocentemente, sin otra rareza que cubrirse de flores y cantando dulces fragmentos de extraños y antiguos cantares.

Profundamente afligidos estaban el rey y la reina por el nuevo infortunio de que era víctima su joven favorita, pues la amaban cordialmente, en particular la reina. Por otra parte, no les faltaban a los soberanos, motivos de intranquilidad: hablábase mucho entre el pueblo de la muerte de Polonio, cuya verdadera causa ellos habían procurado ocultar, quizá con no muy buen acuerdo y a cuyo cadáver se había dado sepultura con gran precipitación y sin tributarle los honores que le correspondían por su rango. Además, Laertes, hijo de Polonio había llegado secretamente de Francia y no faltaban malas lenguas que habían soplado en sus oídos maliciosos informes respecto a la muerte de su padre. Finalmente hablábase de una tentativa de insurrección. Laertes, al llegar, fuése al palacio, acompañado de una turba de facciosos, gritando: «¡Laertes será rey! ¡Viva el rey Laertes!» Echaron abajo las puertas, desarmaron la guardia, y Laertes se presentó impávido ante el rey y la reina y dijo con gesto amenazador:

—¡Oh tú, villano rey, devuélveme mi padre!

—¡Apacíguate, querido Laertes!—decíale la reina mientras el rey, con su habitual y artero modo de hablar intentaba amansar al enfurecido mancebo y le preguntaba el motivo de su furor.

—Y ¿cómo es que ha muerto? ¡No voy a tolerar chanzas de nadie!—exclamó Laertes con furia, renegando de toda especie de sumisión y obediencia.—Venga lo que viniere (añadió), lo único que anhelo es vengar a toda costa la muerte de mi padre.

—¿Quién te lo podrá impedir?—preguntóle el rey sin inmutarse y con mansedumbre.

—Sólo mi voluntad y nada más en el mundo...—replicó bra-

vamente Laertes;—en cuanto a los medios de que dispongo, yo sabré dirigirlos con tal arte, que, aunque pocos, irán muy lejos.

Apenas había el rey acabado de probar a Laertes que no era responsable de la muerte de su padre, cuando se oyó el tumulto de la plebe en la puerta, y en el mismo momento entró Ofelia. A la vista de la hermosa joven, su inocente hermana, con su sencillo traje blanco, sus largos y dorados rizos flotando en su espalda, sus suaves y azules ojos mirando vagamente en el vacío, quedó vencida como por un rayo, la furia del exasperado mancebo.

—¡Oh gentil rosa de Mayo, querida niña, dulce hermana mía, amable Ofelia!...—murmuró, lleno de tierna compasión. —¡Oh cielos!, ¿es posible que la razón de una tierna doncella sea tan deleznable como la vida de un anciano?

Ofelia pareció no oir las palabras de su hermano: entretúvose mirando las flores que llevaba en la mano y cantaba y se decía a sí misma:

En féretro y descubierto
el rostro, se lo llevaron;
Tra-ra-lá, tra-ra-lá.
Sobre su cadáver yerto
mil lágrimas derramaron;
Tra-ra-lá, tra-ra-lá.

«¡Adiós palomito mío!»

— Si estuvieses en tu sano juicio y me incitaras a la venganza—dijo Laertes,—no me hubieras afectado tan hondamente.

Ofelia entonces empezó a repartir las flores que llevaba, y el primero a quien dió, fué su hermano.

—Toma—díjole;—aquí tienes romero, que es para los recuerdos; acuérdate, querido; te lo suplico. Toma, aquí tienes trinitarias, que son para los pensamientos.

—Buen consejo para un loco, ¡pardiez!... pensamientos y recuerdos en harmonía—exclama Laertes.

—Aquí tiene Su Majestad—dice Ofelia, dirigiéndose al rey,—hinojo y palomillas.—El hinojo es el emblema de la adulación, y las palomillas, de la ingratitud.—Y para vos, amable señora—dijo mirando a la reina,—aquí traigo ruda: también guardo un poco para mí: nosotras podemos llamarla *hierba de*

la gracia los domingos. ¡Ah!, pero vos, habéis de llevar la ruda con una diferencia. Ahí va una bellorita. También os hubiera traído violetas; pero, ¡ay!, se marchitaron todas con la muerte de mi padre. Dicen que tuvo buen fin.

«Porque toda mi alegría
se cifra en el buen Robín.»

—Tristes pensamientos, ansias, tormento, el infierno mismo; todo lo trueca ella en atractivo y encanto—dice Laertes. Ofelia riéndose, le besa la mano; la pobre loquilla vuelve a sus cantares.

A Laertes acometióle de nuevo la sed de venganza, y resolvió hacer pagar cara a quien la hubiese causado, la locura de su hermana. Prestó, pues, atento oído al decir el rey que la culpa de cuanto sucedía había que imputarla a Hamlet, añadiendo que no había creído prudente castigarle de momento, temiendo el gran favor de que el príncipe gozaba entre el pueblo y el gran cariño que le profesaba su madre. En esta conversación estaban, cuando se recibió una carta del propio Hamlet, que decía:

«Alto y poderoso Señor:

»Sabréis que me han lanzado desnudo en vuestro reino. Mañana solicitaré permiso para presentarme ante vuestra real persona y allí, con perdón vuestro, os expondré el motivo de mi inesperado y aun más extraño regreso.

»HAMLET.»

No podía ser más oportuno el regreso del príncipe: apenas leída esta carta, propuso el rey a Laertes la manera de llevar a cabo su venganza sin peligro de ser notado. Durante la permanencia de Laertes en Francia, se había hablado mucho y con grandes alabanzas, de su destreza en la esgrima, y un hidalgo normando recién llegado a la corte de Dinamarca, había hecho gran relato de sus proezas en el manejo del florete. Este relato habia excitado la envidia de Hamlet, pues se tenía a sí mismo por maestro en el arte de la esgrima y deseaba con ansia que Laertes regresase, para medir las armas con él. El

plan, pues, que propuso el rey a Laertes fué que retase a Hamlet a un asalto.

—Él, confiado, como es, generoso y ajeno a todo ardid—díjole el rey—no examinará los floretes, y así con un poco de astucia, fácilmente podrás tú escoger un arma sin botón, y con una hábil estocada le darás su merecido por la muerte de tu padre.

Laertes no sólo consintió en este cobarde plan, sino que fué más adelante y afirmó que untaría la punta del florete con un veneno tan activo, que no habría nada en el mundo que pudiese salvar de la muerte a cualquier ser viviente que lo tocara, aunque fuese sólo de refilón. Untaría, pues, la punta de su espada con este veneno, de modo que Hamlet moriría, aunque le hiriese sólo levemente. Además, para el caso en que Hamlet saliese ileso del combate, dijo el rey que tendría preparada una copa con vino emponzoñado, para que al pedir de beber, en el calor de la lucha, muriese envenenado con aquella pócima.

Sus maquinaciones fueron interrumpidas con la llegada de la reina, la cual trajo la triste nueva de que Ofelia se había ahogado.

—¡Ahogada!... ¿en dónde?—exclama Laertes.

—Allí, en aquel sauce que, inclinándose sobre el arroyuelo, refleja sus blanquecinas hojas en el cristal de la corriente—empezó la reina y prosiguió contando cómo Ofelia, llevando caprichosas guirnaldas de flores silvestres, trepando por el árbol para colgar sus guirnaldas en el lánguido ramaje, rompióse una rama, y Ofelia con sus trofeos cayó dentro del agua. Por un breve rato sus ropas huecas y extendidas la sostuvieron flotando, pero antes que hubiese lugar a salvarla, el peso mismo de sus vestidos empapados de agua, la sumió en el abismo de la muerte.

No pudo Laertes contener las lágrimas al oir el relato de la muerte de su querida hermana. El rey previó que aquel inesperado acontecimiento sería un nuevo pábulo a su sed de venganza, y resolvió no perder de vista al mancebo hasta que no la hubiese realizado.

LA APUESTA DEL REY

En el cementerio de Elsenore había dos hombres cavando una sepultura. Amenizaban el trabajo con seguida charla, y

el más anciano preguntó al más mozo, si a la persona para la cual cavaban la fosa, se le daría sepultura cristiana.

—Te digo que sí—respóndele el compañero;—y por lo tanto date prisa en hacer esta fosa; el comisario ha intervenido ya, y dispuesto que así se haga.

—Pero ¿cómo diablos puede ser eso—replica el primero;—a menos que se haya ahogado en defensa propia?...

—Toma; pues así lo han juzgado:—responde el segundo.

—¡Vaya qué cosa!—exclama el primero:—¡qué manera de discurrir! Porque, vamos a ver; si yo me ahogo aposta, esto denota un acto, y todo acto tiene tres partes, a saber; acto, acción y ejecución; así, pues, ella se ahogó aposta (1).

—Sí; pero oye, compadre cavador...

—Permíteme—interrumpe el primero:—Aquí está el agua; bien: aquí está el hombre; bien: si el hombre se tira al agua y se ahoga, queriéndolo o sin querer, es porque él se tiró; fíjate bien. Pero, si el agua va hacia él y le ahoga, entonces no se ahoga él mismo; así, pues, no es culpable de su propia muerte, no atenta contra su vida.

—Pero ¿eso es la ley?—pregunta el segundo.

—Sí, e interpretada por el comisario.

Creyendo haber plenamente convencido a su compañero con aquella explosión de conocimientos superiores, el sepulturero más viejo envió al otro a buscar una copa de aguardiente y continuó su trabajo cantando.

Dos desconocidos habían entretanto entrado en el cementerio: eran Hamlet y Horacio. A Hamlet, llamóle la atención la estúpida insensibilidad de aquel hombre que, siguiendo en su monótona tarea de remover la tierra, trataba los huesos humanos con la más absoluta indiferencia. A Hamlet la vista de aquellos restos humanos sugeríale muchas reflexiones, y conforme a su costumbre empezó a ponderarlas, inquiriendo sobre cuál había sido la suerte de aquellos cráneos que aquel patán trataba con tan poca consideración: «quizá fueron asiento (pensaba él) de preclaros ingenios y albergaron ideas muy

(1) En el texto de Mary Macleod se lee lo contrario; pero no se explica sino por una errata de imprenta, pues el texto de Shakespeare dice *willingly* (intencionadamente, aposta).

levantadas»... Entonces dirigiéndose al sepulturero, preguntóle para quién era la fosa que cavaba, y tras un gran derroche de chanza y felices ocurrencias, pudo sacar en claro que era para «una, que era mujer, pero cuya alma en paz descanse, pues murió.»

—¿Cuánto tiempo hace que eres sepulturero?—pregúntale Hamlet.

– De todos los días del año, aquel empecé a trabajar de sepulturero, en que nuestro último rey Hamlet venció a Fortimbrás.

—¿Cuánto tiempo hará de eso?—pregunta Hamlet.

—¿Esto no sabéis? No hay en todo Elsenor hombre tan necio que no lo sepa—responde *cortésmente* el sepulturero.—Fué el mismo día en que nació el joven Hamlet, aquel que está chiflado y que mandaron a Inglaterra.

—¡Hola! y ¿por qué lo mandaron allá?—pregunta Hamlet.

—Toma; pues porque está loco: confíase que allí recobrará el juicio, y si no lo recobra, no les importará mucho ni poco a los ingleses.

—¿Por qué?

—Porque nadie lo echará de ver: allí todos son tan locos como él—responde el sepulturero.

—Y ¿cómo se ha vuelto loco?—pregunta Hamlet.

—Dicen que de muy extraña manera—responde el rústico.

—¿Cómo extraña?—pregunta Hamlet.

—Toma; perdiendo el seso.

—Pero ¿sobre qué punto?

—En este mismo, en Dinamarca—responde el rústico saliéndose por la tangente—Yo he sido enterrador aquí, de chico y de mayor, mis treinta años.

Dicho esto, levantó con su azadón una calavera, afirmando que era la de Yorick, el bufón del rey.

—Déjamela ver—dícele Hamlet, y tomándola en la manos, exclama:—¡pobre Yorick! Yo le conocí, Horacio: era un joven de un gracejo inagotable y de portentosa fantasía: mil veces me llevó a cuestas. Aquí pendían aquellos labios que yo besé infinitas veces... ¿Qué se hicieron tus chanzas?, ¿qué tus piruetas?, ¿qué tus cantares?, ¿qué tus alardes de buen humor, que

hacían prorrumpir en estruendosas carcajadas a los comensales? ¿Nada te queda ya de tu antiguo ingenio; ni siquiera un chiste para burlarte de tu actual catadura?, ¿a qué tu obstinado silencio? ¡Ea!, vete al tocador de la señora y dile que aunque se ponga una pulgada de colorete en el rostro, vendrá forzosamente a hacer esta triste figura: a ver si la haces reir con esto.

Las reflexiones de Hamlet viéronse interrumpidas por la llegada de un cortejo fúnebre que entraba en la capilla del cementerio. Detrás del féretro iba Laertes presidiendo el duelo; seguían el rey y la reina con su corte. Hamlet y Horacio que, al acercarse el duelo, se habían retirado, no acertaban a comprender quién era el difunto; pero al bajar el féretro a la huesa, conoció Hamlet, por las palabras que Laertes pronunciaba, que la que iba a ser enterrada era la gentil Ofelia.

—¡Flores a la tierna flor agostada por el cierzo!...—dice la reina esparciendo flores sobre el cadáver.—¡Adiós! Yo esperaba verte esposa de mi querido Hamlet; jamás hubiera yo pensado, dulce niña, que habían de ser para tu sepultura estas flores que yo reservaba para tu lecho nupcial.

—¡Quietos!—dice Laertes a los sepultureros;—no echéis tierra sobre ella, hasta que yo no la haya estrechado una vez más entre mis brazos.—Y saltando a la sepultura, ordenóles bruscamente que echasen tierra sobre el vivo y sobre la muerta.

—¿Quién es éste, cuyo dolor prorrumpe en tan enfáticos acentos?—exclama Hamlet, adelantándose:—¡Vive Dios!, que soy Hamlet el danés.—Y diciendo y haciendo, arrójase a la fosa.

Al ver Laertes cerca de sí a Hamlet, montó en cólera, enfureciéndose de tal manera, que le asió del cuello para estrangularle. Hamlet, sin desconcertarse, le rogó que le soltara;—pues aunque no soy iracundo ni arrebatado (dijo); hay en mí algo de peligroso que es bien que, como prudente que eres, temas.—Los del séquito real los separaron con dificultad, y salieron ambos de la sepultura, echándose el uno al otro miradas provocadoras.

—¡Por mi padre!, que he de hacerle morder el polvo, luchando por esta causa, si es preciso, hasta que mis párpados dejen de moverse!...—dijo Hamlet.

—¿Por qué causa, hijo mío?—preguntóle la reina.

—Yo amaba a Ofelia—respondió Hamlet.—Cuarenta mil hermanos que ella tuviera, no hubieran podido igualar con todo su amor junto, al que yo le profesaba.

Imitando el tono de exageración de Laertes, prorrumpió Hamlet en vehementes frases provocándole a desafío, y después, cambiando súbitamente de tono, dijo irónicamente:

—Y si te empeñaras en vociferar..., yo chillaré tanto como tú.

Al día siguiente paseaban Hamlet y Horacio por una de las salas del palacio, cuando se les acercó un apuesto y elegante mancebo danés, y con ceremoniosas reverencias y en lenguaje florido y cariñosas palabras, entregó a Hamlet un mensaje, el cual era un reto de Laertes para un asalto de esgrima. El rey había hecho una fuerte apuesta a favor de Hamlet; nada menos que seis caballos berberiscos, contra seis espadas y dagas francesas (que aventuraba Laertes), si en una docena de pases, su adversario Laertes no le aventajaba en más de tres botonazos.

—Caballero—respondióle Hamlet;—voy a pasearme por el salón; con permiso de Su Majestad, ésta es para mí una hora de esparcimiento. Que traigan los floretes, si bien le parece a ese hidalgo; y si persistiese el rey en su apuesta, yo se la haré ganar, si puedo; si no, no me granjearé más que una humillación, amén de unos cuantos botonazos.

—Vais a perder la apuesta, señor—díjole Horacio, al tiempo que el joven Osric, despidiéndose describía un arco con su empenachado sombrero.

—No lo creo yo así—replicó Hamlet.—Desde que se marchó Laertes a Francia, no he cesado de practicar la esgrima: ganaré los tantos señalados. Sin embargo no puedes figurarte qué malestar siento yo en mi interior. Pero, no importa.

—¿Pues entonces, querido príncipe?...

—Nada—replica Hamlet;—es una tontería, una especie de presentimiento que arredraría quizá a una mujer.

—Señor, si vuestro corazón siente alguna repugnancia—insiste Horacio,—obedeced su voz. Yo me encargo de participarles que no estáis preparado.

—¡Ah!, eso no; ni por pienso: no hago yo caso de augurios. Hasta la caída de un pajarillo está prevista en los destinos de la Providencia. Si ésta fuese mi hora, no está por venir; si no está por venir, es que ha llegado ya; y si no me ha llegado aún, llegará tarde ó temprano: todo consiste en estar uno preparado; y si nadie es dueño de lo que un día ha de abandonar, ¿qué más da abandonarlo pronto que tarde? Venga lo que viniere, adelante.

Llegaron entonces el rey y la reina, acompañados de Laertes, Osric y demás cortesanos: éstos llevaban floretes y guantes de esgrima: los pajes dispusieron una mesa con botellas de vino y copas.

—Ven, Hamlet; y toma esta mano que yo te presento;—dícele el rey, poniendo la mano de Laertes en la de Hamlet.

Éste, con su habitual amabilidad empezó a hablar dando satisfacción a Laertes del agravio que le infiriera, diciendo que todo ello había obedecido a la excitación del momento. Laertes aceptó el desagravio y las explicaciones de Hamlet con frialdad y cierta reserva. Trajéronse los floretes, y al escoger Hamlet, completamente ajeno a la cobarde traición de que se le iba a hacer víctima, procuró Laertes escoger el que (según el plan concertado) le convenía, que era uno sin botón y con la punta envenenada.

Dió entonces orden el rey que se pusieran encima de la mesa las botellas de vino, de manera que estuviesen a fácil alcance, y que si Hamlet daba el primero o segundo botonazo, se saludara el hecho disparando todos los cañones de las almenas. Luego, con redomada hipocresía, fingió que en honor de Hamlet, echaba en la copa (a él destinada) una perla de gran valor: no era tal perla, sino un mortal veneno.

Al principio parecían empatados los contrincantes, pero Hamlet dió el primer botonazo. Brindó el rey a la salud de Hamlet, sonaron las trompetas y se oyó el estampido del cañón. Envióle entonces el rey, por medio de un paje, una copa de vino, pero el príncipe se negó a beber, rogando al paje que la pusiera allí cerca, pues quería terminar el lance. Siguió, pues, el asalto.

—¡Otro botonazo! ¿Qué decís? pregunta Hamlet a los jueces.

—Tocado, tocado; lo confieso—responde Laertes.

—Nuestro hijo ganará—dice el rey socarronamente a la reina.

—¡A tu buena fortuna brinda la reina, Hamlet!—exclama ella, y empina la copa.

—No bebas, Gertrudis—dícele el rey;—pero ya no llegaba a tiempo. Antes que Claudio pudiese impedírselo, había ya aplicado la reina sus labios a la copa del emponzoñado vino, que el paje colocara en la mesa cerca de ella.

Empezó el tercer ataque. Este fué más serio que el anterior, pues Hamlet reprochó a Laertes el que no tirase con todas sus fuerzas. Sin duda, un sentimiento de vergüenza había hasta entonces contenido a Laertes, pues veía que lo que iba a hacer, pugnaba con su conciencia: a pesar de esto, emprendió seriamente la lucha; tiró con furia e hirió a Hamlet, pero en el calor de la refriega cayóle el arma de la mano. Soltó entonces Hamlet su florete y cogió del suelo el envenenado que se cayera de las manos de Laertes: tiró e hirió a Laertes. El asalto que empezara en broma, terminó en serio.

—Separadlos—clama el rey,—están enardecidos.

—No—replica Hamlet;—volvamos a la carga.

—Mirad, la reina, ¿qué es lo que le pasa?—exclama Osric viéndola caer de espalda y sin sentido.

—¡Los dos contrincantes sangran!—exclama Horacio. Y dirigiéndose a Hamlet, añade:—¿Qué es eso, señor?

—¿Qué es eso, Laertes?—pregúntale Osric.

—¿Qué ha de ser, amigo? ¡Una becada cogida en su propio lazo!... ¡Justo castigo de mi felonía!

—¿Qué le pasa a la reina?—preguntó Hamlet.

—Se ha desvanecido al veros a ambos sangrando—responde el rey, queriendo ocultar la verdadera causa del accidente de la reina.

—No, no—murmura ésta,—la bebida; la bebida: ¡ah querido Hamlet! ¡la bebida! ¡la bebida!... ¡Me han envenenado!...

—¡Oh villanía! ¡oh infamia!—exclama Hamlet.—¡Hola!... ¡Cerrad las puertas! ¡Traición! ¡Salga el traidor!

Laertes, luchando con la muerte, confiesa toda la conjura, y Hamlet, ardiendo en sed de venganza, pasa al malvado rey

con la envenenada arma de Laertes, que tenía aún en la mano.

—¡Su justo castigo tiene!—exclama Laertes. Y volviéndose a Hamlet, le dice:—Perdonémonos mutuamente, noble Hamlet: que mi muerte y la de mi padre no caigan sobre ti, ni la tuya sobre mí.

—¡El cielo te perdone!—dice Hamlet, al ver caer al joven Laertes.—Yo te sigo... Muerto soy, Horacio. ¡Adiós, reina desventurada!

Horacio en un arrebato de desprecio a la vida tomó la copa para beber lo poco que en ella quedaba de vino envenenado; pero Hamlet, en un supremo esfuerzo de su agonizante espíritu, quitósela de las manos, echándola al suelo.

A lo lejos se oyeron los acordes de una marcha triunfal, y al saber que era el joven Fortimbrás que regresaba de su conquista de Polonia, profetizó Hamlet que aquel sería el nuevo rey, y le dió su voto como tal con su moribunda voz. «Para mí, dijo, ya no queda sino el silencio...» Y el joven príncipe cayó pausadamente de espalda, dibujándose en su semblante una sonrisa de sobrehumano transporte, volando así de este mundo aquel torturado espíritu.

—Por fin se quebranta un noble corazón...—dice Horacio con amoroso despido.—¡Adiós amable príncipe! ¡Los coros angélicos arrullen tu eterno sueño!...

EL REY LEAR



LA HIJA DESHEREDADA

Hubo, hace mucho tiempo, en la Gran Bretaña, un rey llamado Lear, que tenía tres hijas, Gonerila, Regana y Cordelia. Amaba el rey tiernamente a las tres, pero sentía cierta predilección por Cordelia, que era la más joven. La mayor, Gonerila, estaba casada con el duque de Albania; Regana, con el duque de Cornuailles. Cordelia era soltera y tenía dos pretendientes, los príncipes de Francia y de Borgoña.

Al llegar el rey Lear a la vejez, quiso echar de sí la pesada carga del gobierno del Estado y determinó repartir el reino entre sus tres hijas, reservando, empero, la mejor parte para su hija predilecta: quiso saber, pues, de cada una de ellas hasta dónde llegaba el afecto que le profesaba, no dudando que la que se aventajaría en amor hacia él sería Cordelia: el bueno del rey lo daba por descontado.

La primera en responder a la invitación paterna fué la mayor. Habló, pues, y con gran soltura dijo que el amor que

profesaba a su padre era imposible expresarlo con palabras; que le amaba más que a sus ojos, más que el aire que respiraba, más que su libertad; en una palabra, por encima de cuanto puede haber en este mundo de estimable, precioso y raro; por encima de la vida, colmada de gracia, salud, belleza y honores: que le amaba en fin, como nunca hija alguna había amado a su padre.—Para expresaros mi amor—añadió resumiendo Gonerila,—mi aliento es insuficiente y menguada mi palabra: os amo, padre mío, sobre todo lo que he dicho y cuanto pudiera decir.

Al oir tan espléndidas demostraciones de afecto, quedó Cordelia atónita, pues conocía a fondo a su hermana, que era de un temperamento frío e insensible. ¿Qué iba a decir ella cuando le tocase el turno? Ella no sabía de vanas palabras de amor, y además, era imposible decir ya más de lo que dijera Gonerila. ¿Qué recurso le quedaba, pues? ¿Amar y callarse?

Complacido, empero, en extremo el buen rey Lear, adjudicó a su yerno, el duque de Albania, la tercera parte de su reino, en calidad de dote para su hija Gonerila.

Llególe la vez a Regana, y declaró que sentía en su corazón todo el afecto de que había protestado Gonerila, pero en mayor grado aún; que se profesaba enemiga de toda alegría que no fuese la que experimentaba en amar a su padre.

Complacido también el rey Lear, hízole donación de otra tercera parte de su reino, igual a la parte que diera a Gonerila.

Tocóle por fin el turno a Cordelia, y preguntóle el rey qué iba a decir para hacerse acreedora a la otra parte de su reino, que era mejor que las otras dos, concedidas a sus hermanas.

—¿Qué dices tú?—pregúntale el rey Lear.

—Nada—responde Cordelia, profundamente amargada al ver la doblez e hipocresía de sus hermanas.

—¿Nada?—exclama Lear.

—Nada.

—De nada, nada se hace—replica Lear.—¡Ea! (prosigue en tono imperativo);—sé más explícita.

Al mandato de su padre responde humilde y llanamente Cordelia:

—Padre mío y señor mío; como buena hija vuestra que

soy, os amo, os obedezco y os honro cuanto merecéis. Si mis hermanas dicen que nada aman en este mundo, tanto como a vos, ¿por qué se casaron? Sé muy bien que si yo hiciese otro tanto tendría que ceder al que fuese mi esposo la mitad del afecto de mi corazón, y por esto no me caso, ni me casaré jamás, porque todo mi corazón lo quiero para mi padre.

—¿Hablas con el corazón en la mano?—pregúntale el rey Lear.

—Sí, señor mío—responde Cordelia.

—¡Tan joven y tan fría!...—replica el rey.

—Nada de eso...—protesta enérgicamente Cordelia;—decid más bien: «tan joven y tan sincera.»

—Bueno, sea pues así—exclama el rey, en un acceso de furor;—tu sinceridad será tu dote.

El rey Lear había sido siempre, aun en sus mejores tiempos, irascible y de carácter impetuoso; pero los años y los achaques le habían vuelto más caprichoso e intratable, por lo cual, sus accesos de cólera eran irresistibles, y no sabía a veces dominar su furor. En aquella ocasión fué tan grande la ira que concibió, que con palabras de verdadera violencia, renegó de su hija y le ordenó que no compareciese ya más en su presencia. Llamó a los dos pretendientes de Cordelia y antes de que éstos llegasen, repartió la parte de su reino (que destinara a Cordelia) entre sus dos yernos Albano y Cornuailles, invistiéndolos de todo el poder de la soberanía y declarando solemnemente que el único dote que daba a su hija menor era lo que ella llamaba «sinceridad» y él «orgullo.» Renunciado todo su reino en favor de sus dos hijas, no reservó Lear para sí más que un séquito de cien caballeros y el título y dignidad de rey. Todo lo demás, o sea: ejercicio de la soberanía, rentas del Estado y gobierno del mismo, quedaba en manos de sus yernos: y en confirmación de su renuncia, tomó la corona y se la dió a ellos para que se la repartiesen.

Ante tan flagrante injusticia del rey, un honrado y leal cortesano, el conde de Kent, levantó su voz en son de protesta, y desafiando la cólera del soberano, reprochóle su temeraria imprudencia y su desmesurada conducta, suplicándole que revocase la sentencia. Añadió que respondía de su palabra y

que estaba pronto a dar su vida en testimonio de que su hija Cordelia no le amaba menos que las demás.

—¡Kent!—increpóle el rey:—ni una palabra más; por tu vida te conmino a guardar silencio.

—¿Mi vida?...—responde bizarramente Kent;—ella ha sido siempre para mí como un peón de ajedrez, siempre para sacrificarla contra vuestros enemigos; no dudo, pues, de exponerla, siendo en aras de vuestra salvación.

Encolerizado más y más el rey, ordenó a Kent que saliera inmediatamente desterrado del reino: cinco días se le dieron, no más, para preparar su salida; al sexto debía estar ya fuera del territorio, si al décimo día se le hallaba aún en el país, pagaría su temeridad con la cabeza.

Sin intimidarse por las amenazas del soberano, el bizarro caballero despidióse del rey Lear, y volviéndose a Cordelia, que presente estaba, díjole con blando y amoroso acento.

—¡Dios te proteja y te ampare, amable niña; has sido justa en tus juicios y comedida en tus palabras.

Y luego, a Gonerila y Regana:

—No deseo sino que vuestros bellos discursos se vean confirmados con vuestras obras, de manera que vuestras palabras de afecto se traduzcan en hechos positivos.

De esta manera el leal y pundonoroso cortesano fué arrojado del reino por un arrebato de verdadera locura del soberano a quien sirviera con lealtad.

Llegaron en aquel momento los príncipes de Francia y Borgoña acudiendo al llamamiento del rey. Dirigióse éste en primer lugar al borgoñón, preguntándole qué dote exigía al pretender la mano de su hija menor. Respondióle que no pedía sino lo que el propio rey Lear había ya propuesto darle, y que no pensaba que hubiese modificado en nada su voluntad, dándole menos de lo prometido.

Replicó Lear que aquél era el precio en que se había estimado a Cordelia en un principio, pero que a la sazón no valía tanto; y añadió resueltamente.

—Hela aquí presente, sin más dote que mi disgusto; tomadla tal cual os la doy, o dejadla.

No estaba dispuesto el borgoñón a aceptar el partido, bajo

las nuevas condiciones, por lo cual, determinó rehusarlo, aunque coloreando su negativa con formas corteses. Volvióse después Lear al príncipe de Francia y le dijo:

—Por lo que a vos toca, no quisiera haceros tamaña injuria como ofreceros por mujer a la que es objeto de mi odio, una infeliz criatura a quien la naturaleza misma se desdeña de reconocer por hija.



«Hela aquí presente»

Sorprendióle al príncipe de Francia la actitud del rey Lear y se lo manifestó así al mismo, diciéndole que era muy extraño que la que había sido poco antes objeto de sus más calurosos elogios, mereciendo de él que la llamara el báculo de su vejez y su prenda más cara y valiosa, hubiese descaecido tan radicalmente, desmereciendo su favor: que forzosamente había de haber mediado alguna terrible ofensa de parte de la joven, para malquistarse tan grandemente su afecto; pero que él, a menos que viese un milagro en confirmación de esto, no lo creería.

Los viriles y caballerosos razonamientos del príncipe fueron otras tantas gotas de bálsamo para el herido corazón de Cordelia: algo confortada, rogó a su padre que le dijese que el motivo de haber caído de su gracia y perdido su favor, no era acción alguna indigna que hubiese cometido, sino solamente el carecer de soltura de lengua y de ambición de riquezas.

—¡Mejor te fuera no haber nacido, que haber dejado de complacer a tu padre!...—fué la amarga respuesta que dió Lear a la observación de Cordelia.

—Señor de Borgoña—dice entonces el de Francia,—¿qué es lo que tenéis que decir a la joven? El amor no es tal cuando va mezclado con extrañas consideraciones que no atañen a su verdadero objeto. Ahora bien, ¿la queréis por mujer? Mirad que ella sola vale una dote...

—Noble Lear—dice el borgoñón;—dadme la parte de vuestro reino que habéis asignado en dote a vuestra hija, y yo tomo la mano de Cordelia y la hago duquesa de Borgoña.

—Jamás; nada de esto; lo he jurado;—exclama el rey.

—Lamento—replica el borgoñón (dirigiéndose a Cordelia),—que juntamente con el padre hayáis perdido el esposo.

—Esté tranquilo el duque de Borgoña y no se aflija por ello—replica Cordelia.—Puesto que no era yo, sino mi fortuna lo que había cautivado su afecto, no hay para qué sienta yo su abandono.

Acércase entonces el rey de Francia, y tomando por la mano a Cordelia, le dice:

—¡Oh bella Cordelia, tan rica en tu pobreza, tan preciosa en tu abandono, tan estimada al verte despreciada! ¡Tú me perteneces! ¡Tus virtudes serán mi dicha! Con gusto acepto lo que otros rechazan.

Y dirigiéndose a Lear, le dice:—Y ahora, ¡oh Lear!, tu indotada hija, que el destino ha echado en mis brazos, será mi reina, la reina de mis súbditos y de nuestra bella Francia; todos los príncipes de la húmeda Borgoña, juntos, no son capaces de comprar este precioso tesoro, tan poco estimado en lo que vale. Di adiós a tu padre, Cordelia, aunque tan indigno es de ello: ahora pierdes lo que poseíste, pero es para hallarlo mejorado con creces.

—Ya la tienes, francés; tuya es—dícele Lear;—pues una hija como ésta, no es mía, ni volveré jamás a verla en mi presencia.

Y dirigiéndose a Cordelia, añade:—Parte, pues, sin mi perdón, sin mi amor y sin mi bendición.

Y el ofendido rey se alejó con su séquito, sin dignarse siquiera dar una mirada a su hija.

—Despídete de tus hermanas, Cordelia, dícele el de Francia.

—Hermanas mías, portaos como buenas hijas con vuestro padre—dice Cordelia al despedirse de sus dos hermanas, cuyo egoísmo y dureza de corazón conoce a fondo.

—No es menester que nos digas cuál es nuestro deber, que harto lo sabemos—replica Regana con altanería.

Y Gonerila añade:—Vale más que pienses en la manera de complacer a tu marido, ya que por caridad te recoge.

Alentada con la protección de aquel corazón sinceramente amante, abandonó Cordelia la casa paterna, de la que tan cruelmente se la echaba.

GONERILA Y REGANA

Los temores de Cordelia respecto de la futura conducta de sus dos hermanas, no tardaron en confirmarse. Hechas ya dueñas absolutas del reino que su padre tan incautamente les donara, pusieron de manifiesto la maldad de su corazón y aparecieron tales cuales eran en realidad; es decir, falsas, crueles y sin entrañas. Habíase convenido que cada una de ellas, alternando los meses, tendrían por huésped a su padre con los cien caballeros de su séquito; pero sucedió que ya antes de terminar el primer mes, en casa del duque de Albania, que era el marido de Gonerila, vióse el rey obligado a dejar el palacio a causa de los indignos tratos que ésta le daba. Excusábase de su mal comportamiento de hija, diciendo que los caballeros del séquito de su padre alteraban con sus desmanes el orden del palacio, y que, aunque su padre le había dado en dote la mitad de su patrimonio, no podía ella consentir en mantener a pan y cuchillo aquella tropa de cortesanos. Además, con intento de provocar un conflicto, dió orden a su intendente Oswaldo y a la servidumbre que descuidasen el servicio del rey y le tratasen sin ningún respeto; que si no estaba satisfecho de los tratos que se le daban, ya se las compondría él refugiándose en casa de Regana. Bien sabía ella que su hermana no estaba mejor dispuesta que ella a hacer la voluntad ajena, o por usar de su lenguaje, «a ser gobernada por otro;» y añadió con desprecio:

—¡Viejo inútil que pretende ejercer aún la autoridad de que él mismo se desposeyó!...

El impetuoso e irascible Lear no era hombre que pudiese soportar tan injuriosos tratos: fuera de sí, pues, al ver la repugnante ingratitud de Gonerila y la insolencia de sus criados, dió orden que aparejasen los caballos y preparóse a salir del palacio de su hija mayor para dirigirse al de Regana. Ya empezaba a dolerle el haber tratado tan duramente a Cordelia y com-

prendía cuán imprudente había sido al abdicar tan a la ligera, de su autoridad.

Sin embargo, el testarudo viejo tenía, no lejos de allí, un amigo que lo era de veras, sin él saberlo. El fiel conde de Kent apreciaba a su señor, a pesar de sus muchos defectos, y no permitió que quedase solo y abandonado en tan crítica situación: presentóse, pues, fingiéndose hombre que busca un empleo, en el palacio del duque de Albania, y consiguió que el rey Lear Lear le admitiese en su servicio.

Otro súbdito adicto le quedaba aún a Lear; era su bufón. Su lealtad y afecto no habían desmerecido a pesar del infortunio en que veía sumido a su antiguo soberano, y era cosa de ver y que conmovía a cualquiera, la profunda y sincera adhesión que guardaba a su señor. En medio de las continuas vejaciones que exasperaban su irritable carácter, era para el rey una distracción oir las ingeniosas ocurrencias de aquel infeliz, en quien reconocía, a pesar de todo, una prudencia superior a su propia locura.

El pobre bufón estaba profundamente afligido desde la despedida de Cordelia; su partida le había lacerado el corazón: desde aquella fecha la tristeza le devoraba y el pobrecillo languidecía por momentos, casi del todo alejado de su soberano. Éste, en su añoranza del favorito le llamó, y él acudió presuroso al llamamiento del rey, decidor como siempre, pero debajo de su casquete de cascabeles, aparecían sus ojos tristes y su cara de hombre apenado y preocupado. Su palabra fácil y ocurrente estaba sembrada de máximas de amarga filosofía, y en sus desplantes lanzó a las barbas del descentrado monarca, algunas verdades de aquellas que amansan al más protervo. De su bufón oía el rey con igualdad de ánimo cosas que no hubiera tolerado de otro alguno, y el bufón, medio en serio y medio en broma, pintóle al vivo la imprudencia que cometiera y cuán desaconsejado estuviera al abandonar el reino entregándolo a sus hijas.

Al poco, con ocasión de entrar Gonerila a donde estaba el rey, montó éste en cólera al oir los embustes de su hija y la insolencia con que le trataba, y el bufón hizo cuanto pudo por distraer a su amo: interrumpía con chistes las picantes y pro-

caces palabras de Gonerila, esforzándose en amortiguar su veneno y divertir al rey aun a costa suya, pues le censuraba sus inconveniencias. ¡Pobre infeliz criatura, que en su buena intencion y humilde afecto a la familia real, era muy poca cosa para atajar los males a que la impremeditación diera origen!; ¡su varita de arlequín era impotente a contener la ola de la perturbación y desconcierto! Impotente para conjurar la tempestad que se cernía sobre el horizonte, al pobre siervo no le quedaba otro recurso que seguir las pisadas de su dueño con inquebrantable constancia y compartir su infortunio siendo su inseparable compañero en sus peregrinaciones.

El duque de Albania, menos duro de corazón que su mujer, intentó moderar el implacable rigor de Gonerila, pero fueron vanos sus esfuerzos: ella desoía sus razones y calificaba de «falta de mundo» la mansedumbre de su marido: obrando, pues, como soberana de su casa y hacienda, despidió, sin darles tiempo a buscarse empleo, a cincuenta de los individuos del séquito de su padre, bajo el especioso pretexto que observaban una conducta desarreglada, y que el mantener tan numerosa guardia para Lear, constituía un serio peligro para ella y su marido.

Despechado Lear, manifestó su decisión, que era abandonar inmediatamente el palacio de Albania y partir, en compañía del bufón, al palacio de Regana, anunciándole su llegada por conducto de Kent, a quien daría unas cartas para su hija. Por su parte no se durmió Gonerila, sino que envió también unas cartas a Regana, por mediación de su intendente Oswaldo, hombre que incurriera en la desgracia del rey por sus intemperancias. Encontráronse por casualidad ambos mensajeros en el camino, en las cercanías del castillo del conde de Gloucester, en donde se hospedaban aquellos días Regana y su esposo, y Kent, al ver a Oswaldo, echóse sobre el taimado bribón propinándole una tanda de palos que se tenía bien merecida por su indigno proceder con el monarca. Los lastimeros ayes del cobarde Oswaldo pusieron en alarma a toda la casa y, por orden expresa del duque de Cornuailles, fué Kent capturado y cargado de grilletes, a pesar de sus protestas de que era mensajero del rey Lear y que como tal tenía derecho

a que se le respetase. Sobrellevó Kent con gran presencia de ánimo su castigo, y al ver que el mismo conde de Gloucester le daba muestras de compasión y palabra de interceder en su favor cerca de Cornuailles, respondióle con una imperturbable serenidad y sangre fría:

—No, señor; os suplico que no mováis nada: ando muy falto de sueño y estoy fatigado del camino; dejadme tranquilo, que pienso dormir un largo rato y después pasaré el tiempo silbando.

Y en efecto, el intrépido caballero se durmió tranquilamente en su poco confortable habitación.

Al llegar el rey Lear con su bufón y un gentilhombre de servicio al castillo del conde de Gloucester, lo primero que vió fué a su mensajero encerrado en el calabozo, y preguntó quién se había atrevido a cometer tan infame tropelía, a lo que le contestaron que su hija y su yerno. Increible le pareció a Lear, y pidió inmediatamente una entrevista con Regana y el duque de Cornuailles, los cuales por toda respuesta dijéronle que no podían recibirle. Montó en cólera el irritable Lear al ver tan insultante acogida, y en su excitación intimóles que viniesen a oirle, de lo contrario iría a darles matraca golpeando en la puerta de su habitación hasta que le abriesen. Entonces el conde de Gloucester, con su carácter conciliador, persuadió a sus huéspedes que saliesen y diesen audiencia al anciano.

El duque de Cornuailles y su esposa dieron a su padre una fría y oficiosa bienvenida. Kent fué puesto en libertad, y el rey Lear empezó a contar a sus hijos el indigno tratamiento de que era objeto de parte de Gonerila, creyendo hallar en su segunda hija alguna afección y simpatía, ya que la mayor le trataba tan mal.

Pero, todo lo contrario. Regana tomó el partido de su hermana mayor y respondió fríamente que no podía creer que Gonerila hubiese faltado en nada a sus deberes de hija, y que si ponía freno a los desórdenes del séquito de su padre, estaba en su perfecto derecho y no era éste motivo ninguno para reprocharle.—Además—añadió,—tened en cuenta que pesan ya sobre vos los años, y justo es que a vuestra avanzada edad an-

tepongáis al vuestro el juicio de personas de mayor discreción que vos. Así, pues, creedme, volveos a casa de mi hermana y confesadle que habéis obrado mal con ella.

—¿Yo pedirle perdón?...—exclamó el rey Lear.—¿Acaso no ves el mal efecto que esto va a hacer en la familia?

Y postrándose de rodillas a los pies de Regana, añade en tono zumbón:

—Querida hija; confieso que soy viejo, y el viejo es un ser inútil: de rodillas, pues, te pido que me des albergue, vestidos y alimento.

Ofendióse Regana por la burlona actitud del anciano, y le suplicó de nuevo que volviese a casa de Gonerila.

—Jamás, Regana, jamás—replicó el rey Lear, levantándose. Y con terribles palabras de despecho, imprecó la venganza del cielo sobre su hija mayor por su negra y repugnante ingratitud.

—Esto será lo que desearéis también para mí, en uno de vuestros accesos de furor...—dice Regana.

—No, Regana; no temas—respóndele el anciano;—no me darás jamás motivo para maldecirte.

Y con expresiones de extemporáneo afecto, esforzóse en convencerse a sí mismo de que Regana era incapaz de tratarle como lo había hecho su hija mayor.

Aun estaba el buen viejo hablando, cuando se oyó un sonido de trompetas, y con grande horror y espanto del rey Lear, apareció Gonerila.

—¡Oh Regana!—exclama el rey en tono de reproche—¿serás capaz de tenderle la mano?

—¿Por qué no, señor?—dice con arrogancia Gonerila.—¿Os he ofendido acaso? No siempre merece el nombre de ofensa lo que la indiscreción y la chochez califican de tal.

Perdió Lear súbitamente los estribos, y Regana, sin darle apenas tiempo para calmarse y responder, le dijo que volviese a casa de Gonerila hasta terminar el mes de hospedaje y que después, habiendo despedido la mitad de la gente de su séquito, viniese a hospedarse en su palacio, pues esto era lo convenido.

Indignado Lear, negóse a volver al palacio de Gonerila:

después, haciendo un supremo esfuerzo para dominar su excitación, dirigióse a Gonerila, diciéndole:

—No, no quiero servir ya más de estorbo en tu casa: vete con Dios, que no nos volveremos a ver; mejor estaré en casa de Regana con mis cien caballeros.

A lo cual replicó fríamente Regana, que no había esperado su venida tan pronto y que por lo mismo no estaba preparada para recibirle conforme él merecía. Además instóle de nuevo a que obedeciera a Gonerila, y añadió:

—¡Cincuenta hombres de séquito!... ¿para qué necesitáis mayor número? y aun ¿a qué tan gran número? Bastarían por cierto la mitad: ¿acaso tan numeroso personal puede vivir en harmonía en una misma casa y a las órdenes de dos autoridades? Difícil cosa, por no decir imposible.

—Además—dice Gonerila:—¿no os bastan para vuestro servicio mis criados o los de mi hermana, según estéis en su casa o en la mía? ¿A qué, pues, nueva gente?

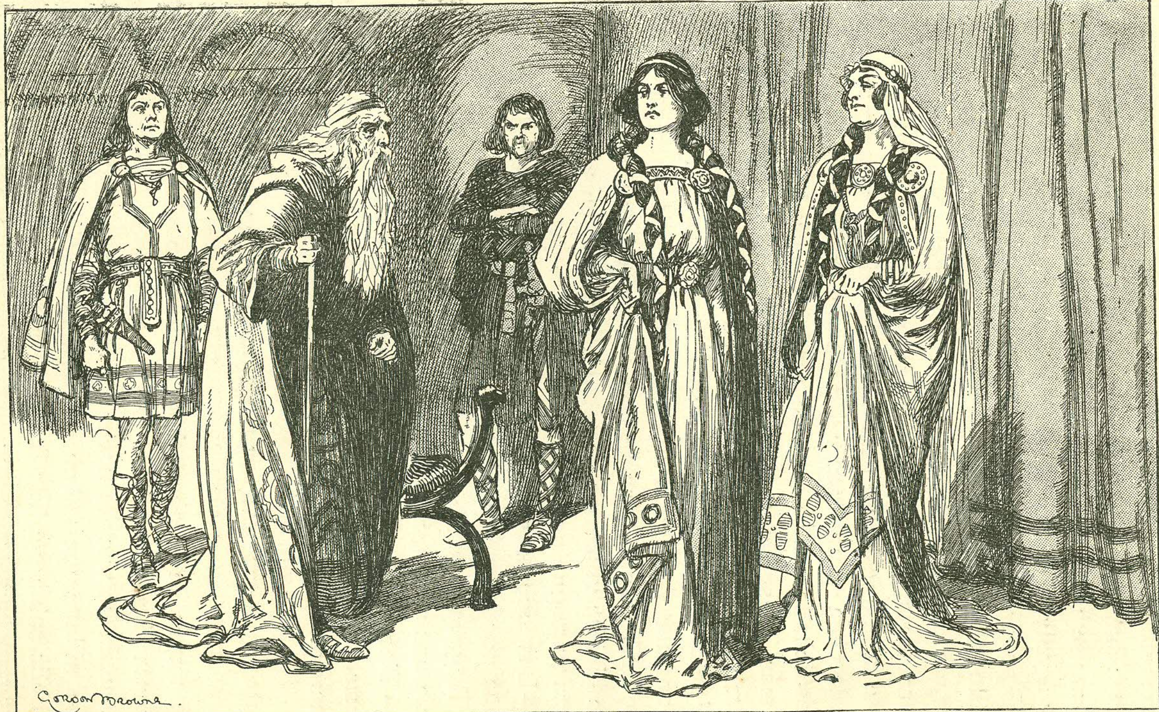
—Así es la verdad—dijo en su apoyo Regana:—y si queréis veniros conmigo, en lo cual veo peligro para mí, os suplico que no traigáis con vos más de veinticinco caballeros; todos los que excedan de este número no tendrán aquí ni sitio, ni asistencia.

Viendo entonces Lear que allí se le esperaban peores tratos aún que en compañía de Gonerila, dijo que prefería volverse a casa de ésta con los cincuenta caballeros, número a que había reducido ella el séquito del rey. Pero entonces empezó Gonerila a regatear los cincuenta.

—Pero, señor—dijo Gonerila,—¿para qué necesitáis cincuenta caballeros, ni veinticinco, ni diez, ni aun cinco en una casa en la que hay el doble de servidumbre a vuestras órdenes?

—Efectivamente—añadió Regana;—no veo que haya necesidad, ni siquiera de uno más.

—¡Necesidad!... no pronunciéis esta palabra...—exclama Lear, justamente irritado ante los sórdidos argumentos aducidos por aquellas a quienes tan graciosamente cediera su patrimonio.—¿Acaso no tiene el vil mendigo algo superfluo, entre los escasos recursos de su miseria? ¡Necesidad!... lo que yo verdaderamente necesito, es paciencia... ¡Dádmela, oh cielo!...



«Lo que yo necesito es paciencia... ¡Dádmela, oh Cielo!»

¡Aquí me veis, Dios mío; cargado de años, y más que de años, de infortunios, y aplastado por el peso de entrambos males!... ¿Creéis que voy a llorar? (dice volviéndose a sus hijas): no, no lloraré: harto motivo tengo para derramar lágrimas; pero mi corazón se haría mil pedazos antes que llorar... ¡Oh bufón mío!, ¡voy a volverme loco de sufrimiento!...

Y profiriendo frases de amenaza, abandona el rey Lear el castillo, seguido sólo de sus dos fieles compañeros el bufón y el conde de Kent. Era ya a boca de noche y ésta desapacible y borrascosa; soplaban siniestras ráfagas de viento precursoras de la tempestad; en todo aquel desierto páramo, no alcanzaba la vista ni un matorral para abrigo de la tormenta; pero el desdichado padre, con su corazón lacerado de pena, no tenía más pensamiento que huir de aquellas hijas sin entrañas, que tan ignominiosamente le trataban.

Fué entonces el conde de Gloucester, a toda prisa, a avisar a Gonerila y Regana que su padre abandonaba el castillo; pero ellas respondiéronle con fría brutalidad suplicando que no le hiciese el menor obstáculo, sino que más bien cerrase la puerta para que no volviese a entrar.

—Los hombres testarudos han de aprender de la experiencia por los mismos males que su terquedad les acarrea—dice Regana;—su séquito es temible y capaz de todo: la prudencia nos manda ser cautos y avisados.

—Tiene razón Regana—añade Cornuailles:—cerrad las puertas, señor; que la noche es de perros y tenemos la tormenta encima.

A TRAVÉS DE LA NOCHE BORRASCOSA

A través de la obscuridad y envuelto en los jirones de la tormenta abandonó el rey Lear el castillo de Gloucester; pero ¿qué mella habían de hacer en él ni las tinieblas de la negra noche, ni la tempestad en brazos del huracán, si estaba loco?... El infeliz había perdido la razón, y solo, descubierta la cabeza, vagaba arrastrado por el viento, calado hasta los huesos por el torrencial aguacero, aturdido por los rugidos del trueno y a la siniestra luz de los relámpagos, arrancábase los cabe-

llos y arrojaba terribles imprecaciones contra los conjurados elementos.

—¡Soplad, vientos, hasta reventar vuestros hinchados carrillos... (1)—exclamaba Lear en su delirio;—soplad con rabia!, ¡y tú, cielo, escupe fuego; vomita lluvia!... ¡Oh lluvia, oh vien-



«¡Soplad, vientos; soplad con rabia!»

to, oh truenos, oh rayos; mejores sois que mis hijas!..., a vosotros no puedo acusaros de ingratitud; no os di mi reino, ni os llamé jamás con el tierno nombre de hijos; no me debéis favor ninguno; ¡ea, pues, seguid divirtiéndoos, aunque sea a costa mía! Aquí tenéis, a merced de vuestros salvajes juegos, a un pobre viejo, enfermo, agotado y despreciado de todos.

Luego, cambiando de tono, dice:

—¡Y vosotros, serviles ministros de dos nefandas hijas, que

(1) Alude el rey a la figura de Eolo, dios del viento, al que se representa comúnmente con los carrillos hinchados. —*(N. del T.)*

hacéis causa común con ellas sin que os conmuevan las canas ni el respeto debido a la ancianidad, qué criminales sois!

De esta manera iba el infeliz y abandonado monarca desfogando su loco coraje en inútiles imprecaciones, mientras el bufón, su fiel y adicto compañero, sostenía sus vacilantes pasos y se esforzaba en calmar la desesperación del soberano con intempestivas ocurrencias.

Entretanto, empero, los amigos de Lear trabajaban en favor de él. Había llegado a oídos del conde de Kent, que el duque de Albania no corría muy bien con el de Cornuailles, aunque por mutuas consideraciones sociales, su astucia velaba la interior discordia de pareceres y aspiraciones. Informádose había el de Francia de la inhumana conducta que ambos yernos observaran con el anciano rey, y faltóle el tiempo a Cordelia para ir en auxilio de su padre, desembarcando en Douvres con una escuadra para lo que fuese necesario. Soliviantado también el duque de Gloucester por la brutal indignidad de Regana y su esposo, estaba dispuesto a no abandonar a su soberano. Mientras el rey Lear andaba luchando a brazo partido con el huracán y la tormenta, supo Gloucester que se estaba tramando un complot contra la vida de Lear: tomó, pues, las medidas necesarias para salvarle y en seguida púsose en la pista del fugitivo. Hallólo efectivamente en el solitario páramo, albergado junto con el bufón, en una miserable choza adonde con gran pena habían podido llegar cansados de bregar contra la furia de la tormenta. El pobre anciano había perdido completamente el juicio, y su enfermo cerebro veíase obsesionado por la atormentadora idea de la implacable ingratitud de sus hijas que le redujera a aquel lamentable estado: afortunadamente, pues, los pocos amigos que le quedaban, iban a prodigarle los cuidados y el afecto que le negaran sus propias hijas, y a no tardar sus esfuerzos habían de librarle de las manos de sus enemigos.

—Amigo mío Kent—dijo Gloucester;—aquí traigo una litera; tómale en brazos y ponle en ella; parte inmediatamente con él a Douvres, que allí se os dará buena acogida y se os auxiliará convenientemente. Date prisa, pues, por poco que te detengas, será lo suficiente para que perdáis la vida tú, el

soberano y cuantos habéis querido defenderle y ampararle.

Gracias al afecto de los pocos fieles amigos que le quedaban, fué el rey llevado sano y salvo a Douvres; pero la leal conducta del duque de Gloucester para con su soberano, había de tener fatalmente tristes consecuencias. Enterado el duque de Cornuailles que a Gloucester se debía el que Lear hubiese burlado los planes trazados para darle muerte, con una barbarie sin ejemplo le hizo sacar los ojos, y después, la impía Regana ordenó a su gente que arrojasen a Gloucester de su propio castillo.

Pero no quedó sin castigo el criminal proceder del sanguinario duque de Cornuailles, pues uno de sus caballeros, indignado ante tamaña crueldad, negóse a cumplimentar sus órdenes, por lo cual el duque se arrojó sobre él: mientras se estaban los dos batiendo llegó Regana y en auxilio de su esposo, dió una puñalada al caballero en la espalda, pero éste tuvo tiempo para herir gravemente al duque de Cornuailles, quien cayó muerto a los pies de Regana.

Entretanto había ya llegado a Douvres el rey Lear, y Cordelia se preparaba a dar a su anciano padre una cariñosa acogida y prodigarle toda clase de cuidados. Pero el remordimiento y la vergüenza que le producía el recuerdo de la injusticia con que tratara a Cordelia despojándola de sus derechos en beneficio de sus indignas hermanas, tenían obsesionado el espíritu del rey Lear, de tal manera, que no se atrevió a presentarse ante Cordelia y aun llegó a escapar del campamento francés. Cordelia envió gente en su busca y le hallaron errante y perdido en la ribera, extrañamente adornado de flores silvestres, aunque conservando, en medio de su demencia, la majestad del soberano. Lleváronlo, pues, al campamento francés y sometiéronlo a un experimentado médico, quien afirmó que su quebrantado espíritu sólo hallaría alivio en el descanso y reposo. Acostáronle en confortable lecho, y sus servidores colocáronse alrededor de su tienda para impedir que ruido alguno perturbase su dulce sueño; dispúsose, además, que tocase una suave música; en fin, no se dejó de hacer cosa alguna de las que se consideraron conducentes a su descanso y alivio.

Así se entregó el rey a un prolongado y reparador sueño:

al despertar, su hija y sus fieles compañeros echaron de ver con alegría que había recobrado su equilibrio y que discurría como persona cuerda.

Lo primero que vió al abrir sus ojos, fué el amoroso rostro de Cordelia: al principio, creyó Lear que era una visión del otro mundo, y trabajo le costó persuadirse de que era aquélla realmente su hija: parecíale que aún estaba delirando.

—¿En dónde he estado, infeliz de mí? ¿en dónde estoy ahora?—murmuraba,—paseando alrededor de sí sus espantados ojos. De pena moriría yo, si viese a otro en la situación en que me he visto. No sé lo que me pasa. No acierto a comprender el misterio de mi vida: no podría jurar que éstas son mis manos. Vamos a verlo; probaré si me siento de este alfiler..., voy a ver si soy realmente yo mismo, o si es un sueño lo que me está pasando.

Los asistentes le miraban aún con pena y se preguntaban ansiosos qué fin iba a tener aquel estado de ánimo del rey.

Vino entonces Cordelia, y con dulce y conmovedora voz, le dijo:—¡Oh señor y padre mío!, miradme; extended sobre mí vuestras manos y bendecidme.—Y al ver que su padre se ponía de rodillas, se lo prohibió; por lo cual el rey díjole con temblorosa voz:

—No os burléis de mí; tened más bien compasión de este anciano que a sus ochenta años (ni una hora más ni una hora menos) ya chochea y teme, hablándoos con franqueza, no estar en su sano juicio. Paréceme que no me sois desconocida ni vos, ni este hombre que tenéis al lado...; pero dudo de lo que veo (dice mirando azorado a los circunstantes, como implorando su benevolencia) e ignoro en qué sitio del mundo me encuentro. Lo que os suplico es que no os riáis de mí, al deciros que como creo que soy hombre, creo también que esta señora es mi hija Cordelia.

—Sí, padre mío; yo soy Cordelia—dícele sin poder contener las lágrimas que su corazón enternecido le hace asomar a los ojos.

—¿Y lloras tú también?—dice el rey Lear acariciando suavemente a Cordelia.—¡Ah! no llores, no: dame más bien, si lo tienes, un veneno y lo tomaré gustoso. Me consta que no

puedes amarme, pues tus hermanas (muy bien me acuerdo) me han hecho mucho mal; y cuento con que tú, sobrada razón tienes para hacérmelo; ellas no.

—Razón, ninguna—dice enérgicamente Cordelia.

—¿Acaso estoy en Francia?—pregunta Lear.

—En vuestro propio reino, señor—responde respetuosamente Kent.

—No me engañéis—replica con voz suplicante aquel rey, en otro tiempo tan altivo.

Toma entonces el médico la palabra y dice:

—Señora, estad tranquila; que la furiosa locura de vuestro padre ha pasado ya; pero es peligroso traer a su memoria hechos antiguos. Procurad no impresionar su espíritu con recuerdo alguno hasta que no esté bien solidado y sus facultades no se hayan afianzado en el equilibrio necesario.

—¿Gustaría Vuestra Alteza de pasear un poco?—pregúntale Cordelia con su acostumbrada dulzura.

—Gran indulgencia habréis de usar conmigo—responde humildemente el anciano.—Olvidad lo sucedido y perdonadme: soy un viejo estúpido.

Tan quebrantado y abatido como le vemos, aquel monarca en otros tiempos tan altivo e impetuoso, se aleja, sirviéndole de amable apoyo aquella amante hija que él despreciara y a la que privara de su herencia.

Con gusto daríamos aquí por terminada esta historia, contemplando al anciano rey que poco antes vagaba a merced de la borrasca, amparado ahora y colmado de caricias y atenciones por la dulce Cordelia. Pero el destino había de cebarse cruelmente en aquellos dos seres infelices. El rey de Francia fué llamado repentinamente y con toda urgencia a su país a causa de un asunto de Estado grave y tremendo que reclamaba su regreso. Era que durante su ausencia, las tropas francesas habían sido atacadas por las fuerzas de Gonerila y Regana confederadas y al mando de un traidor, llamado Edmundo, hijo del leal conde de Gloucester. Desgraciadamente la victoria fué para Inglaterra, y Cordelia y el rey Lear fueron capturados.

Mandó Edmundo que los encerraran en una cárcel, en la

que entró el rey Lear gozoso, pues se tenía por feliz considerando que estaba al lado de su hija, pues ella formaba su única felicidad en el mundo. Tan pronto como estuvieron encarcelados, envió Edmundo a la cárcel un propio con instrucciones secretas, que debían ponerse en ejecución sin pérdida de momento. Apenas había partido el mensajero, cuando el sonido de las trompetas anunció la llegada del duque de Albania y de Gonerila y Regana. Albano, más humano siempre que su mujer, dejóse llevar de la compasión: mucho tiempo hacía que los malos tratos dados al anciano rey afligían su buen corazón y y eran objeto de su desaprobación. Además, había visto con horror, y su espíritu se había sublevado, al saber el acto de barbarie que había cometido Cornuailles haciendo sacar los ojos a Gloucester: había visto, pues, con satisfacción el justo castigo que sufriera el inhumano Cornuailles, pereciendo a manos de su criado.

Albano, pues, reclamó a Edmundo los dos prisioneros; pero negóse a ello el traidor, pretextando que la causa de Cordelia y su padre requería mayor espacio de tiempo para ser juzgada. Conminó el duque de Albania a Edmundo a que le obedeciese, haciéndole observar que en ley de guerra, como estaban entonces, era Edmundo súbdito suyo antes que hermano; pero interpúsose Regana y afirmó que era ella quien había investido de plena autoridad a Edmundo, por lo cual no era inferior a Albano; además había pensado darle su mano y casarse con él.

Suscitóse entonces viva polémica entre las dos hermanas. Gonerila estaba también enamorada de Edmundo y no había reparado en armar un complot para dar muerte a su marido y poder casarse con el traidor. Además, enterada de los proyectos de Regana, había puesto el colmo a su iniquidad haciéndola envenenar secretamente para quitarla de en medio. En plena polémica, pues, el veneno obró sus efectos y cayó muerta la infeliz Regana.

Entonces, el duque de Albania, sabedor del complot que tramara contra él su mujer, la delata públicamente. Gonerila, viendo fracasados sus planes, niégase a responder a las acusaciones de su marido, y saliendo impetuosamente se quita la vida.

Así perecieron aquellas dos impías y desnaturalizadas hijas.

Entretanto Edmundo, herido mortalmente en combate, por su hermano Edgardo, el valiente campeón que había de castigar sus traiciones y crímenes, confesó que él y Gonerila habían dado secretamente orden que Cordelia fuese ahorcada en la cárcel, y que al saberse la noticia, ellos se encargarían de decir que en un momento de desesperación había la infeliz atentado contra su vida.

Albano entonces mandó, a toda prisa, un mensajero a la cárcel encargado de revocar la fatal sentencia. Pero era ya tarde. Al momento mismo de traer a Edmundo luchando con las ansias de la muerte, compareció el rey llevando en brazos el cadáver de su hija. Pareció que enloquecía de nuevo el infeliz anciano, y los circunstantes quedaron transidos de pena a la vista del dolor y extravío del anciano rey. Ya se lamentaba de la muerte de su hija, ya se esforzaba en convencerse de que vivía aún.

—Traedme acá un espejo—dijo desesperado;—voy a ver si le queda algún aliento que lo empañe.

Acerca después una pluma a los labios de Cordelia y exclama:

—¡Ah! ¡mirad cómo se mueve! ¡vive, vive aún!...

El conde de Kent póstrase a los pies del rey, pero éste se aparta de él para agacharse sobre Cornelia cuyo cadáver yace tendido en el suelo.

—¡Cordelia, Cordelia, aguarda un instante!...—exclama el alocado padre:—¿no me respondes?

Aplica su oído y esforzándose por engañarse a sí mismo, procura explicar la causa de la sordera de su hija.

—Es que su voz ha sido siempre discreta, dulce y cariñosa—dice—¡cualidad exquisita en una mujer!

Después, cambiando súbitamente de expresión, yérguese, y paseando a su alrededor una serena mirada, dice triunfante:

—¡Ea! ya he dado muerte al esclavo que quería ahorcarte...

—Es verdad, señores; le ha dado muerte—replica un oficial.

—¿Eh, amigo, que sí?—dice con arrogancia el rey.—Tiempo hubo en que, con mi bien templado acero, los habría puesto a todos a buen recaudo. Ahora, empero, los años y las contrariedades han agotado mis fuerzas y aniquilado mis bríos. Y

¿quién sois vos?, mis ojos ya no son de lince; pero o mucho me engaño, o sois Kent.

– El mismo, servidor vuestro.

Pero la razón del anciano rey iba desapareciendo por momentos en dirección a los confines de la demencia. En vano intenta Kent persuadir al monarca que él es su fiel compañero y que Gonerila y Regana murieron. El pensamiento del rey Lear concéntrase en su hija querida.

—¡Ay!, ¿y mi pobre hija inocente ahorcada?, ¿ni un soplo de vida en este exánime cuerpo?—exclama desesperado el rey Lear.—¡Ay!, ¿por qué ha de ser ella inferior a un perro, a un caballo, a un ratón que gozan del beneficio de la vida? ¿Ya no voy a verte más, prenda adorada?, ¿jamás?... ¿jamás?...

En su delirio llévase la mano a la garganta como si se ahogase.

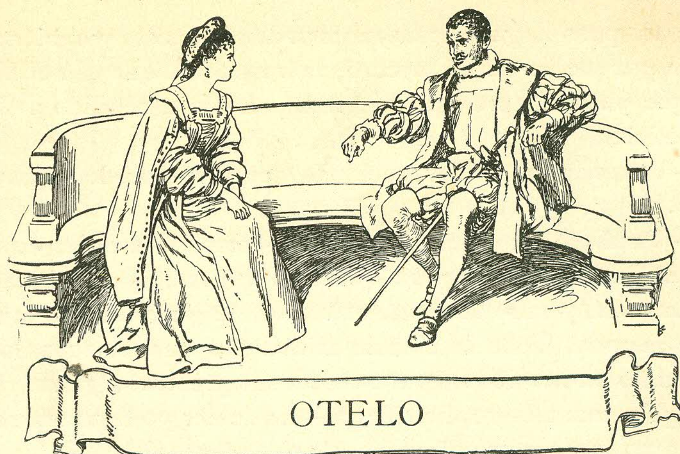
—Venid—exclama,—deshacedme este lazo.

Acércasele uno de los circunstantes y hace suavemente como que le suelta.

—Gracias, señor, gracias. ¿No la veis? Miradla, mirad qué labios... mirad...

Y exhalando de su pecho un extraño grito, mezcla de alegría y de angustia, cae Lear muerto sobre el cadáver de su amada Cordelia. El rey de carácter impetuoso, cuyos defectos y errores dieron margen a tan crueles castigos, entraba finalmente en el imperio del eterno descanso.





OTELO

EL HONRADO YAGO

Con su característica bravura, su nobleza de espíritu y su trato sincero y abierto, el moro Otelo habíase conquistado en Venecia un nombre glorioso. La desigualdad de raza, que se manifestaba en su atezado rostro, no era parte para enajenarle la simpatía de sus conciudadanos; pues harto sabía toda la república que era uno de los generales que mayor número de veces había llevado a la victoria a los ejércitos venecianos. Al divulgarse, pues, en Venecia la alarmante noticia de que las hordas turcas amenazaban invadir uno de sus preciosos territorios, el moro Otelo fué a quien se dirigieron de consuno los senadores de la República para ahuyentar el peligro.

Numerosos amigos le había granjeado a Otelo su carácter franco y su intrépido valor; pero cerca de sí tenía, sin él saberlo, un peligroso y solapado enemigo. Yago, uno de sus jefes subalternos, le odiaba mortalmente. Yago era un valiente militar, pero hombre sin conciencia. Había hecho gran número de campañas a las órdenes del Moro y acariciaba la ilusión de llegar a ser, con la influencia de altos personajes, lugarteniente de Otelo, a la primera ocasión que se presentase. Por su parte creíase Yago con méritos suficientes para obtener puesto tan

honroso; pero llegada la coyuntura de solicitarlo y habiéndolo hecho por medio de un tercero, la respuesta que dió el Moro fué que ya tenía provista la plaza y había ascendido a ella a otro oficial.

—Y ¿quién es el favorecido?—preguntó desdeñosamente Yago.

—¡Pardiez!, un gran matemático—respondiéronle;—un tal Miguel Casio, un florentino que no ha guiado jamás batallón en campaña, y sabe tanto de achaques de guerra como la más torpe jamona. Toda la ciencia militar de que blasona la ha aprendido en los libros; pura charla sin práctica alguna.

—¿Y a este tal—replicó Yago,—he de ver yo lugarteniente, siendo yo ¡voto a bríos! un simple abanderado?

Otro que no fuera Yago, hubiera dimitido del grado de abanderado con el que su orgullo no podía contentarse; pero él sacrificó su amor propio y se conformó con su suerte, creyendo que ningún puesto era más a propósito que aquél, para lograr sus intentos. «Sirviendo a Otelo, sirvo a mí mismo», dijo: «testigo me es el Cielo que no lo hago por cumplir un deber; sino por la cuenta que me tiene para mis fines particulares».

Así, pues, confiando Yago en la habilidad con que sabía ocultar sus verdaderos sentimientos, púsose a urdir una diabólica intriga bajo la capa de la más noble franqueza.

Había, en aquel entonces, en Venecia, un senador llamado Brabantio, que tenía una sola hija, por nombre Desdémona. Brabantio quería mucho a Otelo y a menudo le invitaba a su casa, haciéndole preguntas sobre las batallas, victorias, incidentes de la guerra y demás, en que el Moro había tomado parte en su vida de soldado. Éste le contaba todas sus aventuras, de año en año, desde los primeros de su infancia hasta el momento en que estaba hablando; refería sus azares desastrosos, sus emocionantes episodios por mar y por tierra; contaba cómo había caído en manos de los enemigos, cómo había sido vendido por esclavo y rescatado después. Refería luego sus viajes a apartadas e incultas regiones; describía las obscuras grutas en que penetrara, los áridos desiertos que atravesara, los ásperos riscos y las roquizas montañas por los que trepara y finalmente cómo había alternado con los

caníbales devoradores de carne humana y vivido entre las tribus de salvajes que tienen la cabeza hundida en las espaldas.

Tan palpitantes relatos hacían las delicias de la encantadora hija de Brabantio, y fascinada por el valeroso soldado que había pasado por tan extrañas vicisitudes, dábase prisa a despachar los quehaceres domésticos para volver una y otra vez a escuchar a Otelo. A las veces no podía contener las lágrimas al oir alguna escena dolorosa de la que el Moro había sido infortunado actor en su juventud. Terminada la narración, suspiraba afirmando que en realidad de verdad «era singular y extraordinario hasta no poder más y triste, grandemente triste.» Hubiera preferido no oirlo y, sin embargo, se dolía de que el Cielo no hubiese destinado un tal hombre para esposo suyo; y suplicaba a Otelo que si sabía que alguno de sus amigos sentía amor hacia ella, le enseñase a contar como él las contaba aquellas historias, para que le cautivase el corazón. Alentado, pues, Otelo con estas inocentes revelaciones de Desdémona, siguió hablando de sus aventuras: Desdémona le amaba por los riesgos que había corrido; Otelo amaba a Desdémona por el afecto de compasión que en ella observaba.

Tal era la explicación, por lo demás muy natural, de lo que más tarde Brabantio, presa de furor, atribuyó a maleficio, no acertando a comprender cómo su tímida hija se había prendado de un ser tan espantable como el Moro, de tez bronceada. Era que Desdémona, como ella muy bien decía después a su padre, había «visto el rostro de Otelo en su alma» y su valor y la gallardía de su espíritu le habían hecho pasar inadvertido el color de su piel. Desdémona, pues, conociendo a fondo el carácter violento de su padre y lo poco razonable que era al excitarse, y temiendo que le negaría siempre su consentimiento, abandonó un día, por la noche el hogar paterno para casarse con Otelo.

Aquella era precisamente la ocasión que esperaba Yago. Enterado de lo que pasaba, dió cuenta de ello a un veneciano amigo suyo por nombre Rodrigo, joven libertino y pretendiente fracasado de Desdémona. Fueron ambos a ver a Brabantio y despertándole a grandes voces, le manifestaron que Otelo había raptado a su hija. Dado el grito de alarma y puestos sus com-

pañeros en la pista del raptor, creyó prudente Yago retirarse para no infundir sospechas de que tenía algún interés en el asunto. Por lo demás, hizo creer a Otelo que Rodrigo era el denunciante y que el mismo varias veces había con sus invectivas contra Otelo, excitado su cólera en tanto grado, que había estado a punto de quitar la vida a aquel infame detractor.

Brabantio, al saber la nueva, llamó inmediatamente a sus criados y mandóles que persiguieran a los culpables hasta dar con ellos; pero antes de conseguirlo, el daño estaba ya hecho: Otelo y Desdémona habían contraído legalmente matrimonio.

Con todo y ser de noche, el dux y los senadores estaban reunidos en la Sala del Consejo de Venecia, ocupados en importante reunión. Corrían graves rumores; se decía que una flota turca se dirigía a Chipre, y aunque había datos contradictorios acerca del número y posición de las galeras que formaban aquella flota, el peligro era abiertamente inminente, y perentoria la necesidad de ponerse inmediatamente en condiciones de defensa. El consejo mandó a llamar a toda prisa a Otelo y Brabantio: los mensajeros hallaron a éste en el momento mismo en que se disponía a ir a ver al dux para exponerle su queja contra Otelo, y habiéndose encontrado ya en la calle, ambos entraron juntos a la presencia del dux.

—Valeroso Otelo, necesitamos inmediatamente de tus servicios contra el común enemigo—dice el dux.

Y volviéndose a Brabantio, añade cortésmente:

—Cuánto tiempo sin veros... Bienvenido seáis, noble señor; necesitamos al presente de vuestros consejos y de vuestra ayuda.

—Y yo de los vuestros—responde Brabantio.—No son por cierto asuntos de la República los que me han hecho levantar a deshora, ni es tampoco la general inquietud lo que me absorbe; estoy bajo el peso de una aflicción tan enorme, que no me deja lugar para otra alguna consideración o pensamiento.

Solícito el dux por lo que le decía Brabantio, preguntóle cuál era la causa de su aflicción. Este, en terminos muy fuertes, acusó a Otelo de haber captado con sortilegios la voluntad de su hija, pues le parecía completamente antinatural el que

su hija, estando en su sano juicio y libertad de espíritu, se hubiese jamás prendado del Moro. Preguntó entonces el dux a Otelo qué tenía que oponer a los cargos de Brabantio. Por toda respuesta Otelo en tono viril, pero mesurado, contó sin rodeos cuanto había sucedido. La sencillez de sus palabras, y la mesura de su tono fueron tan persuasivas, que, terminado su razonamiento, el dux, completamente adicto a su causa, exclamó entusiasmado:

—No dudo que tales relatos hubieran cautivado cualquier corazón, aun el de mi propia hija.

En vano, empero, procuró convencer a Brabantio que aceptase el hecho consumado, pues el viejo senador se mantuvo inexorable, y no interrumpía sus acusaciones contra el Moro, sino para hacer recaer sus censuras sobre su hija, cuando Desdémona, llamada también a comparecer, confirmó el relato que hiciera Otelo. Preguntó entonces Brabantio a su hija, a quién de los tres allí reunidos estaba obligada a obedecer. Desdémona, con gran modestia, pero con no menor resolución, respondió a su padre, que había en aquel caso un verdadero conflicto entre dos deberes; que a su padre debía la vida y la educación, y que en pago de ello, le rendía amor y respeto de hija.—Pero así como mi madre—añadió Desdémona,—os manifestó su afecto prefiriéndoos a su propio padre; así yo reclamo el derecho de dejar a mi padre para seguir al Moro, mi esposo.

Ninguna fuerza tuvo para Brabantio este argumento.

—Ea pues, adiós; basta de palabras...—respondió Brabantio sacudidamente. Luego, murmurando unas acerbas palabras entrega su hija a Otelo, pronunciando este terrible sarcasmo: «Vigílala bien, moro, si es que tienes ojos para ver; la que engañó a su padre, puede muy bien engañar al marido.»

—¡Con mi vida respondo de su fidelidad!—exclama Otelo indignado, estrechando en sus brazos a su esposa que derrama abundantes lágrimas.

Quedaba un asunto por resolver: dónde quedaría Desdémona durante la ausencia de Otelo. Pidió ella con tanta insistencia que le permitiesen acompañar a su esposo en la campaña, que éste no dudó de unir sus súplicas a las de Desdé-

mona, y el dux los dejó en libertad de obrar como juzgaran conveniente. Otelo tenía que partir aquella misma noche; convínose, pues, en que Desdémona le seguiría, escoltada por el abanderado Yago.

—Honrado Yago—dícele Otelo:—confío a tu cuidado mi esposa Desdémona; Emilia tu mujer, será su amable compañera.

Ignorante estaba el moro de la villana traición que urdía entonces mismo aquel «honrado Yago» y no podía pensar que al entregar su esposa a su custodia, se reía el traidor pensando cuán a maravilla le allanaba el General con su inocente candidez, el camino para poner en práctica sus designios.

En sus planes de venganza, el más obvio y más asequible le pareció ser sembrar la cizaña de la discordia entre el moro y su joven esposa, a quien tan ardientemente amaba; decidió, pues, poner en juego toda su astucia para inocular los celos en el espíritu de Otelo. Como de costumbre en los temperamentos afectuosos, Otelo era extraordinariamente apasionado e impulsivo: tan pronto como se le excitaba la sensibilidad, iba derecho hacia donde le inclinaba un taimado engañador, y en su temperamento de hombre extremadamente honrado y sincero, no podía sospechar la falsedad y doblez ajena.

El instrumento de la venganza de Yago estaba más cerca de lo que él hubiera podido desear: tuvo además la satisfacción de ver en perspectiva una doble venganza, pues nadie le pareció más a propósito para ejercerla que Casio, el nuevo ayudante de Otelo. Casio era un apuesto joven, de gran atractivo y muy bien quisto de todos, especialmente de las mujeres, cuyo favor se conquistaba con sus graciosas maneras y afable porte. Desdémona le profesaba también mucho afecto porque había sido el inseparable compañero de Otelo cuando éste, de soltero le hacía el amor, y les había servido a menudo, de correo. ¿Qué cosa pues, más natural que una mujer joven como Desdémona se hastiase pronto de un marido, hombre ya maduro, consumido por los azares de la guerra, y buscase alguna distracción y solaz en el encantador mancebo? Así por lo menos discurría Yago, y éste era el veneno que pensaba inocular en el sencillo y cándido corazón de Otelo.

Con rumbo a Chipre navegaba la escuadra a las órdenes del almirante Otelo, cuando se levantó una furiosa tempestad que dispersó las galeras y apartó de su curso la nave capitana, de manera que Desdémona llegó a la isla antes que su marido. Casio, ayudante de Otelo, que llegara antes que Desdémona, había hecho a los chipriotas, grandes alabanzas de la esposa del general, poniendo en las nubes su hermosura y sus prendas naturales; al saber, pues, que la nave en donde iba Desdémona, acababa de tomar puerto sana y salva, faltóle el tiempo para acudir a dar la bienvenida a la joven esposa, tributándole una recepción entusiasta.



«Yago»

—¡Ved, cómo ha desembarcado el tesoro del barco, la flor y prez de la república veneciana!—exclama Casio al ver a Desdémona, acompañada de Yago, la esposa de éste Emilia, Rodrigo y su gente de servicio:—salud, noble señora; que el favor del cielo os preceda, os siga y os acompañe a dondequiera que vayáis.

—Gracias, valeroso Casio, responde Desdémona, ¿qué nuevas hay de mi señor Otelo?

—No llegó todavía—responde Casio;—pero según tengo entendido, está bien y llegará en breve.

Aun hablaba Casio, cuando los cañones de la ciudadela anunciaron con su estampido la llegada de un barco amigo.

Yago observaba todos los movimientos de sus víctimas, como una araña que ha envuelto en su tela a un insecto; con sus miradas devoraba a Desdémona y a Casio que departían alegremente; espiaba su inocente charla y acechaba los más imperceptibles gestos del oficial, mientras él se inclinaba delante de Desdémona o le enviaba galantemente un beso.

—¡Ah! ¡sonríele!...—decía Yago para sus adentros refiriéndose al inexperto Casio;—si estos galanteos han de removerte

de tu cargo de ayudante, más te valiera no cansar tus tres dedos con tus fatales besos... ¡Muy bien, muy bien! ¡encantador beso!... ¡muy bien! ¡galante cortesía!...

Así iba el pérfido Yago regodeándose maliciosamente al contemplar la ceremoniosidad de Casio, de la cual él tan buen partido había de sacar después para dar visos de verdad a cuanto inventaría de acusación contra aquel mancebo.

Entretanto la nave capitana había atracado: saltó de ella Otelo, y su alegría al encontrarse con su amada esposa excedió toda comparación.

—¡Qué feliz fuera yo, si pudiese morir ahora mismo!—exclama Otelo, sospechando que jamás el ignoto destino le había de deparar un instante tan colmado de pura alegría y contentamiento.—¡Ea! vamos al castillo. Amigos míos, nuevas traigo y muy faustas que comunicaros (dice volviéndose a los demás); no hay que pensar ya en la guerra; las naves turcas han ido a pique. Y mis antiguos amigos de esta isla ¿qué tal están?... ¡Vamos, Desdémona! justamente podemos exclamar: ¡feliz nuestro encuentro en Chipre!

Para celebrar dignamente la fausta noticia de la destrucción de la flota turca y festejar la boda del nuevo gobernador, hizo anunciar Otelo públicos regocijos y se invitó a todos los habitantes de Chipre a divertirse y holgar de cinco a once de la noche.

Designóse aquella noche a Casio para hacer la guardia, y Yago vió en esta disposición una oportunidad, que ni buscada, para dar el primer paso en su obra de venganza, haciendo incurrir al inexperto oficial en algo que menoscabase su honor. Sabía muy bien Yago que Casio era flaco de cabeza y que una pequeña cantidad de vino, que en otro no hubiera hecho la menor mella, bastaba para excitarle haciéndole armar camorra con el primero que hallaba. Determinó, pues, hacerle beber algo más de lo justo, y después Rodrigo se encargaría de mover bronca, ya levantando demasiado la voz, ya mofándose de su observancia de la disciplina militar, ya de otra manera, según se brindara a ello la ocasión. Casio fácilmente excitable, saldría de sus casillas, llegando hasta pegar a Rodrigo y la reyerta crecería hasta convertirse en motín y todo Chipre se sublevaría, dando esto lugar a la destitución de Casio.

Al entrar, pues, Casio en la sala del castillo para hacerse cargo de la guardia de noche, acogióle Yago con grandes muestras de rogocijo, instándole cordialmente a que tomase parte en el banquete que ofrecía a Montano, gobernador dimisionario y a otros hidalgos, que cifraban su dicha en brindar a la salud de Otelo. Casio, conociéndose a sí mismo y su propia debilidad, rehusó al principio, diciendo:

—No; esta noche no, amigo Yago. Soy en extremo flaco, y mi cerebro se resiente muy pronto de los efectos del vino: mucho me holgaría que buscases otra manera de agasajo con que obsequiar a los amigos.

—Vamos, que se trata de amigos de confianza—insistió Yago,—una copa, nada más que una copa. Ea, que voy a brindar a tu salud.

Respondió Casio que con sola una copa que había apurado aquella noche y aun de vino bastante aguado, sentía ya sus desastrosos efectos: es una calamidad mi gran flaqueza en este punto, y no es justo que la ponga de nuevo a prueba.

—Vamos, hombre, vamos; que es noche de holgorio—dícele Yago, tentándole;—se trata de complacer a los oficiales.

—¿Dónde están?—pregunta Casio, empezando ya a ceder de su firme resolución.

--Aquí, a la puerta; hacedlos entrar, os lo suplico—dice Yago.

—En fin, consiento aunque muy a pesar mío—dice Casio, y llama a los invitados de Yago.

A su vuelta, al poco rato, acompañado de tres o cuatro bulliciosos oficiales, que ya habían hecho sobrada broma, el infortunado y débil Casio había ya caído en la trampa consintiendo en apurar con ellos una segunda copa.

No perdió Yago el tiempo, y procuró excitarle más y más ofreciéndole más bebida y entonándole este alegre cantar:

Y suene la campana al raudo viento,
Y suene la campana al raudo viento:
Hombre es el soldado.
En un momento dado
Nuestra mísera vida se aniquila:
Beba la tropa pues, beba tranquila.

—¡Excelente copla!—exclama Casio. Y Yago pónese a cantar otra «aun más exquisita» que la primera.

El tiempo se deslizaba tan alegremente para aquellos joviales militares, que al darse cuenta el joven ayudante de cuán ligeramente había descuidado sus deberes, abandonando la guardia, era ya muy entrada la noche y en su cabeza ya no acertaba a coordinar las ideas, pues los vapores del vino se la habían enturbiado.

Al salir Casio, tomó Yago ocasión del hecho para censurarlo e inspirar en los camaradas una desfavorable impresión acerca del joven lugarteniente: dióles hipócritamente a entender cuánto lamentaba que un tan bravo militar tuviese sobre sí la mancha deshonrosa de la intemperancia y añadió, mintiendo a mansalva, que Casio no se acostaba jamás sino medio bebido. Era ésta una solemne falsedad, pero que fué creída por todos los hidalgos de Chipre. Observó Montano que era lástima que Otelo no estuviese enterado de la conducta de su ayudante:—Será que no ve su modo de obrar, o quizá su buen natural hace que no vea sino las virtudes de Casio, cegándole para que no se dé cuenta de sus defectos—dice Montano;—pero no deja de ser un grave inconveniente que el noble Moro tenga confiado un cargo tan importante como el de lugarteniente, a un individuo seducido por un vicio tan degradante e inveterado. Creo que no debemos permitir que lo ignore por más tiempo.

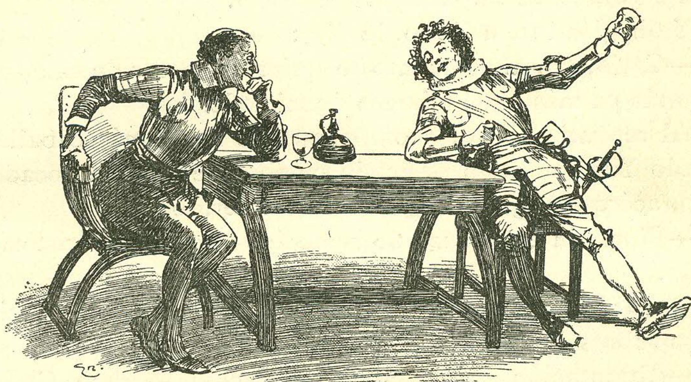
—Eso no—responde con hipocresía Yago; no lo haré ni por la posesión de toda esta bella isla.—Amo demasiado a Casio, y mi gozo fuera poderle curar de este torpe vicio. Pero... ¿qué es ese ruido que oigo?... se oyen voces de «¡socorro, socorro!»

Sin darles tiempo para salir, entra bruscamente Casio corriendo a la zaga de Rodrigo a quien alcanza y golpea fuertemente. Interviene Montano en defensa de Rodrigo; Casio se vuelve entonces contra el exgobernador, desenvainan ambos la espada, y Montano es herido. Entretanto Yago había mandado a Rodrigo que saliese a gritar alarma en la ciudad, incitando a la gente al motín y procurar el mayor desorden posible, mientras él se asociaba a la revuelta, gritando y sembran-

do el pánico por doquiera, contribuyendo así a aumentar la confusión, en vez de restablecer el orden.

Compareció rápidamente en la escena Otelo, y gracias a su prontitud y resolución quedó al instante sofocado el tumulto. Exigió entonces una explicación, y nadie parecía dispuesto a darla, por lo cual, dirigiéndose a Yago, le dice:

—Honrado Yago; aunque tu semblante revela el profundo



«¡Excelente copla!»

disgusto que te embarga, dime ¿quién empezó este tumulto? Por nuestra amistad, te mando que me lo digas.

Masculla Yago unas confusas palabras, que no pueden menos de desconcertar al general. Casio, interpelado también, y ya completamente sereno, responde sencillamente:

—Os ruego que me excuséis, no puedo hablar.

Montano, por su parte, afirma que no se siente con fuerzas para hablar, y dice sólo:

—Yago, vuestro ayudante os dará cuenta de todo: por mi parte no creo haber dicho o hecho cosa alguna que desdiga de un caballero.

Empezaba ya Otelo a perder la paciencia, y comprendiendo la gravedad de tales desórdenes en las críticas circunstancias por que atravesaba la isla, mandó breve e imperiosamente a Yago que le dijese cómo había empezado la riña y quién era el que la había provocado.

Disimulando con una aparente repugnancia su secreta satis-

facción, tomó Yago la palabra. Hizo un relato de cuanto había sucedido, procurando hacer resaltar que estaba ajeno al verdadero motivo del hecho y más bien parecía ostensiblemente preocupado para disculpar a Casio.

La sentencia de Otelo fué breve y rigurosa.

—Veo claramente, Yago—dice Otelo,—que tu lealtad y tu afecto hacia el amigo y compañero, te hacen atenuar el hecho para disminuir la culpabilidad de Casio.

Y dirigiéndose a Casio, le dice:

—Casio, ya sabes cuánto te quiero: a pesar de esto, no te contarás ya más en el número de mis oficiales.

Al retirarse Otelo, acompañado de los demás caballeros, viendo Yago a Casio pasmado como si le hubiese tocado un rayo, acércasele y le pregunta si está herido.

—Sí, y sin esperanza de remedio,—responde tristemente Casio.

—¡Pardiez, que no será así; Dios no lo quiera!—exclama Yago sobresaltado.

—¡Reputación, reputación, reputación!—gime Casio:—¡ah!, ¡he perdido mi reputación, lo único que me podía inmortalizar! ¡Mi reputación, Yago, mi reputación!

—Tan cierto como las tinieblas de esta noche, que creía yo que estabais herido—replica Yago, con maliciosa chanza:—no hayáis pena por esto: las heridas de la reputación son de menor transcendencia que las corporales. No os faltará ocasión de probar vuestra honradez y recobrar el favor del general. No habéis de hacer sino implorarlo y lo obtendréis sin dificultad.

—No, sino su menosprecio ha de solicitar quien ve la confianza de un tan excelente jefe burlada por un tan ligero oficial bebedor e imprudente—replica Casio compungido.

—El embriagarse una que otra vez en la vida, no es suficiente para dar al traste con una reputación, y cualquiera puede tener ese deliz. Lo que habéis de hacer es lo siguiente. El general de los ejércitos venecianos no es actualmente Otelo, sino su mujer; quiero decir que Otelo está tan prendado de las gracias y virtudes de ella, que le está completamente sometido y no piensa ni obra sino por su cabeza y sus manos. Id pues

a ella, llamad a su compasivo corazón, confesadle vuestra debilidad e implorad su ayuda. Ella es tan generosa, tan benévola, tan servicial, que accederá a vuestros ruegos creyendo cumplir con un deber. Mi fortuna apuesto a que después de esta ruptura con Otelo, si esto hiciereis, estaréis en mayor privanza con él que antes.

—¡Pardiez, que me dais un buen consejo!—exclama Casio.

—Por la sincera amistad que os profeso lo hice y con la mejor intención en favor vuestro.

—Lo creo—dice Casio,—y os lo agradezco. Mañana mismo, a primera hora, iré a postrarme a los pies de la virtuosa Desdémona y la pediré que tome mi causa por suya.

Reíanselе los huesos al traidor, viendo lo bien que se desarrollaba el plan que premeditara. Bien lo sabía él: el mismo ardor con que abogaría Desdémona sería un nuevo pábulo al fuego de los celos de Otelo.

Con la generosa bondad, pues, de aquella amable criatura iba a tejer Yago la red que había de envolver pronto a todos.

EL PAÑUELO DE BOLSILLO

Conforme con su determinación presentóse, a la mañana siguiente Casio a Desdémona, la cual se encargó del asunto con todo el afecto de su bondadoso corazón, prometiendo jovialmente no dejar en paz a su marido hasta obtener el perdón del oficial. En aquel mismo momento entraba Otelo, y Desdémona suplicó a Casio que no se fuera, sino que se quedara para que pudiese oir lo que ella decía a su esposo; pero el joven oficial, demasiado avergonzado para arrostrar la presencia de su general, rehusó quedarse allí y huyó precipitadamente. La ocasión era de lo más favorable para sembrar en el corazón del Moro los primeros gérmenes de sospecha contra su esposa, y, en efecto, no la desperdició Yago: haciendo del distraído exclamó:

—¡Ah, no; esto jamás!

—¿Qué dices?—pregunta Otelo.

—Nada, señor; es que...—responde Yago,—con cierta turbación como si se arrepintiese de haber hablado imprudentemente.

—¿No era Casio el que estaba ahora mismo con mi mujer? --pregunta Otelo.

—¿Casio, señor?—repite Yago, como sorprendido;—no, a fe mía; no puedo creer que Casio huyera como quien obra mal, al veros venir.

—Pues, me parece que era él—persiste Otelo.

En aquel mismo instante sale Desdémona a recibir a Otelo, y le dice:—Ah, señor, acabo de hablar con uno que vino a pedir mi mediación, un infeliz que gime bajo el peso de vuestra indignación.

—¿Quién es?

—Vuestro lugarteniente Casio — responde cándidamente Desdémona.

Y empieza a interceder por el culpable con una elocuencia nacida de un corazón sencillo y bien intencionado. Pero la observación de Yago había turbado la serenidad de Otelo.

—¿Era el que acaba de salir, no es verdad?—pregunta Otelo sacudidamente.

—Ciertamente y el pobre está tan abatido que me ha dejado también a mí en cierta manera afligida y sufro de verle en tal estado. Ea, compadécete de él, amor mío, y admítele de nuevo a tu servicio.

—Ahora, no, Desdémona; más tarde, veremos.

—¿En breve, no es verdad?—replica Desdémona.

—Lo más pronto que pueda, mi amor y por respeto a ti—dice Otelo con mayor blandura.

—¿Esta noche a la hora de cenar?

—No, esta noche no.

—Entonces ¿mañana?

—Mañana no comeré contigo—responde Otelo;—tengo una cita en la ciudadela con los capitanes.

—Bueno, pues mañana por la noche, ¿eh?, o el martes próximo por la mañana, a mediodía o por la noche, o, lo más tarde, miércoles por la mañana. ¡Ea, Otelo!, dime de fijo cuándo será, y que no pase de tres días—insiste Desdémona en tono meloso y acariciando a su marido. Y prosigue intercediendo por el atribulado mancebo, con una tan persuasiva dulzura, que Otelo no puede ya resistir más, y acaba por decirle:

—No me importunes más. Que venga cuando quiera, no puedo negarte cosa alguna que me pidas.

Y al retirarse Desdémona, satisfecha de haberle arrancado la promesa del perdón para su favorecido, exclama Otelo en un arranque de tranquila confianza y de infinito afecto:

—¡Ah, piérdase mi alma, si no te amare! Si alguna vez dejo de quererte, quedo sumido en un profundo caos.

La situación había cambiado totalmente, y todo hubiera quedado arreglado, si no hubiese estado allí Yago, pronto siempre a verter su veneno en el inquieto corazón del Moro. Con una diabólica perfidia (tejido de insinuaciones, frases a medio decir y luego retractadas, fingimiento de una franqueza temerosa siempre de excederse) consiguió Yago sumir a Otelo en un abismo de sospechas contra Casio. Con su habitual socarronería, parecía dejarse arrancar, mal de su grado, cada una de las palabras que su pérfida lengua profería, y consiguió, ni más ni menos que la noche anterior, aplastar a Casio con sus odiosas calumnias, mientras hacía del que le disculpaba.

No contento con esto, que ya era un triunfo para su venganza, no tardó, con serpentina malicia, en insinuarse en el ánimo de Otelo e inocular en él finísimas sospechas contra Desdémona, protestando, empero, que nada estaba más lejos de su ánimo que revelar sus pensamientos (temerarios quizá) y suplicándole muy ahincadamente que se guardase de los celos.

—El hombre celoso—decíale—arrastra una triste y penosa existencia, llena de amarguras: adora en el objeto de sus ansias y duda sin embargo, sospechando siempre, pero sin cesar de amar. ¡Oh Dios clemente y bondadoso! (añadía con fingido fervor) no permitas que alguno de los míos caiga en el abismo de los celos.

—Y ¿a qué viene todo esto?—pregunta Otelo, excitándose por momentos, tal como había intentado Yago.—¿Crees tú acaso que yo soportaría una vida de celos, entre sospechas y temores, cambiando de rostro como la luna? No: la duda y la resolución sólo pueden durar en mí un momento... No, Yago, no; antes de dudar, quiero ver; si dudare, haré la prueba, y después de hecha la prueba, ya no me quedará sino la disyuntiva, o despedirme del amor, o rechazar la duda.

Expresóle Yago cuánto le complacía el saber que así discurría porque en adelante podría darle con mayor franqueza pruebas de afecto y lealtad. Advirtióle, pues, que vigilase cuidadosamente a su mujer y que se fijase en la conducta que ésta observaba con Casio. Después, fingiendo mejor acuerdo, pónese a suplicar a Otelo que no piense ya más en ello y que dé tiempo al tiempo. Despídese, por fin, del Moro, después de haber conseguido amargar su existencia y hacerle un ser desdichado.

—¡Qué joven tan honrado es éste y qué talento tiene para distinguir los varios matices de las acciones humanas!—piensa para sí Otelo, víctima ya de los manejos de Yago; pero luego, al ver ante sí a Desdémona, resplandeciendo en su frente la nívea blancura de la inocencia y en sus ojos el brillo del candor, bórrase de su corazón, como por encanto, toda sombra de desconfianza.

—¡Si hubiese doblez en su alma—exclama aparte—¡oh, entonces sería que el cielo se burla de sí mismo! No puedo creerlo.

Desdémona venía a anunciar a su marido que la comida estaba a punto y que los nobles de la isla, a quienes él había invitado, estaban aguardando. Conturbado por el recuerdo de la conversación que tuviera con Yago, responde Otelo con una voz tan débil, que Desdémona le pregunta con sorpresa, si se siente indispuesto.

—No; pero me duele la cabeza—responde Otelo.

—Es la falta de dormir. Voy a curarte; te vendaré la cabeza, y en menos de una hora estarás bien—dice Desdémona, sacando un pañuelo de bolsillo bordado de fresas.

—Es demasiado pequeño—replica Otelo, apartándolo con la mano.—Déjalo: voy contigo.

—Mucho me aflige el ver que te sientes enfermo—replica Desdémona con seriedad e infantil candidez.

El pañuelo había caído al suelo, sin advertirlo Desdémona: al ausentarse, pues, los dos esposos, recogiólo Emilia, mujer de Yago, alegrándose de haberlo hallado, pues su marido le había rogado varias veces que procurase tomárselo a Desdémona y guardarlo para él. Este pañuelo era el primer regalo

que Otelo había hecho a Desdémona, suplicándole que no se desprendiese jamás de él, y era tanto lo que apreciaba Desdémona aquella prenda del amor de su esposo, que lo llevaba siempre encima guardándolo cuidadosamente y lo besaba y le dirigía amorosas palabras.

—Haré bordar uno igual, copiando su labor, y lo daré a Yago—pensó Emilia:—Sabe Dios (que yo no) lo que él quiere hacer con este pañuelo; a mí bástame darle gusto y seguir su capricho.

Compareció en aquel mismo instante Yago, y apenas le diera Emilia el pañuelo, ya le dolía de haberlo hecho y quizá se negara absolutamente a entregárselo, a no habérselo Yago arrebatado traidoramente con la una mano, mientras con la otra la acariciaba villanamente. Tan pronto como tuvo el pañuelo en su poder, cambió de tono y despidió bruscamente a Emilia.

Grande fué la alegría que tuvo Yago al ver en su poder aquel objeto que tan a maravilla había de servir para sus depravados intentos. Ocurriósele dejarlo en la habitación de Casio, previendo que el incauto joven lo recogería y entonces de su cuenta correría persuadir a Otelo que Desdémona lo había regalado al lugarteniente. Muy bien sabía Yago que «cosas de tan poca monta y más ligeras que el mismo aire son para el celoso pruebas más convincentes que los mismos textos de la Sagrada Escritura.» En efecto, al ver venir a Otelo, observó con diabólica satisfacción, la nube de tristeza y de inquietud que obscurecía la frente del Moro.

—Ni el zumo de la adormidera, ni el de la mandrágora ni otro narcótico alguno, será capaz de procurarte jamás el dulce sueño de que disfrutaste ayer—dijo para sí el maligno Yago.

En efecto, la paz y el sosiego habían abandonado para siempre el corazón de Otelo, y la vida ya no había de tener para él en adelante encanto ni interés alguno. Así lo expresó él mismo, en un amarguísimo lamento:

—¡Ahora sí que puedo despedirme de vosotros, tranquilidad de mi espíritu, contentamiento de mi corazón!... ¡Adiós para siempre, escuadrones empenachados; ¡adiós campos de batalla que hacéis de la ambición una virtud heroica!... ¡Adiós

relinchadores corceles, estridentes trompetas, tambores que dais valor y esfuerzo, pífanos atronadores, reales estandartes!... ¡Adiós, honor, gloria, pompa y azares de la guerra, que lleva a la victoria y al triunfo! ¡Adiós!... ¡Otelo terminó ya su carrera!... ¡todo acabó para él!

—¡Señor mío! ¿es posible?—exclamó Yago con fingida simpatía.

Arrebatado por un repentino furor, vuélvese Otelo y ase de él apretándole la garganta y diciendo:

—¡Ah, villano! dame una prueba de la infidelidad de mi esposa. Dame una prueba - repetía sacudiéndole violentamente, como si quisiera ahogarle en sus manos.

Fingió Yago gran sentimiento por la desconfianza que le manifestaba Otelo, y afirmó que estaba pronto a facilitarle la prueba de lo que había insinuado y añadió:

—Sólo una cosa quiero que me digáis, señor; ¿acaso no habéis visto alguna vez en manos de vuestra esposa un pañuelo bordado de fresas?

—Yo le di uno por el estilo; fué mi primer regalo de novio—contesta Otelo.

—Pues bien, no es que yo sepa nada; pero lo que puedo afirmar es que acabo de ver en casa de vuestro ayudante Casio un pañuelo muy parecido.

Naturalmente, ante tal testimonio, no pudo ya dudar Otelo de que Desdémona hubiese regalado a Casio aquel objeto que era precioso presente de su esposo. Aprovechó la primera ocasión para reclamárselo, y Desdémona, naturalmente, no pudo sacarlo. Gran turbación le ocasionó la pérdida de aquel tesoro; pero al ver la insistencia con que Otelo lo reclamaba, no osó confesar que lo había perdido, y contentóse con decir que en aquel momento no sabía dónde estaba.

—Falta grave es ésta—dice Otelo frunciendo el entrecejo y mostrándose enojado;—porque este pañuelo se lo dió a mi madre una hechicera egipcia que leía y veía lo oculto del corazón de las personas: al regalárselo dijo a mi madre que mientras guardase aquel pañuelo, conservaría el afecto de su marido, pero que si lo perdía o se desprendía de él, mi padre la abandonaría hastiado de ella. De mi madre, en el lecho de muerte,

lo recibí y ella me encargó que lo regalara a mi mujer cuando el destino quisiese que me casara. Esto es lo que hice; ándate pues con cuidado y guárdalo como un tesoro, pues el perderlo o darlo, sería para ti una fatal desgracia.



«¡Ah villano! dame una prueba de la infidelidad de mi esposa»

—¿Es posible?—dice Desdémona con tembloroso acento.

—Indudable—responde Otelo;—este tejido encierra una virtud mágica; su labor la hizo una sibila que tenía doscientos años de edad; los gusanos que hilaron la seda eran sagrados y se tiñó con jugo de corazón de virgen, momificado y conservado con gran esmero.

—¿Es así como dices?—pregunta Desdémona cada vez más alarmada.

—No lo dudes, y procura no perderlo—dice Otelo, en tono de amenaza.

Reitera Desdémona su afirmación que el pañuelo no puede estar perdido. Luego, acordándose de lo que había prometido a Casio de interceder por él cerca de Otelo, aprovecha imprudentemente aquella malhadada ocasión para insistir en su súplica. Aquel acto, aunque inspirado en la inocente bondad de Desdémona, fué la gota que llenó el vaso de la celosa cólera de Otelo, el cual apartóse de allí repitiendo en el delirio de su furor: ¡Ah!, ¡el pañuelo, el pañuelo!

Instigado hasta hacerle perder el juicio, por las diabólicas maquinaciones de Yago, no ve ya en la cándida y sincera actitud de su esposa, sino la más refinada perfidia, y determina castigar de la manera más terrible la deslealtad de la que supone culpable.

EL ÚNICO RECURSO

En el tempestuoso proceso de sus celos había, es verdad, Otelo llegado a pronunciar sentencia de muerte contra su esposa; pero ardía en su corazón, inextinguible el fuego de la pasión hacia ella y no podía apartar de su pensamiento la idea de los encantos y belleza de Desdémona: ello naturalmente contrariaba los planes de Yago, por lo cual, temiendo éste que Otelo volviese atrás y que no se llevase a término la venganza, no perdía ocasión de avivar su resentimiento contra Desdémona. Recordaba insidiosamente al moro las palabras que Brabantio le dijera al partir de Venecia, y sugeríale que si Desdémona había logrado engañar a su padre ocultándole su afecto hacia Otelo, de la misma manera podía ser que ocultara a su marido el amor que profesase a otro cualquiera.

—No, no puede vivir...—decía Otelo:—mi corazón se ha convertido en piedra; al golpearlo me lastimo la mano...

Después, como desdiciéndose, exclama:

—¡Ah!, ¡no hay en el mundo criatura más divina!...

—Esto no hace al caso—replica Yago contrariado.

—No digo sino lo que ella es—dice Otelo;—tan diestra en manejar la aguja, tan inspirada artista musical, que con su canto amansaría las bestias feroces. ¡Una inteligencia tan clara, una imaginación tan fecunda!...

—Todas estas cualidades la hacen más culpable.

—¡Oh!, mil y mil veces más culpable—repite Otelo.—Y además, ¡de tan noble cuna!—añade el Moro pensativo.

—Ciertamente; demasiado noble—replica Yago con sardónica risa.

Es verdad,... y, sin embargo, ¡qué compasiva, Yago!, ¡qué compasiva!

Pero lo mismo hubiera sido pedir compasión al tigre que acecha el momento de saltar sobre su presa. Yago no conocía la clemencia: su único ideal era satisfacer su venganza. «Que Otelo se decida a quitar la vida a Desdémona (decía para sí), que en cuanto Casio, de mi cuenta corre.»

Emilia, la mujer de Yago, era toda de su joven ama. De carácter franco y leal sabía hablar con energía y sin rodeos; por lo cual, al ver los celos y violencia de Otelo y cómo iban cada vez en aumento, declaróle francamente que sus desconfianzas eran injustificadas. Pero ¿qué eficacia habían de tener ante Otelo sus razonamientos, si por otro lado veíase apretado por las pérfidas insinuaciones de Yago? Persuadido estaba Otelo de que la candidez y simplicidad de su mujer no eran sino una máscara con que encubría su fina y sutil hipocresía, y creía cumplir un sagrado deber sacándola de este mundo para que no pudiese en adelante engañar a otro.

Aquel mismo día al hablar a su esposa, usó de términos tan extraños y en tono de amenaza tal que Desdémona quedó sobrecogida de horror.

—De rodillas os pido que me digáis qué significa este lenguaje—dícele con el corazón transido de pena:—veo que vuestras palabras respiran cólera y furor, pero no comprendo el alcance de ellas; sedme explícito.

Responde Otelo con un torrente de terribles acusaciones que desconciertan a Desdémona sumiéndola en la más horrorosa de las inquietudes: después abandónala bruscamente, procurando Emilia en vano consolarla. Aquella excelente mujer indignada por la vergonzosa conducta de Otelo declara paladinamente en presencia de Yago, que el moro es sin duda juguete «de algún bribón redomado o de algún infame detractor».

—¡Oh Cielos!—exclama, echando chispas de sus ojos,—

¿por qué no quitáis la máscara a esos criminales?, ¿por qué no tomáis en vuestras manos un látigo para azotar a esos monstruos de iniquidad, haciéndoles andar errantes y desnudos de oriente hasta occidente?

Mal estómago había de hacer a Yago la invectiva de Emilia, y así tratóla de estúpida y le impuso silencio. Después al llamarle Desdémona para que le dijese qué le parecía que le tocaba hacer para recobrar la benevolencia de Otelo, disuadióla Yago de su intento tranquilizándola con que era un exceso de mal humor de Otelo, en lo cual no poca parte tenían los negocios del Estado que le atormentaban, y naturalmente se desahogaba con ella.

Alguna apariencia de verdad tenía aquella explicación, pues acababan de llegar de Venecia unos enviados extraordinarios con orden de que saliese Otelo de Chipre y le substituyese Casio en el gobierno de la isla.

Comprendió Yago con esto que si quería sacar de en medio a Casio, era cosa de no perder tiempo, pues a él tocaría salir de Chipre, junto con todos los demás del séquito de Otelo. Determinó, pues, valerse de la cooperación de Rodrigo, cuya debilidad de carácter era un dócil instrumento en sus pérfidas manos: sugirióle la idea de darle muerte aquella misma noche aprovechándose de la obscuridad. Pero fracasó la tentativa, pues Rodrigo no hizo más que herir a Casio, quedando él, en cambio, gravemente herido. Los enviados de Venecia que pasaban casualmente por la calle, teatro de aquella sangrienta escena, al oir los gemidos, paráronse para auxiliar a las víctimas, pero la noche era demasiado obscura para distinguir quiénes eran. Al mismo momento acudió Yago, llevando una antorcha, y al ver herido a Rodrigo y temiendo que al ser llamado éste a declarar confesase la parte que Yago había tomado en el complot, le remató traidoramente con una puñalada. En cuanto a Casio se le atendió con cuidado y se le curaron las heridas.

Aquella noche, mientras Desdémona se disponía a acostarse fué presa de una extraña melancolía. Emilia, su camarera, procuró distraerla con alegre e interesante charla; pero Desdémona no podía sacudir los tristes pensamientos que invadían su mente.



«De rodillas os pido que me digáis qué significa este lenguaje»

—Mi madre tenía una muchacha de servicio, llamada Bárbara—decía Desdémona entre dientes:—estaba enamorada, y su amante, en un ataque de locura, la abandonó. Bárbara sabía una canción, «la canción del sauce», leyenda antigua, pero que respondía admirablemente al destino de la infeliz, y murió cantando dicha canción. No puedo desterrar de mi espíritu esta noche la canción del sauce.

Mientras Emilia la ayudaba a desnudarse, Desdémona empezó a cantar con dulce y plañidera voz:

A la sombra sentada
Del sicomoro lánguido,
La doncella cuitada
Exclama en su deliquio:
Cantad al sauce umbrío.

Con mano oprime ansiosa
Su corazón, su cara
Inclina temblorosa
Y dice en su deliquio:
Cantad al sauce umbrío.

A sus pies juguetea
Manso arroyuelo límpido
Que su espíritu recrea
Y dice en su deliquio:
Cantad al sauce umbrío.

De sus hinchados ojos
Saltan dulces lágrimas
Que al mármol dan enojos,
Y dice en su deliquio:
Cantad al sauce umbrío.

Cantad, cantad al sauce de color esmeralda,
Con sus lánguidas ramas tejedme una guirnalda.
No culpéis a mi amante si desfogó su ira,
Pues le disculpa ansiosa la que por él suspira.

—No es esto lo que sigue... Emilia ¿qué es esto? ¿quién llama?

—Nadie, señora; es el viento.

Pone Desdémona, un instante, el oído atento, y vuelve a su canción:

A mi amante he llamado
Engañador impío;
¿Sabéis que ha contestado?
Cantad al sauce umbrío.

La voz de Desdémona va languideciendo y calla por fin. Emilia termina su tarea; despídela Desdémona, deseándole una buena noche, y ya sola, cierra sus atribulados ojos y se duerme.

Aquél era el momento escogido por Otelo para poner por obra su tenebroso plan. Entra y, al ver a su bella y joven esposa descansando en brazos de un tranquilo e inocente sueño, derrítesele el corazón en un deliquio de amor y compasión. Inclínase hacia ella y le da un tierno beso. Sin embargo, aquella emoción es pasajera: asalta de nuevo su espíritu la idea del móvil que le induce a la premeditada acción, y su corazón vuelve a su primitiva dureza. Su alma se ve invadida por una nueva y arrolladora ola de celos; toma las almohadas y ahoga con ellas a Desdémona, hasta parecerle que su vida se ha extinguido.

Óyese entonces resonar un violento golpe en la puerta: es Emilia que llama, pidiendo para entrar.

Otelo se para y reflexiona:

—¿Qué voy a hacer ahora? si entra, querrá sin duda hablar con mi mujer. ¡Mi mujer!... ¡mi mujer!... ¿Qué mujer si ya no tengo?... ¡Oh terrible e insoportable momento! ¡Oh pensamiento abrumador!

Y echa Otelo un sordo gemido, tapándose con las manos el rostro.

Y vuelven a llamar: óyese la voz de Emilia que dice:

—Señor, necesito deciros una palabra.

Otelo entonces corre la cortina de la cama y abre.

Emilia, presa de viva agitación, llevaba a Otelo la noticia de la muerte de Rodrigo; mientras hacía el relato del suceso, llama su atención un extraño gemido: reconoce la voz de su señora y adelántase precipitadamente hacia el lecho, descorriendo la cortina.

—¡Socorro!; socorro!... ¡Oh señora, hablad! ¿qué tenéis? ¡Desdémona! ¡oh amable Desdémona, señora mía! ¿qué os pasa?

—Muero inocente—responde Desdémona.

—¡Oh! y ¿quién ha cometido esta maldad?

—Nadie; yo misma. ¡Adiós! Despídeme de mi buen marido. ¡Adiós!

Y su encantadora alma vuela en un suave suspiro.

Dijo en seguida Otelo que no era verdad lo que dijera Desdémona, pues él era quien le había dado muerte. Volvióse contra él Emilia, en un arrebato de furor y desprecio; pero calmóla él explicándole las razones que había tenido para obrar de aquella manera y diciéndole que Yago era quien se lo había revelado todo. No pudo Emilia dar fe a semejante atrocidad: corrió a pedir socorro, y al acudir los oficiales, y entre ellos Yago, échale en cara lo que Otelo acababa de decirle.

—Díjele lo que yo pensaba—responde cínicamente Yago,—y jamás afirmé, ni di por cierta cosa alguna que él no reconociese ser justa y verdadera.

—Pues valiente mentira has dicho; odiosa e infernal mentira; por mi alma, que has mentido criminalmente—dícele Emilia desconcertada. En vano intenta Yago ponerle silencio; ella proclama a voz en grito la villanía de Yago.

Entonces y sólo entonces empieza Otelo a comprender que ha sido víctima del engaño. Sin embargo, una cosa queda en pie, como justificante cierto; el pañuelo, el precioso recuerdo de Otelo y que Desdémona diera a Casio.

—¡Oh estúpido Moro!—exclama Emilia.—El pañuelo de que hablas, yo lo hallé casualmente y lo di a mi marido, porque varias veces y con repetidas instancias me había pedido que lo sustrajera... ¿Cómo se entiende que digas que ella lo regaló a Casio? Nada de esto. Yo fuí quien lo halló y yo quien lo dió a mi marido.

—¡Mientes!—dícele Yago.

—Al cielo por testigo, que no miento: yo no miento, señores.

Enfurecido por lo que decía su mujer, intentó clavarle el puñal, pero escapó ella de su alcance, pues los oficiales allí presentes la defendieron. Lánzase de nuevo contra ella, espada en mano, y cae herida.

—Ponedme al lado de mi señora—dice.

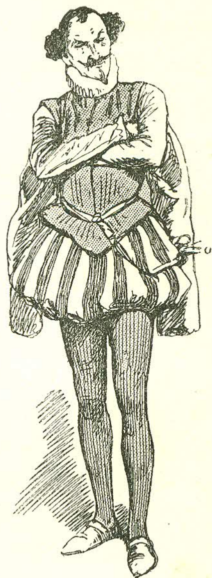
Y allí, al lado de su señora, expiró a los pocos minutos cantando la balada del sauce y protestando hasta su último suspiro de la inocencia de su señora.

Verdaderamente todo había terminado para Otelo; no le

quedaba más que un estéril remordimiento que roía su corazón.

—¡Oh Desdémona, Desdémona! ¡Muerta estás!—Este era el grito desgarrador que resonaba en la fúnebre estancia.

Pero ya no había remedio. Inútiles eran las torturas de su amor y su pena; vanos sus lamentos; vanas y estériles sus lágrimas; vano el amargo desprecio con que censuraba a su alma criminal.



«Díjele lo que yo pensaba»

Fría, fría, pálida y en la quietud de la muerte, reposaba su bella y joven esposa; ya no oía las voces de la tierra; su última sonrisa había quedado helada en sus mudos labios.

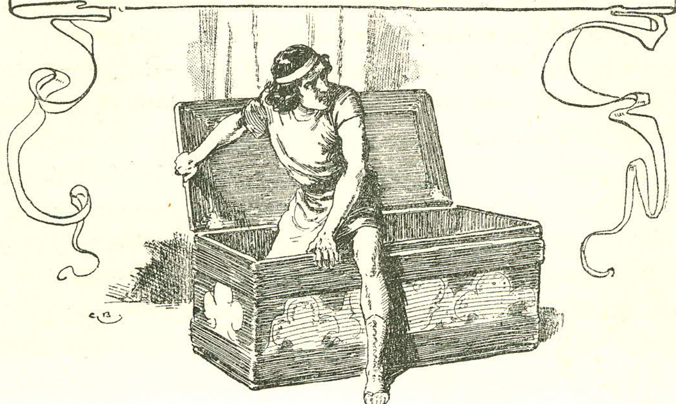
A Otelo se le había ya quitado el mando de la isla y éste estaba en manos de Casio. Pero poco le importaba esto a Otelo; sus sueños de humana ambición se habían ya desvanecido. Al retirarse los oficiales de la cámara mortuoria, llevándose prisionero a Yago, parólos Otelo con un ademán imperioso.

—Deteneos—dice:—dos palabras antes que os vayáis. Algunos servicios, bien lo sabe todo el mundo, he prestado a la nación; pero no hablemos de ello. Una cosa os pido: en vuestras cartas, cuando hagáis el relato de los acontecimientos que acaban de tener lugar, hablad de mí con toda verdad; pintadme tal cual yo soy; no atenuéis la gravedad de los hechos, pero no añadáis cosa alguna que la malignidad pudiese sugeriros. Decid de Otelo que fué un hombre que amó con poca discreción, pero con gran ardor; que no se dejó arrastrar fácilmente a los celos, pero que poseído de ellos, sufrió todas sus amarguras y llegó a todos los excesos. Decid que, a semejanza del indio incivilizado, echó lejos de sí una perla de más valor que toda su raza entera... Escribid esto y añadid que una vez hallándome en Alepo, al ver que un inicuo turco, con turbante en la cabeza, golpeaba a un veneciano e insultaba al

Estado, le apreté la garganta como a un inmundo perro y lo maté... así.

Diciendo estas palabras, atravesóse el corazón de una puñalada. Con lánguido paso arrastróse hasta el lecho y cayó muerto sobre el cadáver de Desdémona.

—Antes de matarte te besé—murmura exhalando el último suspiro:—no me quedaba otro recurso; matarme y morir pegando mis labios a los tuyos.



UNA PRINCESA DE LA GRAN BRETAÑA

Imógena, hija y heredera de Cimbelino, rey de la Gran Bretaña, había caído en desgracia de la corte y enajenádose el afecto de su padre porque habiendo éste contraído segundas nupcias con una viuda que tenía un hijo llamado Cloten, rehusó Cimbelina contraer matrimonio con él, según habían determinado de común acuerdo los nuevos esposos. Había en la corte un caballero, por nombre Póstumo Leonato, apuesto y gentil mancebo, aunque de baja alcurnia, y a quien, habiendo quedado huérfano en su tierna edad, adoptara Cimbelino, criándolo y educándolo como si fuese su propio hijo. A éste amaba Imógena, no sólo por haber sido su compañero de infancia sino por sus excelentes prendas, y a él dió su mano anteponiéndolo a Cloten, que era un hombre rústico y de mal carácter, indigno del amor de una joven como la princesa.

Ahora bien, la conducta de Imógena al rehusar la mano de Cloten había excitado la cólera del rey, de la reina y del propio Cloten: en cuanto a los cortesanos, aunque por su situa-

ción estaban obligados a acatar incondicionalmente la voluntad del soberano, no había entre ellos uno siquiera que, en el fondo de su corazón no se alegrase de lo que parecía ser a todos motivo de disgusto. Porque mientras Cloten era (al decir de uno de ellos) «un ser más malo que la mala fama que tenía,» Póstumo Leonato tenía un porte tan distinguido y gracioso y un alma tan noble y de tan elevados sentimientos, que difícilmente se hubiera hallado en el mundo quien le aventajase. Rodeado ya en su infancia del afecto y admiración de todos, había salido vencedor de la terrible prueba que supone la condición de favorito cortesano, sorteando todos los peligros del trato de la corte y sacando partido de todas sus ventajas, pues adquirió una instrucción superior a los jóvenes de su edad y de su rango. Por lo demás, el mejor testimonio de su superioridad era el hecho de que una mujer de tanta valía como Imógena le hubiese escogido por esposo.

Pero Cimbelino, menos atento de lo que fuera justo a los méritos personales de Póstumo, indignóse al ver que su hija compartía el afecto de su corazón con un «mendigo» y que a él había dado su mano, siendo así que podía haber casado con el único hijo de la reina. Dictó, pues, sentencia de destierro contra Póstumo Leonato, y dispuso que Imógena fuese encerrada en palacio bajo la custodia de su madrastra.

La esposa del rey era una mujer astuta y amiga de intrigas y cuya suprema ambición y objetivo era asegurar el trono de su marido para su hijo el rústico Cloten. Cimbelino había tenido realmente de su primer matrimonio dos hijos varones, pero ambos habían sido robados, el mayor, cuando tenía apenas tres años, y el menor, dos, y hasta entonces no se había podido descubrir su paradero. La princesa Imógena, pues, era la única hija, y en su calidad de heredera de la corona, era para la ambiciosa reina un excelente partido que había de cultivar para su hijo, y en efecto a ello se dirigieron todos sus esfuerzos y tentativas, y al ver que a las buenas nada conseguía, no tuvo reparo alguno en acudir a recursos solapados y tenebrosas maquinaciones. Tenía la madre de Cloten algunas nociones de medicina y cierta destreza en confeccionar perfumes y remedios con hierbas y simples. Pretextando, pues, que-

rer perfeccionarse en su arte, rogó a un médico, llamado Cornelio a quien debiera la dirección de sus estudios, que le procurase algunas mezclas venenosas para inocular una muerte lenta, pero segura. Su intento (decía ella), era hacer experimentos en animales, jamás en cuerpos humanos, y estudiar la fuerza y virtud de los venenos para más fácilmente venir en conocimiento de los antídotos.

Al buen doctor no le pareció bien que la reina se entretuviese en tales experimentos: conocía muy a fondo su perversidad, y no quiso poner en manos de aquella mujer un arma tan nociva como los venenos y mortíferas drogas. Procuró, sin embargo, no desairarla, entregándole algunos ingredientes cuyo efecto era narcotizar momentáneamente, pero sin causar un daño irreparable.

Muy bien había obrado Cornelio al proceder tan cautelosamente, pues no bien tuvo la reina aquellas drogas, dióse a poner en práctica sus diabólicos proyectos.

Al partir Póstumo, desterrado a Roma, dejó a su querida Imógena un fiel y adicto criado, llamado Pisanio, para que velase por ella y estuviese siempre a sus órdenes. Este fué, pues, el primero a quien la astuta reina intentó conquistar para su causa, haciéndole grandes promesas de valimiento y recompensas si conseguía que Imógena se interesase por Cloten. Todo fué inútil, pues la fidelidad de Pisanio era inquebrantable: al comprender, pues, la reina que con halagos no obtendría su objeto, ideó otro medio para frustrar los planes de Leonato. Hablando un día con Pisanio, dejó caer (haciéndose la distraída) en el suelo, una cajilla que encerraba una droga procedente del médico Cornelio: al cogerla el criado y devolverla a su señora, diósela ella, diciéndole que la guardara como una prenda de los favores que pensaba en adelante prodigarle, añadiendo que era un maravilloso cordial que por cinco veces había salvado al rey de la muerte. Contaba la reina con que Pisanio probaría aquel remedio y que sus efectos habían de ser mortales para él: y si muerto Pisanio, persistía Imógena en rehusar la mano de Cloten, la reina estaba decidida a dar a probar el veneno a la princesa y de esta manera quedaría asegurado para su hijo el trono de la Gran Bretaña.

Mientras esto pasaba en la corte de Cimbelino, llegaba Leonato a Roma. Allí encontró, en casa de un amigo, llamado Filario, a dos hidalgos a quienes conociera en su mocedad, uno francés y otro italiano, por nombre Iachimo. Recordóle el francés una disputa que surgiera en otro tiempo entre ellos, con ocasión de una entrevista tenida en Orleáns y que él calificó de «insignificante altercado,» o mejor, de «bagatela;» pero Leonato, con su entonces más maduro juicio, no estuvo conforme en darle tal calificativo.

—¿Podríais decirme, si no es indiscreción—dijo Iachimo,—en qué consistía la querella?

Refirió entonces el francés que la contienda había surgido con ocasión del elogio de las mujeres de su país, pues afirmaba Leonato que la mujer a quien él amaba en la Gran Bretaña era un modelo de belleza, virtud, discreción y fidelidad y que era más difícil obtener su favor que de la más cumplida de todas las mujeres francesas.

Oído este relato, dijo chanceándose Iachimo:

—Apuesto a que o esta dama no vive ya, o que a la hora presente este caballero ha cambiado de parecer.

—Nada de esto—replicó Leonato:—vive, y ni ella ha desmerecido de sus buenas cualidades, ni yo cambiado de parecer.

—Vamos, que no hay que ensalzarlo tanto, en perjuicio de nuestras mujeres italianas—dice Iachimo, sin dejar su tono de chanza.

Pero Leonato hablaba en serio, y a pesar de las invectivas de sus interlocutores, continuaba poniendo en las nubes los encantos y perfecciones de Imógena.

Ésta, al despedirse de su prometido, habíale dado como recuerdo una sortija montada de un brillante que heredara de su madre y que tenía en gran estima. Leonato, a su vez, había regalado un brazalete a Imógena.

Iachimo, pues, que en el decurso de la conversación, había admirado el brillante que Leonato llevaba en el dedo, afirmó chanceándose, que en pocos minutos que hablara con Imógena, se atrevía a conquistar su afecto, y que en prueba de su seguridad, estaba pronto a hacer una apuesta de la mitad de su fortuna contra la sortija de Leonato, que no había en el

mundo mujer alguna, de la cual no pudiesen hacerse tales alabanzas.

Como viese Filario que la conversación parecía tener contrariado a Leonato, rogóles que se dejasen del asunto; pero Iachimo se obstinó en llevarlo adelante, significando que quizá su apuesta no se aceptaba porque no había arriesgado toda su fortuna. Renovó, pues, la apuesta cargando la mano y apostó diez mil ducados contra la sortija de Leonato, que si iba a la corte de la Gran Bretaña, probaría muy a las claras que no era tan difícil como Leonato imaginaba, conquistar el afecto de Imógena.

Tan empeñado vió Leonato a Iachimo en defender su parecer, que en su deseo de hacerle quedar desairado y castigar su impertinencia, se mostró dispuesto a aceptar el reto; pero diciendo que había de ser oro contra oro, pues su sortija no podía arriesgarla, ya que la estimaba a par del dedo en que iba puesta.

—Ya se ve; no os atrevéis a arriesgar la sortija, por miedo de perderla, y a fe mía, que obráis cuerdamente.

Tales palabras irritaron a Leonato, quien aceptó el reto diciendo:

—Acepto la apuesta: aquí está la sortija.

—No—interpónese Filario;—la sortija no entrará en la apuesta.

Pero Leonato y Iachimo dijeron que era ya cosa hecha y que no faltaba sino proceder a establecer las condiciones de la apuesta e inscribirlas en debida forma. Añadió solamente Leonato que si Iachimo ganaba la apuesta a causa de alguna falta o debilidad de Imógena, no quedaría entre ellos resentimiento, pues por este mero hecho, quedaba la dama fuera de disputa; pero que si Imógena rechazaba honrada y valerosamente los avances de Iachimo, éste le respondería de su insolencia espada en mano.

Conformóse con esto Iachimo, y partió al punto para la Gran Bretaña.

Llegado a la corte de Cimbelino, hízose anunciar a Imógena como portador de unas cartas de Póstumo Leonato. Recibióle Imógena con una franqueza y una cordialidad encanta-

doras, entusiasmada de poder acoger en su casa a un hombre, a quien Leonato se reconocía deudor de tan buenos servicios. A las ansiosas preguntas de Imógena, respondió Iachimo (conforme al plan que se había trazado) que Póstumo Leonato gozaba de perfecta salud, que era, como siempre, tan complaciente con sus amigos, en fin, que su natural jovialidad y su constante buen humor le habían granjeado el sobrenombre de «el bretón jaranero.»

Algo sorprendida y un si es no es molestada quedó Imógena al oir las palabras de Iachimo; ya que más bien tenía a su esposo por melancólico, y en su casa no había gustado nunca de bulla ni holgorio.

—Yo no le he visto jamás triste—replicó Iachimo.

Y añadió que, en cierta ocasión, al oir a un francés amigo suyo suspirar de pena porque había tenido que abandonar su país dejando en él a su amante, Leonato había echado a reir estrepitosamente y exclamado con ironía: «¡Donoso pesar el de un hombre que se lamenta de no ser esclavo de su mujer!»

Afligióse Imógena por el medrado afecto hacia ella, de que daba muestra Leonato. Pero cuando el italiano con sus melosas palabras intentó encarecer la compasión que le inspiraba al verla tan olvidada de Leonato y la aconsejó que se vengara, entró ella en desconfianza, y exclamó:

—¿Vengarme?... Si lo que decís es verdad, ¿qué venganza puedo tomar?

Replicó entonces Iachimo que, siendo así que tan poco se preocupaba Póstumo Leonato de su esposa y no reparaba en acompañarse con los más distraídos mozos de la ciudad de Roma, no era digno de ocupar el pensamiento de una mujer como ella. ¿por qué pues, no había de negarle su afecto y dedicarse, en cambio, al que estaba dispuesto a ser su amigo y su más leal servidor? pues podía estar cierta que *él*, Iachimo, no la despreciaría jamás, como había hecho Póstumo Leonato.

Indignada Imógena, interrumpió las melosas palabras del extranjero, ordenando a Iachimo que saliera de su presencia.

—¡Eh, Pisanio!—exclamó llamando a su criado y dando claramente a entender que no quería oir ya más impertinencias de aquel desconocido extranjero.

Entonces, con refinada astucia, cambió Iachimo repentinamente de táctica. Rompió en brillantes y acalorados elogios de Leonato. Pidió perdón a Imógena, diciendo que cuanto había dicho era una ficción que no tenía otro objetivo que poner a prueba su amor hacia Leonato.

—Vuestro esposo—dícele,—es el hombre más noble y sincero de cuantos he conocido: aunque es hombre por naturaleza, parece una divinidad descendida del cielo, y verdaderamente posee una honradez que le hace parecer de talla superior a la humana.

Las segundas palabras de Iachimo fueron como un completo desagravio por la ofensa que las primeras infirieran a Imógena, y quedó ésta convencida de que había sido un artificio del extranjero. Por lo cual respondió a sus excusas:

—Todo está plenamente reparado, señor—y volvió a la actitud amable con que le acogiera al principio.

Ya a punto de despedirse de la dama, dijo Iachimo, como volviendo sobre sí:

—Ah, señora; me había olvidado de hacer a Vuestra Gracia una demanda que, aunque insignificante, tiene sin embargo alguna importancia, pues en ello está interesado vuestro esposo, ni más ni menos que el que os está hablando y sus nobles compañeros.

—¿De qué se trata?—pregunta Imógena.

Contóle entonces Iachimo cómo unos cuantos hidalgos romanos, y entre ellos Póstumo Leonato, habían reunido la suma necesaria para comprar un objeto precioso y hacer de él un presente al emperador; que él en nombre de todos había comprado en Francia una rica vajilla de plata de forma muy singular y algunas joyas primorosamente labradas y muy ricas. Añadió que el conjunto era de gran valor, y que, siendo él extranjero en aquel país, quería guardarlo en lugar seguro hasta el día de su partida. Le suplicaba, pues, que se sirviese guardarlo en su palacio.

—Con mucho gusto—respondió Imógena;—mi honor es prenda de la seguridad de este tesoro; y puesto que, como decís, mi señor está también interesado en ello, yo lo guardaré en mi propia habitación.

—Actualmente lo tengo en un cofre custodiado por mi gente—dice Iachimo.—Me tomaré, pues, la libertad de enviároslo sólo para esta noche, pues voy a embarcarme mañana de regreso a mi país: por cierto que si queréis darme algún encargo para vuestro esposo conviene que lo dejéis despachado esta misma noche.

—Sí; os daré una carta. Ahora, enviadme el cofre, que yo lo guardaré muy bien, y a la hora de partir os será debidamente devuelto. Y contad con que lo hago muy a gusto mío.

CÓMO GANÓ IACHIMO LA APUESTA

El cofre enviado por Iachimo fué puesto con gran cuidado en el cuarto de Imógena; pero no encerraba ni la vajilla ni las tan alabadas joyas. Llegada la noche fué la princesa a acostarse y, como de costumbre, se durmió con un libro en la mano. La antorcha quedó encendida. Levantóse entonces la tapa del cofre y salió de dentro de él con gran sigilo un hombre. Era Iachimo. Echó una rápida mirada a su alrededor, fijándose en todos los detalles de la habitación: cómo estaban colocados los cuadros, en dónde caía la ventana, qué colcha o sobrecama cubría el lecho, qué escenas y personajes había en la labor de los tapices y cortinajes. Todo procuró guardarlo fielmente en la memoria. Pero no bastaba esto para su intento. Acercóse furtivamente a la cama donde estaba durmiendo la princesa, y con gran cuidado, desabrochó el brazalete que como recuerdo de Leonato conservaba y observó al propio tiempo que tenía la dama marcado en su blanca y pura piel un conjunto de cinco manchas rojas parecidas a las que lleva el cáliz de la vellorita. Tomó luego el libro que había la princesa estado leyendo hasta que se durmió, mirólo atentamente y notó el pasaje de él en el que Imógena había interrumpido la lectura. Satisfecho ya de su innoble tarea, volvió a meterse en el cofre: cedió el muelle de la cerradura, y quedó la habitación como antes, sin que nada perturbase la inocente calma de la princesa dormida.

Al día siguiente, muy de mañana, presentóse un importuno pretendiente a turbar el dulce sueño de Imógena. Habíase aconsejado a Cloten, hijo de la reina, que para cautivar a la

recalcitrante princesa, que persistía recibiendo con enfado sus galanteos, probase de obsequiarla con una suave música: mandó, pues, Cloten que fuesen algunos músicos a tocar, debajo de las ventanas de su cuarto, una alborada, o sea un canto por el estilo de la serenata, pero para ser cantado por la mañana, en vez de la noche, a fin de despertar entre dulces melodías a los que duermen. La canción que escogió fueron unas coplas acompañadas de una melodía de exquisita dulzura y suavidad. No dudaba, pues, ya Cloten del éxito de su tentativa, creyendo conquistar infaliblemente el corazón esquivo de la princesa.

Oye, oye la alondra que canta
del cielo a las puertas;
mira a Febo que ya se levanta
y en ricos vergeles
de rocío sus flores cubiertas
se prepara a abrevar sus corceles.
Sus ojos de oro
la caléndula abrió que dormía,
y pues luce ya tanto tesoro,
de tu lecho, a aumentar la alegría
sal tú, prenda mía.

Deleitóse, en efecto, Imógena con aquella dulce música y hasta le contrarió no poder agradecer dignamente a Cloten el obsequio que le hiciera; pero aquel hombre le inspiraba una aversión irresistible, y así se vió obligada a manifestárselo, irritada por su importunidad. Él, por su parte, con no menor ahinco procuraba persuadirla que renunciase a su marido, alegando que el compromiso que tenía con «aquel miserable, recogido de limosna y alimentado con manjares fríos y con migajas de pan de la mesa del rey,» no tenía valor alguno, y que el matrimonio podía fácilmente anularse.

Furiosa Imógena al oir cómo una tan vil criatura insultaba tan cobardemente al noble Leonato, respondió a los razonamientos de Cloten con amargas frases de desprecio, diciéndole que ni aun era digno de servir de lacayo a su marido y que sería para él demasiado honroso y cosa que podría aún excitar la envidia, el darle el título de verdugo en el reino. Añadió, por terminar, que el más sencillo vestido que jamás llevara

Leonato, tenía para ella mayor valor y estima que cien mil hombres como Cloten.

Imógena había ya sufrido tan de mañana una terrible contrariedad: la desaparición de su brazalete. Esto le había hecho perder la calma. Dejando, pues, a su antipático pretendiente abandonado a las sombrías reflexiones que le había de inspirar aquel lenguaje de insólita franqueza que acababa de oir de boca de la princesa (pues todos los cortesanos le adulaban a cual más, aunque a su espalda le denigraban cuanto podían); llamó Imógena a su fiel criado Pisanio y encargóle que diese cuenta a su doncella de servicio de la desaparición del brazalete, ordenándole de su parte, que lo buscase hasta dar con él.

—Es—dijo a Pisanio—un presente que me hizo tu amo al partir, y ni por todas las rentas de que disfruta el más poderoso rey de cualquiera nación de Europa, quisiera perder tan preciada joya. *Paréceme* que lo he visto esta misma mañana; pero no me cabe duda que lo llevaba puesto anoche al acostarme, pues recuerdo muy bien que lo besé. Confío que no se habrá escapado de mi brazo para ir a contar a mi dueño que beso a otro que a él, (añadió como queriendo con esta cómica ocurrencia distraerse de su melancólica inquietud).

¡Ah, desventurada Imógena!, ¡cuán ajena estaba a la fatal verdad que encerraban aquellas palabras dichas tan a la ligera!

Entretanto Iachimo había ya tomado la vuelta hacia Italia, a llevar a Póstumo Leonato la infausta nueva de su conquista. Leonato, al principio, no dudaba de que Iachimo había perdido la apuesta; por lo cual hallaba fácil explicación a cuanto le refería aquél; pero poco a poco fué el astuto italiano dando color de certidumbre a sus aseveraciones y persuadiendo a su contrincante de que Imógena había prodigado con exceso al extranjero sus favores y benevolencia; y ¿cómo no, si nadie podía dudar de que había visto su habitación? Describía los cortinajes de seda y plata que en ella había; la chimenea colocada en medio de la pieza y cuya campana estaba adornada con una preciosa escultura representando la historia de Diana; el techo decorado con dorados querubines, finalmente los morillos, dos Cupidos de plata de maliciosa mirada, apoyados en un solo pie.

No tuvo Leonato más remedio que conceder que todo aquello era exacto; pero ni aun así era aquello una prueba irrefragable de que Iachimo hubiese ganado la apuesta.

Entonces, en son de triunfo, sacó éste el brazalete y afirmó que la propia Imógena se lo había sacado del brazo y dádoselo.

Leonato, en un supremo esfuerzo para ahuyentar de su espíritu la creencia en la infidelidad de Imógena, sugirióse a sí mismo y expresó la idea de que ésta podía habérselo entregado a Iachimo con encargo de dárselo a él.

—¿Os lo dice acaso en la carta?—preguntóle Iachimo socarronamente. ¡Ay!, ¡que la carta de Imógena no hacía mención del brazalete, ni de tal encargo!

—No, no; es verdad, no habla de ello—dice contrariado Leonato.—Es verdad, he perdido: tomad la sortija, prenda de la apuesta. ¡Ah! la falsedad e inconstancia de la mujer supera toda ponderación.

Durante todo el decurso de la conversación de Iachimo con Leonato, el amigo Filario no había podido echar de sí un sentimiento de desconfianza contra el primero, que le hacía dudar de la veracidad de sus afirmaciones; por lo cual no pudo reprimirse y dijo, atajando a Leonato:

—Esperad un poco; tomad de nuevo la sortija. La apuesta no está ganada aún. Vuestra esposa pudo haber perdido este brazalete; y ¿quién sabe si una de sus doncellas, sobornada, lo sustrajo?

—¡Tate!, es verdad—respondió Leonato;—todo es posible, y así debe haber sucedido. Devolvedme, pues, la sortija (dice a Iachimo); ella es mía mientras no aduzcáis una prueba más evidente, pues afirmo que este brazalete ha sido robado.

Describió entonces Iachimo las cinco manchas que había observado en la piel de Imógena; por lo cual no pudo ya resistir por más tiempo Iachimo a la fuerza de la convicción, y dió por perdida la apuesta.

Había amado tan sincera y tiernamente a Imógena, se había tan enteramente abandonado a su lealtad y a su incorruptible virtud; que el descubrimiento de su falsedad y de su insconstancia le hirió en lo más profundo del alma.—Todas las

mujeres son lo mismo—decía con acento de amargo desengaño. No hay en el hombre mala cualidad alguna que la mujer no posea en grado superlativo: mentira, adulación, perfidia, rencor, ambición, amor propio, concupiscencia, orgullo, desdén, lujuria, maledicencia, volubilidad..., todo lo tiene en más alto grado la mujer que no el hombre.

Loco de cólera por la supuesta traición de su incomparable mujer, el infortunado Leonato empieza a urdir en su cerebro un tenebroso plan de venganza.

LA CUEVA DE BELARIO

Casi al mismo tiempo que sucedían estas cosas, llegaron a la corte de Cimbelino unos emisarios del emperador de Roma, que venían a exigir el tributo anual de tres mil libras, que Julio César impusiera a los conquistados bretones y que últimamente Cimbelino habíase negado a pagar a su sucesor César Augusto.

Al oir la intimación que por mandato del emperador le hacía su embajador Cayo Lucio, tomó la reina la palabra para instar cerca de Cimbelino a que no pagase el tributo, y Cloten, con su habitual necedad, unió sus instancias a las de su madre y desatóse en pueriles insultos y absurdas provocaciones contra el César. Cimbelino, de acuerdo con los consejos de su esposa, aunque en tono más mesurado y lleno de dignidad, expresó su negativa al embajador; en vista de lo cual Cayo Lucio declaró la guerra a la Gran Bretaña en nombre y autoridad de su soberano César Augusto.

Cumplido tan desagradable deber, aceptó el embajador de buen grado la hospitalidad que cortésmente le ofrecía Cimbelino durante los dos escasos días que había de durar su estancia en la corte; después de lo cual envióle el rey con un salvoconducto y buena escolta a Milford-Haven, mientras que comenzaba los preparativos para la guerra.

Entretanto, habíanse recibido otros mensajes de Roma; eran cartas dirigidas a Pisanio y a Imógena. La dirigida a Pisanio encerraba un terrible mandamiento, mientras que la dirigida a Imógena inundó el espíritu de ésta de alegría y rego-

cijo. Leonato le suplicaba que fuese inmediatamente a Milford-Haven en donde se hallaba, y allí se encontrarían. Imógena no cabía en sí de contenta y no veía la hora de partir; suplicaba a Pisanio que le dijese cuánto distaba de allí Milford-Haven y cuánto tardarían en llegar allá, y aun le reprochaba su tardanza en hacer el cálculo de las leguas y jornadas.

Su fecundo ingenio sugirióle prontamente un medio de evadirse sin ser vista de nadie: disfrazada con el traje de una de sus doncellas consiguió hurtar la vigilancia de los guardias del palacio y encontrarse con Pisanio en el lugar convenido para tomar juntos el camino de Milford-Haven.

Pero ¡ay!, ¡que le aguardaba un terrible desengaño en el camino! Al encontrarse mostróle Pisanio la carta de Leonato: allí leyó la desdichada el crimen de que le hacía culpable su marido, intimando a Pisanio que le diese muerte. Al leer aquellas palabras, convencida como estaba de su inocencia sintióse herida en la mitad del alma y suplicó, con acento de desesperación, a su criado que cumpliese puntualmente el mandato de su señor y que le diese muerte sin demora. Pisanio empero, lanzó indignado la espada y se negó a manchar su mano con crimen tan estupendo.

—¿Por qué, pues, me has conducido aquí? —pregunta Imógena.

—Con el único objeto de ganar tiempo y estar más libres para discurrir lo que convenga hacer. No puede ser sino que vuestro marido ha sido engañado; algún criminal redomado, ha intentado perder a vos y a vuestro esposo, inspirando este abominable hecho. Mi plan es éste: enviaré a decir a mi señor que la orden se ha cumplido y que estáis ya muerta, y en prueba de ello le mandaré un objeto cualquiera tinto en sangre, según él me indica. En palacio echarán de ver vuestra ausencia, y ello confirmará mi relato.

—Pero, amigo mío; ¿qué voy a hacer yo entretanto?—pregunta Imógena:—¿en dónde estaré?, ¿de qué viviré? ¿Qué consuelo me queda ya en este mundo, si estoy muerta para mi esposo?

Propúsole Pisanio que volviese al palacio; pero negóse a ello Imógena, diciendo que ya no quería trato alguno ni con

su padre, ni con el rústico Cloten, que tanto la había importunado con sus impertinentes galanteos. A ello objetó Pisanio que si no pensaba volver al palacio le sería imposible seguir viviendo en la Gran Bretaña; a lo cual preguntó Imógena con gran frialdad si por ventura no alumbraba el sol otros países que su suelo natal.—Antójaseme—añadió,—que este pequeño rincón de mundo, que llaman Gran Bretaña, es respecto de todo el globo de la tierra lo que un nido de cisnes comparado con el gran lago en que se halla.

Sumamente gozoso Pisanio al ver a la princesa tan indiferente para cambiar de patria, propúsole un plan, arduo a la verdad, pero que ella no dudó de poner por obra: tratábase nada menos que de disfrazarse de paje y presentarse al embajador Cayo Lucio solicitando empleo de tal en su séquito. El embajador iba a regresar a Roma, en donde se hallaba Leonato, y allí podría ella más fácilmente ser testigo de las acciones de su marido, o por lo menos, oir lo que decían sus vecinos y amigos.

Pisanio, en perspectiva de tal eventualidad, había tomado, al salir de palacio, un vestido de paje y así se lo ofreció a Imógena. Díjole que partiese sin demora a Milford-Haven, a donde había de llegar Cayo Lucio al día siguiente, y le ofreciese sus servicios, en la probabilidad de que serían aceptados. En cuanto a él, tenía que regresar a palacio para no dar ocasión a maliciosas sospechas. Subiendo, pues, a la cima de la montaña en cuya falda hicieron alto, mostró Pisanio a Imógena el puerto de Milford, que parecía estar a poca distancia de allí. Finalmente, al despedirse, entrególe Pisanio aquella cajilla que la reina le había regalado tiempo atrás, diciéndole que encerraba un maravilloso cordial que le curaría en caso de enfermedad. Hecho esto, el fiel criado se despidió de su querida señora.

Sola ya y ante la peligrosa aventura que iba a acometer, armóse Imógena de valor y sangre fría. La población que tan cerca había visto al señalársela Pisanio, parecía alejarse más y más a medida que iba ella caminando: anduvo dos días y dos noches, sin comer y teniendo el duro suelo por cama; hasta que por fin divisó en la falda de un monte un agujero o cavi-

dad que por la apariencia debía ser refugio de algún ser viviente, pues a él conducía una senda que llegaba hasta la entrada misma de la gruta. Lo era verdaderamente y estaba acondicionada de manera que podír servir de habitación. Perpleja estuvo Imógena dudando de entrar en ella, pero el hambre la espoleaba, y resolvió llamar.

—¡He!, ¿quién hay ahí? Hablad, quienquiera que seáis el que aquí vive, si es persona civilizada... ¡Hola!, nadie responde; no se oye voz humana... Entraré, pues..., pero no estará de más que desenvaine la espada: si mi enemigo tiene a esta arma el mismo miedo que yo, no se atreverá ni siquiera a mirarla. ¡Oh Cielos! ¡si he de hallar a un enemigo, haced que sea tal!



«No estará de más que desenvaine la espada»

Con este miedo y pavor y vestida de paje, empuñando con temblorosa mano su espada de corta y ancha hoja, apartó Imógena los matorrales que obstruían la entrada de la gruta y penetró en ella.

Apenas había entrado Imógena, cuando llegaron los verdaderos habitantes de aquella vivienda: eran tres; un anciano de grave continente y dos mancebos de noble aspecto, que frisaban en los veintidós o veintitrés años. A pesar de sus rústicos y casi salvajes vestidos de cazador errante, echábase de ver en su porte y en sus maneras cierta distinción; a la fisonomía franca y expresiva, y al andar suelto y marcial del montañés juntaban aquellos jóvenes un porte gracioso que denunciaba una elevada alcurnia y una noble educación.

No engañaban ciertamente aquellas apariencias, pues aquellos mancebos no eran otros que los dos hijos de Cimbelino, sustraídos en su tierna infancia por un caballero, a quien el soberano proscribiera injustamente. Este señor, por nombre Belario, era un valiente militar, primero entre los primeros del ejército del monarca y muy querido de Cimbelino, a cuyas

órdenes y servicio había peleado muchas veces contra los romanos; pero llegado a la cúspide de la gloria, cuando ya su fama habíase extendido por todo el reino, cayó precipitadamente en la más absoluta desgracia de su soberano, sin dar él ocasión con falta alguna. Dos criminales, cuyo perjurio valió ante el monarca más que el honor del antiguo caballero y bravo soldado, juraron a Cimbelino que Belario hacía causa común con los romanos. Despechado el rey desterró a Belario, y él se vengó de esta grave ofensa arrebatándole sus dos príncipes. Veinte años hacía que vivía con ellos haciendo vida salvaje en las montañas del país de Gales, cuidando de ellos como si fuesen hijos suyos y formándolos en los ejercicios propios de la juventud. En su nueva vida de proscrito, Belario había tomado el nombre de Morgán; Guiderio, que era el mayor de los hijos de Cimbelino, se llamó Polidoro, y Arvirago, que era el menor, se llamaba Cadwell.

Regresaban aquel día los tres fatigados y hambrientos de una larga jornada de caza y regocijábanse al pensar en la espléndida comida que iban a hacer con la abundante caza que traían, cuando, a un gesto de Belario, paráronse al umbral mismo de la gruta.

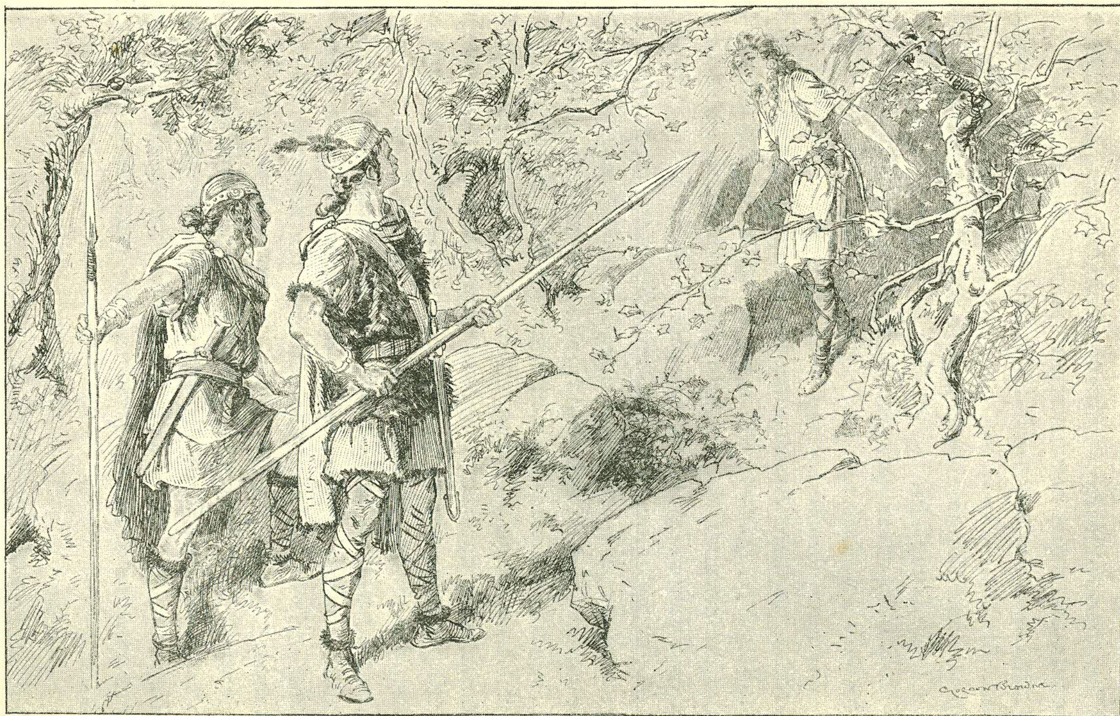
—Esperad un poco—díceles el anciano—¡qué beldad! si no viese que come de nuestros víveres, creería que es un silfo.

—¿Qué hay, señor?—pregunta Guiderio.

—¡Por Júpiter! un ángel, o una maravilla de este mundo... Contemplad a una divinidad bajo la forma de mancebo—exclama Belario, a cuyas palabras alarmada Imógena, asómase a la puerta de la cueva.

Espantada al ver a los recién llegados, quienes miran también espantados a aquel desconocido visitante, dase prisa a excusarse, diciendo:

—Buenos señores, perdonad y no me hagáis daño ninguno. Antes de atreverme a entrar, llamé y mi intención era pedir o comprar lo que he tomado. En verdad, que no es un robo lo que he hecho y, a fe mía, que aunque hubiese hallado esta cueva sembrada de monedas de oro, no me hubiera agachado para tomar una sola. Aquí tenéis este dinero en pago de lo que he comido, y tened por cierto que no me hubiera ido sin



«Buenos señores, perdonad y no me hagáis daño ninguno»

dejároslo en la mesa, partiendo alegre y haciendo votos por la prosperidad de mi huésped.

—¿Dinero; amable joven?...—exclama el mayor de los dos príncipes, con desprecio.—Antes se convierta en polvo vil todo el oro y la plata que hay en el mundo.

—¡Ay! veo que os habéis irritado conmigo: perdonadme, señores, mi falta—añade Imógena con tembloroso acento.—Si castigaseis mi falta dándome muerte, sabed que por huir de la muerte la he cometido.

—¿A dónde vais?—pregúntale Belario.

—A Milford-Haven.

—¿Cómo os llamáis?

—Fidel, para serviros, señor. Un próximo pariente mío va a embarcarse en Milford con rumbo a Italia, y para encontrarme con él emprendí este camino. El hambre me indujo a cometer este delito: estaba extenuado.

—Ea, amable joven; no nos toméis por avaros, y no juzguéis de nuestras intenciones por lo rústico y salvaje de nuestra vivienda—dice Belario con bondadoso acento:—después de todo ¡bendito encuentro! ¡sed bienvenido a nuestro humilde hogar! La noche se nos echa encima; mejor plato del que habéis comido os daremos a probar antes que os vayáis, y gracias mil por vuestra compañía. Niños (dice a los príncipes); dad la bienvenida a nuestro huésped.

A estas palabras de Belario, acércanse los dos príncipes y con afable cortesía procuran tranquilizar al tímido mancebo y ensancharle el corazón prometiendo tratarle con afecto de hermanos.

Alentada así y consolada y rodeándole Arvirago con su brazo la espalda y respirando gran cordialidad entra de nuevo la cuitada fugitiva en aquella salvaje cueva, convertida como por encanto en atractiva vivienda por una afectuosa hospitalidad.

FIDEL

No se tardó en la corte de Cimbelino en notar la ausencia de Imógena. Para la reina fué un motivo de secreta alegría, figurándose que la princesa o se había suicidado en un mo-

mento de desesperación, o había escapado sola en busca de su marido, y en este segundo caso (el menos feliz para la reina) quedaría la princesa tan deshonrada, que no osaría jamás poner los pies en palacio. Fuese lo que fuese, ambas alternativas favorecían igualmente los proyectos de la reina, pues, descartada Imógena, dispondría ella a su antojo de la corona de la Gran Bretaña.

Cimbelino estaba tan enfurecido por la desaparición de Imógena, que nadie podía hablarle palabra ni acercársele. Cloten, empero, habiendo hallado casualmente a Pisanio al regresar éste de su camino, hurtóle la carta de Leonato, en la que éste ordenaba a Imógena que fuese a encontrarse con él en Milford-Haven, y con su lectura concibió el joven en su obtuso cerebro un magnífico plan de venganza. Muy fijos tenía en su memoria los amargos sarcasmos con que respondiera Imógena a sus insulsos galanteos, diciéndole que tenía en más una prenda cualquiera del vestido de Leonato que toda la noble persona de Cloten con las cualidades de que estaba adornado. Tomando, pues, al pie de la letra la expresión de Imógena, dió orden a Pisanio que le trajese un vestido que había formado parte de la indumentaria de Póstumo Leonato, y así *disfrazado* púsose en persecución de Imógena. Soñaba con alcanzarla en Milford-Haven junto con su marido, y allí, adornado con aquel vestido, que ella tanto honraba, saborearía el placer de dar muerte a Leonato a la vista de Imógena; hecho lo cual, se la llevaría a la corte tratándola de la manera más grosera e insultante.

Tan halagüeñas perspectivas acariciaba en su corazón el aspirante a soberano y tan bellos planes urdía en su menguado cerebro; pero afortunadamente los hechos no habían de responder a sus maquinaciones.

Saliendo en busca de Imógena, consiguió Cloten seguirle la pista hasta la cueva en donde se refugiara. Habiendo encontrado a Belario y los dos príncipes, Cloten, desatóse contra ellos, según su costumbre, en arrogantes insultos. Belario y Arvirago reconocieron en él al hijo de la reina y temieron que su presencia no fuese algún lazo que se les tendía; por lo cual, dejando a Polidoro, o sea Guiderio, y al forastero a la

guarda del botín de caza, hicieron una exploración por los alrededores, no fuese caso que hubiese enemigos escondidos que quisiesen darles alguna sorpresa.

El altivo Guiderio no era hombre capaz de tolerar la arbitraria insolencia de aquel fanfarrón, y al regalarle Cloten con los finos calificativos de «bandido, violador de las leyes y criminal,» intimándole la orden de «¡Ríndete, ladrón!», Guiderio le respondió con la mayor sangre fría y el mayor desprecio:

—¡Atrás, imbécil; vergüenza me daría de medir armas contigo!

—Vil ladrón ¿no sabes acaso quién yo soy?—dícele Cloten.

—¿Quién?

—Cloten, ¿lo has oído, pillete?

—Aunque te llames Cloten, pillete de marca mayor, no por eso me haces temblar—responde Guiderio despreciándole:—más miedo me daría si te llamaras Sapo, Víbora o Araña.

—Sabe, pues, (y ello quizá te hará temblar de veras y hará que llegue al colmo tu confusión) que soy el hijo de la reina—añade Cloten echándoselas de guapo.

—Lo siento; pues nadie diría que eres de tan noble alcurnia; no se te luce el pelo.

—¿Es que no me temes?—insiste Cloten.

—A los que respeto, a ésos temo... a los prudentes y cuerdos; que a los imbéciles nunca los temí; me mofo de ellos.

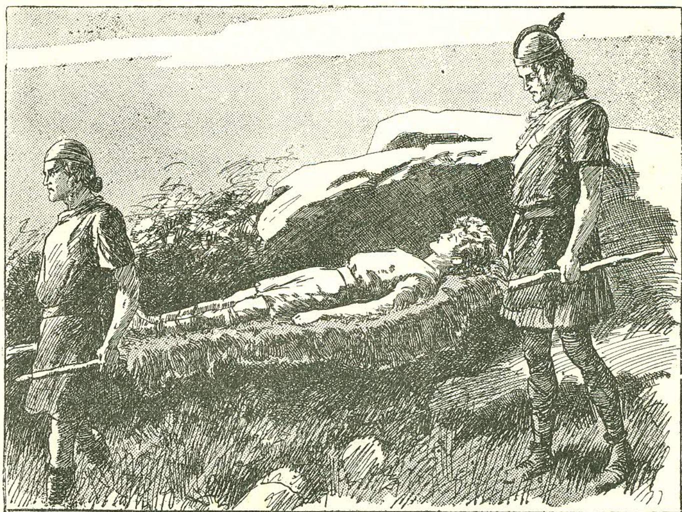
—¡Muere, pues!—exclama Cloten echándose sobre Guiderio.—Cuando yazgas muerto por mis manos, iré en busca de los tuyos que huyeron, y colgaré vuestras cabezas en las puertas de la ciudad de Lud (1). Ahora, rústico montañés, ríndete.

Pero nada estaba tan lejos del ánimo del rústico montañés como rendirse, mucho menos a un cobarde como Cloten, y así Cloten fué quien pagó con la cabeza la insolente jactancia de que hacía alarde.

Protegida por el afecto y tierna solicitud de sus desconocidos hermanos, había Imógena pasado algunos días en la cueva, inundando aquella rústica vivienda con los esplendores de sus femeniles encantos. Los nuevos amigos se habían prenda-

(1) Hoy Londres.—*(N. del T.)*

do de ella y especialmente Arvirago, el menor de los dos príncipes, sentía hacia el desconocido forastero un afecto que no acertaba a explicar, y los tres estaban contestes en los calurosos elogios que hacían de Fidel. Belario encomiaba la nobleza de su porte y la afabilidad de sus maneras que revelaban una educación distinguida.—¿Y su voz (decía Arvirago) no es digna



«Tu tarea acabaste en el mundo»

de un ángel del Cielo? Guiderio ensalzaba hasta las nubes su destreza en el guisar, diciendo que les servía exquisitos platos, dignos de un festín de los dioses.

Sucedió, empero, que un día se vió Imógena imposibilitada de acudir a los quehaceres domésticos; había enfermado gravemente. Suplicóle Belario que se quedase en la cueva, que ellos volverían pronto de la caza. Ofrecióse Guiderio a quedar en la cueva al cuidado de Fidel, pero Imógena se opuso a ello y acabaron por dejarla en la cueva después de despedirse de ella afectuosamente. Al hallarse sola, acordóse de la cajilla que le diera Pisanio al despedirse y que, según decía aquél, encerraba un maravilloso cordial, y determinó probarlo. Pero tal como había ya previsto el doctor Cornelio, en vez de curarla, la sumió en un profundo sueño que tenía todas las apariencias de la muerte.

De regreso de la cacería, corrió Arvirago ansioso a la cueva, para ver cómo estaba Imógena, y la halló acostada en el suelo, con las manos juntas sobre el pecho, y la mejilla derecha apoyada en la almohada. Creyendo que dormía, quitóse su tosco calzado para que el ruido de sus pies no turbara su sueño; pero ¡ay! que pronto echó de ver que ni sus pasos, ni su voz, ni nada era capaz de despertar a Fidel de su sonriente sueño.

Los dos príncipes, transidos sus corazones de pena, dispusieron unas angarillas y llevaron a su querido compañero al lugar de su sepultura.—Mientras dure el verano—decía Arvirago,—y mientras viva yo en estas montañas, perfumaré todos los días tu triste tumba con delicadas flores.

Y al llevarlo al lugar de la sepultura decían alternando las estrofas del canto funeral, que en su desolación no tenían aliento para cantar:

Ya no temas al sol rubicundo
ni al rigor del invierno furioso;
tu tarea acabaste en el mundo
y en tus lares encuentras reposo.
La linda doncella y el joven gentil
cual seres abyectos serán polvo vil.

Del ceñudo magnate te olvidas,
del tirano desprecias la saña,
de comer y vestir, no te cuidas,
para ti cual la encina es la caña,
los cetros, las artes, la ciencia sutil,
siguiendo tu senda, serán polvo vil.

Ya no temes del rayo la furia,
ni el pedrisco que al campo despoja,
ni el engaño cruel, ni la injuria,
que ni sientes placer ni congoja.
Amantes y alegres viviendo en su Abril,
siguiendo tus pasos serán polvo vil.

Exorcista ninguno te ofenda.
bruja alguna te cause perjuicio,
ni fantasma turbarte pretenda,
ni te dañe cruel maleficio.
Ampare tu cuerpo perenne quietud;
bendito por siempre tu triste ataúd.

En el abatimiento que les causara el dolor por la muerte de Fidel, habíanse olvidado aquellos mancebos del cadáver de Cloten: recordóles, pues, Belario que, a pesar de todo, era el hijo de la reina, y que aunque le habían dado muerte como a enemigo, no era justo que le regateasen los honores de príncipe y que como a tal habían de darle digna sepultura. Fueron, pues, por el cadáver de Cloten y lo depositaron en otra parihuela, no lejos de la de Fidel, y después cubrieron ambos cuerpos con flores silvestres.

Apenas se hubieron retirado los acompañantes, despertó Imógena del profundo sueño en que la sumiera el cordial de la cajilla de Pisanio. Al darse cuenta de sí misma, dió a su alrededor una mirada y vió con asombro no lejos de sí a un hombre muerto, con los vestidos de Leonato, y lo primero que le ocurrió fué que su marido acababa de ser cruelmente asesinado y que yacía muerto a su lado. Con el corazón despedazado en presencia de este nuevo infortunio, cayó desvanecida sobre el cadáver. En esta disposición hallóla poco después el general romano Lucio, y movido a compasión hacia ella al verla casi sin sentido y en el más completo abandono, figurándose que era un pajecito que lloraba a su exánime señor, la tomó a su servicio.

Sabedor el emperador romano César Augusto de la negativa de Cimbelino a pagar el tributo que su antecesor Julio César impusiera al pueblo bretón, envió sin tardanza a la Gran Bretaña una armada para exigirlo a fuerza de armas. Los dos ejércitos enemigos se encontraron cerca de Milford-Haven, no lejos de la cueva de Belario. El fragor del combate llegó a oídos del viejo militar bretón, y aconsejó a sus compañeros que huyesen montaña arriba a fin de ponerse a salvo. Pero los dos príncipes tenían sentimientos demasiado nobles y un carácter sobradamente altivo para seguir un consejo que pecaba de exceso de precaución. Resolvieron, pues, por el contrario, marchar los tres juntos a engrosar las filas del ejército de la Gran Bretaña y luchar con sus hermanos contra los enemigos de la patria.

En tan graves circunstancias abandonó también Póstumo Leonato la ciudad de Roma, y en uniforme de simple soldado, combatía en las filas británicas. Encontróse un día en el cam-

po de batalla con Iachimo que mandaba las fuerzas romanas, y consiguió derribarlo en el suelo. Grande fué la vergüenza que le produjo al orgulloso romano el verse vencido y desarmado por un vulgar campesino, siendo él un noble caballero; pero el remordimiento de la vil conducta que había observado con Imógena corroía su corazón y pensó que el peso de su crimen era lo que había entumecido el vigor de sus miembros y debilitado su brazo. En cuanto a Leonato, luchaba con el temerario arrojo que infunde la desesperación. Torturábale además la idea de la muerte de Imógena que juzgaba haber llevado a cabo Pisanio en cumplimiento de sus órdenes, y buscaba por doquiera la muerte, que parecía huir de él.

El valor de Guiderio y de Arvirago halló muy pronto ocasión de manifestarse bien a las claras. Los bretones apretados de cerca por los romanos sus enemigos, se daban a la fuga y Cimbelino acababa de caer en sus manos, cuando Belario y los dos príncipes acudieron en refuerzo y, con ayuda de Leonato, lograron rescatarle. Tomando entonces ánimo los bretones ya dispersos, replegáronse y resistieron valientemente el ataque de los enemigos, acabando por alcanzar una brillante victoria.

Después de la refriega, unos soldados bretones, cruzándose con Leonato, tomáronle por romano fugitivo y le hicieron prisionero.

—¡Bendito cautiverio!—exclamó Leonato;—no dudo de que tú me desbrozarás el camino a la libertad, y la muerte será la llave que abrirá tus puertas. ¡Ay!, mi conciencia está más duramente encadenada que mis propios miembros. No es bastante la aflicción en que me veo para pagar mi deuda; ¡oh Dioses!, aquí tenéis toda mi existencia. Tomadla a cambio de la preciosa vida que yo arrebaté a Imógena.

Al presentarse, pues, a la mañana siguiente, los carceleros para llevarlo al suplicio, manifestóles Leonato que no deseaba otra cosa. «Más gozoso estoy yo de morir, que vosotros de seguir viviendo» (dijo a los que iban a sacarlo de la cárcel). Entonces mismo llegó otro mensajero con orden de quitar a Leonato las cadenas y llevarlo a la presencia del rey, junto con los demás prisioneros. Siguióle Leonato con gusto, creyendo que la hora de su muerte había por fin sonado.

Sentado estaba Cimbelino en su tienda de campaña y a su lado sus tres libertadores, o sea el anciano guerrero de blanca y ondulada barba y los dos bravos mancebos. El cuarto (que era Leonato) no había respondido al llamamiento, y Cimbelino estaba hondamente preocupado por la suerte de «aquel pobre soldado que combatiera tan valerosamente y cuyos harapos afrentaban las doradas guarniciones de muchos de los jefes.» Dijo, pues, en alta voz, que el que le encontrase merecería un precioso galardón de su real munificencia; pero al ver que nadie daba razón de aquel héroe, creyó Cimbelino ser deber suyo conferir los honores de caballero a los otros tres combatientes, y los nombró adjuntos a su real persona, investiéndoles de la dignidad que a su nuevo rango correspondía.

La ceremonia vióse interrumpida por la súbita llegada del médico Cornelio que traía la nueva del fallecimiento de la perversa reina. Ésta, en el lecho de muerte había confesado sus iniquidades, su perfidia contra Imógena y su intención de envenenar a la princesa y al rey Cimbelino, a fin de asegurar para su hijo la posesión de la corona. Pero la rara desaparición de Cloten, por cuyo amor ella tantos crímenes hiciera, y el fracaso de sus malvados proyectos, habíanla sumido en un estado de desesperación y de pena que acabó con su existencia. Cimbelino no pudo menos de estremecerse al oir el relato de aquella traición que él ni se hubiera atrevido a sospechar, pues su mujer, en quien la belleza corporal hacía gran contraste con la perversidad de su espíritu le tenía completamente seducido y engañado. Su pensamiento recayó entonces en su inocente hija, contra la cual ejerciera él tan injusta severidad.

El general romano Lucio, que había caído prisionero, fué llevado también a presencia de Cimbelino. Dispuesto se mostró a aceptar con varonil dignidad la sentencia de muerte que esperaba oir pronunciar contra sí; pero, como último favor, pidió al soberano, que perdonase la vida a aquel tierno paje que llevaba.

—Jamás señor alguno —dijo Lucio en defensa de Fidel,— ha tenido un paje tan afable, tan respetuoso y sumiso, tan diligente, tan hábil y tan cuidadoso. Además, no ha hecho daño alguno a los bretones, aunque haya servido a un romano.

Salvadle, pues, señor, de la muerte, aunque no ahorréis la sangre de los demás.

La defensa de Lucio casi no era necesaria, puesto que ya a la primera vista, el rey Cimbelino había sentido una emoción que no acertaba a explicar, y aquel noble mancebo le había ganado completamente el corazón de tal manera que no sólo le perdonó su vida, sino también le ofreció perdonar la que él reclamase, aunque fuese la del prisionero más ilustre.

Al oir esto de boca del rey, alentóse grandemente el corazón de Lucio, pues no podía dudar de que Fidel tomando al rey por su palabra, alcanzaría el perdón de su amo; pero Imógena había visto entre los prisioneros a Iachimo, y observando que llevaba en el dedo la sortija montada de un brillante, que ella diera a Leonato, respondió a la oferta de Cimbelino que el favor que reclamaba del rey era que obligase a Iachimo a declarar de quién había recibido aquella sortija.

Iachimo, que ya desde mucho tiempo, era víctima de gran remordimiento por su indigna acción, confesó llanamente cuanto había sucedido, encomiando grandemente a Leonato y a su incomparable esposa y reprochando únicamente a sí mismo como a culpable de todo. Al oir todas estas manifestaciones, Leonato que hasta entonces se mantuviera oculto, no pudo ya contenerse: sabedor del cinismo con que Iachimo le había burlado, su primer ímpetu fué dar muerte a aquel miserable y morir luego él de dolor y de vergüenza.

—¡Oh Imógena, reina mía, vida mía, esposa mía! —exclamaba desesperado ante la tragedia de la que él mismo era autor: —¡oh Imógena, Imógena, Imógena!

Afortunadamente empero, su desgracia no era irremediable: Imógena vivía y estaba presente; por lo demás todos los misterios se descubrieron pronto, y se repararon todas las faltas. Belario devolvió a Cimbelino los dos hijos que le sustrajera en otro tiempo, y gracias a la alegría de verlos de nuevo en su posesión, Cimbelino perdonó al ofensor, diciendo:

—Había perdido a mis hijos; si éstos son los que me sustrajiste, bien venidos sean.

Los jóvenes príncipes reconocieron encantados a Fidel su compañero y huésped de la cueva, y cuya mnerte habían llo-

rado y que les era devuelto en calidad de querida hermana.

A pesar de su victoria contra los romanos, Cimbelino, con una generosidad verdaderamente digna de un rey manifestó a Cayo Lucio que consentía en pagar en adelante el tributo que se le exigiera y que su perversa esposa le había aconsejado que no pagase.

Vióse entonces que el pobre soldado a quien el soberano quería demostrar su agradecimiento por haber ayudado a rescatar su real persona y ganar la victoria, no era otro que el propio Leonato, su yerno.

A Iachimo alcanzó también el perdón. Compungido, echóse a los pies de Leonato, diciendo:

—Tomad, tomad os ruego, esta vida que os debo; pero antes aceptad esta sortija que es vuestra, y el brazalete de la más leal y fiel princesa que jamás existió.

—No hinques ante mí la rodilla—replica Leonato.—El único poder que sobre ti tengo es otorgarte la vida; me vengo perdonándote. Vive y pórtate mejor con los demás que te portaste conmigo.

—¡Noble sentencia!—exclama Cimbelino.—Aprendamos de nuestro yerno la generosidad. Perdón para todos es nuestra última palabra.



EL CUENTO DE INVIERNO



EN EL PALACIO DE LEONTES

Muy estrecha amistad unía, ya desde la infancia, a Leontes, rey de Sicilia, y Polixeno, rey de Bohemia. Habían sido educados juntos y pasado en compañía lo más florido de su juventud, por lo cual había entre ellos gran intimidad. Al tener, pues, que separarse, porque así lo reclamaban los respectivos deberes de soberano de sus Estados, siguieron manteniendo las más cordiales relaciones enviándose mutuamente regalos y menudeando la correspondencia.

Andando el tiempo contrajeron ambos matrimonio. Leontes tomó por esposa a la noble y bella Hermiona que dió a luz al príncipe Mamilio. Un mes después tuvo Polixeno un hijo a quien llamó Florizel. De unos cinco años próximamente eran estos dos vástagos cuando Polixeno fué a Sicilia a visitar a Leontes: allí permaneció muchos meses, renovando al lado de su antiguo amigo los felices recuerdos de la infancia, cariñosamente acogido por Hermiona, la cual se holgaba en extremo de su presencia y le agasajaba en gran manera por atención a su esposo.

Vino empero la hora de regresar Polixeno a sus Estados. Largo tiempo había estado ausente de Bohemia, y los nego–

cios del reino reclamaban su presencia. Instábale vivamente Leontes a que prolongase su estancia en Sicilia, aunque no fuese sino algunos días más; pero Polixeno llevó adelante su resolución, de partir, viendo lo cual puso Leontes en juego la influencia de su esposa. Gozosa ésta de poder complacer a su marido, aunque movida también por el sincero afecto que profesaba a su huésped, afirmó chanceándose que se oponía absolutamente a que Polixeno partiese de Sicilia, que los asuntos de Bohemia iban como una seda y no exigían para nada su presencia, y en fin, que era inútil que buscase un pretexto para irse, pues no le valdría.

Persuadido como estaba Polixeno de que ni para la próspera marcha de un Estado, ni aun por el bien decir de los súbditos, es conveniente que el soberano falte largo tiempo de su reino, replicó a las instancias de la joven soberana, que verdaderamente había de partir.

—Verdaderamente, pues, no partiréis—dijo aquélla,—y tened en cuenta que el *verdaderamente* de una dama tiene mayor fuerza que no el de un caballero. Y en este caso (continuó Hermiona) vamos a ver: en el supuesto (pues no puede ser de otra manera) que os quedáis, ¿cómo queréis que se os trate, como prisionero o como huésped? porque una de las dos cosas habéis de ser.

Polixeno era un cumplido caballero y por lo mismo, muy cortés para con las damas, y no pudo resistir a una tan dulce violencia. Consintió, pues, en permanecer una semana más en Sicilia. Pero aun no se había del todo zanjado este incidente con la solución que al mismo diera Polixeno, apoderóse de Leontes una terrible pasión de celos. Su melancólico humor le hizo creer exagerado el afecto de que hacía gala su esposa, y sintióse herido en lo más vivo de su alma viendo que Polixeno concedía a Hermiona lo que a él rehusara.

Hermiona tenía un carácter despierto y regocijado y un espíritu dispuesto siempre para los chistes; su inocente jovialidad hallaba en todo motivos de broma, viendo siempre las cosas por el lado ridículo. Esto y la fría cordialidad de relaciones entre Leontes y Polixeno, acabaron por encender el fuego de los celos del primero, el cual, en lugar de rechazar como

temerarias sus sospechas, les dió cabida y las alimentó en su espíritu, de manera que poco a poco le obscurecieron completamente la razón, a tal extremo, que confió sus cuitas a uno de sus cortesanos, por nombre Camilo, y le exigió palabra de envenenar a Polixeno.

En vano quiso el honrado cortesano discutir con su rey, conjurándole a que no diese cabida en su espíritu a tan mentidas y peligrosas imaginaciones, afirmándole que estaban completamente destituídas de fundamento. Hízose el sordo el soberano, y Camilo comprendió que no le quedaba otro recurso que ceder en apariencia a la instigación del rey; dió, pues, palabra a éste, de quitar de en medio a Polixeno, con una condición, a saber: que una vez realizado el hecho, Leontes trataría a la reina como antes de venir Polixeno a Sicilia.

—Esto es precisamente lo que había pensado—díjole el rey,—y me huelgo de ver que somos del mismo parecer. Así, pues, a lo dicho.

Guardóse sin embargo Camilo de cometer tan horrendo crimen como era envenenar a Polixeno; antes al contrario, avisó al rey de Bohemia del peligro que le amenazaba y éste, que ya se había puesto en guardia al ver las furiosas miradas que de todas partes se le echaban, resolvió partir sin demora. Comprendió entonces Camilo que no podría ya seguir al servicio del rey, pues éste tarde o temprano se enteraría de su desobediencia, y aceptó el ofrecimiento de Polixeno, de entrar a formar parte de su séquito, y aquella misma noche partieron ambos de Sicilia.

Al saber Leontes su partida, convencióse más y más de la justicia de sus sospechas, y a pesar de las reclamaciones y protestas de todos los caballeros de la corte, mandó encarcelar a la noble Hermiona. Al cabo de poco, dió la reina a luz una niña; pero encolerizado como estaba Leontes contra la madre, se negó a ver a la niña y a reconocerla por hija.

La inocente reina era objeto del cariño y devoción de todas las damas de la corte, no habiendo ni una sola que dudase de la inocencia de su soberana y que no se sublevase contra la crueldad de que era víctima. Una de éstas, llamada Paulina, esposa de un señor por nombre Antígono, no contenta

con lamentar estérilmente la situación de la reina, quiso poner su energía e intrepidez al servicio de ella. Creyendo que a la vista de la tierna criatura que acababa de nacer, el cora-



«Hela aquí; reconocedla y dadle la bendición»

zón del obstinado Leontes se ablandaría, fuése á la cárcel, y sin hacer caso alguno de las objeciones y reparos del carcelero, apoderóse de la niña, tomó luego el camino del palacio, forzó la consigna y se presentó al rey.

Al verla éste, mandó con imperioso acento que la echaran de su presencia; pero la valerosa dama se irguió desafiando a todos con tal audacia y sangre fría, que nadie se atrevió a poner las manos sobre ella.

—Me iré yo por mis pies y cuando lo crea justo, pero antes he de cumplir mi deber dando cuenta de un mensaje que se me ha encargado—dijo con entereza.

Dicho esto, arrodillóse ante el monarca y puso a los pies de él la tierna criatura, diciendo:

«La virtuosa reina (pues tal es ella) os ha dado una hija. Hela pues aquí; reconocedla y dadle la bendición».

No dió, empero, resultado este recurso. Encolerizado Leontes, mandóle que saliera al instante de palacio y que se llevara la criatura. Paulina entonces, como si no oyera el torrente de injurias que el rey vomitaba, echóle en cara su crueldad e insensatez, conminándole con el baldón y vergüenza en que incurría ante todo el mundo por los bárbaros e inicuos tratos que daba a su esposa, la reina.

Consiguieron por fin los criados del rey echar de la presencia real a aquella mujer denodada en demasía; pero no consintió en llevarse la criatura, sino que la dejó allí protestando que del rey era y que a él incumbía cuidar de ella.

Antígono, esposo de Paulina movióse a compasión hacia la tierna criatura y no pudo dejar de manifestarlo; por lo cual volvióse el monarca furioso contra él, acusándolo de haber incitado a su esposa Paulina a cometer aquel acto de audacia y mandóle que recogiese la criatura y le diese muerte. Antígono rechazó respetuosamente aquella acusación: asociáronsele los demás cortesanos, confirmando lo que decía su colega, y conjurando al soberano que desistiese de su sanguinario propósito. El rey, en vista de las súplicas de sus cortesanos y algo amansado, consintió aunque de mala gana, en perdonar la vida a la niña. A Antígono, pues, en calidad de hombre ligio (1) ordenó el soberano que llevase aquella criatura a algún apartado y desierto lugar, fuera de los límites del reino y que la abandonara sin piedad a su propio riesgo y sin reparar en el clima, dejando al azar que o acabase con su débil existencia o se la prolongase.

Antígono, aunque con el corazón transido de pena, juró obedecer y cumplir la palabra jurada. Embarcó llevando con-

(1) Sinónimo de *feudatario*, ó sea, estrechamente subordinado a su soberano, con la mayor dependencia.—*(N. del T.)*

sigo la tierna criatura, con rumbo al extremo confín del reino de Sicilia; por la noche, en alta mar, tuvo un extraño sueño: aparecióse le Hermiona, vestida de blanco y derramando tiernas lágrimas, y así que pareció habérsele calmado algún tanto la pena y desconsuelo, le habló en estos términos:

«Buen Antígono; ya que el cielo ha querido que seas tú quien, a pesar de tu buen corazón, y por cumplir tu juramento, has de exponer mi tierna hija; sabe que en Bohemia hay lugares harto apartados, en donde podrás dejarla. Ve, pues allá, y abandona la criatura a su llanto, y puesto que se la tiene ya por perdida para siempre, te suplico que le pongas el nombre de Pérdita (1). Sabe además que, en castigo de esta cruel tarea que te impuso el rey mi marido, no volverás a ver jamás a tu esposa Paulina».

Dicho esto, desvanecióse el fantasma, exhalando un gemido.

Obeciendo a lo que se le indicara en sueños, Antígono siguió con la niña hasta Bohemia, y llegado allá, dejóla en el suelo, con el corazón quebrantado de pena y compasión hacia la tierna criatura, aunque sin derramar una lágrima, cumpliendo con gran valor aquel inhumano deber que le impusiera el juramento hecho a su soberano. Al apartarse, vió que le iba a los alcances un oso feroz, por lo cual echó a correr precipitadamente, sin tener siquiera el consuelo de saber que aquella tierna criatura había hallado ya un salvador. Efectivamente, al cabo de un momento, acertó a pasar por allí un anciano pastor, en busca de una oveja extraviada.

—¡Oh feliz hallazgo!—exclamó sorprendido el buen hombre:—¿qué viene a ser esto? ¡Buen Dios! ¡Un infante, un hermoso infante!... Y ¿qué será, niño o niña?... Vamos a verlo. ¡Oh qué preciosa criatura! ¡pobrecilla, voy a recogerla; esperaré a que venga mi hijo... Ea, ya le oigo silbar... Ven ven!

Corrió presuroso el hijo del pastor a donde estaba su padre y vió al llegar aquella preciosa criatura: tomóla en brazos, y al poco halló un paquete de piezas de oro entre los ricos pañales de la pobre y abandonada infanta. Toman, pues, los dos

(1) Voz latina que significa *perdida*. – *(N. del T.)*

sencillos pastores a Pérdita y se la llevan a la cabaña, felices de haber hallado tan inesperado tesoro.

HABLA EL ORÁCULO

Preocupado Leontes por el inhumanitario acto que en su desaconsejado furor había llevado a cabo y temiendo el estigma de tiranía que el pueblo, no sin razón, había de grabar en su frente, quiso justificarse. Para ello decretó que se sometería al fallo de los tribunales de justicia la conducta de la reina, citándola a responder por sí a los cargos que él había imaginado hacerle. Por su parte, Leontes había enviado mensajeros al templo de Delfos para que consultasen el oráculo de Apolo y al regreso de los mismos había de celebrarse la vista de la causa. Los mensajeros trajeron la respuesta del oráculo en pliego sellado por el gran sacerdote de Apolo. Llegado el momento oportuno, había de romperse el sello y leerse el veredicto en pleno tribunal.

Compareció Hermiona y en presencia de los jueces opuso, indignada, la más rotunda negativa a las acusaciones que se le dirigían. Afirmó que no por haber tratado a Polixeno con mayor afecto que el que una mujer honrada debe a un huésped, había hecho traición a Leontes; tanto menos, cuanto que el mismo Leontes le había dado ejemplo al agasajar a Polixeno como a un amigo de infancia.

Negó luego que hubiese conspirado con Camilo contra la vida de Leontes. Dijo que ignoraba absolutamente la causa por que aquel caballero había abandonado la corte, y que no sabía del mismo sino que era un hombre honrado.

Las palabras de Hermiona exasperaron más y más a Leontes, diciendo de su esposa que tan poco escrúpulo tenía entonces de faltar a la verdad como no lo había tenido de obrar sin pudor.—Por lo cual—dijo el monarca,—no tendrá tu crimen otro castigo que la muerte.

—Señor—respondió con noble dignidad y mesura Hermiona.—El espantajo de la muerte, que me ponéis delante, no hace en mí la menor mella; la idea de la muerte lejos de arredrarme, me anima, pues tiempo ha que la deseo. La vida no

tiene para mí aliciente alguno, desde el momento que he perdido los tres motivos de alegría que podían hacérmela llevadera. La mayor de mis dichas, que era vuestro afecto, considérola frustrada; me veo privada de vuestro cariño, sin que acierte a comprender el por qué. La otra ilusión de mi vida era mi hijo primogénito, a quien se ha separado de mi lado, como si estuviese yo tocada de la peste. La tercera, mi pobre e inocente niña, ha sido violentamente arrancada de mi seno y conducida a la muerte, y yo misma me veo entregada al oprobio y a la más vergonzosa afrenta. En fin, me habéis hecho conducir brutalmente a este lugar sin darme tiempo para restablecer mis fuerzas y terminar mi convalecencia. En vista de esto, decid, oh soberano, ¿con qué bienes me brinda la vida para que yo pueda temer la muerte? Seguid, pues, en vuestros propósitos, llevad adelante vuestro furor insensato; pero escuchad una palabra no más y no os engañéis a vos mismo. La vida no me importa un ardite; pero mi honor lo tengo en mucho, y si se me condena por meras conjeturas y sin otras pruebas que las que inventaron vuestros celos, tenedlo bien entendido, será una medida de injusto rigor, jamás justicia. Señores (añadió dirigiéndose a los cortesanos), me atengo al oráculo. Apolo será mi juez.

Los consejeros del monarca declararon que la demanda de Hermiona era perfectamente equitativa y conforme a justicia, y dieron orden a los mensajeros de Apolo, que entraran. Entregaron éstos al presidente del tribunal los pliegos sellados, que él abrió en plena sesión y leyó en voz alta. La sentencia del oráculo decía:

«Hermiona es inmaculada; Polixeno no merece reproche alguno; Camilo es un hombre fiel; Leontes un tirano celoso; la inocente niña es fruto legítimo; si lo perdido no se hallare, morirá el rey sin sucesión.»

—¡Bendito sea el gran Apolo!—exclaman unánimemente y en alta voz los consejeros.

—¡Alabado sea!—exclama Hermiona.

—¿Has dicho la verdad?—pregunta el rey al secretario del tribunal.

—Señor—responde éste,—no he dicho otra cosa que lo que consta aquí por escrito.

—Pues bien, yo afirmo que todo ello es falso: no hay palabra de verdad en este oráculo—replica vivamente Leontes:—que siga pues el proceso.

Apenas había el rey pronunciado estas palabras, fué visiblemente presa de terrible emoción. Entra un criado con la triste noticia que el joven príncipe Mamilio acababa de fallecer. El pobre niño había muerto víctima de la aflicción que le causara la separación de su querida madre y el tormento por el triste destino de la misma.

Al oir tan triste nueva, faltáronle las fuerzas a Hermiona y cayó desvanecida. La obstinación de Leontes quedaba vencida.

—¡Ay de mí!—exclama espantado Leontes:—¡siento sobre mí la indignación de Apolo!, ¡el dios castiga mi injusticia! Di demasiado crédito a mis sospechas. Ea, lleváosla (dice a Paulina y a las otras damas de la reina), lleváosla y retornadla con algún cordial.

Aterrorizado el monarca al ver descargar sobre sí la ira divina, empieza por arrepentirse de su crimen y hace para lo sucesivo propósitos de buena conducta: resuelve reconciliarse con Polixeno, devolver su amor a la reina y llamar a su corte al honrado Camilo al que califica ahora de piadoso y recto, pues en vez de envenenar a Polixeno, le había salvado la vida por un verdadero acto de humanidad.

Pero ¡ay, que era tarde! Aun no había terminado el rey su razonamiento, entró precipitadamente Paulina en la sala del tribunal llorando a lágrima viva y retorciéndose las manos de desesperación. Echóle en cara al rey las más amargas acusaciones, culpándole su cruel tiranía y sus pueriles celos que habían atraído desgracia tras desgracia sobre la familia real.

—¡Ah, desventurado monarca!—dícele entre gemidos y amenazas:—Traidor fuiste con Polixeno, atentaste contra la honradez de Camilo; hiciste arrojar a los cuervos tu tierna hija; has causado con tus desmanes la muerte del príncipe; faltaba otra desgracia, y ésta ha ocurrido ya; la reina, la criatura más amable de la tierra, ha muerto. ¡Oh tirano! (exclama en el espasmo del dolor) no te arrepientas de tus crímenes, pues su peso es tan enorme, que ahogará tu mismo remordimiento;

no te queda, pues, ya más recurso que la desesperación. Ni que durante diez mil años hincases mil veces por día tus rodillas, desnudo y en ayunas, en la cima de un pelado monte, bajo los hielos de un aterido invierno y envuelto en los jirones de una continua tempestad; no podrían los dioses dirigirte una mirada compasiva y de perdón.

—Prosigue, prosigue—murmura Leontes; compungido y con una conciencia aterrorizada.—Bien merecidos tengo tus reproches; poco será para lo que merezco, que todas las lenguas se suelten arrojando contra mí las más amargas y duras invectivas.

Al ver el sincero arrepentimiento del rey, amansóse Paulina y, con su acostumbrada espontaneidad, suplicó al monarca que le perdonase sus violentas palabras pronunciadas sin reflexión ni cordura. Pero Leontes, reconociendo en su lealtad que, a pesar de la crudeza de sus invectivas, no se había la dama apartado de la verdad, no permitió que Paulina se retractara. Suplicóle que le acompañara al lugar en donde se hallaban los cadáveres de su esposa y de su hijo.

—En una tumba serán ambos enterrados, y en ella haré grabar un epitafio, en el que conste la causa de su muerte para eterna vergüenza mía. No dejaré un solo día de visitar su sepulcro, y no tendré otro solaz ni otra distracción que bañar su losa sepulcral con amargas lágrimas.

De esta manera procuraba el desventurado rey expiar, aunque tarde, los males de que fuera causante.

LA REINA DE LOS REQUESONES Y LAS NATILLAS

Dieciséis años habían transcurrido desde la fecha en que el pastor encontrara a la infeliz y abandonada criatura y la recogiera en su cabaña. Allí había comenzado la era de la prosperidad para el buen anciano, pues así como antes no tenía casi de qué comer, había ido mejorando desde aquel día su fortuna, a tal extremo que acabó por poseer grandes dominios. La niña, que todos creían del pastor, había crecido y llegado a ser una joven tan encantadora, que la fama de su belleza se divulgó por toda Bohemia, llegando hasta el palacio real.

Como dijimos antes, tenía el rey Polixeno un hijo llamado Florizel, casi de la misma edad que el príncipe Mamilio, muerto en Sicilia dieciséis años antes. El príncipe Florizel, pues, tenía, a la sazón, unos veintiún años de edad.

Yendo un día de caza, echó a volar su halcón y fué á parar en las dehesas del padre adoptivo de Pérdita. Al ir Florizel tras el halcón, echó de ver a la joven Pérdita y quedó prendado de su gracia y hermosura: desde aquel día fué el príncipe tan asiduo visitante de la vivienda del pastor, que sus ausencias llamaron la atención del rey y éste confió sus dudas á Camilo: para sacar en claro dónde pasaba el príncipe las horas que faltaba de palacio, hizo el rey que le siguiera la pista, y al saber que a donde se dirigía era la cabaña del pastor, acordó con Camilo que irían a ella los dos disfrazados para ver qué era lo que tan fuertemente atraía al príncipe a aquella rústica vivienda.

Escogieron para realizar su propósito, la fiesta del esquileo del ganado, día en el cual todos los pastores y pastoras de los alrededores se juntaban para divertirse y solazarse. Allá fué también Florizel vestido de pastor y mezclóse entre la multitud como uno de tantos. El padre adoptivo de Pérdita ignoraba que fuese el príncipe y le conocía por Doricles, no viendo en él más que a un simple aldeano.

El anciano pastor dispuso para sus numerosos convidados un espléndido festín, y pareciéndole que Pérdita se portaba con harta timidez y reserva, mandóle que se pusiese al frente de los festejos.

—Veo que te retraes, como si fueses una simple invitada, mientras que por derecho propio eres el ama de la casa. Ea, pues, quiero que seas verdaderamente la reina de la fiesta y como tal, tú serás quien haga los honores: mira, allí veo a dos desconocidos (díjole señalando a Polixeno y Camilo recién llegados); a ellos y a los trasquiladores dales la bienvenida, si quieres que tu rebaño prospere.

A tan amable y cariñosa invitación, hizo Pérdita un esfuerzo para vencer su reserva y timidez, y con un encanto y gracia sin igual dirigióse hacia los dos forasteros que su padre le había indicado. Dióles la bienvenida y llamando a una zagala

que traía una cesta de flores, escogió algunas y ofreció un ramillete a cada uno de los dos, diciéndoles:

—Respetables señores, aquí tenéis romero y ruda; flores son éstas que no pierden en todo el invierno su color ni su perfume. ¡Gracia, pues, y recuerdo (1) a ambos y bienvenidos seáis a esta fiesta!

Enamorados quedaron Polixeno y Camilo de la hermosura y de la encantadora modestia de aquella encantadora joven; pero creció su admiración al oir las discretas e ingeniosas respuestas que daba a las preguntas que le hacían, el rato que con ella estuvieron hablando.

—Aquí tenéis más flores—añadió:—el aromático espliego, la menta, la salvia, la mejorana y la maravilla que se cierra al ponerse el sol y se abre a la alborada llorando. Estas son flores de la canícula, y paréceme haber oído que se dan a los hombres que por la edad están en la mitad de su vida.

Luego, viendo acercarse una pléyade de zagalas, en cuyos lozanos y hermosos rostros brillaba el esplendor de la frescura virginal, hubiera querido ofrecerles algunas flores primaverales propias de su edad, y así exclamó:

—¡Oh Proserpina! ¡qué bien me vendrían ahora las flores que, aterrorizada, dejaste caer del carro de Plutón; los narcisos del prado, que salen antes de la llegada de la golondrina y que con su hermosura enfrenan los vientos de marzo; las azules violetas, obscuras sí, pero más suaves que los párpados de Juno o el aliento de Citerea; las pálidas velloritas que mueren vírgenes, antes de poder contemplar al sol en su brillante carrera; las atrevidas aleluyas y la corona imperial, los lirios de todas clases y particularmente el lirio iris! ¡Estas son precisamente las que me hacen falta para tejer hermosas guirnaldas!

—¡Qué bella es y qué graciosa! No creo que jamás muchacha de baja estirpe tan hermosa haya pisado el verde césped—exclamó Polixeno, al ver, poco después, a Pérdita abrir con Florizel la rústica danza de los pastores y pastoras.—Mira: todo respira en ella un no sé qué de grandeza superior a su condición y de nobleza impropia de este lugar.

(1) Ya recordarán nuestros lectores (V. Hamlet) que el romero es la flor de los recuerdos, y la ruda la hierba de la gracia, según Shakespeare.—*(N. del T.)*

—Verdaderamente—responde Camilo,—su porte es digno de una reina; la reina de los requesones y de las natillas.

Vuélvese entonces Polixeno al anciano pastor y le pregunta por aquel bello zagal que baila con su hija. Respóndele que no sabe de él sino que se llama Doricles y que se precia de poseer grandes dehesas y gran número de ganados. Esto es lo que él dice, y lo creo, porque es veraz. Dice que quiere de veras a la niña, y lo creo también y, a decir lo que siento, me parece que sería difícil apreciar cuál de los dos ama más al otro, pues, a mi ver, ni en la mitad de un beso se aventajan (1).

—Y baila con garbo y bien—dice el rey.

—Todo lo hace bien, aunque mal me esté el decirlo; pero yo os aseguro que si el joven Doricles la toma por esposa, tendrá con ella lo que él no hubiera jamás pensado poseer.

El rey, empero, con todo y su gran admiración por Pérdita, no estaba conforme con que el heredero de la corona de Bohemia tomase por mujer a una zagala.

La alegría y bullicio de la fiesta crecía por momentos. Florizel, cada vez más enamorado de su pareja, no pudo ya reprimir por más tiempo su pasión, y llamando a los dos forasteros, quiso que le sirvieran de testigos en el compromiso que iba a contraer inmediatamente, de casarse con Pérdita.

—Ea, joven; venga vuestra mano, y tú, Perdita, la tuya—dijo el anciano pastor, que no veía la hora de unirlos.

Pero Polixeno pidió un momento de espera, y preguntó al joven con grande afabilidad:

—¿Tenéis padre? ¿sabe él vuestra determinación?

—Ni la sabe, ni la sabrá.

—Perdonad pues; pero, a mi ver, el convidado más digno de asistir al banquete de boda de un hijo es su padre, dice Polixeno.

Pregunta después al joven si su padre conserva el uso de sus facultades, o si por el contrario, es un ser inútil, agotado por los años y las enfermedades.

A ello responde Florizel que está sano y conserva el vigor de la más robusta edad; pero niégase en absoluto a darle conocimiento de lo que sucede.

---

(1) Tómase aquí el beso en el significado de moneda del amor. - *(N. del T.)*

Polixeno, entonces, quítase el disfraz y aparece ante sus consternados interlocutores con toda la majestad del soberano y rey de Bohemia. El primero a quien increpa es el anciano, declarándole que le hará probablemente ahorcar, por haber permitido que su hija cautivase al joven príncipe. A Florizel, mándale en tono imperioso que abandone inmediatamente a Pérdita y que le siga camino de la corte. Finalmente amenaza con cruel muerte a la joven si osare en lo sucesivo alentar con palabras o caricias el amor del hijo del rey.

Desesperado estaba el anciano pastor al ver cuán inconscientemente había incurrido en la cólera del rey, y veía con espanto sobre sí la ruina de los suyos y lo que era peor aún, una vergonzosa muerte para sí mismo. En cuanto a Pérdita, disponíase con el corazón partido de pena, a renunciar a su prometido. No era ella para esposa de. un príncipe, harto lo veía; habíase, pues, desvanecido su sueño de felicidad y dicha. Protestó que ya no quería soñar por más tiempo grandezas haciendo la reina, sino que iría a lo suyo, o sea a apacentar su ganado y a muñir sus ovejas.

Sin embargo, nada más lejos del ánimo de Florizel que renunciar al objeto de sus amores, a quien había prestado juramento de fidelidad. Así, pues, hablando con Camilo que había quedado algo atrás del rey, mientras éste se alejaba airado, protesta a su amigo Camilo que ni por todo el reino de Bohemia, ni por toda la gloria que su posesión y la corona le puedan granjear, ni por todo cuanto el sol alumbra y la misteriosa tierra oculta en sus entrañas y el mar en sus inexplorados abismos, quebrantará el juramento hecho a su bella prometida.

En vano procura Camilo hacer entrar en razón a Florizel: éste se muestra inconmovible y resuelto a todo: afortunadamente tiene un barco anclado no lejos de allí. Ruega, pues, a Camilo que siga al rey y que al llegar a la corte participe a Polixeno que su hijo Florizel se ha hecho a la vela con Pérdita: en cuanto a la ruta que piensa seguir, dice a Camilo que vale más que la ignore para que en su fidelidad, no se vea obligado a revelarla al rey.

El buen Camilo, viendo por una parte la imposibilidad de convencer al joven príncipe y animado por otra, del deseo

de conciliar las voluntades de todos, propone a Florizel una idea que puede servirle a maravilla para lograr su objetivo. Conservaba Camilo buena y afectuosa memoria del rey Leontes, y varias veces, durante sus diez y seis años de destierro, había ardientemente deseado regresar a Sicilia. Propone, pues, a Florizel que se lleve a Pérdita a la corte de Leontes, en donde hallará sin duda la más cariñosa acogida de parte de aquel soberano arrepentido, aunque no sea más que para reparar en lo posible el mal que en otro tiempo hiciera a Polixeno. Prométele además hacer cuanto esté en su mano, cerca de su padre, por calmar su resentimiento y hacer que apruebe la boda de su hijo.

EL ORÁCULO CUMPLIDO

Partidos Florizel y Pérdita, quedó el anciano pastor sumido en cruel desesperación al ver por un lado sobre sí la cólera del soberano y hallarse por otro desposeído de aquella tierna criatura que era sus delicias. Su hijo veía con dolor la situación del buen anciano, y para sacarle de ella, propúsole que fuera a ver a Polixeno y le expusiera paladinamente que Pérdita no era hija suya.

—No habéis de hacer más—díjole,—que presentaros al rey y decirle que esta joven fué cambiada en la cuna y que no es carne de vuestra carne, ni sangre de vuestra sangre, y que siendo así que vuestra carne y vuestra sangre no han ofendido a Su Majestad, tampoco han de ser vuestra carne y sangre objeto de castigo. Presentadle, además, los objetos que se hallaron juntamente con la niña al recogerla, aquellos objetos secretos, todo, excepto naturalmente lo que ella lleva encima; y hecho esto, estad cierto que la justicia nada podrá contra vos.

Así lo haré—responde el tímido anciano,—y lo diré todo al pie de la letra como me lo has indicado; y hasta contaré al rey las travesuras de su hijo, que, bien puedo decirlo, mostró tener muy poca delicadeza con su padre y conmigo al pretender, ignorándolo yo, hacerme consuegro del rey.

Los bravos campesinos pusieron inmediatamente por obra su proyecto: sabedores de que Polixeno había salido ya de pa-

lacio y embarcádose en persecución de su hijo, fuéronse á la playa para poner en sus manos los objetos que hallaran junto con la niña al recogerla en su tierna infancia.

Desde la muerte de Hermiona, hacía el rey Leontes vida de penitencia y austeridad, no pensando en otra cosa que en desagraviar la memoria de la esposa y del hijo que había perdido. Algunos de sus consejeros le habían aconsejado que contrajese segundas nupcias; pero la impetuosa Paulina, fiel siempre a su antigua y difunta ama, tan gravemente ultrajada, disuadió al rey de contraer matrimonio afirmando que no había en el mundo mujer capaz de llenar el vacío que dejara Hermiona, ni como esposa del rey, ni como reina de Sicilia. Además, recordó a Leontes las palabras del oráculo, a saber: «Morirá el rey sin sucesión, si lo perdido no se hallare.»

Leontes, más dócil y cuerdo que en otro tiempo, y sabiendo apreciar, a la sazón, la rectitud a toda prueba de aquella valerosa mujer, respondió que no se casaría de nuevo, mientras ella no se lo mandase.

A lo que respondió Paulina:

—Ni yo os lo mandaré jamás, sino cuando vuestra propia mujer, la reina Hermiona, recobre la vida.

Así estaban las cosas, cuando Florizel y Pérdita llegaron a Sicilia. Acogiólos Leontes con la mayor cordialidad; pero no bien habían llegado a su presencia, recibió éste un mensaje de Polixeno, rogándole que encarcelase en seguida a su hijo Florizel porque pisoteando gravemente su dignidad y faltando a su deber de hijo, había sacrificado su porvenir, huyendo con la hija de un pastor. El propio Polixeno no tardó en llegar a Sicilia, llevando consigo al anciano pastor y al hijo de éste, a quienes hallara en el camino.

No era aquello, sin embargo, un negro nubarrón que hubiese de descargar furiosa tormenta, sino más bien una nubecilla pasajera que no tardó en desvanecerse. Muy pronto todo el reino había de tener una sorpresa que sería para él un motivo de alegría y regocijo inenarrables. Los objetos que el anciano pastor presentara a Polixeno, eran una prueba fehaciente de que la tierna criatura salvada no era otra que la mismísi-

ma hija de Leontes desaparecida después de tan largo tiempo. El manto de la reina Hermiona, el precioso joyel que la criatura llevara al cuello, las cartas cuyo carácter de letra se vió ser de Antígono, el majestuoso continente de Pérdita, tan parecido al de la difunta reina, lo distinguido de su porte y de sus maneras, tan superior a su educación; muchos otros rasgos, en fin, eran otros tantos testimonios irrefragables que no dejaban lugar a duda, que era aquella joven la hija del rey de Sicilia.

Hubo, pues, en la ciudad y en todo el reino una verdadera explosión de alegría; encendiéronse hogueras y la muchedumbre recorría las calles y plazas comentando la extraña nueva, objeto de la sorpresa de todos. Decía todo el mundo que el encuentro de los dos soberanos había sido un espectáculo nunca visto y que no se borraría jamás de la imaginación de los que lo presenciaron: ambos lloraban de pura alegría y contento, levantaban los ojos y manos al Cielo, y Leontes loco de contento al tener en sus brazos a su hija, ya la cubría de ardientes besos, ya exclamaba: «¡Oh!, tu madre, tu madre!», después pedía perdón a Polixeno, besaba a su yerno, abrazaba de nuevo a su hija, daba gracias al anciano pastor, que estaba allí atónito como una venerable ruina de muchos reinos, asolada por las edades.

Paulina sostenía en su corazón una reñida lucha entre el dolor y la alegría: aquella tierna criatura, objeto de sus alegrías, le recordaba por una parte la desventurada reina, por otra su marido, a quien el anciano pastor había visto en las garras del oso al momento de dejar la tierna criatura en el suelo.

Refirieron a la princesa cómo había muerto su madre, y el mismo rey, su padre, confesó lealmente la causa de ella, profundamente compungido. Sabiendo Pérdita que se había terminado hacía poco y tras largo tiempo de trabajo, una estatua de la reina que la representaba muy al vivo, quiso verla, y toda la corte se trasladó a casa de Paulina, en donde se guardaba aquella obra de arte. Ansioso miraba a todos lados el rey, en busca de la estatua, pero ésta no comparecía, y aunque Paulina hizo pasar a todo el real cortejo por una galería, llena de gran número de objetos raros y preciosos, no vió Leon-

tes en toda ella lo que Pérdita había ido a ver, o sea, la estatua de su madre. Llegaron por fin al oratorio, y atrevióse el rey, ya desesperanzado de ver lo que tanta ansia le daba, a recordar a Paulina el objeto de su visita.

—Sí, señor—responde Paulina al rey:—lo tengo muy presente y no saldréis de aquí sin verla; pero como quiera que en vida fué incomparable, su imagen sobrepuja, a mi modo de ver, todo lo jamás visto y cuanto haya jamás salido de la mano del hombre: por esto también la tengo aquí guardada y sola. Preparaos, pues; que la veréis representada tan al vivo y tan natural, como jamás el sueño ha representado a la muerte.

Al decir esto descorre Paulina la cortina, y aparece inmóvil y majestuosa la soberbia imagen de la difunta reina.

Quedaron todos mudos de asombro, sin pestañear y contemplándola arrobados, pues, verdaderamente jamás el arte había producido una tan perfecta representación de la vida.

—Señor—dice entonces Paulina,—vuestro silencio es el más elocuente testimonio de vuestra admiración; pláceme, pues, ver que no proferís palabra. A pesar de todo, hablad, os lo ruego, y decid con lealtad si os parece que tiene con ella algún parecido.

—¡Es ella misma!—murmura Leontes:—y tú bendito mármol, acúsame, para que pueda yo decir con toda verdad, que eres Hermiona. Pero no, tú eres aún más Hermiona no acusándome, porque tú fuiste siempre el prototipo de la clemencia, y tan tierna como la infancia, como la misma gracia. Sin embargo, Paulina, una cosa observo, y es que Hermiona no tenía arrugas en la cara, ni era de la edad que la estatua parece representar.

—¡Oh! no; ni de mucho—añade Polixeno.

—Tanto mayor y más admirable ha sido la habilidad del artista—dice Paulina,—al avanzarse a diez y seis años después de su muerte y presentárnosla tal cual sería hoy si viviese.

—Tal cual podría ser—suspira Leontes:—¡oh! ésta era (lo recuerdo muy bien) su actitud, el día en que oyó de mi boca la primera palabra de amor; sólo que entonces estaba en la plenitud de su vida y en el pleno goce de una juventud tan ardiente como es ahora fría e impasible.

—Permitidme ahora, oh rey, y no lo achaquéis a superstición—exclama Pérdita,—que me arrodille a sus pies e implore su bendición. ¡Madre mía y reina adorada, que acabasteis la vida al comenzar la mía; dadme a besar vuestra mano!...

—¡Oh! ¡andad con cuidado!—dice Paulina;—mirad que la estatua quedó terminada hace poco, y la pintura está aún tierna.—Después, haciendo ademán de correr la cortina, dice:

—No la miréis más; no sea caso que de repente vuestra imaginación os haga creer que se mueve.

Pero Leontes ruega a Paulina que no la tape aún, porque cuanto más la contempla, tanto más le parece que vive: parécele que siente el aliento de su boca, que ve la lumbre de sus ojos, y esta vista resucita en él su antigua pasión hacia Hermiona y su gran dolor de haberla perdido.

—¡Que nadie se burle de mí!—exclama;—quiero darle un beso.

Paulina le ruega que no lo intente, y hace ademán de correr la cortina. De nuevo se lo impide Leontes.

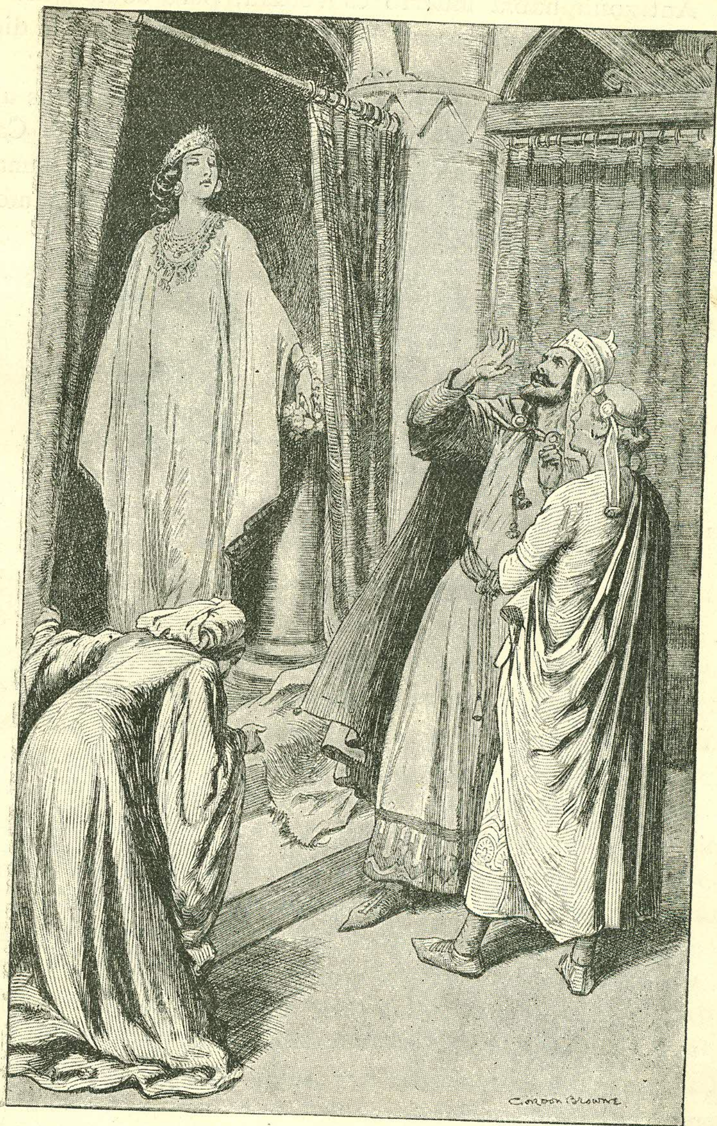
—Deteneos, señor—dícele Paulina,—y salid en seguida del oratorio, que otras sorpresas os aguardan. Si es que podéis soportar el espectáculo, yo haré que se mueva la estatua: veréis cómo baja del plinto y os toma la mano. Pero entonces os figuraréis que tengo poder del demonio, y a fe mía que no hay nada de esto.

—Cuanto podáis hacerle hacer, será para mí nuevo objeto de gozo—dice Leontes;—cuanto diga, lo oirán con placer mis oídos, pues si podéis darle movimiento, podréis también darle el habla.

—¡Música, despiértala!—dice en tono imperativo Paulina.

Entonces, a los suaves acordes de la música que flotan en la bóveda del oratorio, pónese la estatua en movimiento, baja lentamente del plinto y toma a Leontes por la mano.

Era verdaderamente Hermiona, la propia Hermiona, viva, palpitante como diez y seis años atrás. La profunda aflicción y dura penitencia de su esposo habíanse terminado; en adelante había de vivir unido por la más cariñosa ternura con su amada esposa, conservada a la vida por una leal y adicta amiga.



«¡OH! ESTA ERA SU ACTITUD EL DÍA EN QUE OYÓ DE MI BOCA LA PRIMERA PALABRA DE AMOR»

La fiel Paulina no pasó en soledad los últimos años de su vida. Antígono había muerto es verdad; pero como quiera que ella había dado una segunda esposa a Leontes, éste le dió un segundo marido, diciéndole:

—A fe mía, que no habré de ir muy lejos para hallaros un esposo digno de vos, pues conocéis sus sentimientos. Ea, Camilo (dice dirigiéndose a él) toma la mano de esta noble dama, cuyos méritos y virtudes, justamente célebres, proclamamos nosotros, pareja de reyes.



UN PASEO POR ÉFESO

Érase un mercader de Siracusa, llamado Egeón, que tenía dos hijos gemelos, tan parecidos el uno al otro, que, separados, era imposible distinguirlos. Al nacer estos dos niños, Egeón y su mujer estaban de viaje, pues los negocios de Egeón le obligaban a pasar largas temporadas fuera de su casa. Sucedió que el mismo día y en la misma posada en que se albergaban, una pobre mujer dió también a luz dos niños gemelos. Los padres eran sumamente pobres, y como la esclavitud estaba en vigor en aquel tiempo, compró Egeón aquellos gemelos y los educó para criados de sus dos hijos. Eran aún muy niños los cuatro, cuando Egeón y su mujer determinaron volver a casa. En el viaje de vuelta levantóse una furiosa tempestad: la tripulación salvóse en botes, y el mercader con toda su familia quedó en el barco a merced de la tormenta. La mujer, viendo la triste suerte que les aguardaba, ató a un mástil a uno de sus dos hijos y a uno de sus dos esclavos; el marido hizo lo propio con los otros dos: hecho lo cual, marido y mujer atáronse respectivamente a cada uno de los dos mástiles.

Calmóse la tempestad; volvió a lucir el sol con todo su resplandor, y a la clara luz del mismo columbró el mercader a lo lejos dos barcos que venían hacia él, uno de los cuales parecía oriundo de Corinto y el otro de Epidauro. Pero antes de llegar y encontrarse, las olas impelieron el barco contra una enorme roca y se partió por medio. Toda aquella familia quedó perdida en la inmensidad del Océano, hasta que los pescadores corintios recogieron a la madre con los dos niños mayores y finalmente el mercader con los otros dos niños hallaron la salvación en el otro barco. Vivamente deseaba Egeón alcanzar a su esposa para poder regresar juntos, pero su barco no era tan velero como el otro y a pesar de los esfuerzos de los marineros, quedóse muy rezagado; por lo cual tomó ruta hacia Siracusa.

Siendo de diez y ocho años de edad el menor de los dos hijos de Egeón, quiso saber de su hermano, y pidió permiso a su padre para ir en su busca, tomando por compañero a su criado, que tenía la misma estampa que él. Perplejo estuvo Egeón; pero al fin le dió su consentimiento, pensando para sí que si el niño era tan afortunado que hallara a su hermano y a su madre, él tendría también la dicha de abrazarlos y se cumplirían los deseos que por tanto tiempo alimentaba en su corazón. Antífolo, pues, de Siracusa y Dromio de Siracusa (que así llamaremos en adelante al menor de los hijos de Egeón y a su respectivo criado), partieron en busca del otro hermano; pero pasaba el tiempo, y viendo Egeón que no volvían, determinó él mismo ir en busca de ellos. Durante cinco años anduvo buscándolos en toda Grecia, desde lo más próximo a lo más apartado, y llegó errante hasta los confines del Asia, y costeando las playas del Océano para regresar a su patria, llegó a Efeso sin esperanza de hallar a su hijo, pero no queriendo dejar inexplorado lugar alguno habitado por hombres.

Ocurrió en aquel entonces que, a causa de la enemistad que había entre las dos ciudades de Efeso y Siracusa, reuniéronse los ciudadanos de ambas y resolvieron suspender todo tráfico con la ciudad contraria: decretaron además una especie de mutua proscripción, de manera que el ciudadano de Efeso que se viese en Siracusa, y el siracusano que entrase en la ba-

hía de Efeso, serían entregados a la muerte y sus bienes confiscados y a disposición del duque respectivo, a menos que el culpable pudiese recaudar mil marcos de oro como multa y rescate.

Así, pues, siendo Egeón natural de Siracusa, al llegar a Efeso, fué hecho prisionero y llevado a la presencia del duque. Interrogado acerca de su fortuna, confesó que no llegaba su valor ni a cien marcos, por lo cual fué condenado a muerte. Movido el duque de Efeso a compasión al oir el relato que le hizo Egeón de su mala ventura, mucho hubiérase holgado de soltarlo; pero no estaba en su mano revocar la sentencia de muerte en que el infeliz incurriera por su ignorancia: hizo, sin embargo el duque lo que la ley le permitía, que era conceder un día de gracia al mercader, indicándole que recorriese la ciudad por si hallaba algún amigo que le diese o prestase la suma necesaria para salvarse de la muerte.

Sin saberlo Egeón, estaba en aquel entonces, en Efeso, no sólo el hijo en busca del cual partiera de Siracusa, sino también el otro a quien perdiera años atrás, ya desde mucho tiempo establecido y casado con una mujer por nombre Adriana. A ambos hijos del mercader se daba el nombre de Antífolo, y los esclavos de ambos tenían por nombre Dromio. Los gemelos creciendo en edad, no habían perdido su semejanza, y ésta dió margen a una infinita serie de confusiones, al llegar a Efeso Antífolo y Dromio de Siracusa.

Pronto se divulgó por Efeso la noticia de que se había encarcelado a un mercader de Siracusa; por lo cual un buen hombre de Efeso, de quien Antífolo de Siracusa había de cobrar una regular suma de dinero, dijo a éste, al verle, que anduviese con cautela para que no se supiese que venía de Siracusa. Cobrado que hubo Antífolo envió a su criado Dromio con el dinero a la posada del Centauro, en donde se alojaba, diciéndole que volviese antes de una hora, porque no quería tardar más de aquel espacio de tiempo en comer. Entretanto dió un paseo por la ciudad, muy apesadumbrado por no haber dado aún con su madre ni con su hermano en cuya busca partiera.

A los pocos pasos, vió con sorpresa Antífolo venir hacía sí

un hombre a quien tomó por su esclavo Dromio y que en realidad de verdad era esclavo y se llamaba Dromio, pero era el hermano gemelo de su esclavo, y él por su parte tomó también a Antífolo por su propio dueño.

—Hola—dícele Antífolo de Siracusa,—¿cómo estás de vuelta tan pronto?

—Antes bien decid tan tarde—replica Dromio de Efeso.—El capón se quema, el cerdo salta a pedazos del asador, en el reloj de la torre han dado ya las doce...—Y acaba diciendo que su mujer estará tan enojada por la tardanza de su marido y porque se le enfría la comida y otras cosas por el estilo.

—Basta, amigo, basta—interrúmpele Antífolo queriendo contener el torrente de su palabrería que tan mal concordaba con lo que de él juzgaba.—Dime; ¿dónde has dejado el dinero que te entregué hace un momento?

—¿Qué?, ¿los doce sueldos que me disteis el miércoles pasado para pagar la cuenta del sillero por el arreglo de la grupa de mi señora el ama? El sillero los tiene, a él se los di.

—Mira que no estoy para bromas—replica seriamente Antífolo, quien sabía por experiencia que Dromio era muy bromista y que le gustaban en gran manera los chistes. Así pues, chanzas aparte, dime dónde está el dinero. Ya sabes que somos extranjeros en Efeso, y quiero saber por qué has tenido que abandonar fácilmente tan importante suma.

Pero Dromio insistió en negar a Antífolo que le hubiese confiado dinero alguno y acabó por suplicarle que le dejase, pues su mujer le estaba aguardando para comer en la posada del Fénix. Antífolo entonces perdió los estribos ante aquella que le parecía gran impertinencia de su esclavo, arremetió con él y apaleóle, hasta que Dromio puso los pies en polvorosa y desapareció.

—¡Por vida de Barrabás!—exclama Antífolo,—este villano se habrá dejado escamotear por algún bribón el dinero que le entregué: ya se sabe que en esta ciudad merodean los ladronzuelos, perversos escamoteadores que se la pegan al más avisado, hechiceros, impostores disfrazados, charlatanes y toda clase de gente maleante. De ser esto así, no querré yo estar mucho tiempo en esta guarida de forajidos: voy al Centauro

a buscar a mi estúpido Dromio, pues no estoy tranquilo respecto de mi dinero.

Entretanto Adriana estaba en ascuas por la tardanza de su marido, siendo inútiles todas las consideraciones que le hacía su hermana Luciana para que cesase su ansia: ésta subió de punto al ver que llegaba Dromio y nada sabía de Antífolo.

—Ea, vuélvete, estúpido—dícele sacudidamente, y tráeme a mi marido.

—¿Qué me vuelva, decís?, ¿para que me peguen de nuevo?—replica Dromio.—Por favor os pido que mandéis a otro en mi lugar.

—Ea, al avío charlatán; si no te rompo un hueso.

Creyó Dromio más prudente volver, y fuése de su presencia rezongando.

—El me empuja hacia aquí, vos me empujáis hacia allá; por poco tiempo que esté á vuestro servicio, harán de mi piel tiretas.

Así que el esclavo estuvo fuera, reprochó Luciana la impaciencia de su hermana, diciéndole que no tenía motivo para airarse, pues si tardaba su marido, debía ser por ocupaciones que tenía. Pero Adriana no escuchaba razones de nadie. Víctima de terribles celos quejábase de que le tocaba quedarse sola en casa, mientras su marido se recreaba con sus compañeros; que debía ya estar harto de ella y, por lo tanto, había hallado cosa mejor fuera de casa.

—¡Ah monstruo feroz de los celos!—exclamó Luciana:—Ea, hermana mía, echa lejos de ti estas preocupaciones tan insensatas.

Adriana, empero, se hacía la sorda a tan sabios consejos, prefiriendo consumirse y labrar su infelicidad en brazos de celos infundados.

Antífolo de Siracusa, al regresar a la posada del Centauro supo que su dinero estaba a buen recaudo, pero estaba aún grandemente enojado con Dromio por sus chanzas, y al comparecer el esclavo ante él, preguntóle qué se había propuesto al obrar de aquella manera.—¿Estabas loco, o es que lo hacías al responderme tan sin ton ni son?

Dromio respondió que no sabía de lo que le hablaban, ya

que no había vuelto a ver a su amo desde que le despidiera con la suma de dinero; y preguntó a su vez a su amo: ¿qué intentaba con aquella broma? Encolerizado Antífolo por la aparente imprudencia de su esclavo, empezó a apalearle seriamente.

El furor del amo y la paciencia y sufrimiento del esclavo trocáronse pronto en azoramiento al ver comparecer a dos señoras, una de las cuales, dirigiéndose a Antífolo como si fuese su propio marido, púsose a reprocharle su indigno comportamiento diciendo:

—Sí, Antífolo; ponme a mí, cara seria, y guarda las sonrisas y mimos para otras beldades. Ya no soy Adriana para ti; ya no soy tu esposa. Tiempo hubo, por cierto, en que me juraste que no halagaría tus oídos palabra de mujer que no fuese la mía; que nada fascinaría tus ojos, si no era mi rostro; que nada gustaría a tu paladar sino lo que yo te sirviese. ¿Cómo es eso, pues, amigo?, ¿cómo es que desdices en tan gran manera de ti mismo? ¡Ah no te apartes tanto de mí!

—¿Soy yo a quien habláis, noble señora?—replica Antífolo.—No os conozco, no sé quién sois; y ¿cómo he de saberlo, si no hace más que dos horas que estoy en Efeso? Tan extraño soy a lo que me decís, como a esta ciudad, que desconozco por completo. No entiendo una palabra de cuanto me habéis dicho.

—Quitad allá, hermano mío; ¡y qué cambiado estáis!, ¿dónde habéis aprendido a tratar de esta manera a mi hermana?—dice Luciana.—No sabéis que ella os envió a llamar por medio de Dromio?

—¿Por medio de Dromio?

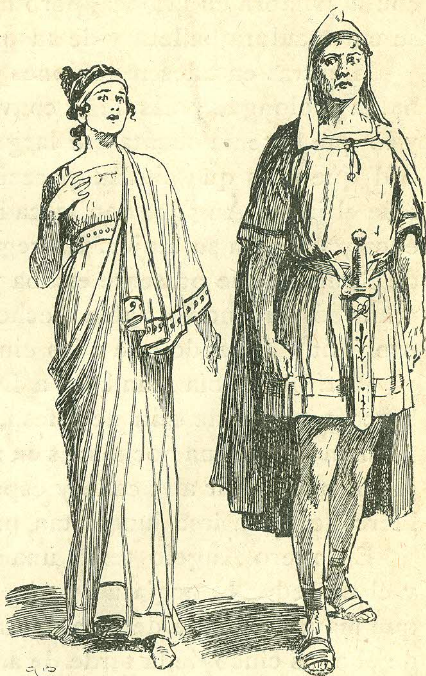
—¿Yo?—pregunta Dromio, el cual no era el Dromio que Adriana enviara, sino el otro.

—Sí, tú mismo—responde Adriana enérgicamente, repitiendo lo que Dromio le había contado, de los palos que recibiera de su propio amo.

Antífolo estaba tan desconcertado ante aquel enigma, que dudaba de si estaba despierto o soñaba, si en el mundo o fuera de él, si loco, o en su pleno juicio. Pero al ver que ambas a dos insistían aquellas damas en que fuesen a comer con ellas, siguió Antífolo, dispuesto empero a observar qué desenlace tendría aquella extraña aventura.

En cuanto a Dromio, recibió órdenes de su amo, de no dejar entrar absolutamente a nadie—si es que tus deseos son (díjole Antífolo) tener tus espaldas a cubierto de estacazos.

CONFUSIÓN SOBRE CONFUSIÓN



«¿Cómo es que desdices en tan gran manera de ti mismo?»

Dromio de Efeso a quien su ama había enviado por segunda vez en busca de su marido, halló por fin a éste en la tienda de un joyero, llamado Ángelo, a quien había encargado una cadena de oro para su mujer. La cadena no estaba terminada, pero le faltaba poco. Antífolo, pues, fuése a casa llevando consigo convidados al joyero Ángelo y a un mercader por nombre Baltasar; pero al querer entrar en su casa no pudieron entrar en ella por impedírselo el portero y la servidumbre. No les valieron argumentos ni razones, pues decían aquéllos que su señor y su siervo Dromio habían ya entrado y estaban comiendo; era pues inútil que pidiesen entrar, pues debían ser forzosamente gente de malas intenciones, o por lo menos, desconocidos. Encendido en cólera Antífolo, resolvió ir a comer a otra parte, ya que en su propia casa se le trataba de tan mala manera.

Entretanto, en el interior de la casa, estaba Luciana muy mohina al ver la extraña conducta que observaba su cuñado con Adriana su mujer, y aprovechó una ocasión en que se hallaron solos, para reprocharle amargamente. Antífolo de Siracusa persistió negando que Adriana fuese su mujer—al contrario (decía); quien me seduce sois vos, Luciana...—y conti-

nuó requebrándola con amorosas frases. Muy mal le sentaron a Luciana tales galanteos del que tenía por marido de su propia hermana, y corrió a buscar a Adriana, dejando a Antífolo con la palabra en la boca, pero más enamorado que nunca, de su encantadora belleza y de sus prudentes respuestas.

Mientras en tales reflexiones estaba absorto pensando que había prolongado más de lo conveniente su estancia en Efeso, y lo que le tenía cuenta era largarse y abandonar aquella ciudad que más que ciudad parecía un antro de brujas, presentóse el joven Ángelo, con la cadena que Antífolo de Efeso le encargara para su mujer. Entregó, pues, la cadena a Antífolo de Siracusa que presente estaba y nada sabía del tal encargo y afirmó que no lo había hecho; pero Ángelo insistía en su propósito, diciendo que a las cinco volvería por el dinero.

Antífolo había mandado a Dromio a saber si había algún barco a punto de salir de Efeso, pues decía que no quería ya permanecer ni una noche más en tan misteriosa población. Decidió, pues, salir a la calle y esperar a Dromio en la plaza del Mercado, para irse juntos tan pronto como les fuese posible.

El joyero Ángelo tenía una deuda con otro comerciante, y el acreedor le urgía a que le pagara. Respondióle Ángelo que mayor suma le debía a él Antífolo y que contaba cobrar de él a las cinco de la tarde de aquel mismo día; si pues le parecía bien, podía ir con él a su casa y allí le pagaría. Pero Antífolo de Efeso acertó a pasar por allí, y su presencia enredó la madeja. Reclamóle Ángelo el importe de la cadena, pero *este* Antífolo afirmó que no la había recibido. Protestó Ángelo diciendo que se la había entregado, aun no hacía media hora, lo cual negó Antífolo sumamente indignado.

El acreedor de Ángelo perdió la paciencia creyendo que la dilación que éste le pidiera, era una excusa de mal pagador, y mandó a un guardia que le detuviese. Ángelo, al ver peligrar su reputación, mandó al guardia que detuviese a Antífolo porque se negaba a satisfacer el importe de la cadena. Para enredar más y más la madeja, presentóse en aquel mismo momento Dromio de Siracusa, el cual tomando al falso Antífolo por su verdadero amo, díjole que el barco estaba a punto de zarpar, que el equipaje estaba ya a bordo, y que

no faltaban sino él y el capitán para darse el barco a la vela.

Antífolo de Efeso tomó a Dromio de Siracusa por su esclavo Dromio y creyó que había perdido el juicio, pues le salía con aquel despropósito; pero no tuvo tiempo para entretenerse con él. Mandóle a su casa a pedir a Adriana una bolsa de ducados para que le soltaran. Hizo Dromio lo que se le mandaba. En volandas fué éste a casa de Antífolo, contó a Adriana confusamente lo que estaba pasando, tomó la bolsa y volvió a donde le aguardaba el que él creía su amo, y allí se encontró a su propio amo Antífolo de Siracusa. A él entregó la bolsa.

No podía Antífolo comprender aquel nuevo enredo, pero viendo que no tenía tiempo que perder preguntóle si salía barco aquella noche. Respondió Dromio que hacía ya una hora que le había anunciado que el barco estaba dispuesto a zarpar y que era en el preciso momento en que le detenían.

—Aquí tenéis, pues—terminó diciendo Dromio,—el dinero que me enviasteis a buscar para vuestro rescate.

—El infeliz se ha vuelto loco... y yo otro tanto—dijo Antífolo:—vamos de ilusión en ilusión. ¡Quiera alguna divinidad amiga sacarnos con bien de este lugar!

Adriana, acompañada de Luciana, apresuróse a hacer poner en libertad a su marido; pero quedaron desconcertadas al hallarle, oyendo las extrañezas que contaba: lamentábase de que no hubiese podido comer en su casa y de que se le hubiese negado la entrada en ella, y otras muchas cosas. Adriana y Luciana por su parte, estaban persuadidas de que había comido en su compañía; por lo cual creyeron que estaba loco, y atado lo llevaron a casa y le pusieron a disposición de un médico, como también a su esclavo, quien parecía estar tan chiflado como su amo, tales eran los despropósitos que decía.

Al cabo de poco, Ángelo y su acreedor hallaron a Antífolo de Siracusa, el cual ahora, en vez de negar que hubiese recibido la cadena, dijo sin rodeos que sí. Reprochóle Ángelo el que lo hubiese negado poco antes. Antífolo dijo que no había dicho nada en contra. El final de todo este enredo fué que se tomaron de palabras, y de las palabras pasaron a las obras, y tiraron de las espadas para batirse. Llegó en aquel momento Adriana, y creyendo que su marido había escapado

de su encierro, suplicó a sus adversarios que no le hiriesen, que estaba loco, que le sujetasen y quitasen la espada.

Antífolo de Siracusa, viendo que lo más probable era que le arrollasen, zafóse de ellos, junto con su esclavo Dromio, refugiándose en un convento que cerca de allí había. La abadesa negóse a entregar al fugitivo, por más que se lo suplicaba Adriana alegando que era su marido. La abadesa alegaba, a su vez, que se habían refugiado en sagrado.

Aconsejó Luciana a su hermana que acudiese al Duque. Éste se disponía a presenciar la ejecución del desventurado Egeón, quien no había podido aún hallar la suma de su rescate.

Contó Adriana al duque lo ocurrido (tal cual ella lo imaginaba); por lo cual éste llamó a su presencia a la abadesa. En aquel momento vino volando la doncella de Adriana a notificar a su señora que su señor y Dromio se habían soltado y que habían atado al médico y que se hacían a palos con la servidumbre.

—Calla imbécil—dícele Adriana;— tu señor y su criado, aquí están: ¿a qué vienen esas tus mentiras?

La súbita aparición de Antífolo y Dromio de Éfeso dió a entender que la doncella había dicho verdad.

—A menos que el miedo de la muerte me haya quitado la razón—dice Egeón,—no dudo de que veo a mi hijo Antífolo y con él a Dromio.

La confusión no había aún desaparecido porque aquel Antífolo no había conocido nunca a su padre (1). Pero al salir Antífolo de Siracusa, del convento, y hecho un careo de los hermanos, despejóse la incógnita y desapareció la confusión. Para que el gozo fuese más cumplido, vínose en conocimiento de que la abadesa era la mismísima esposa de Egeón.

No fué, pues, entonces, sino muy fácil hallar la suma necesaria para el rescate de Egeón; pero el duque le perdonó la vida y no aceptó el dinero que Antífolo de Éfeso le ofrecía.

Antífolo de Siracusa pudo entonces galantear a su sabor y sin miedo a los reproches, a Luciana, la dama que tanto le había fascinado; y Adriana, a quien el duque dijo cuatro palabras al oído, prometió ser, en lo sucesivo menos regañona.

(1) Era el que desapareciera con su madre al estrellarse el barco, calmada la tempestad. – *(N. del T.)*



«No dudo de que veo a mi hijo Antífolo»

Entre todos aquellos camaradas de penas y fatigas nadie fué tan dichoso como los dos Dromios. Abrazábanse fuertemente y no cesaban de mirarse estupefactos.

—Paréceme ver en ti, no a mi hermano, sino mi espejo—

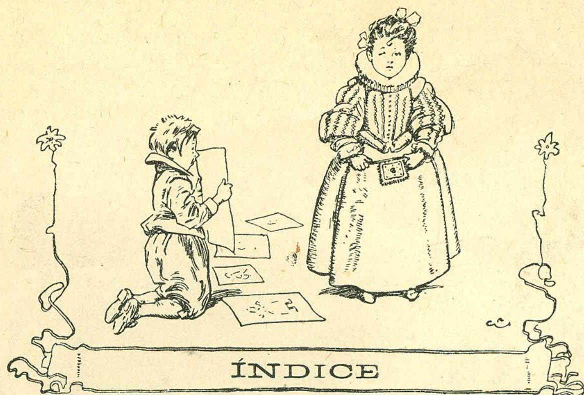


«Por tu apuesta figura veo que soy un guapo mozo»

decía Dromio de Éfeso.—Por tu apuesta figura veo que soy un guapo mozo. ¿Entremos para oir los comentarios que hacen?

Y porfiaban ambos sobre cuál había de pasar delante del otro y entrar primero en la casa, y al ver que era imposible hallar motivo de preferencia de uno sobre el otro, resolvieron entrar juntos de frente y dándose el uno al otro la mano.

FIN



ÍNDICE